

# Marxismo Vivo

Órgano teórico de la Liga Internacional de los Trabajadores - IV Internacional

**Nueva  
Época**



---

San Pablo - 2014

## **Marxismo Vivo Nueva Época**

es una publicación de Editora Lorca S.A.

CNPJ: 04.904693/0001-06

Rua Doutor Paulo Dias, 53

CEP: 04109-060

+ 55 -11 5083 3343

editoralorca@gmail.com

Aclimação, São Paulo, SP, Brasil

### **Periodista responsable**

Maria Cecília Garcia

MTb 12.471

### **Editor**

Martín Hernández

### **Tapa**

Martín S. Garcia

### **Diagramación**

Natalia Estrada

### **Traducciones**

Anna Jezierska

Natalia Estrada

Valerio Torre

**ISSN: 2185-2281**

## **Marxismo Vivo Nueva Época**

es una revista al servicio de la investigación,  
elaboración y debate de la teoría revolucionaria.

El contenido de los artículos es de entera  
responsabilidad de los respectivos autores.



# A nuestros lectores

En el mes de junio del año 2000 apareció el primer número de la *Revista Marxismo Vivo* en la que, desde su Presentación, dejábamos claro el objetivo de la misma: “*A partir de las revoluciones del Este se desarrolla un debate entre millares de luchadores en el mundo entero... Marxismo Vivo nace para ponerse al servicio de ese debate programático*”.

Con ese objetivo, el “debate programático”, hemos publicado 26 ediciones de *Marxismo Vivo* en el curso de por tres etapas. Ahora iniciamos una cuarta.

Las primeras ediciones –hasta la número cinco– de la *Revista Marxismo Vivo* fueron una iniciativa del Koorkom, un agrupamiento internacional del cual hacía parte nuestra organización, la LIT (Liga Internacional de los Trabajadores).

A partir del número seis (noviembre de 2002), habiendo dejado de existir el Koorkom, la *Revista* comenzó a ser publicada bajo la exclusiva responsabilidad de la LIT.

En noviembre de 2010 comenzó a editarse la *Revista Marxismo Vivo - Nueva Época* que, a diferencia de la anterior –que era una revista de teoría y política–, estaba dedicada exclusivamente a la teoría revolucionaria.

Con esta nueva edición, la N° 4, de la *Revista Marxismo Vivo-Nueva Época*, iniciamos una nueva fase, ya que introduciremos algunos cambios importantes.

La *Revista* tendrá como objetivo ser una herramienta para construir el programa de la LIT-CI que deberá ser debatido en el XII Congreso de nuestra organización.

En el marco de lo dicho anteriormente, la *Revista* buscará socializar las elaboraciones que, en forma polémica o no, se vayan realizando en las diferentes instancias de la LIT.

En función de las nuevas exigencias, la *Revista Marxismo Vivo-Nueva Época*, que venía siendo publicada una vez por año, será publicada en forma más frecuente (cada dos o tres meses).

A partir de este número 4, la *Revista*, además de seguir siendo publicada en castellano, pasará a ser publicada también en portugués.

A partir del número 5, la *Revista* tendrá un Consejo Editorial Internacional, que será responsable por su edición.

Los editores

## Índice

### SELECCIÓN DE TEXTOS UTILIZADOS EN EL SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO

<b>Los soviets, los sindicatos y el partido</b> (León Trotsky) .....	9
Los comunistas y la clase obrera.....	10
<b>II Congreso de la III Internacional Comunista, 1920</b> .....	16
Resolución sobre el papel del Partido Comunista en revolución proletaria ..	16
<b>Relación entre el partido y las otras instituciones</b> (Nahuel Moreno) ....	26
El papel del partido en la revolución y la dictadura obrera .....	29
<b>Intervención en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, 1921</b> (V. I. Lenin).....	34
<b>Documento Nacional del MAS de Argentina, 1988</b> .....	35
Partido de vanguardia con elementos de influencia de masas .....	35
El salto partidario .....	36
<i>Influencia política</i> .....	36
<i>Resultados estudiantiles</i> .....	37
<i>Influencia sindical</i> .....	37
<i>Los bastiones del MAS</i> .....	39
Conclusiones .....	40
<b>Debate en el plenario del Seminario</b> .....	41
Informe de abertura .....	41
Intervenciones .....	44
Intervención de cierre .....	72
Poema: ¡La insistencia de un parto! .....	78

**GRAMSCI TRAICIONADO**

**Acerca del “cuaderno desaparecido”.**

**Ochenta años de falsificaciones de estalinistas, reformistas**

**y liberales** (Francesco Ricci) .....81

    El estudio de Lo Piparo ..... 81

    Los indicios..... 82

    Las reacciones al hallazgo de Lo Piparo..... 82

    El verdadero caso Gramsci ..... 84

    La intriga de Togliatti alrededor de las obras de Gramsci..... 85

    La ruptura entre Gramsci y Togliatti ..... 88

    La carta de 1926..... 88

    El disenso de Gramsci en la cárcel ..... 90

    La “extraña” carta de Grieco ..... 91

    ¿Gramsci estalinista?, ¿liberal?, ¿trotskista? ..... 93

**Notas bibliográficas .....96**

**TEXTOS DE JAMES CANNON**

**James Cannon, un hilo de continuidad** (Martín Hernández) .....101

    La traición a la revolución ..... 101

    La resistencia y el genocidio de una generación de revolucionarios..... 102

    Comenzar de nuevo ..... 104

    El hilo de continuidad..... 106

    Cannon, el mayor de todos ..... 109

**Los primeros días del comunismo norteamericano** (James Cannon) ...113

<b>El comienzo de la Oposición de Izquierda</b> (James Cannon).....	129
<b>La cuestión del régimen del partido</b> (James Cannon).....	145
La cuestión del régimen del partido .....	145
“Conservadurismo” .....	154
“Burocratismo” .....	158
<b>Sindicalistas y revolucionarios</b> (James Cannon) .....	169
<b>Cómo organizar y conducir una clase de estudio</b> (James Cannon) .....	183
Los métodos de realización de las clases .....	184
<b>Obituario de Trotsky: “A la memoria del Viejo”</b> (James Cannon) .....	187

# Seminario Internacional sobre la construcción del partido revolucionario

Entre los días 22 y 26 de enero de este año, organizado por la Fundación José Luis y Rosa Sundermann y por la Revista Marxismo Vivo, se realizó en la ciudad de San Pablo, Brasil, un seminario internacional denominado “Seminario sobre organización y estructura partidaria”.

En esta nueva edición de la Revista Marxismo Vivo Nueva Época publicamos algunos de los materiales que fueron estudiados, así como los debates realizados el primer día. En próximas ediciones iremos publicando las otras partes del seminario.

En el marco de un estudio y un debate sobre las características y la construcción de los partidos marxistas revolucionarios, tres grandes temas fueron abordados el primer día: 1) La cuestión de la posibilidad o imposibilidad de construir un partido único de la clase obrera; 2) La relación entre el partido revolucionario y la cuestión del poder. ¿Quién debe tomar el poder, el partido o los organismos de la clase obrera?; 3) Sobre la estrategia de construir un partido con influencia de masas.

A respecto de estos tres temas, en las semanas previas y en el propio seminario se estudiaron una serie de materiales de Marx y Engels, de Lenin, de Trotsky y de Nahuel Moreno, así como algunos documentos del antiguo MAS de la Argentina.

Durante el seminario, del cual participaron 60 personas de diferentes países (Argentina, Brasil, España, Bolivia, Paraguay, Chile, Italia y Colombia) se formaron cuatro grupos de estudio y discusión, que luego llevaban a un plenario general sus dudas, preguntas, respuestas y aportes sobre los temas estudiados y discutidos en los grupos.

El seminario tuvo tres coordinadores: André Freire y Henrique Canary de la Fundación José Luis y Rosa Sundermann, y Martín Hernández de la revista Marxismo Vivo.

En este dossier reproducimos una selección de los materiales estudiados y los debates ocurridos en los plenarios.

## CONTENIDOS

<b>Los soviets, los sindicatos y el partido</b> (León Trotsky) .....	9
Los comunistas y la clase obrera .....	10
<b>II Congreso de la III Internacional Comunista, 1920</b> .....	16
Resolución sobre el papel del Partido Comunista en revolución proletaria .....	16
<b>Relación entre el partido y las otras instituciones</b> (Nahuel Moreno).....	26
El papel del partido en la revolución y la dictadura obrera.....	29
<b>Intervención en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, 1921</b>	
(V. I. Lenin) .....	34
<b>Documento Nacional del MAS de Argentina, 1988</b> .....	35
Partido de vanguardia con elementos de influencia de masas .....	35
El salto partidario .....	36
<i>Influencia política</i> .....	36
<i>Resultados estudiantiles</i> .....	37
<i>Influencia sindical</i> .....	37
<i>Los bastiones del MAS</i> .....	39
Conclusiones.....	40
<b>Debate en el plenario del Seminario</b> .....	41
Informe de apertura (André Freire - Brasil).....	41
Intervenciones .....	44
Nazareno - Brasil .....	44
<i>Grupo fundacional</i> .....	44
<i>Partido de vanguardia</i> .....	45
<i>Partido de acción de masas</i> .....	45
<i>Conclusión</i> .....	48
Francesco Ricci - Italia .....	49
Valério Arcary - Brasil .....	51
<i>La lucha contra el reformismo</i> .....	52
<i>La importancia de una Internacional Revolucionaria</i> .....	54
Eduardo Almeida - Brasil .....	55
<i>La experiencia del MAS</i> .....	56
<i>¿Qué es la influencia de masas?</i> .....	57
Otávio - Brasil .....	59
Luiz Carlos Prates, Mancha - Brasil .....	60
<i>La cuestión del partido con influencia de masas</i> .....	61
Zé Maria - Brasil .....	62
<i>Sobre el problema del partido con influencia de masas</i> .....	63
<i>El soviét y el partido</i> .....	65
Paulo Aguena - Brasil .....	66
<i>Influencia de masas</i> .....	69
Israel - Brasil .....	71
<i>Sobre la influencia de masas</i> .....	72
Intervención de cierre (Martín Hernández - Brasil) .....	72
<i>Marx y Moreno sobre el partido único de la clase obrera</i> .....	73
<i>Sobre la cuestión del poder</i> .....	74
<i>El partido con influencia de masas</i> .....	75
Poema de Atnágoras - Brasil: ¡La insistencia de un parto!.....	78

## LOS SOVIETS, LOS SINDICATOS Y EL PARTIDO

León Trotsky

Este texto es parte del libro de Trotsky titulado “*Terrorismo y comunismo. El anti Kautsky*”.

Se trata de un libro escrito en el año 1920 durante la guerra civil, que polemiza con el libro de Kautsky del mismo título, “*Terrorismo y comunismo*”.

En ese libro, Kautsky cuestionaba, en plena guerra civil, la violencia utilizada por los bolcheviques para enfrentar la contrarrevolución.

\*

Los soviets, como forma de organización de la clase obrera, representan para Kautsky, en relación con los partidos y organizaciones profesionales de los países más adelantados, no una forma superior de organización sino una falsificación, un retroceso (Notbekelf), con que nos contentamos frente a la falta de organizaciones políticas. Admitamos que esto sea cierto para Rusia. Pero explíquenos, entonces, por qué los Soviets ¡aparecieron en Alemania! ¿No sería conveniente renunciar a ellos en la República de Ebert? Sabemos que, a pesar de eso, Hilferding, cuyas opiniones se aproximan mucho a las de Kautsky, proponía, no hace mucho tiempo, que los Soviets fuesen introducidos en la Constitución. Kautsky nada dice sobre eso.

Si se considera a los soviets como una institución muy “primitiva”, debe reconocerse, también, para hacer justicia, que la lucha abierta, la lucha revolucionaria es un proceso más “primitivo” que la acción parlamentaria. Pero esta es artificial y complicada, y sólo puede interesar, por consiguiente, a una clase superior poco numerosa. La revolución sólo es posible allí donde las masas estuvieren directamente interesadas. La revolución de noviembre movilizó masas como el Partido Socialdemócrata nunca había pensado reunir. Por vastas que fuesen las organizaciones del partido y de los sindicatos en Alemania, la revolución las superó de un solo golpe, en extensión. Las masas revolucionarias encontraron su representación inmediata en una organización muy simple y accesible a todo el mundo: el soviet de sus delegados. Puede decirse que el soviet de delegados no se eleva a la altura del partido o del sindicato en lo que se refiere a la claridad de programa o a la reglamentación de la organización. Pero se coloca, y mucho, por encima de los sindicatos y del partido en lo que se refiere al número de hombres capaces de participar de la lucha revolucionaria, y esta superioridad numérica proporciona al soviet, en época de revolución, ventajas indiscutibles. Los soviets congregan a los trabajadores de todas las industrias, de todas las profesiones, cualquiera sea el grado de su desarrollo intelectual o el nivel de su instrucción política, por lo que es obligado, objetivamente, a formular los intereses generales del proletariado.

## Los comunistas y la clase obrera

El *Manifiesto* del Partido Comunista creía que la misión de los comunistas consistía en formular los intereses generales, los intereses de toda la clase obrera.

Los comunistas sólo se distinguen de los otros partidos obreros –según los términos del *Manifiesto*– en dos puntos:

- 1) En las diferentes luchas nacionales de los proletarios, hacen resaltar y prevalecer los intereses comunes del proletariado, los cuales son independientes de la nacionalidad.
- 2) En las diferentes fases de la lucha entre proletarios y burgueses, representan, siempre y en cualquier parte, los intereses del movimiento general.

La organización de clase de los soviets concreta ese movimiento “general”.

Por allí se ve cómo y por qué los comunistas debían y pudieron llegar a ser el partido dirigente de los soviets.

Pero también se ve cómo es falsa la apreciación de los soviets hecha por Kautsky, según la cual estos son una especie de “falsificación” del partido, y el cretinismo de la tentativa hecha por Hilferding para introducir a los soviets en la calidad de instrumento secundario, en el mecanismo de la democracia burguesa. Los soviets son una organización proletaria revolucionaria y tienen su valor, ya como órgano de lucha para la conquista del poder, ya como instrumento de poder de la clase trabajadora.

Como no comprende la función revolucionaria de los soviets, Kautsky presenta lo que constituyó su mérito principal como un defecto fundamental.

La distinción entre burgués y obrero (dice) no puede establecerse en parte alguna exactamente; es un poco arbitraria, lo que hace que el sistema de consejos sea muy apropiado para la institución de una dictadura arbitraria, pero muy inadecuado para instaurar una constitución política clara y sistemática.

Si damos fe a Kautsky, una dictadura de clase no puede crear instituciones que convengan a su naturaleza, porque no existe demarcación irreprochable entre las clases. Pero entonces, para hablar en términos más generales, ¿qué vamos a hacer de la lucha de clases? Porque ha sido precisamente en la multiplicidad de escalones de la escala social, que separan a la burguesía del proletariado, que los ideólogos de la pequeña burguesía han encontrado siempre su argumento más firme contra el “principio” de la lucha de clases. Kautsky se detiene, trabado por una duda, en el momento en que el proletariado, después de haber traspasado la amorfia y la inestabilidad de las clases medias, arrastrando tras de sí a una parte de esas clases y tirando el resto al campo de la burguesía, organiza de hecho su dictadura en el régimen gubernamental de los soviets. Los soviets son un instrumento de dominio del proletariado que no pueden ser sustituidos por cosa alguna, precisamente porque sus cuadros son flexibles y elásticos, y todas las modificaciones, no sólo sociales sino también políticas, que se verifican en la posición relativa de las clases, pueden expresarse inmediatamente en el mecanismo soviético. Comenzando por las grandes fábricas, los soviets hacen entrar luego en su organización a los obreros de los talleres y a los empleados del comercio; de ahí se trasladan hacia las aldeas, organizan la lucha de los campesinos contra los propietarios territoriales, y levantan más tarde a las camadas inferiores

y medias del mundo campesino contra los labradores ricos (las “personas importantes”). El Estado obrero toma a su servicio innumerables empleados que pertenecen, bajo ciertos aspectos, a la burguesía y al mundo intelectual burgués. En la medida en que se acostumbran a la disciplina del régimen soviético, adquieren la posibilidad de ser representados en el sistema de los soviets. Desarrollándose o disminuyendo, a veces, en la medida en que se extienden o disminuyen las posiciones sociales conquistadas por el proletariado, el sistema soviético continúa siendo el instrumento de gobierno de la revolución social en su dinámica interna, en sus errores y en sus triunfos. Cuando la revolución social haya triunfado definitivamente, el sistema soviético se extenderá a todo el pueblo, perdiendo así, desde entonces, su carácter gubernamental, y transformándose en una poderosa cooperativa de productores y consumidores.

Si el partido y los sindicatos han sido organismos destinados a preparar la revolución, los soviets son las armas de esa revolución. Después de su victoria, los soviets se transformarán en órganos de poder. El papel del partido y de los sindicatos, sin perder su importancia, se modifica esencialmente.

La dirección general de los negocios es concentrada en las manos del partido. Esto no quiere decir que el partido gobierne de forma inmediata, pues su estructura no es adecuada a este tipo de funciones. Pero tiene voto decisivo en todas las cuestiones de principio que se presentan. Aún más: la experiencia nos obligó a decidir que en todos los problemas litigiosos, en todos los conflictos que puedan surgir entre administraciones, y en los conflictos entre personas dentro de las propias administraciones, la última palabra cabrá al Comité Central del partido. Esto economiza mucho tiempo y energía, y, en las circunstancias más difíciles, en las discusiones más embarazosas, garantiza la indispensable unidad de acción. Régimen semejante sólo es posible si la autoridad del partido es indiscutible, si su disciplina no deja nada que desear. Para felicidad de la revolución, nuestro partido llena igualmente esas dos condiciones. En cuanto a la cuestión de saber si en otros países, cuyo pasado no les legó una fuerte organización revolucionaria, templada en el combate, se podrá disponer, cuando llegue la hora de la revolución proletaria, de un partido comunista tan autorizado como el nuestro, es cosa que de antemano no podemos decir. Pero es evidente que la solución de esta cuestión ejercerá una influencia considerable sobre la marcha de la evolución en cada país.

El papel excepcional que el Partido Comunista desempeña a la hora de la victoria de la revolución proletaria es perfectamente comprensible. Se trata de la dictadura de una clase. La clase se compone de diferentes camadas, cuyos sentimientos y opiniones no son unánimes y cuyo nivel intelectual varía. Pues bien, la dictadura presupone la unidad de voluntad, la unidad de tendencia, la unidad de acción. ¿Por qué otro medio podría ser implantada? La dominación revolucionaria del proletariado implica, dentro del propio proletariado, la dominación de un partido dotado de un programa definido de acción y de una disciplina interna indiscutible.

La política de bloque está en íntima contradicción con el régimen de la dictadura proletaria. Nos referimos no a un bloque constituido con los partidos burgueses, cosa de la que no se podría ni hablar, sino al bloque de los comunistas con otras organizaciones “socialistas” que representan, en grados diferentes, las viejas ideas y los preconceptos de las masas trabajadoras.

La revolución destruye rápidamente todo lo que es inestable, liquida lo artificial; las contradicciones encubiertas con el bloque se manifiestan bajo la presión de los acontecimientos revolucionarios. Nosotros lo constatamos en el ejemplo de Hungría, donde la dictadura del proletariado tomó la forma política de una coalición de los comunistas con los socialistas, que eran partidarios disfrazados de una alianza con la burguesía. La coalición se disgregó rápido. El partido comunista pagó caro por la incapacidad revolucionaria y la traición política de sus compañeros de aventura. Es absolutamente evidente que habría sido más ventajoso para los comunistas húngaros conquistar el poder más tarde, dando previamente a los socialistas de izquierda (los que desean la alianza con la burguesía) el tiempo necesario para desmoralizarse enteramente. Se puede preguntar, ciertamente, si dependía de ellos actuar así. De cualquier modo, el bloque con los tales socialistas, que sólo sirvió para ocultar provisoriamente la debilidad de los comunistas húngaros, impidió su fortalecimiento, en favor de sus aliados transitorios, y los llevó a una catástrofe.

Es también un comentario suficiente a esta idea el propio ejemplo de la Revolución Rusa. El bloque de los bolcheviques y socialistas-revolucionarios de izquierda, después de una existencia de algunos meses, terminó con una ruptura sangrienta. Es verdad que en este caso no fuimos nosotros, los comunistas, los que pagamos la mayor parte de los gastos, sino nuestros infieles compañeros. Es evidente que un bloque en el que éramos los más fuertes

y donde, por consiguiente, no corrámos mucho peligro al pretender utilizar, por una etapa apenas, la extrema izquierda de la democracia (la de los pequeñoburgueses), es evidente, digo, que ese bloque, desde el punto de vista táctico, no constituye motivo para censuras. No obstante, ese episodio de nuestra alianza con los socialistas-revolucionarios de izquierda muestra claramente que un régimen de transiciones, de conciliaciones, y de concesiones mutuas –y en esto consiste el régimen de bloques– no puede durar mucho en una época en la que es indispensable la unidad de visiones para hacer posible la unidad de acción.

Más de una vez fuimos acusados de ejercer la dictadura del partido en lugar de la dictadura de los soviets. Y, no obstante, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que la dictadura de los soviets sólo fue posible gracias a la dictadura del partido. Gracias a la claridad de sus ideas teóricas, gracias a su fuerte organización revolucionaria, el partido dio a los soviets la posibilidad de transformarse, de informes parlamentos obreros que eran, en un instrumento de dominación del trabajo. En esta sustitución del poder de la clase obrera por el poder del partido no hubo nada de casual, y aún, en el fondo, no existe en eso ninguna sustitución. Los comunistas representan los intereses fundamentales de la clase trabajadora. Es muy natural que, en una época en que la historia inicia la discusión de esos intereses en toda su magnitud, los comunistas se tornen los representantes reconocidos de la clase obrera en su totalidad.

¿Pero quién garantiza –preguntan algunos espíritus malévolos– que nuestro partido sea precisamente el que expresa los intereses del desarrollo histórico? Suprimiendo u ocultándose en la sombra de los demás partidos, ustedes se desembarazaron de su rivalidad política, fuente de emulación y, con eso, privaron de la posibilidad de verificar su línea de conducta.

Esta consideración es inspirada por una idea puramente liberal de la marcha de la revolución. En una época en que todos los antagonismos de clase aparecen francamente y la lucha política se transforma con rapidez en guerra civil, el partido dirigente tiene a mano materiales y criterios suficientes, además de la tirada posible de los periódicos mencheviques, para verificar su línea de conducta. Noske aniquila a los comunistas alemanes y, no obstante, el número de estos no deja de crecer. Nosotros aplastamos a los mencheviques y socialistas-revolucionarios, y no quedó ni rastro de ellos. Estos criterios nos bastan. En todo caso, nuestra misión no consiste en calcular a

cada minuto, por medio de una estadística, la importancia de los grupos que representan cada tendencia, sino en asegurar la victoria de nuestra propia tendencia –la dictadura proletaria– y en procurar en el proceso de esa dictadura, en los diversos obstáculos que se oponen al buen funcionamiento de su mecanismo interno, un criterio suficiente para la verificación del valor de nuestros actos.

La conservación prolongada de la “independencia” del movimiento profesional es tan imposible como la política de los bloques, en una época de revolución proletaria. Los sindicatos pasan a ser, en esta época, los órganos económicos más importantes del proletariado en el poder. Por eso mismo, se subordinan a la dirección del Partido Comunista. El Comité Ejecutivo de nuestro partido se encarga de resolver no sólo cuestiones de principio del movimiento profesional sino también los conflictos serios que puedan surgir en el interior de esas organizaciones.

Los partidarios de Kautsky acusan al poder soviético de ser una dictadura “de una parte” apenas de la clase obrera.

¡Si al menos (clama) fuese la dictadura de toda la clase!

No es fácil descubrir exactamente lo que quieren decir con esto. La dictadura del proletariado significa, en esencia, la dominación inmediata de una vanguardia revolucionaria que se apoya en las masas y que obliga a los menos avanzados a unirse cuando sea preciso. Esto dice también respecto de los sindicatos. Después de la conquista del poder por el proletariado, los sindicatos adquieren un carácter obligatorio. Deben agrupar a todos los obreros industriales. El partido continúa asimilando apenas a los más conscientes y abnegados. Es muy circunspecto cuando se trata de aumentar sus filas. De allí la función dirigente que la minoría comunista desempeña en los sindicatos, función que corresponde a la influencia ejercida por el Partido Comunista en los soviets, y que es la expresión política de la dictadura del proletariado.

Las uniones profesionales o sindicatos de oficio cargan con el peso inmediato de la producción. Representan no sólo los intereses de los obreros industriales sino los de la misma industria. En el comienzo, se manifiestan a veces tendencias trade-unionistas en los sindicatos, llevándolos a comerciar en sus relaciones con el Estado soviético, a imponer condiciones, a exigir garantías. Pero con el correr del tiempo acaban comprendiendo que son los órganos productores del Estado soviético, y, entonces, cuidando de sí mis-

mos, ya no se oponen a él; se confunden con él. Las uniones procuran establecer la disciplina del trabajo. Exigen de los obreros un trabajo intenso en las más penosas condiciones, hasta que el Estado proletario cuente con los recursos necesarios para modificar esas condiciones. Los sindicatos se encargan de ejercer represiones revolucionarias contra los indisciplinados, contra los elementos turbulentos y parasitarios de la clase trabajadora. Abandonando la política de las trade-unions, que es de cierto modo inseparable del movimiento profesional en una sociedad capitalista, los sindicatos se integran totalmente en la política del comunismo revolucionario.

\*\*\*

## II CONGRESO DE LA III INTERNACIONAL COMUNISTA, 1920

### Resolución sobre el papel del Partido Comunista en la revolución proletaria<sup>1</sup>

El proletariado mundial se halla en vísperas de una lucha decisiva. La época en que vivimos es una época de acción directa contra la burguesía. Se aproxima la hora decisiva. Pronto, en todos los países donde existe un movimiento obrero consciente, la clase obrera tendrá que librar una serie de combates encarnizados, con las armas en la mano. En este momento más que nunca, la clase obrera tiene necesidad de una sólida organización. De ahora en adelante, la clase obrera debe prepararse infatigablemente para esta lucha, sin perder ni un solo minuto.

Si en 1871, durante la Comuna de París, la clase obrera hubiese tenido un Partido Comunista sólidamente organizado, aunque fuese poco numeroso, la primera insurrección del heroico proletariado francés habría sido mucho más fuerte y habría evitado muchos errores. Las batallas que el proletariado tendrá que librar ahora, en coyunturas históricas muy diferentes, tendrán resultados mucho más graves que en 1871.

<sup>1</sup> El texto en castellano fue extraído de:

<http://partidocomunistademexico.wordpress.com/2013/02/12/resolucion-sobre-el-papel-del-partido-comunista-en-la-revolucion-proletaria/>

El 2° Congreso Mundial de la Internacional Comunista señala a los obreros revolucionarios de todo el mundo la importancia de las siguientes consideraciones:

1. El Partido Comunista es una fracción de la clase obrera y desde luego es su fracción más avanzada, la más consciente y, por consiguiente, la más revolucionaria. Se crea mediante la selección espontánea de los trabajadores más conscientes, abnegados y educados. El Partido Comunista no tiene intereses diferentes de los de la clase obrera. El Partido Comunista sólo difiere de la gran masa de trabajadores en lo que él considera la misión histórica del conjunto de la clase obrera y se esfuerza en todo momento en defender no los intereses de algunos grupos o profesiones sino los de toda la clase obrera. El Partido Comunista constituye la fuerza organizadora y política con ayuda de la cual la fracción más adelantada de la clase obrera dirige por el buen camino a las masas del proletariado y del semiproletariado.
2. Mientras el poder gubernamental no sea conquistado por el proletariado y en tanto este último no haya consolidado, de una vez por todas, su predominio y haya prevenido toda tentativa de restauración burguesa, el Partido Comunista sólo englobará en sus filas organizadas a una minoría obrera. Hasta la toma del poder y en la época de transición, el Partido Comunista puede, gracias a circunstancias favorables, ejercer una influencia *ideológica y política* incuestionable en todos los sectores proletarios y semiproletarios de la población, pero no puede reunirlos organizadamente en sus filas. Sólo cuando la dictadura proletaria prive a la burguesía de medios de acción tan poderosos como la prensa, la escuela, el parlamento, la iglesia, la administración, etc., cuando la derrota definitiva del régimen burgués sea evidente para todos, entonces todos los obreros, o al menos la mayoría, comenzarán a entrar en las filas del Partido Comunista.
3. Las nociones de partido y de clase deben ser distinguidas con el mayor cuidado. Los miembros de los sindicatos “cristianos” y liberales de Alemania, de Inglaterra y de otros países pertenecen indudablemente a la clase obrera. Los grupos obreros más o menos considerables que todavía se organizan en las filas de Scheidemann, Gompers y otros también pertenecen a ella. En esas condiciones históricas, es muy posible que surjan numerosas tendencias reaccionarias en el seno de la clase obrera. La tarea

del comunismo no consiste en adaptarse a esos elementos atrasados de la clase obrera sino en elevar a toda la clase obrera al nivel de la vanguardia comunista. La confusión entre esas dos nociones de *partido* y de *clase* puede conducir a errores y malentendidos muy graves. Es evidente, por ejemplo, que los partidos obreros debían, pese a los prejuicios y al estado de ánimo de un sector de la clase obrera durante la guerra imperialista, rebelarse a cualquier precio contra esos prejuicios y ese estado de ánimo, en nombre de los intereses históricos del proletariado que colocaban a su partido en la obligación de declarar la guerra a la guerra.

Es así, por ejemplo, como a comienzos de la guerra imperialista de 1914, los partidos socialistas de todos los países, al apoyar a “sus” respectivas burguesías, no dejaron de justificar su conducta invocando la voluntad de la clase obrera. Al hacerlo, olvidaban que, incluso cuando hubiese sido así, la tarea del partido proletario consistía en reaccionar contra la mentalidad obrera general y defender a cualquier precio los intereses históricos del proletariado. Por eso a comienzos del siglo xx los mencheviques rusos (que en ese entonces se llamaban economistas) repudiaban la lucha abierta contra el zarismo porque, según decían, la clase obrera en su conjunto no se encontraba en condiciones de comprender la necesidad de la lucha política. Por eso también los independientes de derecha en Alemania siempre han justificado sus medidas moderadas diciendo que ante todo era preciso comprender los deseos de las masas, y ellos mismos no comprendían que el partido está destinado a marchar a la cabeza de las masas y mostrarles el camino.

4. La Internacional Comunista está absolutamente convencida de que el fracaso de los antiguos partidos “socialdemócratas” de la II Internacional en ningún caso puede ser considerado como el fracaso de los partidos proletarios en general. La época de la lucha directa por la dictadura del proletariado exige un nuevo partido proletario mundial: el Partido Comunista.
5. La Internacional Comunista repudia categóricamente la opinión según la cual el proletariado puede realizar su revolución sin tener un partido político. Toda lucha de clases es una lucha política. El objetivo de esta lucha, que tiende a transformarse inevitablemente en guerra civil, es la conquista del poder político. Por eso el poder político sólo puede ser conquistado, organizado y dirigido por un determinado partido político.

Únicamente en el caso en que el proletariado esté guiado por un partido organizado y experimentado, que persiga fines claramente definidos y que posea un programa de acción susceptible de ser aplicado tanto en la política interna como en la política exterior, la conquista del poder político puede ser considerada no como un episodio sino como el punto de partida de un trabajo duradero de construcción comunista de la sociedad por el proletariado.

La misma lucha de clases exige también la centralización y la dirección única de las diversas formas del movimiento proletario (sindicatos, cooperativas, comités de fábricas, educación, elecciones, etc.). El centro organizador y dirigente sólo puede ser un partido político. Negarse a crearlo y a afirmarlo, negarse a someterse a ese principio equivale a repudiar el mando único de los contingentes del proletariado que actúan en puntos diferentes. La lucha de clase proletaria exige una agitación concentrada, que ilustre las diversas etapas de la lucha desde un único punto de vista y atraiga en todo el mundo la atención del proletariado sobre las tareas que le interesan en su conjunto. Todo esto no puede ser realizado sin un aparato político centralizado, es decir, fuera del marco de un partido político.

La propaganda de ciertos sindicalistas revolucionarios y de los adherentes al movimiento industrialista de todo el mundo (IWW) contra la necesidad de un partido político que se baste a sí mismo objetivamente sólo ayudó y ayuda a la burguesía y a los “socialdemócratas” contrarrevolucionarios. En su propaganda contra un partido comunista al que querían reemplazar con sindicatos o con uniones obreras de formas poco definidas y demasiado vastas, los sindicalistas y los industrialistas tienen puntos de coincidencia con oportunistas reconocidos.

Después de la derrota de la revolución de 1905, los mencheviques rusos difundieron durante algunos años la idea de un Congreso Obrero (así lo denominaban ellos) que debía reemplazar al partido revolucionario de la clase obrera. Los “laboristas amarillos” de toda clase de Inglaterra y Estados Unidos quieren reemplazar el partido político por informes uniones obreras e inventan, al mismo tiempo, una táctica política absolutamente burguesa. Los sindicalistas revolucionarios e industrialistas quieren combatir la dictadura de la burguesía, pero no saben cómo hacerlo. No comprenden que una clase obrera sin partido político es un

cuerpo sin cabeza. El sindicalismo revolucionario y el industrialismo significan un paso adelante sólo en relación con la vieja ideología inerte y contrarrevolucionaria de la II Internacional. En relación con el marxismo revolucionario, es decir con el comunismo, el sindicalismo y el industrialismo significan un paso hacia atrás. La declaración de los comunistas “de la izquierda alemana KAPD” (programa elaborado por su congreso constitutivo de abril último) afirmando que forman un partido, pero “no un partido en el sentido corriente del término” (*keine partei im überlieferten Sinne*) constituye una capitulación ante la opinión sindicalista e industrialista, y es un hecho reaccionario.

Pero no es mediante la huelga general, mediante la táctica de brazos cruzados, como la clase obrera puede lograr la victoria sobre la burguesía. El proletariado debe llegar a la insurrección armada. El que comprende esto debe también comprender que un partido político organizado es necesario y que no pueden existir difusas uniones obreras.

Los sindicalistas revolucionarios hablan con frecuencia del gran papel que debe desempeñar una minoría revolucionaria resuelta. Ahora bien, en realidad, esta minoría resuelta de la clase obrera que se pide, esta minoría que es comunista y que tiene un programa, que quiere organizar la lucha de las masas, *es el Partido Comunista*.

6. La tarea más importante de un partido realmente comunista consiste en permanecer siempre en contacto con las organizaciones proletarias más amplias. Para lograrlo, los comunistas pueden y deben participar en grupos que, sin ser grupos del partido, engloben a grandes masas proletarias. Tales son, por ejemplo, los que se conocen con el nombre de organizaciones de inválidos en diversos países, sociedades tales como “Fuera manos de Rusia” (*Hands of Russia*) en Inglaterra, las uniones proletarias de arrendatarios, etc. Tenemos aquí el ejemplo ruso de las conferencias de obreros y campesinos que se declaran “independientes” de los partidos (*bezpartinii*). Pronto serán organizadas asociaciones de este tipo en cada ciudad, en cada barrio obrero y también en el campo. En ellas toman parte amplias masas que incluyen también a trabajadores atrasados. Se introducirá[n] en el orden del día las cuestiones más interesantes: aprovisionamiento, vivienda, problemas militares, enseñanza, tarea política del momento actual, etc. Los comunistas deben tener influencia en esas asociaciones, con lo que obtendrán resultados muy importantes para el partido.

Los comunistas consideran como su tarea principal un trabajo sistemático de educación y organización en el seno de esas organizaciones. Pero precisamente, para que ese trabajo sea fecundo, para que los enemigos del proletariado revolucionario no puedan apoderarse de esas organizaciones, los trabajadores avanzados, los comunistas, deben tener su partido de acción organizada, que sepa defender el comunismo en todas las coyunturas y ante todas las eventualidades.

7. Los comunistas no deben apartarse nunca de las organizaciones obreras políticamente neutras, aun cuando posean un carácter evidentemente reaccionario (uniones amarillas, uniones cristianas, etc.). En el seno de esas organizaciones, el Partido Comunista prosigue constantemente su propia obra, demostrando infatigablemente a los obreros que la neutralidad política es conscientemente cultivada entre ellos por la burguesía y por sus agentes, a fin de desviar al proletariado de la lucha organizada por el socialismo.

8. La antigua subdivisión clásica del movimiento obrero en tres formas (partidos, sindicatos, cooperativas) ha cumplido su ciclo. La revolución proletaria en Rusia dio origen a la forma esencial de la dictadura del proletariado, los soviets. La nueva división que nosotros reivindicamos en todas partes es la siguiente: 1° el partido; 2° el soviet; 3° el sindicato.

Pero el trabajo en los soviets, así como en los sindicatos de industria convertidos en revolucionarios, debe ser invariable y sistemáticamente dirigido por el partido del proletariado, es decir por el Partido Comunista.

En cuanto vanguardia organizada de la clase obrera, el Partido Comunista responde igualmente a las necesidades económicas, políticas y espirituales de toda la clase obrera. Debe ser el alma de los sindicatos y de los soviets, así como de todas las otras formas de organización proletaria.

La aparición de los soviets, forma histórica principal de la dictadura del proletariado, de ningún modo disminuye el papel dirigente del Partido Comunista en la revolución proletaria. Cuando los comunistas alemanes de “izquierda” (véase su Manifiesto al proletariado alemán del 14 de abril de 1920, firmado por el “Partido Obrero Comunista alemán”) declaran que “el partido debe también adaptarse cada vez más a la idea soviética y proletarizarse” (*Kommunistische Arbeiterzeitung*, n° 54), vemos en ella una expresión insinuante de la idea de que el Partido Comunista debe basarse en los soviets y que estos pueden reemplazarlo.

Esta idea es profundamente errónea y reaccionaria. La historia de la revolución rusa nos muestra en cierto momento a los soviets oponiéndose al partido proletario y sosteniendo a los agentes de la burguesía. Lo mismo pudo observarse en Alemania y también es posible en otros países.

Para que los soviets puedan realizar su misión histórica, la existencia de un Partido Comunista lo suficientemente fuerte como para no “adaptarse” a los soviets sino ejercer sobre ellos una influencia decisiva, obligarlos a “no adaptarse” a la burguesía y a la socialdemocracia oficial, conducirlos por medio de esta fracción comunista, es, por el contrario, necesario.

9. El Partido Comunista no es solamente necesario a la clase obrera *antes* y *durante* la conquista del poder sino también *después* de ella. La historia del Partido Comunista ruso, que detenta desde hace tres años el poder, demuestra que el papel del Partido Comunista, lejos de disminuir a partir de la conquista del poder, aumenta considerablemente.
10. Cuando se produce la conquista del poder por el proletariado, el partido del proletariado sólo constituye una fracción de la clase [trabajadora]. Pero es la fracción que ha organizado la victoria. Durante veinte años, como ya lo hemos visto en Rusia, desde hace varios años, como lo hemos visto en Alemania, el Partido Comunista lucha no solamente contra la burguesía sino también contra aquellos socialistas que en realidad no hacen sino manifestar la influencia de las ideas burguesas sobre el proletariado. El Partido Comunista ha asimilado a los militantes más abnegados, más educados, más progresistas de la clase obrera. Y la existencia de semejante organización proletaria permite superar todas las dificultades con que se enfrenta el Partido Comunista a partir del día siguiente de la victoria. La organización de un nuevo ejército rojo proletario, la abolición efectiva del mecanismo gubernamental burgués y la creación de los primeros lineamientos del aparato gubernamental proletario, la lucha contra las tendencias corporativistas de ciertos grupos obreros, la lucha contra el patriotismo regional y el espíritu localista, los esfuerzos tendentes a crear una nueva disciplina del trabajo son otros tantos dominios donde el Partido Comunista, cuyos miembros atraen con su vivo ejemplo a las masas obreras, debe decir la palabra decisiva.
11. La necesidad de un partido político del proletariado sólo desaparecerá con las clases sociales. En la marcha del comunismo hacia la victoria definitiva, es posible que la relación específica existente entre las tres formas

esenciales de la organización proletaria contemporánea (partidos, soviets, sindicatos de industria) sea modificada y que un tipo único, sintético, de organización obrera se cristalice poco a poco. Pero el Partido Comunista sólo se disolverá completamente en el seno de la clase obrera cuando el comunismo deje de ser el eje de la lucha social, cuando toda la clase obrera sea comunista.

12. El 2º Congreso de la Internacional Comunista debe no solamente confirmar al partido en su misión histórica sino también indicar al proletariado internacional al menos los lineamientos esenciales del partido que nos es necesario.
13. La Internacional Comunista considera que, sobre todo en la época de la dictadura del proletariado, el Partido Comunista debe estar basado en una inquebrantable centralización proletaria. Para dirigir eficazmente a la clase obrera en la guerra civil larga y tenaz que se avecina, el Partido Comunista ruso, que durante tres años dirigió con éxito a la clase obrera a través de las peripecias de la guerra civil, ha demostrado que sin la mayor disciplina, sin una centralización efectiva, sin una confianza absoluta de los adherentes con respecto al núcleo dirigente del partido, la victoria de los trabajadores es imposible.
14. El Partido Comunista debe estar basado en una centralización democrática. La constitución mediante elecciones de los comités secundarios, la sumisión obligatoria de todos los comités al comité superior y la existencia de un centro provisto de plenos poderes cuya autoridad no puede, en el intervalo entre los congresos del partido, ser cuestionada por nadie, esos son los principios esenciales de la centralización democrática.
15. Toda una serie de partidos comunistas en Europa y en América son puestos por el estado de sitio fuera del marco de la legalidad. Es conveniente recordar que el principio electivo puede sufrir, bajo esas condiciones, algunos inconvenientes y que puede ser necesario acordar [con] los órganos directivos del partido el derecho a designar nuevos miembros. Así ocurrió en Rusia. Durante el estado de sitio, el Partido Comunista evidentemente no puede recurrir al referéndum democrático siempre que se plantee un problema grave (como pretendía un grupo de comunistas norteamericanos). Por el contrario, debe dar a su núcleo dirigente la posibilidad y el derecho de decidir rápidamente, en el momento oportuno, en nombre de todos los miembros del partido.

16. La reivindicación de una amplia “autonomía” para los grupos locales del partido en este momento no puede sino debilitar las filas del Partido Comunista, disminuir su capacidad de acción y favorecer el desarrollo de las tendencias anarquistas y pequeñoburguesas opuestas a la centralización.

17. En los países donde el poder se halla todavía en manos de la burguesía o de la socialdemocracia contrarrevolucionaria, los Partidos Comunistas deben yuxtaponer sistemáticamente la acción legal y la acción clandestina.

Esta última siempre debe controlar efectivamente a la primera. Los grupos parlamentarios comunistas, al igual que las fracciones comunistas que operan en el seno de las diversas instituciones estatales, tanto centrales como locales, deben estar totalmente subordinados al Partido Comunista, cualquiera sea la situación, legal o no, del partido. Los funcionarios que de una u otra manera no se someten al Partido Comunista, deben ser expulsados. La prensa legal (diarios, ediciones diversas) debe depender en todo y para todo del conjunto del partido y de su Comité Central.

18. En toda acción organizativa del partido y de los comunistas, la piedra angular debe estar centrada en la organización de una célula comunista en todos aquellos lugares donde haya algunos proletarios o semiproletarios.

En todo soviét, en todo sindicato, en toda cooperativa, en todo taller, en todo comité de inquilinos, debe ser inmediatamente organizada una célula comunista. La organización comunista es el único camino que permite a la vanguardia de la clase obrera arrastrar tras de sí a la clase obrera. Todas las células comunistas que actúan en las organizaciones políticamente neutrales están absolutamente subordinadas al partido en su conjunto, ya sea la acción del partido legal o ilegal. Las células comunistas deben estar organizadas en una estricta dependencia recíproca, a establecer de modo más preciso.

19. El Partido Comunista surge casi siempre en los grandes centros, entre los trabajadores de la industria urbana. Para asegurar a la clase obrera la victoria más fácil y más rápida, es indispensable que el Partido Comunista no sea exclusivamente un partido urbano. Debe extenderse también al campo, y con ese objetivo, dedicarse a realizar la propaganda y la organización de los jornaleros agrícolas, de los campesinos pobres y me-

dios. El Partido Comunista debe proseguir con especial cuidado la organización de células comunistas en las aldeas.

La organización internacional del proletariado sólo puede fortalecerse si esta forma de considerar el papel del Partido Comunista es admitida en todos los países donde viven y luchan comunistas. La Internacional Comunista invita a todos los sindicatos que aceptan los principios de la III Internacional a romper con la Internacional amarilla. La Internacional Comunista organizará una sección internacional de los sindicatos rojos que adhieran al comunismo. La Internacional Comunista no rechazará la ayuda de toda organización obrera políticamente neutral deseosa de combatir contra la burguesía. Pero la Internacional Comunista no dejará de probar a los proletarios del mundo:

- 1) que el Partido Comunista es el arma principal, esencial, de la emancipación del proletariado; ahora debemos contar en todos los países ya no con grupos y tendencias sino con un Partido Comunista;
- 2) que en cada país sólo debe existir un solo y único Partido Comunista;
- 3) que el Partido Comunista debe estar basado en el principio de la más estricta centralización y debe instituir en su seno, en la época de la guerra civil, una disciplina militar;
- 4) que en todos los lugares donde haya una docena de proletarios o de semiproletarios el Partido Comunista debe tener su célula organizada;
- 5) que en toda organización apolítica debe haber una célula comunista estrictamente subordinada al partido;
- 6) que al mismo tiempo que defiende inquebrantablemente el programa y la táctica revolucionaria del comunismo, el partido debe mantener las relaciones más estrechas con las organizaciones de las grandes masas obreras y debe defenderse tanto contra el sectarismo como contra la falta de principios.

\*\*\*

## RELACIÓN ENTRE EL PARTIDO Y LAS OTRAS INSTITUCIONES

Nahuel Moreno

Este texto forma parte del libro de Moreno escrito en el año 1979, titulado “*La dictadura revolucionaria del proletariado*”. Es un libro que polemiza con el documento de Ernest Mandel, titulado “*Democracia socialista y dictadura del proletariado*”.

\*

Podemos resumir lo anterior diciendo que la movilización permanente no sirve por sí sola y que, necesariamente, tiene que estar ligada a instituciones. El problema es saber cuál es la institución determinante. La mayoría del SU sostiene que, sin ninguna duda, es la soviética; que los soviets son los que toman el poder junto a misteriosos partidos soviéticos que, aparentemente, son todos los del país, incluidos los contrarrevolucionarios.

En la primera tesis de la resolución, en el subpunto e), se precisa con claridad que “los marxistas revolucionarios también deducen de él que la clase obrera **sólo puede ejercer el poder del estado en el marco de instituciones estatales de un tipo diferente a las del estado burgués, es decir, instituciones fundadas en consejos de trabajadores (soviets) soberanos y democráticamente elegidos y centralizados**, con las características fundamentales precisadas por Lenin en *El estado y la revolución*: elección de todos los funcionarios”, etc. (SU, 1977).<sup>2</sup> Y continúan detallando los distintos métodos de elección, de rotación de funcionarios, formas de pago, etcétera.

<sup>2</sup>“Democracia Socialista y Dictadura del Proletariado”, pág. 1.

En todas estas indicaciones, que parecen elaboradas por un abogado, están considerados prácticamente todos los aspectos de una organización estatal. Pero en ninguna parte se dice cuál es **el papel del partido marxista revolucionario en la revolución, la toma del poder y la dictadura del proletariado**. Y, por lo tanto, no se indica tampoco qué relación tendrá con otras organizaciones, por ejemplo, con los soviets.

No es casual que para hacer su código escogieran de entre los libros marxistas *El estado y la revolución*, de Lenin, y no lo que él y Trotsky escribieron después de la Revolución Rusa, cuando sus teorizaciones tenían que ver con las modificaciones impuestas por la realidad. El SU no toma para nada en cuenta el enriquecimiento de la teoría marxista del estado y la revolución que produjo la Revolución de Octubre. Después que tomaron el poder, los jefes de la revolución se dieron cuenta de que el Partido era la institución más importante para desarrollar y consolidar la dictadura del proletariado; que el poder tenía que estar en manos del Partido, apoyado en los soviets. Lenin comenzó a insistir en que el factor decisivo de la dictadura del proletariado era el monopolio estatal por parte del Partido Comunista.

Trotsky, en 1924, se pronunciaba contra el frente único con los otros partidos soviéticos para tomar el poder, subrayando y aprobando la monopolización del poder por parte del Partido Comunista en su relación con los soviets y con los otros partidos.

Porque si los soviets no están dirigidos por ese partido, no son los de una dictadura revolucionaria sino algo completamente inestable; son soviets que a la larga pueden terminar apuntando hacia la contrarrevolución. Recordemos las palabras de Trotsky refiriéndose a los soviets kerenskistas:

*La inestabilidad de los soviets conciliadores residía en el carácter democrático de tal coalición de obreros, campesinos y soldados, que ejercían un semipoder. Les quedaba la alternativa de ver disminuir su papel hasta la extinción o asumir el poder de veras. Pero no podían asumirlo como coalición de obreros y campesinos representados por diferentes partidos sino como dictadura del proletariado dirigida por un partido único que se atrajera a las masas campesinas, empezando por los elementos semiproletarios (Trotsky, 1924).<sup>3</sup>*

■■■■  
<sup>3</sup> *Lecciones de Octubre*, pág. 20.

Y ya bajo la dictadura estalinista, en 1930, precisaba:

*¿Cuál es la base del régimen de la URSS? Recapitulemos los elementos esenciales: a) el sistema soviético como forma estatal; b) la dictadura del proletariado como contenido de clase de dicha forma estatal; c) el papel dirigente del partido, **en cuyas manos se concentran todos los elementos de la dictadura**; d) el contenido económico de la dictadura proletaria: nacionalización de la tierra, los bancos, las fábricas, el sistema de transporte, etc., y el monopolio del comercio exterior; e) el puntal militar de la dictadura: el Ejército Rojo.*

*Todos estos elementos están muy estrechamente vinculados entre sí, y la eliminación de cualquiera de ellos puede provocar el derrumbe de todo el sistema. En la actualidad, el eslabón más débil de la cadena es indudablemente el Partido, **pieira fundamental del sistema** (Trotsky, 1930).<sup>4</sup>*

Es decir, para Trotsky y Lenin, el Partido Comunista era el elemento esencial de la dictadura del proletariado en la URSS. En ninguna parte se señalan como fundamentales los soviets. Sólo se subraya que es la forma estatal y que, en la combinación de instituciones y relaciones de producción que caracterizan el régimen de la dictadura del proletariado, el punto clave es el Partido Comunista.

Las dos categorías fundamentales y permanentes de todo proceso revolucionario (ya sea bajo la dictadura del proletariado o bajo el dominio burgués) son, por un lado, la clase obrera con sus aliados y sus movilizaciones, y, por el otro, el **Partido Marxista Revolucionario**. Que existan permanentemente no quiere decir que su grado de desarrollo sea siempre el óptimo; puede haber una gran movilización con un partido todavía incapaz de dirigirla, por ejemplo. Pero son las únicas constantes. En cambio, los sindicatos, comités de fábrica, comisiones obreras, soviets, etc., aparecen y desaparecen según los países y las etapas de la lucha de clases. Los elementos fundamentales, partido y movilización, establecen mediaciones a través de distintas organizaciones.

La famosa analogía que hizo Trotsky sobre los engranajes, sobre las ruedas dentadas, no sólo sirve para antes de la toma del poder sino también para después.

<sup>4</sup> “A los camaradas búlgaros”, *Escritos*, Tomo II, vol. 1, pág. 63.

En ella decía que entre el partido revolucionario y las masas no se establece una relación directa sino a través de organizaciones distintas del Partido, más amplias, masivas e intermediarias, como el soviét, el comité de fábrica o el sindicato. Y la forma soviética, a pesar de sus inmensas ventajas, a pesar de ser la fórmula organizativa más dinámica y amplia del movimiento de masas en lucha, muy superior al sindicato y al comité de fábrica, no es más que un engranaje privilegiado de aquél, pero un engranaje al fin.

*Los consejos representan una **forma organizativa**, tan sólo una **forma** (...), mientras que con el partido revolucionario sucede todo lo contrario... no es, en modo alguno, una forma (Trotsky, 1935).<sup>5</sup> (Subrayado en el original.)*

Dicho de otra manera, la revolución la hacen los trabajadores movilizados revolucionariamente con sus organizaciones de masas, pero el poder y la dirección los tiene el partido revolucionario.

Una vez en el poder, el Partido utiliza los engranajes organizativos más adecuados para cada etapa de la lucha de clases, sin hacer un fetiche de ninguno de ellos, sean soviets, comités de fábrica, comités de obreros sin partido, ejércitos rojos, sindicatos, tal como lo hicieron Lenin y Trotsky en los primeros años de la Revolución de Octubre para facilitar y organizar la movilización permanente de las masas rusas.

## **El papel del partido en la revolución y la dictadura obrera**

Decimos que el SU minimiza la importancia del factor subjetivo. Trotsky ha tratado extensamente este tema, y nos enseñó que es algo que distingue a todas las corrientes oportunistas.

*El oportunismo, que vive consciente o inconscientemente bajo la sugestión de la época pasada, se inclina siempre a menospreciar el rol del factor subjetivo, es decir, la importancia del partido revolucionario y de su dirección. Esto se hace sentir en las discusiones que se produjeron acerca de las lecciones del octubre alemán, del comité anglo-ruso y de la revo-*

■■■■  
<sup>5</sup> “The ILP and the Fourth International”, *Writings* (1935/1936), pág. 147.

*lución china. En todas esas ocasiones, como en otras menos importantes, la tendencia oportunista siguió una línea política que contaba directamente con las ‘masas’ y, por consiguiente, olvidaba los problemas de la dirección revolucionaria. Esta manera de abordar la cuestión, en general falsa desde el punto de vista teórico, es particularmente funesta durante la época imperialista (Trotsky, 1928).<sup>6</sup>*

También lo consideró un rasgo esencial del anarquismo:

*La incoherencia y, en última instancia, el carácter reaccionario de todo tipo de anarquistas y anarcosindicalistas consiste, precisamente, en que no entienden la importancia decisiva del partido revolucionario, especialmente en la etapa superior de la lucha de clases, en la época de la dictadura proletaria (Trotsky, 1931).<sup>7</sup>*

Efectivamente, el SU en este punto cae en el oportunismo, en el revisionismo, en el anarquismo, en el ultraizquierdismo. En lo único en lo que no cae es en el trotskismo. Nuestra “religión”, si es que tenemos alguna, es la del papel fundamental que juega el partido en la etapa de transición, antes y después de la toma del poder. El SU la cambió ahora por la de los soviets. Pero:

*(...) si el partido se separara (quedara excluido) del sistema soviético, este no tardaría en derrumbarse (Trotsky, 1930).<sup>8</sup>*

¿Cómo es que el SU no dice, aunque sea de pasada, que la revolución la dirige el partido? Un próximo documento debería decir claramente si ha abandonado o no su ferviente convicción de que esta explicación de Trotsky es válida para todo tiempo y lugar:

*Una caldera a vapor, aunque se la maneje mal, puede rendir mucho servicio durante largo tiempo. En cambio, el manómetro es un instrumento muy delicado al que cualquier impacto arruina rápidamente. Con un manómetro inservible, la mejor caldera puede explotar.*

■ ■ ■ ■ ■  
<sup>6</sup> Stalin, *el gran organizador de derrotas*, pág. 153.

<sup>7</sup> “Problemas del desarrollo de la URSS”, *Escritos*, Tomo II, vol. 2, págs. 306 y 307.

<sup>8</sup> “A los camaradas búlgaros”, *Escritos*, Tomo II, vol. 1, pág. 64.

*Aun si el partido fuera un instrumento de orientación como el manómetro o la brújula de un barco, su mal funcionamiento acarrearía grandes dificultades. Pero más que eso, el partido es la parte más importante del mecanismo gubernamental. La caldera soviética puesta en marcha por la Revolución de Octubre es capaz de realizar un trabajo gigantesco aun con malos mecánicos. Pero el mal funcionamiento del manómetro plantea constantemente el peligro de que explote toda la máquina (Trotsky, 1931).<sup>9</sup>*

Por razones objetivas, y por lo tanto ajenas a la voluntad de los marxistas, la clase obrera en su totalidad no puede hacer la revolución y ejercer el poder inmediatamente después de haberlo tomado. Trotsky es diáfano y claro al respecto:

*Una revolución es 'hecha' directamente por una **minoría**. El éxito de una revolución es posible, sin embargo, solamente cuando esta minoría encuentra más o menos apoyo, o por lo menos una neutralidad amistosa, de parte de la mayoría. El cambio en las diferentes etapas de la revolución, como la transición de la revolución a la contrarrevolución, está determinado directamente por relaciones políticas variables entre la minoría y la mayoría, entre la vanguardia y la clase (Trotsky, 1938).<sup>10</sup>*  
(Subrayado en el original.)

Podemos lamentarnos tanto como queramos, pero la realidad de la lucha de clases contemporánea hace que sea así. Esta es la diferencia más importante que hay entre las revoluciones y dictaduras burguesas y las proletarias.

Cuando la burguesía llegó al poder era, de hecho, la clase dominante en lo económico y cultural. Por eso no tuvo necesidad de partidos políticos para lograr el poder, pues se apoyó en el parlamento, la universidad y su capacidad de controlar la economía. Más aún, logró que sectores religiosos y nobles se pasaran a su lado, y consiguió utilizar la movilización de las masas plebeyas en su favor, aburguesando a sectores de la misma. Todo apuntaba a consolidar su dominio económico y cultural, y transferirlo al plano del estado y la política.

<sup>9</sup>“Problemas del desarrollo de la URSS”, *Escritos*, Tomo II, vol. 2, pág. 309.

<sup>10</sup>“Alarma por Kronstadt”, *Escritos*, Tomo IX, vol. 1, págs. 202 y 203.

Durante siglos, este fortalecimiento evolutivo fue un proceso paralelo al debilitamiento de su enemigo, el feudalismo. Así, esta clase adquirió homogeneidad, fuerza y conciencia de sus intereses. Con la clase obrera ocurre lo contrario: no aumenta su dominio económico y cultural a medida que pasan los años. El sistema monopolista e imperialista, penetrando por los poros de la clase obrera, la corrompe, la aristocratiza y la incorpora, junto con sus direcciones tradicionales, a las instituciones burguesas. Este veneno penetra por la educación, la prensa escrita, la radio y la televisión.

Aquello que logró la burguesía –poder efectivo antes del gobierno– es inaccesible para la clase obrera. El capitalismo trata de impedir que ella sea cada vez más revolucionaria, consciente de sí misma, de su ubicación en la sociedad. El imperialismo ha logrado impedir el desarrollo de esta conciencia.

Lógicamente, este es un proceso altamente contradictorio, en el cual el capitalismo no logra objetivos hasta donde quisiera porque del otro lado están la clase obrera con sus movilizaciones, y el partido tratando de desarrollar la conciencia revolucionaria. Si no fuera así, no habría posibilidades de revolución obrera. Las contradicciones capitalistas e imperialistas a nivel mundial hacen que, en determinados momentos y países, los trabajadores se movilicen revolucionariamente contra los explotadores.

De todos modos, el surgimiento de una situación revolucionaria en un país no deja de ser excepcional. Cuando se da, es porque ha habido implacables necesidades objetivas y no un proceso de maduración evolutivo de la conciencia y la organización de la clase. Contra la visión simplista de la realidad que "... pinta la situación como si el momento de iniciación de la revolución dependiera exclusivamente del grado de esclarecimiento del proletariado y no de toda una serie de factores nacionales, internacionales, económicos y políticos y, particularmente, del efecto de las privaciones sobre los sectores más empobrecidos de las masas", nos permitimos parafrasear a Trotsky diciendo: "(...) con permiso" de los camaradas de la mayoría del SU, "las privaciones de las masas siguen siendo el más poderoso resorte de la revolución proletaria" (Trotsky, 1920).<sup>11</sup> A pesar de esas crisis, la clase obrera sigue siendo muy inferior a la burguesa en cuanto a su nivel cultural y, principalmente, en cuanto a su conciencia. Nada lo refleja mejor que la existencia de multitudinarios partidos reformistas y el apoyo que el proletariado da al

<sup>11</sup> "On the Policy of the KAP", The First Five Years of the Communist International, vol. 1, pág. 150.

partido demócrata norteamericano. Este proceso contradictorio se manifiesta en las relaciones entre los partidos revolucionarios, los reformistas y los burgueses.

Por todo lo anterior, el proletariado no puede tomar el poder sólo a través de organizaciones o instituciones que lo abarcan de conjunto, lo que sería lo mismo que decir todo el proletariado. Es una clase que está y seguirá estando dividida en sectores antagónicos durante la toma del poder y aún bajo la dictadura del proletariado.

Habrà una minoría consciente del proyecto revolucionario, otros que serán neutrales, y también los que seguirán prisioneros de la ideología burguesa o reformista y, por lo tanto, serán contrarrevolucionarios.

Aquella unidad, poderío y dominio que la burguesía tenía antes de tomar el poder, la clase obrera los logrará, pero después de llegar a él. Siempre que se acerque el momento de la revolución obrera, de la toma del poder y de su dictadura, la clase proletaria y sus partidos se verán desgarrados por tremendas contradicciones y divisiones político-organizativas, como consecuencia del enorme peso de la ideología burguesa que impera en sus filas.

El partido que logre acaudillarla será el único que podrá suplir estas graves rémoras de la clase obrera. Todas las desventajas del proletariado frente a la burguesía son compensadas cuando surge una minoría consciente, férreamente organizada en su partido, que dirige el proceso combatiendo a los sectores obreros que están contra la revolución, y ganando el apoyo o la neutralidad de la mayoría. La clase obrera puede compensar las desventajas que tiene frente a la burguesía si logra un gran desarrollo del factor consciente, subjetivo, es decir, si su vanguardia construye un fuerte y sólido partido marxista revolucionario. Porque “el partido es el arma política suprema” que corporizará “las potencialidades y el futuro de la revolución” (Trotsky, 1930).<sup>12</sup>

Todas las dictaduras y revoluciones proletarias triunfantes que se han dado en este siglo [xx] han sido revoluciones y dictaduras de un partido; jamás de los sindicatos, los soviets, los comités de fábrica o de campesinos. O sea, jamás han sido dictaduras de todos los obreros y trabajadores; siempre lo han sido de una minoría férreamente organizada, que tiene el apoyo o la neutralidad más o menos activa de la mayoría.

■■■■  
<sup>12</sup> “Carta abierta al Partido Comunista de la URSS”, *Escritos*, Tomo I, vol. 3, pág. 787.

Así lo explica, magistralmente, Trotsky:

*En las revoluciones burguesas han desempeñado la conciencia, la preparación y el método un papel mucho menor que el que están llamadas a desempeñar y desempeñan ya en la revolución del proletariado. La fuerza motriz de la revolución burguesa era también la masa; pero mucho menos consciente y organizada que ahora. Su dirección estaba en manos de las diferentes fracciones de la burguesía, que disponía de la riqueza, de la instrucción y de la organización (municipios, universidades, prensa, etc.). La monarquía burocrática se defendía empíricamente, obraba al azar. La burguesía elegía el momento propicio para echar todo su peso social en el platillo de la balanza y apoderarse del poder, explotando el movimiento de las masas populares.*

*Pero en la revolución proletaria no sólo implica el proletariado la principal fuerza combativa, sino también la fuerza dirigente con la personalidad de su vanguardia. Su partido es el único que puede en la revolución proletaria desempeñar el papel que en la revolución burguesa desempeñaba la potencia de la burguesía, su instrucción, sus municipios y sus universidades. Resulta tanto más importante este papel cuanto que se ha acrecentado de manera formidable la conciencia de clase de su enemigo (Trotsky, 1924).<sup>13</sup>*

\*\*\*

## INTERVENCIÓN EN EL TERCER CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA, 1921

V.I. Lenin

Yo no descarto en absoluto que la revolución pueda ser iniciada también por un partido muy pequeño y llevada hasta la victoria. Pero es preciso conocer los métodos para ganar a las masas para sí. Para eso, es necesario preparar a fondo la revolución. Pero vemos que hay camaradas que afirman: es preciso renunciar inmediatamente a la exigencia de conquistar “grandes”

<sup>13</sup> Lecciones de Octubre, págs. 70 y 71.

masas. Es preciso luchar contra estos camaradas. En ningún país ustedes conseguirán la victoria sin una preparación a fondo. Es suficiente un partido muy pequeño para conducir a las masas. En determinados momentos no hay necesidad de grandes organizaciones.

Pero para la victoria es preciso contar con la simpatía de las masas. No siempre es necesaria la mayoría absoluta; pero para la victoria, para mantener el poder, es imprescindible no solamente la mayoría de la clase obrera (empleo aquí el término “clase obrera” en el sentido europeo occidental, o sea, en el sentido de proletariado industrial), sino también la mayoría de la población rural explotada y trabajadora.

\*\*\*

## DOCUMENTO NACIONAL DEL MAS DE ARGENTINA, 1988\*

### Partido de vanguardia con elementos de influencia de masas

En el Congreso de 1985 nos definimos como un partido de vanguardia en avance, consolidación y extensión nacional, asentado en los barrios y zonas obreras, y que era uno de los cuatro mayores de la izquierda, con el PI [Partido Intransigente] y el PC y la izquierda peronista (teniendo más votos o militantes que ellos, llevando ventaja por la estructuración en el movimiento obrero).

La etapa, como señaló Moreno en *Problemas de Organización*, nos da una “oportunidad histórica de esas que se presentan cada 30 o 40 años”, de ganar influencia de masas y luchar por la dirección. Pero para la coyuntura que, dentro de la etapa se atravesaba en 1985, analizamos que podríamos ganar influencia de masas haciéndonos fuertes en la emergente vanguardia obrera. No obstante, veíamos limitado el desarrollo de nuestra influencia política en el período por los competidores de izquierda, que eran mediaciones agregadas a la mayor de todas: la conciencia peronista de las masas.

La realidad confirmó, pero en parte también superó aquel análisis de coyuntura. El partido adquirió, en efecto, elementos de influencia sindical de

■■■■  
\* Documento traducido del portugués.

masas, pero también una importante influencia política, convirtiéndose, dentro de la izquierda, en el primero del movimiento obrero, el segundo en las elecciones y el único que crece y avanza.

Es así que, alcanzadas y en parte superadas las perspectivas coyunturales de 1985, hoy debemos definirnos como **partido de vanguardia con elementos de influencia sindical y política de masas**, en avance y consolidación, extendido nacionalmente, estructurado y asentado en el movimiento obrero y popular, y el principal de la izquierda.

## El salto partidario

### *Influencia política*

Los resultados electorales muestran que el MAS superó al PC y tiende a alcanzar al PI (la izquierda peronista se marginó, la mayor parte detrás de Cafiero, y algunas fracciones detrás del PC).

Nuestro partido es el único que crece por la izquierda, mientras por el otro extremo lo hace la derecha.

En las elecciones de 1983 el PI nos superó por 8 a 1; en 1985: 3 por 1 (el Frente del Pueblo, que entonces formábamos con el PC); y en 1987 la proporción fue PI 1,5 y MAS, 1.

En 1983 el PC nos superaba por 3 a 1 (proporción que aceptábamos para distribuir las candidaturas comunes del Frente del Pueblo). En 1987 superamos levemente al FRAL (Frente del PC y otras fuerzas).

El MAS aumentó cuatro veces su votación entre 1983 y 1987, reflejando la inserción en sectores de masas, en las luchas obreras y populares y en la vanguardia que está construyendo la nueva dirección. Los 230.000 votos nacionales, que nos pusieron como quinto partido del país, provienen de una franja de trabajadores que rompió con el peronismo por la izquierda.

La mayor parte se obtuvo en el cordón industrial de Buenos Aires, donde está la mayoría de proletariado argentino, con porcentajes situados entre 3 y 6%. Eso nos convirtió en la tercera fuerza (atrás del peronismo y del radicalismo) en La Matanza (el distrito más poblado y más obrero del país), Merlo, San Vicente, Florencio Varela y Ensenada (distritos que son “dormitorios obreros”) y en varias otras localidades. El sondeo de votos en las fábricas del Gran Buenos Aires nos dio más de 10% (20% en Acindar, San Justo y cervecería Quilmes, y 14% en la Insad Merlo).

Por su parte, los 50.000 votos alcanzados en la Capital Federal mostraron que otros sectores populares (estudiantes, intelectuales, derechos humanos, etc.), también nos apoyaron. 80% de la votación nacional fue en la lista completa y representa una adhesión total al MAS y al programa.

### ***Resultados estudiantiles***

Confirmando el mismo cuadro, las elecciones universitarias de Buenos Aires mostraron que el MAS crece por la izquierda y la Unión de Centro Democrático (UCD), por la derecha. Pasamos a ser una corriente minoritaria, pero con peso objetivo (nueve congresales y un miembro en la Junta Ejecutiva de la Federación Universitaria de Buenos Aires – FUBA), y también aquí la más dinámica de la izquierda.

El MAS subió de 2% (1983) a 4,7% (1987), llegando en las facultades de ciencias humanas, donde el movimiento estudiantil es más politizado, a 14,4% (más que el PI y el PC).

El PI dirigía tres centros de estudiantes y ahora dirige uno. Debido a la alianza que estableció en 1987 con el peronismo perdió 7% en relación con los votos que habían obtenido por separado en 1986.

El PC no pudo presentarse en varias facultades. Obtuvo 4% (menos que nosotros). En 1983 tenía 7,9% (casi cuatro veces más que nosotros).

### ***Influencia sindical***

En 1985 nuestra intervención en las luchas y elecciones sindicales nos habían dado una influencia sindical ya notable. Analizamos que, orientándonos para el nuevo fenómeno de los delegados y de las comisiones internas, y, secundariamente a las elecciones sindicales, podíamos extender y ganar influencia sindical de masas. Definimos esta de la siguiente manera: “Que dirijamos sindicalmente sectores importantes del movimiento obrero, sindicatos enteros, regionales, grandes fábricas; que como dirección o codirección lleguemos a decenas de miles de trabajadores”.

Aplicando esa orientación alcanzamos elementos de influencia sindical de masas, que se combinan con la influencia política.

Estamos en 66 de las 122 empresas industriales y de la construcción con más de 500 obreros, de todo el país. Significa que llegamos a 54%, promedio

que se eleva a 75% en el Gran Buenos Aires. Con 87 delegados y miembros de internas, así como con equipos de militantes y simpatizantes, influenciámos, codirigimos y, en algunos casos, dirigimos estas 66 empresas.

Estamos en las diez mayores fábricas del Gran Buenos Aires, con 17.200 trabajadores. En 1985 llegamos a seis y teníamos influencia sindical en tres. Hoy, somos codirección en diez, dominando secciones y entre 20 y 40% de los cuerpos de delegados.

En el sindicato docente, que votamos priorizar, partimos, en 1985, de unos cuarenta militantes con trabajos sobre 14 lugares. Sin contar los profesores universitarios, hoy tenemos unos 400 militantes, con trabajo sobre 52 lugares de casi todo el país. Nuestra corriente es dirección alternativa, obtuvo entre 13 y 33% en las elecciones distritales de 1987; ganó votaciones en la base y en congresos nacionales y ocupa puestos de dirección en distritos con 19.000 profesores, así como cargos en la dirección nacional del sindicato.

En ATSA (trabajadores de la salud de la Capital y parte del Gran Buenos Aires) dirigimos o codirigimos siete de los nueve grandes establecimientos del sindicato, que son los determinantes del mismo, y emplean 7.600 trabajadores. En las elecciones de delegados obtuvimos 30% en promedio y, en el caso de uno de los principales hospitales, 60%. Tenemos alrededor de 200 militantes.

En el área de servicios y empresas del Estado somos parte de una nueva dirección del Sindicato Nacional de Señaleros Ferroviarios (2.000 trabajadores) y de las nuevas direcciones de varias fábricas, secciones y reparticiones.

Durante 1987 participamos en todas las elecciones sindicales que se realizaron, en la mayor parte de los casos con listas impulsadas incluso por el partido. Obtuvimos desde un piso próximo a 10% y más.

Durante 1984 las elecciones sindicales habían dado lugar a listas amplias de oposición a la burocracia dominante, en las cuales participamos y en varios casos ganamos (ATE, saneamiento, carne) y en otros (Unión del Transporte Automotor – 10%, subterráneos – 45%, Unión Ferroviaria Ramal Sarmiento – 12%, Unión Ferroviaria Ramal Roca – 10%, Unión Ferroviaria Ramal Mitre – 5,5%, petroleros de capital – 8%, señaleros ferroviarios – 30%).

Durante 1987 la lista que integramos en los señaleros mantuvo esa característica de oposición amplia y ganó con 85%.

Otras tuvieron un perfil izquierdista, como las que formamos con el PC (UF Sarmiento – 24%, UF Roca – 10%), con el Partido Obrero (PO), SUPE Capital – 8%) y otras fuerzas (profesores, secundarios de San Juan – provincia del Oeste), donde ganamos el sindicato.

En los otros casos, que son la mayoría, las listas fueran impulsadas exclusivamente por el MAS y miden más claramente nuestra influencia sindical y política: ATE (Asociación de Trabajadores del Estado) – 9,5% (única lista opositora); subterráneos – 25% (superando a la izquierda peronista que en 1984 nos acompañaba); UF Mitre – 7,5% (superando al PC-FRAL (Frente Amplio de Liberación); AMET – 13% (única lista opositora); profesores de Bariloche – 19%; profesores de Cipolletti – 15%; profesores de Rawson – 33%; APUBA (profesores universitarios) – 11% (en 1984 no habíamos intervenido); UTA - 8%.

### ***Los bastiones del MAS***

Nuestra influencia sindical es también política. Eso se demuestra en que el partido es recibido con los brazos abiertos en las luchas; en que nuestros panfletos partidarios inciden en las decisiones sindicales de los trabajadores (por ejemplo, en el plan de lucha de la Unión Obrera Metalúrgica – UOM incidieron para que muchas fábricas desacatasen); en el inmenso hecho sintomático de que miles de trabajadores votaron en las urnas del MAS puestas en las puertas de los establecimientos; en su posición respecto de la huelga de la CGT; y en que una alta proporción de los compañeros de nuestras corrientes sindicales votan y apoyan al MAS.

Pero donde se demuestra mejor ese entrelazamiento de la influencia sindical y política es en la existencia de lo que llamamos “bastiones del MAS”. En varias fábricas, secciones, hospitales, colegios y facultades el partido conquistó dirigentes sindicales reconocidos por la base, por haber conducido las luchas. Pero ese reconocimiento es también político. En estos lugares la patronal y la burocracia han querido expulsarnos y la base hizo huelgas para defendernos. Son lugares donde circulan fuertemente el periódico y los volantes, y los compañeros apoyan nuestras campañas políticas.

Esos “bastiones”, conquistados alrededor de los dirigentes de las luchas que hoy están en el partido, son una gran victoria y muestran que, en una pelea dura, es posible continuar conquistándolos. (...)

## Conclusiones

Podríamos sintetizar así esta parte del balance de actividades:

- 1) Desde el anterior congreso hasta este, la profundización de la situación revolucionaria nos abrió nuevas oportunidades para construir nuestro partido y luchar para ganar la dirección de la clase obrera y el movimiento de masas. Esas oportunidades fueron, antes que nada, las grandes luchas: las olas de luchas reivindicativas y antiburocráticas de los trabajadores, las luchas de otros sectores sociales y, ciertamente, la Semana Santa. Junto a las luchas, la crisis del régimen, de sus partidos, de la burocracia sindical y de la izquierda y la situación internacional nos abrieron la posibilidad de golpear sobre la conciencia de las masas con agitación y propaganda política sobre todo de problemas sociales y políticos. El proceso de luchas, combinado con la crisis del peronismo y de la burocracia, generó y genera cada vez más el surgimiento de una nueva dirección sindical y política de los trabajadores, lo que nos planteó y nos plantea el desafío y la oportunidad de ser parte de estos procesos para tratar de ganar a esta nueva dirección para las posiciones del MAS.
- 2) En general, el partido respondió a las nuevas oportunidades y desafíos planteados. Interviniendo en la gran movilización de Semana Santa con una política correcta y haciendo agitación y propaganda de masas sobre los más diversos temas (desde el carácter del Papa hasta el carácter de los partidos del régimen –“son la misma cosa”–, pasando por la necesidad de un Octubre –“Cuba más democrática”–), el partido consiguió ser parte del proceso de surgimiento de una nueva dirección política y sindical. Más que parte, un factor del surgimiento, desarrollo y avance político de esta nueva dirección.
- 3) En este proceso, el partido conquistó influencia sindical y/o política de masas en algunos sectores de intervención hasta ahora excepcionales.
- 4) Paralelamente, dimos importantes saltos en el crecimiento orgánico y en la extensión del partido.
- 5) Por su situación en el proceso de la nueva dirección y por haber conseguido esa influencia política y/o sindical de masas en algunos sectores, así como por el crecimiento orgánico, el partido ha avanzado de ser un fuerte partido de vanguardia en 1985 a ser un partido con elementos de influencia político-sindical de masas.

- 6) Esto no quiere decir que no hayamos cometido errores, ni que hayamos aprovechado 100% de las posibilidades. Probablemente, podríamos haber avanzado mucho más. Lo que resaltamos aquí es que, con una orientación de conjunto correcta, el partido consiguió esta situación objetiva.

\*\*\*

## Debate en el plenario del Seminario

### André Freire - Brasil (abertura)

Voy a referirme a lo que en nuestra opinión son las cuestiones fundamentales para el debate. Pero, si un grupo identificó un tema que, por ejemplo, no va a ser destacado ahora y quiere traerlo para el plenario, maravilla, óptimo, incluso temas que ni siquiera estaban desarrollados directamente en los textos. Estamos en un seminario. En nuestra opinión hay temas fundamentales que vamos a destacar, pero no quiere decir que los otros temas que no estamos destacando aquí no estén en debate.

Si fueran debates polémicos en el grupo, traigan los debates polémicos; si fueran conclusiones de grupo, traigan conclusiones del grupo. Algunos compañeros se extrañaron o se incomodaron con relación a los textos, porque, evidentemente, nosotros pusimos ejemplos de Lenin, de Trotsky, de Moreno, del MAS, etc. E incluso dije que algunos de ellos son contradictorios unos con otros, trabajan criterios diferentes. Nosotros no estamos reivindicando de conjunto incluso los textos, los ejemplos. Creemos que están para ser criticados, no sólo en relación con los del MAS, sino incluso con relación a las otras organizaciones, porque la verdad es que estamos haciendo un estudio para sacar las conclusiones de los que serían los pasos necesarios para batallar por la estrategia de construcción del Partido en el próximo período. Entonces, los textos son justamente para ser criticados, no para ser encarados como modelo. No es ese el objetivo.

Entrando en la discusión.

**Primero**, admitiendo que tengamos un gran acuerdo [sobre] que en la actual época histórica sería una estrategia equivocada la construcción de un partido único de la clase trabajadora, de la clase obrera, que es necesario un

partido que exprese nuestro proyecto de revolución de octubre, un partido revolucionario que sea totalmente demarcado y separado de los reformistas.

Esta conclusión –sé que incluso hubo debate sobre esto, [sobre] si estaba correcta o no la crítica en relación con Marx–, yo creo que es muy interesante, incluso que este debate aparezca, pero creo que hay un acuerdo entre nosotros sobre que en la actual etapa iniciada con la revolución de octubre sería una estrategia equivocada unir en un mismo partido a reformistas y revolucionarios o construir un partido único de la clase trabajadora.

Entonces, es admitido que nosotros tenemos la estrategia de construcción de un partido revolucionario, marxista revolucionario. Esta es nuestra estrategia. Frente a este acuerdo, entra la discusión sobre cuál es el papel de este partido revolucionario en la estrategia de la toma del poder. Y no sólo en la toma del poder sino en el período histórico pos toma del poder, en la dictadura del proletariado. ¿Cuál es el papel del partido en este nuestro proyecto de revolución de octubre? Este es el primer gran tema.

No voy a adelantar todas las cuestiones, pero evidentemente hay un debate profundo aquí. Una historia muy mal contada del debate que hubo entre Trotsky y Lenin próximo a la toma del poder, que es el debate sobre la insurrección, ¿cuál es el papel del partido en la insurrección?

Quien ejecutó la toma del poder y definió el momento fue el comité central y quien la ejecutó fue el Partido Bolchevique y después entregó el poder al congreso de los soviets. Evidentemente, una interpretación de esta historia dada por el estalinismo fue que “es el partido que toma el poder y ejerce el poder”. Y nosotros, como corriente histórica defendemos otra interpretación de este debate, de este hecho histórico. Y esto después tuvo consecuencias, incluso en el poder soviético, en el papel que el partido cumplió luego de la toma del poder, antes de la degeneración estalinista.

Entonces, exactamente, ¿cuál es el papel que el partido juega en la toma del poder y en la dictadura del proletariado? Su relación con la clase, su relación con los organismos de la clase, los organismos de poder de la clase en especial, pero no sólo los organismos de poder. ¿Cómo se da esta articulación? ¿Quién hace la revolución, quién dirige la revolución? ¿Quién dirige el poder, quién ejerce el poder? Este es un gran tema para la discusión, que tiene que ver después con cómo vamos a construir el partido.

Si esta es nuestra estrategia, la construcción del partido tiene que responder a este objetivo, la toma del poder y qué partido vamos a construir para

hacer esto. Entonces, el primer gran tema es el papel del partido en relación con la toma del poder. Queremos profundizar esta discusión. Para quien pensaba que este debate era un debate superado, los grupos mostraron que hay muchos debates y discusiones sobre este tema, que precisan ser profundizados.

**Segundo**, el problema del partido con influencia de masas. Nosotros tenemos una estrategia como partido que es un partido para la toma del poder, para llevar a la clase obrera a destruir el estado burgués y construir un estado obrero. Esa es nuestra estrategia. Queremos un partido que tenga este objetivo, persiga este objetivo. Evidentemente, para que el partido consiga cumplir el papel histórico hay una serie de condicionantes, criterios para que el partido pueda cumplir este papel, para que esto no sea sólo una idea y no se efectivice en la práctica.

Y ahí hay una serie de textos que trabajan varios elementos. Elementos que queremos discutir: por ejemplo, tamaño de partido, número de militantes es un elemento, la dirección de la clase obrera, la dirección de las masas, la influencia política que el partido adquiere en la clase obrera y en las masas. ¿Cuáles son los criterios fundamentales? ¿Qué es la influencia de masas y cuáles son los criterios fundamentales?

Ahora, queremos decir de frente que nuestra estrategia no es un partido con influencia de masas, esto no es una estrategia. La estrategia es construir un partido para la toma del poder, para hacer una revolución de octubre, para poner a la clase obrera en el gobierno. Evidentemente que un partido para cumplir esto precisa ganar influencia sobre la clase obrera sobre las masas en general. Este es el debate, nosotros no queremos sólo influenciar, nosotros queremos dirigir a las masas. Este es otro tema.

Entonces, ¿qué es la influencia de masas? ¿Cuál es el elemento fundamental? Es evidente que hay una combinación de elementos, pero hay un elemento fundamental para definir un partido con influencia de masas rumbo a la toma del poder, rumbo a la revolución de octubre. Hay un elemento fundamental y una que otra vez podemos perdernos en relación con este elemento fundamental.

Queremos proseguir esta discusión con el objetivo no de cerrarla sino, tal vez, de seguir profundizándola. Porque la conclusión de estos dos grandes elementos, y termino con esto, va a ser muy importante, fundamental y decisivo para cuando vayamos a discutir nuestro proyecto de construcción.

¿Cuáles son los pasos? Nosotros queremos tomar el poder, queremos tener un partido que tenga influencia de masas. Esta no es una tarea para ahora sino los primeros pasos correctos, o los pasos equivocados creyendo que estamos yendo en esa dirección. Entonces, es esto lo que queremos destacar en el debate.

Insisto, en nuestra opinión, estos son los temas centrales, lo que no quiere decir, por ejemplo, que el compañero que preparó una intervención sobre otro tema no esté autorizado a hacerla ahora.

\*\*\*

## Nazareno - Brasil

Yo pedí hablar porque en el grupo surgió una polémica y creí que sería bueno abrir el debate aquí. Como no es una posición oficial, o sea, no está sellada con los sellos oficiales, entonces, como aquí es un seminario y la ventaja del seminario es que seminario no es para esclarecer, es para confundir, entonces vamos a plantear libremente las opiniones para ver si conseguimos, a partir de la polémica, confundir lo que está claro demás. Entonces, el tema de la “influencia de masas” está ligado a las fases del partido, que Moreno dice en una cita medio corta, incluso les pido disculpas porque voy a leer dos citas de Lenin que no están aquí por mi responsabilidad, pero no sólo mía... Después (...), el que tiene la opinión de Lenin sobre este tema, las fases del partido. Esto tiene que ver con las tareas de los partidos y es importante para la discusión de la “influencia de masas”. Entonces, vean. La primera cuestión es la siguiente: nosotros identificamos tres fases en la construcción de un partido revolucionario, ¿cierto? Evidentemente, existen características de cada fase pero lo que predomina son las mezclas; sin embargo, no voy a hablar de las transiciones, voy a hablar sobre las características de cada etapa del partido.

### ***Grupo fundacional***

En la fase del *grupo fundacional*, la actividad principal es ideológica, la formulación del programa, del estatuto. El Partido en general está compuesto por algunas decenas o centenas de personas, porque eso no se mide

únicamente por los números y sí por la acción principal, que es ideológica, se está formando su identidad, ¿cierto? Entonces, puede darse, y la mayoría de las veces se da, que el partido, en esta fase, esté desconectado de las masas. En general, el grupo tiene un periódico mensual, aquel periódico que son 70 líneas, todo explicadito en los mínimos detalles.

### ***Partido de vanguardia***

Después tiene una segunda fase, se convierte en un ***partido de vanguardia***, que Lenin entiende de la siguiente manera: el partido pasa a tener como actividad principal la agitación y la propaganda en la clase obrera, o sea, el Partido sale de la fase de grupo intrauterino y va hacia el movimiento obrero, a testar su programa y a testar a sus cuadros y ganar gente de la clase. Allí comienza a ganar influencia en la masa, principalmente en el movimiento obrero. La tradición marxista parte de la prioridad de intervención en el movimiento obrero, en los grandes centros del proletariado industrial. Perfecto. Esa es la fase que Lenin llama partido de vanguardia, él no utiliza esos términos que nosotros utilizamos. Esta fase demoró mucho tiempo en el Partido Bolchevique. Aquí en el Brasil, yo creo que lleva ya unos 30 años. En el Partido Bolchevique esta fase duró de 1894 hasta 1917. Es una fase larga. ¿Cuál es la principal tarea en este período? Primero, ligarse al movimiento de masas, ganar la confianza y, después, ganando esa confianza, disputar los sectores, para ganar a la mayoría de la clase, en disputa con los aparatos. Por esto es tan larga esta fase. Es una etapa que va desde que somos un grupito hasta ganar a la mayoría. Predomina, entonces, lo que Lenin llama de propaganda y agitación sobre la masa para convencer a los trabajadores, para ganar a los trabajadores y sacarlos de la influencia de la burguesía y de los reformistas.

### ***Partido de acción de masas***

La tercera fase es muy complicada. No tiene una definición simple. Lenin dice que es el momento en que el partido pasa a realizar acciones de masas. El Partido es un ***Partido de acción de masas***.

Voy a hacer dos citas de Lenin donde aparece su visión: una, de febrero de 1905, dice lo siguiente:

*“... el desarrollo del movimiento obrero en Rusia, ligado con el de la socialdemocracia, se caracteriza por tres notables transiciones: la primera va de los estrechos círculos propagandísticos a la amplia agitación económica entre las masas; la segunda, la agitación política en gran escala a las manifestaciones públicas en las calles; la tercera es una verdadera guerra civil, la lucha revolucionaria directa, la insurrección armada del pueblo”.*

La otra cita, de 1921 (en el *Izquierdismo*, luego de la toma del poder):

*“... mientras se trata, como se trata aún hoy, de atraer para el comunismo a la vanguardia del proletariado, la propaganda debe ocupar el primer término”.*

¿Se dan cuenta? Él no utiliza el término propaganda como lo utilizamos nosotros; él habla de agitación propagandística general, ¿se entiende? Ahí, él dice:

*“... cuando se trata de esta disputa, la propaganda debe ocupar el primer término, sin embargo, cuando se trata de la acción práctica de las masas, de poner en orden, si es permitido expresarse así, al ejército de millones de hombres a disposición de todas las fuerzas de una sociedad para la lucha final y decisiva, no basta la agitación propagandística”.*

Está diciendo, y esto es una interpretación mía, que en toda esta fase de **partido de vanguardia** se está disputando la mayoría de la masa con las organizaciones que dirigen el movimiento obrero. Entonces, dirige, intenta convencer, utiliza todas las tácticas: boicot al parlamento, ir para los sindicatos, hacer todo lo que está a su alcance para ir convenciendo a la masa de que nosotros somos la organización revolucionaria. Cuando llega el momento en que nosotros ganamos la mayoría, en esta fase, esto es interpretación mía, se inicia un proceso de “influencia de masas”, que el Partido tiene “influencia de masas”. Acción de masas pasa a ser predominante en la actividad del partido. ¿Por qué es muy importante esto? Porque hay toda una discusión con relación al tema del viejo MAS de la Argentina, influencia de masas y tal, que tengo apenas dos minutos y no va a dar para desarrollar...

En la Tercera Internacional ellos no discutían este tema de “influencia de masas”; yo no sé, porque no encontré, leí todo lo que tenía sobre el asunto y no encontré esa visión de “influencia de masas” que utilizamos en nuestra corriente. La polémica de Lenin con los partidos europeos occidentales, en los inicios de la década de 1920, era la siguiente:

*“Ustedes no tienen la mayoría de la clase, entonces ustedes tienen que ir para los sindicatos reformistas, para el parlamento, para ganar la mayoría de la clase. Mientras no derrotemos a la burocracia, al reformismo, no podemos ir para los finalmentes”.*

Era lo que él decía. El *Izquierdismo* fue escrito para decir esto. Este es el punto nodal. Él no se quedaba diciendo: “¿tenemos influencia de masas o no tenemos?” El partido checoslovaco tenía 300.000 militantes, el partido comunista alemán tenía alrededor de 230.000. Si analizamos desde el punto de vista numérico, todos tenían “influencia de masas”. ¿Por qué es importante esta discusión? Vean: el elemento que determina las fases de este partido es la relación del partido con el movimiento de masas, no es el número, si son 10, 500, 200; es la relación que este partido tiene con el movimiento de masas. ¿Es acción de masas, es de disputa para ganar la mayoría, es propagandístico? Este es el criterio que yo creo correcto. Relacionado al viejo MAS y a nuestra corriente morenista, hay un gran debate aquí. ¿Cuál es el debate que hay con el MAS? Ahora voy a intentar sintetizar porque el tiempo acabó. Moreno, aquí es importante porque en el grupo había un compañero que no concordaba en general con lo que estoy diciendo y ustedes van a oír otra versión, ya que aquí hay por lo menos 20 compañeros que no concuerdan con lo que estoy diciendo. Los compañeros dicen los siguiente: allá en el MAS nunca nadie dijo que tenía influencia de masas. Lo que se decía en 1988 era que el MAS era un partido de vanguardia con elementos de influencia sindical y política de masas. ¿Cuál es el criterio para definir el partido? Moreno utiliza uno en estos dos textos que están aquí y que voy a leer rápidamente; en la página 17 dice:

*“... ya nos plantea objetivamente la posibilidad de conquistar influencia, o sea, arrastrar por su política a sectores de base del movimiento de masas”.*

Moreno se refiere, como Lenin, a acciones, partido de acciones, pero no cuantifica como hace Lenin. Aquí, en otro párrafo, página 18, dice lo siguiente:

*“... podemos definir nuestra situación diciendo que estamos a las puertas del camino de transformarnos en un partido de masas, que somos un proyecto. Este nuevo salto a un partido de masas es posible y se dará, por un lado, si la situación objetiva ayuda, o sea, si el ascenso continúa y principalmente si el peronismo entra en crisis con el movimiento obrero y si nosotros somos capaces de crecer como un partido de cuadros, llegar a ser un partido de 7.000 a 10.000 cuadros, que nos permita abarcar e influenciar la mayor parte de las movilizaciones”.*

## Conclusión

Entonces, el criterio de Moreno se asemeja al de Lenin en determinados aspectos. ¿Y ellos se relacionan con qué? Primero, en polémica con el peronismo, o sea, sacar el peso que el peronismo tiene en el movimiento y al mismo tiempo realizar acciones de masas. Lo que quiero discutir es lo siguiente: tener elementos de influencia de masas es mucho más fácil que ser un partido de masas. Es un hecho de la realidad de los partidos revolucionarios que pueden tener elementos de influencia de masas antes de tener “influencia de masas”. Es evidente, ¿verdad? Ahora, ¿cuál es la tarea fundamental de los partidos en estos momentos que anteceden a convertirse en un partido con “influencia de masas”? Para mí, influencia de masas, el partido con influencia de masas, es que él dirija sectores considerables de la clase, principalmente de la clase obrera industrial y poner este en movimiento en la clase obrera. Si no es así, yo pregunto: todo bien, una situación de la lucha de clases donde exista un partido con influencia de masas, del tipo de acción de masas como dice Lenin, tendrá un desenlace rápido en cuestión de meses, no llevará 10 años. En una situación revolucionaria (un partido revolucionario sólo puede tener influencia de masas en una situación revolucionaria) y con un partido que dirige a la mayoría de la clase o una parte considerable de ella, ¿ustedes creen que una situación así va a durar 10 años en un país? ¡No! Es un desenlace que lleva meses, tal vez un año. Ahora, esta visión de que 3 o 4 pueden tener influencia, el PT tiene in-

fluencia, el peronismo tiene influencia, nosotros podemos tener, ¿qué influencia es esta que puede durar 3 o 4 años? ¿Y en qué sentido? ¿Para qué sirve esta visión de “*partido con influencia de masas*” tal como nuestra corriente caracterizó al viejo MAS de la Argentina?

\*\*\*

## Francesco Ricci - Italia

Quiero intervenir sobre un tema histórico importante. Moreno, en *Problemas de Organización*, partiendo desde una frase del *Manifiesto*: “Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros”, argumenta que Marx teorizó un único partido de la clase obrera y que esta “concepción de Marx” sólo habría sido superada por los bolcheviques que que fueron los primeros que teorizaron y practicaron la división entre revolucionarios y reformistas que todavía hoy nosotros reivindicamos.

Pienso que Moreno se equivoca sobre este tema. Explico por qué:

1) el *Manifiesto* fue escrito por un partido, la Liga de los Comunistas, que nace en 1847 como consecuencia de una primera batalla de demarcación que Marx conduce contra las corrientes utópicas presentes en la Liga de los Justos (*Weitling*). En efecto, Marx y Engels aceptan entrar en la Liga (desatando su Comité de Correspondencia Comunista) sólo cuando creen que existen las bases para eliminar de la Liga las posiciones reformistas;

2) en el mismo *Manifiesto* se leen frases que parecen en contradicción con aquella citada por Moreno: “Los comunistas se distinguen de los demás partidos proletarios solamente (...)” y el “solamente” se refiere al internacionalismo de los comunistas y a su concepción de tipo transitorio del programa. Entonces, ¿los comunistas se distinguen o no? ¿Cómo se explican estas frases en aparente contradicción entre ellas? Rjazanov ha dado una explicación (en *Marx y Engels*, del año 1922): Marx trató de no excluir aquel sector de izquierda de los cartistas, que entraron en la Liga de los Comunistas pero que también quisieron quedarse en aquel periodo en el interior del movimiento-partido cartista, constituyendo en el cartismo una “fracción”, los *Fraternal Democrats*.

Pero la confirmación más importante del hecho que Marx no tuvo una “concepción” del partido único de la clase obrera viene de la experiencia histórica concreta de Marx:

3) la historia de la Liga de los Comunistas y su fin son la historia de una constante batalla de demarcación programática y organizativa de Marx de las otras corrientes del movimiento obrero;

4) la historia de la Primera Internacional es, desde el principio, la historia de la batalla de Marx para demarcar programática y organizativamente a los comunistas revolucionarios de las otras corrientes: la batalla se inicia con la redacción, de parte de Marx, de la *Dirección inaugural* y los *Estatutos*; en ambos, no hace ninguna concesión a los reformistas; pero la aceptación de estos textos en la Internacional, como Marx sabe, es pasiva: por eso la batalla continua hasta golpear políticamente a todas las otras corrientes presentes en la Primera Internacional: los mazzinianos, los lassalianos, los proudhonistas, los blanquistas, los tradeunionistas y, por fin, los bakuninistas (anárquicos);

5) también la historia del final de la Primera Internacional desmiente la interpretación de Moreno: la Conferencia de Londres (setiembre de 1871) –después de la Comuna de París– declara inadmisibles la presencia en la Internacional de asociaciones con programa diferente de aquel aprobado en el congreso; y el programa es bien acotado: la construcción del partido político para la conquista revolucionaria del poder y la instauración de la dictadura del proletariado. Un programa que delimita la Internacional no sólo de los anarquistas de Bakunin sino también de los reformistas;

6) la Primera Internacional no muere por el enfrentamiento con Bakunin (esta es la interpretación equivocada de Mehring) sino porque, como plantean Rjazanov y Engels, la Comuna demostró la necesidad y sobre todo abrió la posibilidad de llevar a cabo la delimitación programática entre los revolucionarios y los reformistas, que Marx inició a finales de los años cuarenta. Ya la Primera Internacional constituyó un salto de calidad pero fue la Comuna la que volvió concreta esta tarea. Como escribe Engels a Sorge (1874): “El primer grande éxito [la Comuna] hace saltar este acuerdo ingenuo de todas las fracciones [es decir, la Internacional] (...) Yo creo que la próxima Internacional, después de que los libros de Marx hayan ejercido su influencia por algunos años, será puramente comunista y propagará directamente nuestros principios”.

Entonces, la necesidad de dividir el movimiento obrero para reunirlo contra la burguesía sobre la base de un programa revolucionario y agrupando su vanguardia en un partido revolucionario distinto de los demás partidos obreros es el corazón de toda la batalla de Marx, bien antes de Lenin.

Decir esto es importante por dos motivos: primero, para desmentir a los teóricos de los “nuevos partidos anticapitalistas” que pretenden basar en Marx su perspectiva de “partido único”, que debería “reunir revolucionarios y reformistas honestos”, según y sobre todo porque necesitamos recobrar de Marx no sólo sus textos más teóricos, filosóficos y económicos, sino también aquella parte que es menos conocida: el Marx dirigente político que ha luchado desde 1847 para delimitar programáticamente a los comunistas y para construir sobre la base de esta delimitación una Internacional y partidos comunistas distintos. Es el proyecto de Marx que Lenin y los bolcheviques han concretado a partir de 1903, año de nacimiento del bolchevismo.

\*\*\*

## Valério Arcary - Brasil

Voy a comentar sólo dos temas. El primero es por qué permanece necesaria la lucha sin cuartel contra el reformismo en el interior de la clase trabajadora. El segundo tema es por qué es necesario un partido internacionalista. Voy a puntualizar los dos y a dejar preguntas sin respuesta. Ellas remiten a la actualización programática.

El punto de partida es no engañarnos a nosotros mismos. Por ejemplo, admitir que estamos en condiciones tan adversas que son hasta peores que aquellas que vivieron los internacionalistas de la II Internacional, en minoría, antes de la victoria de la revolución de octubre. La mayoría de la clase trabajadora, aun en los países en que la industrialización ya permitió la configuración de una clase obrera importante, no abraza siquiera la esperanza del socialismo. Y el internacionalismo revolucionario es una corriente sobreviviente, sin embargo muy minoritaria, marginal. La división del movimiento trotskista fue terrible en los últimos veinte o veinticinco años. La IV Internacional, un movimiento dividido en tres o cuatro corrientes internacionales entre 1968 y 1991, se pulverizó.

Reconocer esta situación subjetiva no nos disminuye ni nos debilita. Al contrario, nos fortalece. La angustia es un privilegio de la lucidez. Nuestra apuesta es que las próximas crisis del capitalismo serán mayores de lo que fueron antes. Confiamos en la clase trabajadora. El proletariado del siglo XXI es más poderoso que el del siglo XX. No lo sabe aún, pero es mayor, más concentrado, más educado, más influyente, y su destino es atraer para su campo a la mayoría de los oprimidos. Resistirá y veremos combates mayores que los del pasado. La realidad viene evolucionando después de 2008 de forma más interesante. En la lucha de clases, fuerzas minoritarias pueden transformarse en mayoría hasta rápidamente, cuando están a la altura de las circunstancias. Las ideas cuentan. Ideas poderosas son extraordinariamente atractivas. Nuestras ideas, si están a la altura de los acontecimientos, abrirán el camino.

### ***La lucha contra el reformismo***

Primero, entonces, el tema insoslayable de la necesidad del partido revolucionario. Que es lo mismo que intentar comprender por qué la izquierda está dividida, siempre lo estuvo, y por qué la división de los partidos de izquierda no disminuirá. El problema es explicar por qué, casi cien años después de la victoria de la revolución de octubre, el reformismo, en sus diferentes variantes nacionales, tiene tanta influencia.

Creo que nosotros tenemos que actualizar la teoría marxista para explicar la longevidad de los reformismos. La explicación marxista fue, históricamente, la división de la clase trabajadora por la acción de la socialdemocracia y del estalinismo. Recordemos cuáles fueron los fundamentos de la influencia de estos aparatos. En una de las citas, que me hizo feliz encontrar entre las apostillas, está planteada la teoría de la aristocracia obrera presentada por Lenin cuando la deflagración de la Primera Guerra Mundial, en el ensayo “La caída de la Segunda Internacional”. Esta teoría tiene como objetivo explicar por qué las organizaciones construidas en el período histórico anterior, la socialdemocracia europea, se habían demostrado, en su gran mayoría, obstáculos contrarrevolucionarios.

Lo que tenemos que preguntarnos es si ella aún es satisfactoria. ¿Mantiene vigencia? ¿Qué dice la teoría de la aristocracia obrera? Dice que en la época imperialista una fracción minoritaria de la clase trabajadora en los países

centrales, una aristocracia, recibe una parte del “bombón” que cae de la mesa del banquete de la repartición del mundo realizado por el capital. Bueno, yo utilicé una imagen en nuestra reunión de grupo diciendo: es como si la aristocracia obrera fuese una costra, como las placas tectónicas del planeta, pero por debajo de ella existiera un enorme magma de lava revolucionaria. Bastaría que la crisis del capitalismo, de un lado, y la intervención decidida de los revolucionarios, del otro, quebraran la costra e inmediatamente se abriría el camino para la erupción volcánica. El magma estaría allí. La época del imperialismo no tendría cómo ser estable. Sería una época de guerras y revoluciones. La socialdemocracia tendría contados sus días de influencia mayoritaria. La movilidad social sería cada vez menor, la posibilidad de reformas progresivas cada vez más estrecha. El tema de la longevidad del estalinismo nos obliga a recordar el desenlace de la Segunda Guerra Mundial y su fortalecimiento en la lucha contra el nazi-fascismo, y la permanencia de su influencia durante la etapa de la Guerra Fría o coexistencia pacífica.

Bueno, pasaron cien años desde 1914, veinticinco desde la caída del Muro de Berlín, y los reformismos permanecen muy influyentes, aunque con nuevos ropajes. La primera cuestión es, por lo tanto, saber si nuestras explicaciones histórico-sociales permanecen o no válidas. Segundo, debemos preguntarnos si ellas son adecuadas para analizar a los proletarios de los países periféricos, constituidos en mayoría después de la Segunda Guerra Mundial, algunos solamente en los últimos treinta años.

Sabemos que partidos son organizaciones en lucha por el poder y representan intereses de clase. Esto remite a los fundamentos de la existencia del movimiento obrero y del propio surgimiento de la corriente marxista. La explicación para las dificultades y divisiones de la representación de los que viven del trabajo se cimienta en la triple condición específica del proletariado. Frecuentemente, no damos el debido valor a la triple condición que define la existencia de la clase trabajadora. La clase trabajadora es económicamente explotada, socialmente oprimida y políticamente dominada. Nunca en la historia de la humanidad ninguna clase que haya vivido circunstancias de inserción social semejante se planteó como proyecto dirigir la sociedad. No sería razonable tener expectativas facilistas para este proyecto.

Una clase que vive esta triple condición tiene, necesariamente, heterogeneidad política en su interior. Eso es así porque sólo muy excepcionalmente, en condiciones extraordinarias, o sea, en circunstancias en las cuales se abre

la posibilidad de lucha por el poder, es que es posible unir a la mayoría del proletariado en torno a un proyecto anticapitalista. En condiciones normales de la clase trabajadora, inevitablemente, considerando las diferenciaciones internas en el interior de la clase trabajadora, prevalece el proyecto reformista de luchar para disminuir las condiciones de explotación. Ideas revolucionarias siempre fueron minoritarias entre los trabajadores, si no se abre una situación revolucionaria. Es porque nuestro proyecto tiene prisa que tan repetidamente somos víctimas de autoengaño, y nos equivocamos en la percepción de cuál es la relación de fuerzas.

Este proceso asumió y asumirá formas diferentes en distintas sociedades. Estas diferencias se explican por la combinación de muchos factores. Depende de la mayor madurez objetiva y subjetiva de las clases trabajadoras lo que, a su vez, corresponde al estadio de desarrollo económico y social del capitalismo en cada región del mundo. La representación política de los trabajadores no puede ser hecha por un solo partido, y surgen tendencias más moderadas que quieren reforma del capitalismo y tendencias más radicales que quieren eliminar las causas de la opresión, de la explotación y de la dominación. Las primeras, las moderadas, son en última instancia una refracción de la influencia en el interior del proletariado de los intereses de estas clases: fracciones burguesas, y de la clase media, por ejemplo.

Ocurre que estamos aún en un altísimo grado de abstracción. Útil para explicar por qué existen varios partidos obreros en lucha entre sí. Lo que puede ser, tal vez, aún insuficiente, por dos razones. Primero, porque el instinto de poder no se desarrolla de forma espontánea entre los trabajadores. Precisa ser introducido desde afuera hacia adentro. Lo que se demostró en incontables experiencias históricas especialmente difíciles.

### ***La importancia de una Internacional Revolucionaria***

Segundo, porque no explica por qué es necesario construir un partido a escala internacional. Lo que justifica la existencia de esta forma de partido que nosotros defendemos es un análisis que parte de otros considerandos. El considerando fundamental es que no es posible vencer en la lucha por el poder sin una herramienta de lucha que esté adecuada al análisis de quién es el enemigo. El enemigo es el Estado. Pero si es verdad que los Estados son nacionales, tan importante como eso es saber que los Estados asumieron, a

lo largo de los últimos siglos, la forma de un sistema internacional de Estados, un orden mundial. Cualquier proyecto que desconsidere la fuerza del Estado capitalista, sus fuerzas sociales de sustentación que son nacionales y sin embargo, también, internacionales, es una aventura que condena a los trabajadores, desde la partida, a la derrota. Una burguesía nacional puede gobernar con el apoyo de 20% de la población o hasta menos, y gobernar hasta con estabilidad política, desde que tenga apoyo internacional. Es esto lo que toda la experiencia histórica demostró. Luego, la existencia del movimiento obrero y la existencia inevitable de lucha sin cuartel entre las tendencias reformistas y las tendencias revolucionarias, por lo tanto, también en defensa del internacionalismo. Esto es el Abecé. Pero ahí viene el problema. La lucha de la clase trabajadora se desarrolla dentro de las fronteras nacionales. Así como el instinto de poder, el internacionalismo es un programa que depende, esencialmente, de una introducción de afuera hacia adentro. Hasta hoy, se rebeló muy difícil.

\*\*\*

## Eduardo Almeida - Brasil

Quiero tocar el tema del partido con influencia de masas. Creo que es un avance de este seminario poder abordar este tema. No es una tarea que nos propongamos hoy, sino que pensar en el futuro tiene una enorme importancia.

La experiencia hecha por la LIT alrededor de la lucha por la influencia de masas terminó en un enorme desastre con el MAS. Un desastre sobre el cual no tenemos un balance definitivo entre nosotros, lo que es grave.

En primer lugar, vamos al texto propuesto para la discusión. En el grupo tuvimos distintas críticas al texto que hace el relato de la experiencia del MAS, y yo creo que con toda razón. El texto apunta casi hacia una avenida abierta en dirección a la influencia de masas, lo que niega todo aquello que fue acumulado por nosotros hasta ahora. Los ricos y las presiones existentes sobre el partido son desconocidos en el texto.

///

## **La experiencia del MAS**

La influencia de masas, según ese texto, sería un subproducto automático de la intervención política en las luchas. Los debates ideológicos, las tareas concretas de organización, las batallas contra las corrientes mayoritarias reformistas y centristas prácticamente no existen en el texto. Son realmente limitaciones del texto.

Ahora, quería alertar sobre una cosa: es verdad que el MAS fue un partido de vanguardia, pero tuvo elementos sindicales y políticos de influencia de masas.

Quería plantear también que no es correcto decir que un partido revolucionario con influencia de masas sólo puede existir en una situación revolucionaria. Es posible que exista en la situación prerrevolucionaria. Además, es la que existía en la Argentina en aquel momento, en mi opinión. La posibilidad o no de un partido revolucionario con influencia de masas está relacionada no sólo a la situación de la lucha de clases sino también al proceso de reorganización. En el caso, ¿tenía o no crisis el peronismo? En el Brasil, ¿cuál es el grado de crisis del movimiento de masas con el PT?

Son dos cosas ligadas: la situación de la lucha de clases y el proceso de reorganización. El MAS hizo, además de lo que está escrito allí, grandes actos. Llenó estadios como el de Ferro<sup>14</sup>, con 20.000 a 30.000 personas. Esto significa en el Brasil de 120 a 150.000 personas. ¿Cómo podemos definir eso sin hablar de elementos de influencia de masas? Existe un documental de “Ferro”, que ustedes pueden ver. Hubo una “ronda de profesores con banderas rojas. Nuestros profesores, 400 militantes revolucionarios, con banderas rojas.

Esto ubica uno de los errores de este documento, ignorar las presiones que el partido sufre cuando alcanza ese grado de desarrollo. El MAS ya estaba viviendo una adaptación a la democracia burguesa, que lo llevaría después a la explosión. Un año, dos años después, ocurrió la explosión fuerte y la destrucción de este partido por la adaptación a la democracia burguesa.

Los elementos de influencia de masas existían, lo que torna más grave la adaptación a la democracia burguesa. No es verdad que no existía la influencia de masas porque no existía una situación revolucionaria.

<sup>14</sup> Acto del MAS realizado en el estadio de fútbol del Club Ferrocarril Oeste, [en 1987].

## ¿Qué es la influencia de masas?

¿Qué es un partido con influencia de masas? Tengo mucho acuerdo con lo que dijo Nazareno, y algunas diferencias que después quiero tocar. Pero la definición central, que está en un texto de Moreno y que Nazareno citó como definición de Lenin, es el partido que tiene condiciones de mover a un sector de la clase obrera a nivel político y no sólo a nivel sindical. Mover a la clase a nivel político, o arrastrar según el texto de Moreno, o provocar acciones del movimiento de masas, como decía Lenin.

Yo agregaría un elemento más. No siempre es posible mover políticamente, provocar acciones políticas de la clase obrera. Eso depende de la situación objetiva. A veces, el apoyo político indica la influencia política de masas aun sin posibilidad inmediata de acciones. El PT en su inicio, en muchas ocasiones, no tenía condiciones de provocar acciones, por la situación, pero tenía apoyo político en un sector importante de la clase obrera. Y eso en una situación prerrevolucionaria.

Ya la definición de mover políticamente a la mayoría de la clase obrera no significa simplemente influencia de masas sino las condiciones de lucha por el poder. Nosotros sólo vamos a tener condiciones de tener apoyo de la mayoría de la clase en un momento decisivo de la situación revolucionaria. Los partidos de la Tercera Internacional, con 300 o 400.000 militantes, no tenían la mayoría de la clase. Pero eran partidos con influencia de masas.

La definición de influencia de masas, en mi opinión, es esa; puede mover o tener apoyo de un sector minoritario de la clase obrera. Cuando tengamos apoyo de la mayoría es porque tendremos condiciones de disputar directamente el poder. Creo que es la característica más importante de la influencia de masas, pero no es la única. Es preciso agregar un segundo elemento que es el carácter orgánico de esa influencia.

Nosotros no estamos hablando de un partido electoral, y sí de un partido revolucionario. Un partido revolucionario quiere mover políticamente al proletariado en el cotidiano de la lucha de clases. Entonces, precisa de la vanguardia organizada, en lo cotidiano. Esta característica es el elemento esencial de nuestro partido. No se trata simplemente de la influencia sobre la masa, sino de la posibilidad de moverla en las luchas. Para eso es necesaria una estructuración orgánica, que tiene una relación directa con la influencia de masas.

La vanguardia no tiene importancia sólo para un partido de vanguardia. Ella es fundamental en un partido con influencia de masas, porque posibilita la dimensión orgánica del partido para poder llegar allá.

Agregaría una tercera característica de la influencia de masas. Un partido con influencia de masas tiene figuras públicas con influencia de masas, como Zamora tenía influencia política como expresión de viejo MAS.

Esto tiene importancia porque tiene que ver con la construcción de figuras públicas. Tiene que ver con nuestros objetivos, con ir construyendo elementos de influencia política de masas.

Ahora, también para calmar los ánimos. ¡Nosotros estamos lejos de la influencia de masas! Nuestra realidad es dirigir sindicatos con 40.000 y tener entre 20 y 40 militantes en la base. Es dirigir fábricas con 10.000 trabajadores y tener 10 o 15 militantes en la base, en la mejor de las hipótesis. Nosotros tenemos un peso enorme, un peso sindical sobre el partido, que limita la posibilidad de hacerlo.

Nuestro peso sindical podría ser una palanca para la influencia política de masas. Podría ser, pero en realidad hoy se transforma en un elemento contrario. No es una palanca para el frente, sino un peso para atrás. Es súper dimensionado nuestro peso sindical en relación con la dimensión de nuestro partido. Y la tarea planteada es la de un partido de vanguardia, porque esa es la realidad de la reorganización, y también del momento de la construcción de nuestro partido.

Además, hay una cosa más. El texto de Moreno dice lo siguiente: un partido de vanguardia y un partido de masas tienen el mismo tipo de tareas políticas. Él habla de que un partido de vanguardia no tiene como objetivo la propaganda sino la disputa política del movimiento. Un partido de masas también tiene esa tarea política.

Sí, eso es verdad. ¡Pero las tareas de construcción organizativa no son las mismas! Equivocarnos en esta cuestión de las tareas de construcción puede ser desastroso y un elemento brutal para la destrucción del partido. Eso tiene que ver con la realidad objetiva y también con las condiciones concretas y subjetivas del Partido.

\*\*\*

///

## Otávio - Brasil

Sobre el problema de la toma del poder en sí (...), que tiene que ver con la cuestión de que el partido tome el poder o que el soviets tome el poder. ¿Cómo se da en el proceso de la Revolución Rusa? Quería plantear aquí una posición mía, particular: este es un problema táctico.

En la Revolución Rusa, en cierto momento hay una polémica entre Trotsky y Lenin sobre si se debe tomar el poder antes del Congreso Panruso de los Soviets, que se reuniría algunos días después o si se debería tirar la propuesta de tomar el poder al propio Congreso. La posición de Lenin es la mayoritaria y él dice lo siguiente para justificar por qué no se debe dejar la decisión en manos del Congreso: *“muchas personas reunidas frente a una decisión tan difícil no consiguen tomar una decisión de manera tan rápida y esto podrá poner en jaque la revolución”*. Entonces, la posición de Lenin es victoriosa, el partido va a tomar el poder antes del Congreso, pero queda una duda: ¿quién toma el poder, el partido o los soviets? Y Trotsky dice: *“si el Partido extrapolase este momento y tomase el poder con sus propias fuerzas, sin pasar por un organismo soviético, esto podría significar una gran pérdida para el Partido”*. Y la solución que se encuentra es que, a través del Comité Militar Revolucionario, que era un organismo del soviets de Petrogrado con mayoría bolchevique, se organice la toma del poder para que las tropas de Petrogrado no fuesen desplazadas para el frente.

El primer argumento levantado por los bolcheviques para tomar el poder era: “nosotros no queremos que las tropas de Petrogrado sean desplazadas para el frente”, y el segundo era garantizar la posibilidad de organizar el congreso panruso de los soviets en Petrogrado. En este momento, entonces, el Partido decide por la toma del poder, pero esa decisión pasa por un organismo directamente soviético. En mi opinión –no sé si esto es polémico, tal vez lo sea– esta es una cuestión táctica.

Podría ser que el Partido, frente a una evaluación de que era posible tomar el poder con sus propias fuerzas, y después de eso entregar el poder a los soviets (desde que eso no comprometiese la revolución), tomase el poder. En mi opinión, eso estaba planteado como una hipótesis, y no hería ningún principio de la democracia soviética, de la democracia obrera. Por último, con relación al problema del monopolio estatal del PC. Aquí hay un problema importante. Hay varias causas del problema de la burocratización del

partido luego de la revolución, que no tenemos cómo profundizar: la masacre de la vanguardia obrera, la derrota de la revolución en Alemania, etc.

Ahora, quiero destacar sólo el problema del monopolio estatal por el PC porque esto también apareció en nuestro grupo. Cuando los soviets permitían la existencia de otras organizaciones, las disputas entre las clases se daban por medio de esas organizaciones en el interior de los soviets. Después que esos partidos fueron puestos en la ilegalidad, estas disputas de clase pasaron a darse en el interior del propio partido bolchevique. Este fue el caso de los campesinos ricos, por ejemplo, que tendrán como sustentación teórica la elaboración de Bujarin. Entonces, por la falta cada vez mayor de democracia soviética, el espacio principal de disputa pasa a ser el propio partido. Y esto pone en jaque la posibilidad que el partido tiene, aún después de la toma del poder, de continuar siendo la vanguardia proletaria que dirige la revolución socialista. Esto comienza a traer hacia adentro del partido las influencias burguesas del exterior, que allí se expresaban a través de los campesinos ricos, los kulaks.

\*\*\*

### **Luiz Carlos Prates, Mancha - Brasil**

Voy a hablar sobre dos temas, intentar retratar un poco la polémica del grupo. Sería primero sobre la cuestión de partido único. Creo que una cuestión es la periodización de las etapas, de la etapa reformista, o mejor, de la etapa inicial del movimiento obrero, del surgimiento del movimiento obrero, del surgimiento de la Primera Internacional, del surgimiento de la aristocracia obrera, de surgimiento de las grandes organizaciones obreras, su degeneración, y la Revolución Rusa –que se da en la Tercera Internacional–, la degeneración de la Tercera Internacional, también explicada por la burocratización del Estado, del Estado soviético.

Esto se da en una determinada periodización. Ahora, decir que desde la era de Marx estaba planteada la división entre revolucionarios y anarquistas, yo creo que no es correcto. Moreno afirma esto categóricamente, lo que tiene alguna proximidad con lo que dijo aquí Ricci. Creo que [hay] una proximidad con lo que él dice porque, independientemente del problema de la periodización, desde siempre el movimiento obrero se dividió en varias

organizaciones, en varias corrientes. Otra cosa es que formalmente, desde el punto de vista de las organizaciones, estas corrientes convivían, y después están los momentos que son de ruptura. No es correcto decir que la ruptura (lo que también ya fue dicho por el compañero) de los bolcheviques y mencheviques se da en 1917. Eso viene desde antes, y el surgimiento de los mencheviques y bolcheviques fue ya una ruptura. Esta es una cuestión. Otra cosa es que en la primera etapa no estaban completamente maduras estas condiciones, por la existencia de una base material mucho mayor. Entonces, creo que este es un debate. Siempre estuvo planteada esta cuestión.

### ***La cuestión de partido con influencia de masas***

También [esto] ya fue contemplado bastante por André cuando presenta lo que es nuestra estrategia. Nuestra estrategia no es construir un partido con influencia de masas. La estrategia es la toma del poder y el partido tiene que ser la mayoría; por lo menos, ser mayoría de la clase y tener el apoyo del pueblo explotado. Eso es Lenin, es Marx. Inicia Marx, y Lenin da la forma del partido bolchevique, y después la tradición del marxismo [la] continúa.

Ahora, limitar la toma del poder a tener influencia de masas es hacer un esquema y en este esquema no incorporar la realidad y no tener las tareas específicas que plantea cada momento. Porque creo que es esto lo que hace Nazareno al hacer esta clasificación.

A partir de esta clasificación, el único momento en que es posible tener influencia de masas es el momento de la toma de poder, que está vinculado a que el movimiento tenga una conciencia revolucionaria; fuera de eso, cualquier movimiento es simplemente un partido de vanguardia. Entonces, el Partido Bolchevique en abril de 1917, que tenía 80.000, según los datos aquí, y el de octubre, que tenía el doble. Creo que en 1917 el partido ya era un partido con influencia de masas en la primera etapa de la revolución, aun cuando fuese minoritario. Entonces, en este terreno, el documento del MAS tiene una fuerza, la fuerza de describir la realidad. Es esto lo que tiene que ser aprovechado.

Parece que esta es la fuerza porque el documento procura trabajar esto, o sea, las tareas que el partido tiene, ya que es diferente un grupo de propaganda con 200 personas y un partido que está presto a construir un partido

con influencia de masas. Este tiene tareas distintas en todos sus aspectos. Por ejemplo, y por caso aquí en el Brasil, nosotros vimos, por lo menos una generación vio, la transformación del PT en un partido de vanguardia a un partido de masas y un partido con influencia de masas, y que no se dio sólo cuando este llegó al gobierno. Antes de eso ya tenía influencia de masas. Incluso una cosa que me marca mucho es que Moreno decía lo siguiente, en el comienzo del PT, si no me falla la memoria en 1982: para que descubramos cómo estaba el grado de influencia del PT, él preguntaba a los que estábamos en fábricas: “cuando hay algún programa en la televisión, cuando Lula va a decir alguna cosa en la televisión, en el programa electoral, ¿qué dicen los trabajadores al otro día? ¿Comentan, hablan? Aun cuando no estén a favor, ¿comentan, hablan? Porque si comentan es porque ya está comenzando a tener influencia de masas”. Esto, el PT, ¡el PT que en esa época estaba comenzando a tener influencia de masas, en aquel momento! Entonces, es poner mucho énfasis en estas etapas de transición y en estas etapas intermedias. Creo que esta es una forma que nosotros tenemos que analizar.

\*\*\*

## Zé Maria - Brasil

Quería tocar dos cuestiones y, si da, rápidamente, una tercera. Primero, sobre este problema del partido único. Tengo pocas condiciones de discutir todas las observaciones que Ricci hizo, pero arriesgo una opinión acerca de lo que dijo, sobre la opinión de Marx, las opiniones suyas de antes, y las del propio Lenin.

[La mía] es una opinión un poco diferente de lo que dice Ricci, es diferente de lo que Mancha dijo. Yo creo que lo que está en discusión en esta cuestión aquí es si teóricamente es posible la construcción de un partido único en los días de hoy, y la comparación que nosotros deberíamos hacer si teóricamente era posible antes. Creo que teóricamente era posible antes, hoy no lo es más. ¿Con qué tiene que ver? Tiene que ver con las tareas que estaban planteadas para el movimiento obrero en aquella fase del capitalismo, antes del advenimiento del imperialismo, antes del inicio de la decadencia del capitalismo, y las tareas que están planteadas ahora, en la fase imperialista, de decadencia del capitalismo.

La disputa del poder para la construcción de otra sociedad está planteada en esta segunda fase, las tareas que estaban planteadas en la primera fase eran otras tareas, era luchar en el interior del capitalismo para avanzar en las conquistas de la clase trabajadora. Por lo tanto, creo que sería posible en la fase anterior del capitalismo, teóricamente, construir un partido que reuniera las diversas corrientes del movimiento obrero en su interior. En esta segunda fase esto es imposible porque en la lucha por la toma del poder no hay posibilidad de reunir a revolucionarios y reformistas en un mismo partido, en esta etapa. Creo que el proceso de transición de una fase a la otra es una construcción histórica y se materializa en la ruptura de la Segunda Internacional, en la Primera Guerra; es un proceso que no se da en un momento preciso, en una fecha.

Pero, ¿cuándo fue el comienzo de la ruptura en Rusia? Fue en el comienzo de los años 1900, que después se alargó un período. Y fue necesario un hecho político de la realidad, de la magnitud que fue la Revolución Rusa, para consolidar esta división, pero es un proceso que fue construido históricamente. Lo que estaba materializándose en el partido socialdemócrata ruso en el comienzo del siglo pasado eran justamente estas contradicciones, entre las tareas que venían siendo planteadas y la naturaleza diversa que tenía un partido, unificado hasta entonces. Yo tiendo a creer esto. Creo que, teóricamente, era posible, de hecho, construir un partido único antes, y, teóricamente, imposible, después. Yo lo veo de esta forma.

### ***Sobre el problema del partido con influencia de masas***

Me gustó el texto. Eduardo dijo aquí que hubo críticas al texto. Primero, en relación con qué es un partido de masas, concuerdo con el primer criterio que planteó Edu. Creo que para ser de masas el partido no necesariamente tiene que ser mayoritario, no necesariamente tiene que tener condiciones de tomar el poder. Si el partido influencia 20% de la clase obrera y de la clase trabajadora, tiene influencia de masas pero no es mayoritario. Creo que el criterio mejor es el que Edu planteó primero: el que tiene condiciones de incidir objetivamente en la realidad política, mueve personas, hace acontecer. El apoyo a las posiciones políticas ya es un hecho más que complicado. Digo, por la naturaleza de las tareas que el partido tiene. Él precisa mover, precisa movilizar a los trabajadores para realizar

su programa. Por lo tanto, la primera condición que Edu planteó es más precisa con relación a esto.

Ahora, ¿qué quería resaltar aquí? Si entendí lo que Valério dijo, y dialogando un poco con él, yo creo que lo que el texto plantea, y tengo la impresión de que es correcto, son condiciones, pasos, que el partido tiene que dar en la lucha para obtener influencia de masas. Las primeras condiciones tienen que ver con la realidad objetiva y no es necesariamente una situación revolucionaria. Tiene que haber ascenso, tiene que haber luchas y tiene que haber ruptura de un sector mayoritario. Esas dos condiciones combinadas son una necesidad. En esto, ascenso y ruptura con la dirección del movimiento, no hay influencia de masas del partido revolucionario. En el caso allá [el MAS de Argentina], se discutía la necesidad de ruptura con el peronismo. En el caso aquí [Brasil] es otra circunstancia, es del PT, de la CUT.

Este proceso de ruptura dándose objetivamente, combinado con un proceso de ascenso es una primera condición, vamos a decir así, combinada. La segunda, que yo creo que es importante y que el texto destaca en varios lugares, es la tal acumulación inicial, de dónde nosotros partimos. Y es esto lo que para mí no queda muy claro, pero creo que tiene importancia.

El partido argentino tenía menos entrada en el movimiento sindical, pero no por falta de mérito del partido, y sí por la fuerza de la burocracia sindical allá; era casi imposible entrar en las organizaciones del movimiento obrero porque la burocracia era muy fuerte. Desde ese punto de vista, es preciso una acumulación de cuadros, o sea, nosotros tenemos que tener un partido de propaganda mínimamente fuerte, e incidencia, relaciones con el movimiento.

El problema fundamental, a partir de allí, es aprovechar esas tres condiciones: luchas, ruptura del sector mayoritario y una acumulación inicial que nos permita empalmar con este proceso de la política y buscar desarrollar nuestro partido. La verdad, intervenir en el proceso de reorganización tratando de construir una dirección para el movimiento, ya sea desde el punto de vista de las organizaciones de masas, o desde el punto de vista del partido. No estoy de acuerdo con la opinión de que tiene que ser una situación revolucionaria y tampoco con que el partido para tener influencia de masas tiene que estar en condiciones de tomar el poder. Este es otro estadio.

Por otro lado, quería destacar también otras cosas. Por ejemplo, Moreno habla en sus textos sobre la osadía política, política en todos los sentidos,

política para el movimiento y política para la organización, estructuración de partido. Aquí Lenin dice, si entendí bien, que: *“no descarto en absoluto que la revolución pueda ser iniciada por un partido muy pequeño y llevada a la victoria”*. Y después, dice: *“es suficiente un partido muy pequeño para conducir a las masas”*. Tengo la impresión de que esto aquí es una polémica, porque esta cosa de que el partido puede ser pequeño y disputar el poder, no lo entendí y lo encuentro contradictorio con el resto. Por eso, yo digo que si estuviera en un contexto de polémica está bien. Lo que entendí que él dice es que el partido puede ser pequeño desde que tenga influencia grande sobre las masas. ¿Cuál es el problema? Creo que tiene relación la influencia de masas con la estructura orgánica del partido, no creo que baste tener influencia sin estructura orgánica fuerte. ¿Por qué? Porque nosotros estamos combatiendo contra “dios” y el mundo, incluso dentro del movimiento obrero. Es esto lo que creo que está complicado aquí. Entonces, creo que la fuerza orgánica de un partido guarda, sí, una relación con la influencia de masas, y no creo posible que un partido pequeñito con una influencia grande vaya para un combate de esos (tomar el poder) y gane, creo que no. En este sentido, creo que esto aquí es más en un sentido polémico que otra cosa.

### ***El soviet y el partido***

Quería hablar también sobre este tema que Otávio planteó, pero ya me pasé de tiempo. Sólo quería dejar una inquietud porque después ustedes van a hablar. Me inquietó mucho esta parte que habla del partido y de los soviets. Yo entendí que lo que da el contenido revolucionario para el soviet es el partido, el partido como dirección. Sin esto, el soviet no toma el poder y si lo toma no gobierna para la clase obrera. Estoy de acuerdo con esto de que el papel fundamental como organización es del partido, es de la dirección política, pero nosotros siempre aprendemos que quien disputa el poder y gobierna es la organización de masas porque ella tiene capacidad de representar el conjunto, el partido no, el partido disputa y dirige políticamente. Esto aquí no quedó claro, hay momentos en que parece que se afirma una cosa, hay momentos en que parece que se afirma otra, entonces, si ustedes pudieran hablar sobre esto después, se los agradecería.

\*\*\*

## Paulo Aguena - Brasil

Primero, en relación con el tema que planteó Ricci<sup>15</sup>, o sea, si Marx tiene la concepción de partido bolchevique o de un partido único de la clase. Tengo acuerdo en un sentido y no en el otro. Pienso que Marx tiene el embrión de concepción de partido bolchevique, no toda una concepción acabada, una teoría del partido tal como Lenin desarrolla.

No obstante, pienso que para precisar este aspecto tenemos que dividir a Marx en sus dos fases: hasta la Comuna de París<sup>16</sup> de 1871, y después de ella. Existe una diferencia entre su concepción [más avanzada] de partido y su aplicación táctica, porque había una contradicción entre esta concepción y las etapas del desarrollo del movimiento obrero.

Esta etapa se inicia más o menos en 1824<sup>17</sup>, donde se desarrollan más claramente los organismos de la clase obrera, como sindicatos, cooperativas, etc. La clase obrera se encuentra en la primera fase de su propia organización como clase independiente. Marx compara esta etapa con la del surgimiento de las Comunas<sup>18</sup>, en que la burguesía busca independizarse de los feudos.

<sup>15</sup> Dirigente del Partido de la Alternativa Comunista (PdAC) de Italia, opina que Marx ya presenta la concepción leninista de partido, o sea, en el sentido de un partido comunista diferenciado de los demás partidos obreros y no un partido único de la clase obrera.

<sup>16</sup> Primera experiencia histórica de un gobierno obrero, considerado un ensayo de dictadura de proletariado. La derrota de Napoleón II en la Guerra contra la Prusia de Bismarck en la batalla de Sedán, el 2 de setiembre de 1870, provocó la caída del Segundo Imperio y la subida de la Tercera República en Francia, bajo el gobierno de Thiers, el 4 de setiembre.

Las condiciones humillantes de la derrota francesa, los entendimientos del nuevo gobierno republicano con Bismarck en detrimento de la atención de las reivindicaciones de la clase obrera, llevaron a la proclamación del gobierno de la Comuna, en marzo de 1871. Durante 72 días los obreros gobernaron París. La Comuna terminó siendo destruida por la alianza contrarrevolucionaria de Thiers con Bismarck.

Con las condiciones de la Comuna, Marx se convenció definitivamente de aquello que ya había comenzado a concluir a partir de la derrota de las revoluciones de 1848, o sea, que la clase obrera no podría limitarse a la conquista del poder político sino que tendría que destruir la máquina estatal de la burguesía y crear su propio organismo.

<sup>17</sup> Es en 1824 que el Parlamento inglés –Cámara de los Comunes– vota una ley reconociendo el derecho de asociación que hasta entonces era restringido a las clases dominantes. Con eso ven la luz las uniones obreras, consideradas los primeros sindicatos, o trade-unions, como los llaman los ingleses. Luego, ellos se desarrollaron por Inglaterra, en todos los ramos de la producción y, con el tiempo, se tornaron muy poderosos.

<sup>18</sup> La luchas de las Comunas o municipalidades fue el primer movimiento de emancipación de la burguesía en relación con la nobleza, dando origen a la constitución de las ciudades y villas con autonomía administrativa y cuerpo jurídico propio.

Después hay un avance y comienza a construir sus organizaciones políticas como es el caso del cartismo<sup>19</sup>.

En esta primera fase, creo que él ya tenía esa concepción, pero al mismo tiempo ella es inaplicable. Él es obligado a adoptar tácticas frentistas. Después de las revoluciones de 1848-1850<sup>20</sup> viene una fase de retroceso del movimiento obrero en que él va a dedicarse a la economía, va a intentar relacionar las revoluciones a esas crisis, prevé la [crisis] de 1852, que no ocurrió y que sólo llega en 1857, etc. Intenta entender cuál es la sincronía entre crisis económica y crisis revolucionaria y, después, con la aproximación de nuevas crisis y la recuperación del movimiento obrero se funda, en 1864, la Primera Internacional, bajo la condición de un frente. De él participan socialistas, anarquistas, sindicalistas, etc. O sea, él está priorizando, en ese momento, un paso práctico en la organización de un frente único.

Creo que cambia más claramente después de la Comuna de París. Esto comprueba –como anticipación histórica de una época revolucionaria que sólo va a abrirse después con el imperialismo– que es imposible mezclar las distintas corrientes. Tanto es así que ya en la Conferencia de 1871, antes de la ida [del Consejo General] para los Estados Unidos, hace una enmienda<sup>21</sup> y, posteriormente, expulsa a los anarquistas; acaba el frente único.

<sup>19</sup> En 1835 se funda en Londres una asociación dirigida por obreros, entre ellos William Lovett y Henry Hasington. En 1837, Lovett y sus compañeros formulan por primera vez las reivindicaciones políticas de la clase obrera, aspirando actuar bajo el régimen democrático burgués. El documento en el cual declaran sus objetivos recibió el nombre de La Carta del Pueblo y su movimiento, el de cartista. Entre las seis reivindicaciones está el voto universal, el parlamento anual y el voto secreto.

<sup>20</sup> Cabe observar, no obstante, que poco antes de las revoluciones de 1848-1850 que ocurrieron en Alemania y en Francia –y que se extendieron a los otros países de Europa– Marx y Engels son convidados a formar parte de la Liga de los Justos, fundada por dirigentes obreros, en 1836. Aceptada la invitación, en junio de 1847 se realiza un congreso y esta se transforma en una nueva organización, la Liga de los Comunistas. Un segundo congreso se realiza en noviembre, aprobando definitivamente sus estatutos. Marx y Engels son encargados de redactar una “profesión de fe”, dando origen al “Manifiesto Comunista”, en verdad un programa, publicado a finales de febrero de 1848.

La Liga Comunista fue, al mismo tiempo, una organización internacional de la clase obrera y el primer partido de los trabajadores alemanes. En la opinión de David Riazanov –revolucionario ruso, fundador del Instituto Marx y Engels, en 1921– la Liga ya estaría organizada bajo “el principio del centralismo democrático”. (Marx y Engels y la historia del Movimiento obrero. Editora Global. 1ª edición, 1984, pág. 66). Ella fue disuelta a finales de 1852, como consecuencia de la derrota del proceso revolucionario.

<sup>21</sup> Se trata de la Conferencia realizada en Londres, en setiembre de 1871. En ella se votaron dos resoluciones contra los anarquistas. La primera es sobre un párrafo de... (cont. pág. sig.)

La Comuna de París muestra que es inconciliable la unidad con los anarquistas y otros [otras corrientes]<sup>22</sup>. Creo que hay una modificación. Tanto es así que en 1875, él ya no concuerda con la unificación con los lassalleanos en Alemania. Marx delimita programáticamente y dice que la unificación es apresurada. Y escribe la Crítica al programa de Gotha<sup>23</sup>.

Para mí, la concepción [del partido revolucionario] sigue contradictoria con la etapa reformista que sigue vigente después de 1871. Se fundan los partidos socialistas, más delimitados, pero no tienen aún el carácter de partido revolucionario, tipo bolchevique. Ellos avanzan, pero no tienen el carácter organizativo del partido [de Lenin], que sólo es posible que surja cuando se abre la etapa imperialista.

///

(cont. 21) ... los estatutos que no dejaba claro que para conseguir sus objetivos el proletariado debía conquistar el poder político. Fue aprobada una enmienda que decía: “Que esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su fin supremo, la abolición de las clases; Que la unión de las fuerzas obreras a la obtenida por la lucha económica debe servir de palanca en las manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores”. La segunda fue una resolución que prohibía la fracción secreta de los anarquistas organizados en la Alianza. Lejos de terminar, el enfrentamiento con los anarquistas se intensificó, pasando a acusar al Consejo General de imponer a la Internacional el dogma de la necesidad de organizar al proletariado en partido especial para la conquista del poder político, y exigieron un Congreso. Este fue realizado en 1872, y en él se aprobó una resolución que decía que “la conquista del poder político es el deber supremo del proletariado”. Constatado que la fracción secreta continuaba, Bakunin fue expulsado. Se aprobó también la transferencia de la sede del Consejo General para Nueva York, Estados Unidos.

<sup>22</sup> En una carta a Sorge, de 12/17 de setiembre de 1874, Engels desarrolla esa idea. Al final dice: “Pienso que la nueva Internacional será –después que las obras de Marx hayan ejercido su influencia durante una serie de años– una Internacional nítidamente comunista y proclamará principios que serán precisamente los nuestros [...]”.

<sup>23</sup> En el año 1875 se dio la unificación, en la ciudad de Gotha, de los dos partidos obreros alemanes: la Asociación General de los Trabajadores Alemanes, fundada en 1863 por Ferdinand Lassalle (que murió en un duelo en 1864), y el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores, en 1869, en Eisenach, por Wilhelm Liebknecht, Wilhelm Bracke y August Bebel, dirigentes socialistas próximos a Marx. En el proyecto de programa de unificación predominaba la tesis de los lassalleanos, lo que suscitó duras críticas de Marx y Engels. Ellos consideraban que si la unificación era necesaria, no por eso debía darse sobre la base de un mal programa. Opinaban que convenía más esperar y limitarse a una plataforma general para el trabajo práctico. Bebel y Bracke compartían ese punto de vista, no así Liebknecht, que era el responsable por la redacción del mismo. Marx escribió una crítica al programa – “Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán”, conocida como “Crítica al programa de Gotha”, donde deja claro, por ejemplo, la necesidad de la “dictadura del proletariado”.

## **Influencia de masas**

El segundo problema, sobre la influencia de masas: estoy de acuerdo con la cita<sup>24</sup> de Moreno que se trata de arrastrar, dirigir e influenciar sectores políticamente. Está en la concepción de Moreno, Nazareno lo citó. Yo sólo quería precisar [el tema] con la cita de un párrafo que está en la página 63, para no hacer una falsa polarización entre influencia política y elección, número de votos. Trotsky dice lo siguiente:

*“El número de comunistas que ocupan cargos de dirección en los sindicatos no es nada más que un medio para medir la influencia del partido. El parámetro más importante es el porcentaje de comunistas en relación con el total de sindicalizados. Pero el principal criterio es la influencia del partido sobre la clase obrera, que se mide, como cuantificamos, por la circulación de la prensa comunista, la concurrencia a los actos del partido, el número de votos de obreros y obreras que responden activamente a los llamados del partido a la lucha” (Trotsky, León. Comunismo y Sindicalismo).*

Todos son criterios para medir la influencia del partido, no obstante, el decisivo es la movilización, arrastrar e influenciar bajo el curso de la lucha de clases, a través de la movilización de masas. Pero él diferencia, vean, la influencia a través de los sindicatos. Esto es importante, pero no es la misma cosa que influencia política. Él adopta hasta criterios para eso.

Entonces, aquí entra la polémica sobre el MAS de Argentina. Creo que el MAS tenía elementos de influencia política de masas, sí. Ella está ligada a la crisis de los aparatos del movimiento obrero, comenzando por el peronismo, y a la crisis de los partidos burgueses, del propio radicalismo.

Como veo la evolución: en el año 1982 surge el MAS, después del PST, a partir de la táctica electoral llamada Frente de los Socialistas, como posibi-

■■■■  
<sup>24</sup> Cita: “Una situación revolucionaria desarrollada, con sectores rompiendo por la izquierda con los aparatos reformistas burocráticos, ya nos da, objetivamente, la posibilidad de conquistar la influencia de masas, o sea, de arrastrar, por su política, a sectores de base del movimiento de masas. En este último caso, es una obligación del partido golpear y estructurar sus organismos en todos los sectores del movimiento de masas (aunque priorizando aquel que se perfila como vanguardia de la revolución, por ejemplo, la clase obrera industrial de la Argentina, los mineros y fabriles de Bolivia, etc.” (Moreno, Nahuel. *Problemas de organización*, 1984).

lidad para construir un partido socialista de masas; Moreno dice, con los reformistas.

Él trabaja esta hipótesis, esto después acaba no dándose, pero él trabaja con esta posibilidad. Y, ¿por qué no se da? ¿Por qué el surgimiento de esta corriente no se confirma? Ocurre una “revolución democrática”, en la que el radicalismo capitaliza y gana peso. Tanto es que en las elecciones de 1983 el candidato del radicalismo, Alfonsín, “arrasa”. Y todo aquel crecimiento del MAS que [en el proceso electoral] se expresó en el número de sedes, periódicos, etc., va menguando y el radicalismo ocupa este espacio.

Este comienza a decaer en las elecciones de 1985 y sigue en 1987. Para mí, cuando viene Semana Santa<sup>25</sup> comienza definitivamente la ruptura de las masas con el radicalismo. ¿Por qué? Porque Alfonsín pacta con los militares.<sup>26</sup> Esta traición se expresa en un gran acto, en el que el partido tiene un acierto táctico muy importante. En ese año se anuncia el acuerdo de unidad nacional con todas las fuerzas [políticas], el MAS rompe el acto en una operación política en que arma aquella columna de banderas rojas y arrastra a sectores importantes.

Comienza la crisis del radicalismo, un sector burgués que había bloqueado el crecimiento. El Partido Intransigente (PI) también comienza a entrar en crisis; el PC, que apoya el acuerdo, también; y allí, entonces, nosotros comenzamos a ganar influencia política.

O sea, además de la crisis del peronismo, que fue cómplice de la dictadura, se suma la crisis del radicalismo y comienza la decadencia del PI como partido de centro, que después prácticamente desaparece. Este salto [de la influencia política] que comienza con la Semana Santa queda luego más claro, porque para mí, antes sólo tenía elementos. Por ejemplo, en las elecciones de 1985 se vendían 60.000 periódicos. Multipliquemos por cuatro el tamaño del Brasil y vamos a ver que son ¡240.000 periódicos semanales! No es broma. Ya en 1983 se vendían 30.000 periódicos, que multiplicados por cuatro son 120.000 aquí; ¡imaginen!

Edu citó el acto de Ferro [de 1987]<sup>27</sup>, un acto importantísimo, fue un

<sup>25</sup> Acto realizado en la Semana Santa de 1987, en la Plaza de Mayo.

<sup>26</sup> Se trata de la “Ley de obediencia debida”, pactada con los militares perdonando a los ge-nocidas responsables por los crímenes de la dictadura.

<sup>27</sup> También se realizó otro acto en el estadio del Club Ferrocarril Oeste el 1 de Mayo de 1988, que reunió alrededor de 20.000 personas.

marco importante. Y después estuvo el acto del “NO”<sup>28</sup>. Creo que fue otro acierto táctico. Cuando el gobierno hace una declaración sobre que los que están contra el gobierno son los “no”, que están “en la otra vereda” [calzada], y el partido dice “entonces, vamos por el no”, y realiza un acto de masas, ¡de alrededor de 100.000 personas! Era un llamado a la acción como partido, en unidad con el PC, pero una acción; no era una cosa solamente electoral.

Las elecciones eran una expresión de un proceso más profundo que ya estaba dándose y estaba abriendo la posibilidad de una influencia política de masas, que se expresará en la elección de Zamora y Silvia Díaz<sup>29</sup>.

Por fin, para terminar, el problema es si quien toma el poder son los organismos de masas o el partido. Creo que por regla general, en nuestra concepción, son los organismos de masas que deben gobernar y la línea del partido es dirigir las organizaciones de masas. No obstante, es verdad que Lenin planteó la posibilidad de tomar directamente el poder y está ahí la polémica con Trotsky. Sin embargo, creo que se trata de una diferencia táctica<sup>30</sup>, no de concepción.

\*\*\*

## Israel - Brasil

Voy a plantear rápidamente dos puntos. Sobre el tema del partido único: a diferencia de lo que dijo el compañero de Italia, y a pesar de que Catatau habló sobre las fuertes polémicas con Lassalle, Marx trabajaba por la unidad con los lassalleanos. La crítica al programa de Gotha no es en pro de una ruptura sino de una delimitación clara del sector que era dirigido por él y Engels en relación con todas las confusiones teóricas de Lassalle, dirigente de mucho peso.

Por otro lado, había acuerdo en las tareas eminentemente democráticas, me parece, justamente porque no estaba planteada la cuestión del poder.

■ ■ ■ ■  
<sup>28</sup> Acto del “NO”, realizado en la Plaza de Mayo el 1 de Mayo de 1990, contra el gobierno Menem.

<sup>29</sup> En las elecciones de 1989, Luis Zamora fue diputado nacional y Silvia Díaz diputada por la provincia de Buenos Aires.

<sup>30</sup> Interpretamos que Lenin defendía que el partido tomase el poder para entregarlo a los soviets y no que el partido gobierne sin organismos.

También estaba planteado que reformistas y revolucionarios luchasen conjuntamente sin que esto indicase una contradicción programática que llevase a una ruptura organizativa, porque era posible la obtención de reformas de cierta duración.

### ***Sobre la influencia de masas***

Ahora, sobre la influencia de masas. Lenin dice en uno de los textos que para la victoria ha de contarse con la “simpatía” de las masas. Para mí, eso significa *mover* un sector de masas importante. Obviamente, cuánto uno mueve o no depende de muchas cosas que no necesariamente tienen ligazón con la actuación del partido, sino que dependen de la ruptura con los aparatos reformistas, traidores, etc. Ahora, hay una cosa que no depende de esto: el trabajo permanente de convencimiento de un sector de masas sobre su política. Por lo tanto, una actuación principalmente política, no sindical y económica.

Creo que esto es importante porque en un momento de decisión, de la toma del poder –hasta donde pude estudiar– no necesariamente se cuenta con el apoyo de la mayoría, en términos numéricos, de la población. Y puede aún haber una parte importante de ella apoyando sólo pasivamente al partido o al organismo de masas que hizo aquello. Pero, aún eso, sólo es posible como resultado de un trabajo permanente de agitación y propaganda que, en mi opinión, es parte de lo que está en el debate de influencia de masas y es la tarea central de partido.

\*\*\*

### **Martín Hernández - Brasil (cierre)**

No voy a dar las opiniones de la comisión que preparó este seminario porque no construimos (ni intentamos construir) una opinión común. Por lo tanto, lo que voy a dar son opiniones personales sobre los aspectos centrales del debate.

///

## ***Marx y Moreno sobre el partido único de la clase obrera***

Con relación a lo que dice Moreno sobre Marx respecto del partido único de la clase obrera, tengo que decir que en realidad nosotros fuimos injustos con Moreno porque en el material de estudio sólo colocamos una pequeña frase. Sólo que Moreno habló sobre este tema en más de una oportunidad y él no dijo que fue un error de Marx sino que la afirmación de Marx, que era equivocada, se explicaba por la época en que fue escrita (antes de la aparición de la aristocracia obrera). Moreno no estaba criticando a Marx. Pero lo que sí estaba diciendo, para mí con razón, es que esa afirmación de Marx tuvo consecuencias negativas, nefastas, para el movimiento obrero mundial, pues fue utilizada por el estalinismo para defender a los PCs como los partidos únicos de la clase obrera.

Aclarado esto, ahora digo mi opinión sobre la polémica que se dio aquí: para mí no hay un cambio [cualitativo] en Marx entre lo que afirma en sus primeros trabajos (en el *Manifiesto Comunista*) y lo que va a decir después. Hay una evolución, pero no veo que haya un cambio cualitativo. Por ejemplo, la Primera Internacional no se rompió porque era una Internacional de marxistas y anarquistas. Esas dos corrientes convivían en un partido único. Lo que llevó a la explosión de la Primera Internacional fue un problema metodológico, pues Bakunin, que era un tipo siniestro, montó una fracción secreta y eso es lo que va a llevar a la disolución de la Primera, en el marco de la derrota de la Comuna de París.

Fíjense, para ver la diferencia de época: según Lenin, el gran aporte de Marx, lo que diferencia al marxismo de las otras corrientes, es su conclusión sobre la necesidad de la dictadura del proletariado como paso previo al socialismo y al comunismo. Esta era también la opinión del propio Marx. Sobre este tema central no había acuerdo en la Internacional, ya que los anarquistas estaban radicalmente en contra de la dictadura del proletariado, pero, sin embargo, eso no impedía, en esa fase, convivir en una misma Internacional. No es que el debate, como bien dijo Ricci, no existía entre marxistas y anarquistas. Pero era un debate en el marco del partido único de la clase obrera internacional.

Pero es importante señalar que ese concepto equivocado, sobre el partido único de la clase obrera, que después fue utilizado por el estalinismo, se ex-

tiende hasta los días de hoy y, en mi opinión, ha afectado también a nuestra corriente. Por ejemplo, en la Argentina, durante varios años, defendíamos como una consigna central el llamado a construir el Partido Único de la Revolución.

También debemos recordar el debate que se dio aquí en el Brasil en los primeros años del PT, en donde nosotros tuvimos una posición correcta. El PT aparecía como el partido único de la clase obrera. ¡El gran partido de la clase obrera! ¿Y cuál era el debate entre las corrientes de izquierda que hacíamos parte del PT? Era si el PT era el partido estratégico o un partido táctico. ¿Se acuerdan? Los más antiguos se deben acordar. La mayoría de las corrientes de izquierda decían que el PT era el partido estratégico. Nosotros, por el contrario, opinábamos que el PT era un partido táctico. Nosotros entramos al PT negándonos a considerarlo como el partido único de la clase obrera.

Recuerdo al respecto que Lambert, que consideraba al PT como el partido estratégico, nos decía "... *nadie puede dejar de lado la hipótesis de ganar a Lula para el trotskismo*". Por otra parte, este debate continúa actual. Allí están los llamados partidos anticapitalistas que pretenden unir a los revolucionarios con los "reformistas honestos".

### ***Sobre la cuestión del poder***

Este es un tema bastante delicado, que la propia historia, en mi opinión, no resolvió bien. Sobre esta cuestión, para mí, Moreno tiene razón. Moreno, polemizando con Mandel, dice que es equivocado afirmar que lo central son los soviets. Para Moreno, lo central es el partido y no los soviets, porque no hay que hacer un fetiche de los soviets, y dice que Lenin no hizo un fetiche, a punto tal que, en un determinado momento, pensó en romper con los soviets y pasar a organizar los comités de empresas y dar la batalla por el poder a través de esos organismos. Pero para Moreno, y esto es lo más importante, es la clase obrera con sus organismos quien toma el poder, aunque a veces lo tome el partido pero, como él dice, apoyándose en los organismos de la clase.

El problema fue que en la Rusia de 1917 quien vota la toma del poder fue el partido, que no esperó el congreso de los soviets porque Lenin opinaba

que había llegado el momento y si se perdía ese momento después no se iba poder tomar el poder; y aquí es que se arma la confusión sobre quién toma el poder. Es justamente sobre este tema que Moreno dice que es el partido pero “apoyándose en los organismos de la clase”. Porque es el Comité Central bolchevique quien define la toma del poder pero, en términos prácticos, quien lo toma es el Comité Militar Revolucionario, que es un organismo de frente único y, por otra parte, el poder es entregado al Congreso de los Soviets.

Pero como nunca más se repitió esa situación, la confusión continúa, porque en todas las otras revoluciones, con direcciones burocráticas o pequeño-burguesas, son los “partidos ejército”, como el de Fidel o el de Mao, quienes toman el poder, y no los organismos de la clase obrera. En este caso, a diferencia de los bolcheviques, estos partidos no se apoyan en los organismos de la clase obrera.

Para ver la diferencia con los bolcheviques hay un trabajo de Tony Cliff en el que se hace un relato, que yo no conocía, de cómo fue la toma del poder en China. Él estudió bastante ese tema. Es impresionante cómo fue la toma del poder en China. ¿Impresionante en qué sentido? En el odio que tenía Mao hacia todo tipo de organización independiente de la clase obrera. Por ejemplo, en su trabajo, Cliff publica una proclama del ejército de Mao cuando se preparaba para tomar el poder en Shanghai y Cantón, en la que dice: “*Se espera que los obreros y empleados de todos los oficios continúen trabajando y que los negocios funcionen con normalidad*”, y Cliff agrega: “*La clase trabajadora cumplió y permaneció inerte*”.

Mao tenía la obsesión de que nadie por fuera de su ejército, completamente disciplinado de arriba hacia abajo, participara de la toma del poder. Digo esto porque es toda una concepción. Es exactamente la obsesión opuesta a la Lenin, que en todo momento buscaba construir organismos de la clase obrera.

### ***El partido con influencia de masas***

Sobre la última cuestión: el partido con influencia de masas; les voy a dar mi opinión, que es muy particular. Sólo para que la conozcan: nosotros siempre decimos que queremos construir el partido. En cualquier país noso-

tros queremos construir el partido. ¿Pero qué tipo de partido? Un partido bolchevique. Muy bien, pero decimos más. Que queremos construir un partido para tomar el poder. Y, para concretar esta idea, decimos: “Un partido con influencia de masas”. Yo opino que esa concepción nuestra, de “partido con influencia de masas”, es equivocada.

Voy empezar primero con el problema terminológico. ¿Qué quiere decir “influencia”? Lenin no usa esa categoría, usa otra. Él habla de dirigir a la clase obrera y de ganar la simpatía de los campesinos y el pueblo. Para mí son cosas bien diferentes. ¿Qué es, exactamente, influenciar?

No estoy en contra de decir que queremos influenciar a las masas pero, para mí, la estrategia no puede ser construir un partido con influencia de masas porque, solo con eso, no se puede tomar el poder.

La estrategia es la que dice Lenin: un partido que dirija a la clase obrera y gane la simpatía de la mayoría de los otros sectores, que es algo bien diferente.

¿Cuál es nuestra estrategia? ¿Dirigir, o dirigir a la clase obrera? Porque nosotros podemos ganar influencia de masas en otros sectores y no dirigir a la clase obrera. Por ejemplo, podemos ganar influencia de masas entre los estudiantes. Seríamos un partido con influencia de masas. Y sería muy importante, pero eso es táctico. No es nuestra estrategia. Para mí, esa concepción es muy peligrosa. Porque si nuestro objetivo es ganar la influencia de masas tenemos que ir al sector en donde eso pueda lograrse. Y, normalmente, ¿adónde se nos brindan las posibilidades de ganar influencia de masas? ¿En los sectores que más se movilizan! Y si los que más se movilizan son los campesinos, allí tendría que estar la actuación central del partido, porque nuestra estrategia es construir un partido con influencia de masas.

Por ejemplo, en Rusia, cuando los bolcheviques se estaban construyendo no trabajaban entre los campesinos (excepto en el final), por eso tuvieron que hacer acuerdos con los SR de Izquierda (una organización esencialmente campesina) para la toma del poder.

Y es importante destacar esto porque Rusia era un país campesino y eran ellos los que más se movilizaban. Hacían grandes levantamientos, atacaban violentamente a los terratenientes, incendiaban las estancias. Pero los bolcheviques nunca dijeron que tenían ganar influencia de masas entre los campesinos. Porque su estrategia no era construir un partido con influencia de

masas. Quienes hacían eso eran los populistas, en especial los SR, que eran un grupo de intelectuales que se fueron a hacer trabajo campesino y se transformaron en una potencia y, por eso, incluso después de Octubre, tuvieron muchos más votos que los bolcheviques.

Los bolcheviques nunca fueron a intentar ganar influencia de masas entre los campesinos. Nunca se alejaron de la clase obrera, ni siquiera cuando esta fue derrotada en la revolución de 1905.

Yo sé que en nuestra corriente hay una gran unidad en torno al tipo de partido que queremos construir, pero creo que esta categoría, para mí muy confusa, de “partido con influencia de masas”, como estrategia, puede crear muchas confusiones. ¿Para qué inventar nuevas categorías como la de “partido con influencia de masas”?

Nazareno decía, con razón, “... en los textos de Lenin no vi nunca nada de influencia de masas”. Y es verdad, en Lenin no existe esa categoría. Nosotros inventamos una categoría para que se entienda mejor nuestro objetivo. Pero no ayuda a que se entienda. Porque, en esa definición no entran las clases sociales, no entra la clase obrera.

La concepción bolchevique es dirigir a la clase obrera y dirigir a las masas desde la clase obrera. Y agrego más: cuando Lenin dice que con un partido pequeño se puede tomar el poder, él alerta: “... no basta dirigir sólo a la clase obrera”, es decir, parte de la base de que el partido tiene que dirigir a la clase obrera. Miren lo que dice Lenin sobre el problema del poder. Dice que se puede tomar el poder con un pequeño partido. Pero alerta, “... no basta dirigir sólo a la clase obrera, el partido tiene que ganar la simpatía (no la influencia) de las masas campesinas y populares, si no, el poder no se sostiene”.

Estoy agregando esto para hacer una reflexión sobre Argentina, sobre aquella idea de que en la Argentina se podía tomar el poder. Para mí, era un delirio. Puede ser que estuviésemos ganando una cierta influencia de masas o que estuviésemos en camino de lograrlo. Pero era un delirio porque no dirigíamos a la clase obrera ni estábamos próximos a hacerlo. Y porque no teníamos la simpatía de los otros sectores del movimiento de masas. Estábamos construyendo un gran partido, pero aún estábamos muy lejos de tener condiciones de tomar el poder.

\*\*\*

## Atnágoras - Brasil

Este dirigente de los obreros de la construcción del Brasil, al finalizar cada día del seminario, produjo un texto en el que resume sus conclusiones de los debates, y que tituló: “Resumen ‘poético’ de un seminario teórico”.

### ¡La insistencia de un parto!

I

Con el nombre partido, unifique  
Separe y organice el embate  
Dirigiendo todo e incorporando parte  
Que destacada insiste  
Y al tener el poder: lo ejerce y reparte  
¡Partido es un arte!

Así, pues, se realiza  
(En hombres, mujeres, en la lucha de clases)  
En la condición de explotada y oprimida  
Destaca sus hijos para las lides  
Y aún partida  
De los suyos nunca parte...

Partido, partiendo con la marcha que pasa  
Creciendo en acción  
Simpatía y audacia  
Mirando la misión:  
-Partido, peón e influencia de masa  
¡Partido se haga!

\*\*\*

# Gramsci traicionado

Se discute mucho el libro de Franco Lo Piparo, *L'enigma del quaderno* (El enigma del cuaderno).

Sin embargo, se trata de una discusión surreal, en la cual muchos que rechazan el estudio y la hipótesis de Lo Piparo (de hecho, la mayoría de los historiadores de todas las orientaciones) fingen perder de vista el hecho de que desde hace ochenta años la acción y la obra de Gramsci son sistemáticamente falsificadas por estalinistas, socialdemócratas y liberales, en una gigantesca operación iniciada por Togliatti y que va más allá del caso del cuaderno desaparecido.

Empecemos, entonces, por el comienzo...

## CONTENIDOS

### GRAMSCI TRAICIONADO

#### **Acerca del “cuaderno desaparecido”. Ochenta años de falsificaciones de estalinistas, reformistas y liberales (Francesco Ricci).....81**

El estudio de Lo Piparo .....	81
Los indicios.....	82
Las reacciones al hallazgo de Lo Piparo.....	82
El verdadero caso Gramsci .....	84
La intriga de Togliatti alrededor de las obras de Gramsci.....	85
La ruptura entre Gramsci y Togliatti .....	88
La carta de 1926.....	88
El disenso de Gramsci en la cárcel .....	90
La “extraña” carta de Grieco .....	91
¿Gramsci estalinista?, ¿liberal?, ¿trotskista? .....	93

#### **Notas bibliográficas .....**96

## ACERCA DEL “CUADERNO DESAPARECIDO”<sup>1</sup>

### *Ochenta años de falsificaciones de estalinistas, reformistas y liberales*

#### El estudio de Lo Piparo

Franco Lo Piparo, filólogo<sup>2</sup>, ha realizado una investigación escrupulosa e ingeniosa, acogiendo a la contribución de historiadores y grafólogos.

Su denso opúsculo, que se lee como una novela policíaca (pero documentadísima y para nada “inverosímil”, a diferencia de lo que escribieron muchos reseñadores), revela falsificaciones evidentes realizadas por Togliatti y el PC italiano (PCI) sobre los escritos de Gramsci y, sobre la base de pruebas e indicios plantea la hipótesis razonable de que uno de los *Quaderni* de Gramsci, escrito en la clínica Quisisana en la que Gramsci (salido de la cárcel fascista después de diez años) estuvo desde el mes de agosto de 1935 hasta su muerte en el mes de abril de 1937, fue ocultado por Togliatti y entonces nunca se publicó. Aquel cuaderno, según Lo Piparo, fue destruido o bien se halla en los documentos de Togliatti o de Piero Sraffa (uno de los dos ángeles custodios de Gramsci, junto con su cuñada Tania) o vaya a saber dónde.

■■■■  
<sup>1</sup> Franco Lo Piparo, *L'enigma del quaderno. La caccia ai manoscritti dopo la morte di Gramsci* (El enigma del cuaderno. La caza a los manuscritos después de la muerte de Gramsci). Los detalles de este y los demás libros citados se encuentran, si no están mencionados aquí, en las notas bibliográficas, en estas páginas.

<sup>2</sup> Lo Piparo ya se ocupó de Gramsci en diferentes trabajos anteriores: algunos dedicados a cuestiones lingüísticas y otro, más reciente, a la reclusión de Gramsci (ver Notas bibliográficas).

## Los indicios

En las 150 páginas de su libro, Lo Piparo junta una tal serie de indicios que, aun cuando claramente no garanticen la existencia del cuaderno desaparecido, no obstante parecen suficientes, en nuestra opinión, para juzgar no sólo posible sino también probable la hipótesis planteada.

No podemos enumerar todos los hallazgos de Lo Piparo en su meticuloso trabajo filológico. Basta con decir que en diferentes cartas, entre ellas aquellas de Sraffa a Togliatti y de Togliatti al dirigente ruso Manuilski (no mostradas al público), siempre se habla de “treinta” cuadernos (mientras que nosotros sólo nos enteramos de veintinueve, más cuatro cuadernos de traducciones); y que la investigación sobre las portadas de los cuadernos de Gramsci y sobre las etiquetas e inscripciones demuestra que estas etiquetas e inscripciones no son sólo de Gramsci y Tania (la cuñada que lo cuidaba en Italia y que enumeró los cuadernos cuando él murió), sino que existen señales inequívocas de alteraciones, reenumeraciones, grafías sucesivas de los “coordinadores”.

## Las reacciones al hallazgo de Lo Piparo

Como decíamos, la mayoría de los estudiosos rechazó la hipótesis de Lo Piparo (que en parte ya había sido adelantada hace un año en su anterior libro): alguien, tratando de argumentar (sin lograrlo) sobre la imposible existencia de un cuaderno más; alguien más, haciendo someramente ironía.

Claramente, los más encarnizados fueron los historiadores ex estalinistas o los aún hoy estalinistas, o bien de cualquier modo transitados en el Partido Demócrata (PD) pero siempre fieles a la versión litúrgica de la historia del PCI transmitida por el togliattismo y la escuela de Paolo Spriano.

Guido Liguori, por otra parte autor de textos interesantes (ver “Notas bibliográficas” al final de este artículo), liquidó el libro de Lo Piparo definiéndolo en el periódico *Il Manifesto* “un castillo de conjeturas”<sup>3</sup>. En el mismo

<sup>3</sup> Muchas veces Guido Liguori volvió a ocuparse del tema. Véanse, a propósito del libro anterior de Lo Piparo, “L’invenzione di un teorico liberale. Antonio Gramsci secondo Franco Lo Piparo” (La invención de un teórico liberal. Antonio Gramsci según Franco Lo Piparo), *Il Manifesto*, 2 de febrero de 2012, y “Un revisionismo storico in nome del bene assoluto” (Un revisionismo histórico en nombre del bien absoluto), *Il Manifesto*, 2 de marzo de 2012; y, luego, “Una spy story colma di congetture irrisolte” (Una novela de espionaje llena de suposiciones no resueltas), *Il Manifesto*, 19 de febrero de 2013, que se refiere al libro de Lo Piparo recién publicado (ver nota 1).

periódico (que defiende fervorosamente la versión de Togliatti como fiel coordinador), Luigi Cavallaro<sup>4</sup> retoma la cantilena de un Togliatti “refinado jugador de ajedrez” que se atendería a fingir sustentar al estalinismo para luego apartarse de él con el “viraje de Salerno” (que, en realidad, fue decidido en Moscú en pleno acuerdo entre Stalin y Togliatti, como fue demostrado hace décadas) y con eso seguir libremente el “camino italiano al socialismo”, que ha permitido el nacimiento de esta nuestra linda República fundada sobre la sagrada Constitución, etc.

Este también es el *leitmotiv* de los dirigentes del PD. D’Alema<sup>5</sup> liquida todo diciendo que se trata de un pretexto para atacar las antiguas raíces del PD.

El periódico *Repubblica* destinó un extenso espacio al caso, pero inclinándose a sustentar la tesis oficial, es decir, aquella del PD y el Instituto Gramsci, con su director Giuseppe Vacca (Gramsci anti-estalinista, junto con Togliatti, progenitor de las diferentes piruetas que impulsaron al PCI a convertirse de partido estalinista en socialdemócrata y, finalmente, liberal)<sup>6</sup>. Por otra parte, Vacca, frente a la evidencia de los indicios encontrados por Lo Piparo, consideró necesario encaminar una comisión de investigación (integrada también por el propio Lo Piparo), confirmando así, indirectamente, que no se trata de fantasías que se pueden liquidar con una sonrisa.

Innumerables fueron las intervenciones de otros historiadores y estudiosos, algunos hoy pertenecientes al PD y, entre ellos, muchos de procedencia estalinista (a veces todavía no superada): Angelo D’Orsi<sup>7</sup>, Gianni Francioni<sup>8</sup> y, sobre todo, Alexander Hobel y muchos otros que se desahogaron en la

■ ■ ■ ■ ■  
<sup>4</sup>L. Cavallaro, “Gramsci, mille e una eresia” (Gramsci, mil y una herejías), *Il Manifesto*, 11 de enero de 2012).

<sup>5</sup>Ver B. Gravagnuolo, “D’Alema: falsità su Gramsci per delegittimare i partiti” (D’Alema: falsedades para deslegitimar los partidos), *l’Unità*, 8 de junio de 2012.

<sup>6</sup>Véanse varios artículos de Simonetta Fiori en *Repubblica* y, en particular, “Gramsci: manca un pezzo?” (Gramsci: ¿falta un pedazo?), 2 de febrero de 2013; “Il quaderno di Gramsci? È solo voglia di scoop” (¿El cuaderno de Gramsci? Es sólo gana de exclusiva), 10 de febrero de 2013, entrevista al estudioso de Gramsci, Joseph Buttigieg, que ridiculiza todo (pero sin tener ni pizca de argumento) hablando de una extravagancia.

<sup>7</sup>De D’Orsi véase “Gramsci nella guerra dei mondi” (Gramsci en la guerra de los mundos), *La Stampa*, 15 de marzo de 2012.

<sup>8</sup>Al referirse al libro de Lo Piparo sobre “las dos cárceles de Gramsci” (en que se adelantaba la tesis del cuaderno desaparecido), Gianni Francioni (*l’Unità*, 2 de febrero de 2012) trata, asiendo las ramas, de dar una explicación de las diferentes etiquetas sobre las tapas de los cuadernos. Pero, el 15 de febrero de 2012, Lo Piparo (*l’Unità*: “Quaderno 32, il mistero c’è” [Cuaderno n.º 32: hay misterio]) le contesta con argumentos sensatos y convincentes (por otra parte, ulteriormente desarrollados, y apoyándose sobre pruebas y peritajes en el libro recién salido y dedicado al tema: ver nota 1).

página web Marx XXI (animada por la corriente “ex Ernesto”, transitada de Refundación Comunista hacia el partido de los comunistas italianos, siempre conservándose fiel en los siglos al togliattismo).

En este caso, sólo se distinguió un togliattiano convencido como Luciano Canfora, que reconoció validez a la hipótesis de Lo Piparo aunque no compartió sus conclusiones (que, por otra parte, Lo Piparo separa del análisis escrupoloso de los hechos), es decir, que en el cuaderno desaparecido podrían estar las pruebas de un abandono de parte de Gramsci del “bolchevismo” (término con que Lo Piparo junta a Stalin y Lenin).

Frente a los elementos de investigación alegados por Lo Piparo, que son difícilmente sustituibles en el mérito, el *leitmotiv* de sus adversarios es sólo uno: ¿por qué Togliatti habría publicado los Cuadernos de un Gramsci herético? Podría haberlos tirado todos a la basura. Si conocemos a Gramsci, concluyen inexorablemente todos ellos (Liguori, Cavallaro, Francioni, D’Orsi, etc.), “es gracias a Togliatti”.

En realidad, el argumento es risible. Togliatti hizo con Gramsci lo que Stalin ya había hecho con Lenin: lo embalsamó para mejor deformar y canonizar su obra, empleándola como un sólido pedestal sobre el que en realidad levantar su acción, es decir, la vuelta especular de un pensamiento que él iba poniendo bajo una vitrina de cristal.

## El verdadero caso Gramsci

Evidentemente, los adversarios de la tesis de Lo Piparo tienen una enorme ventaja: como este eventual cuaderno desaparecido no fue hallado, falta la prueba; en efecto, falta el “cuerpo del delito”. Entonces –defienden– la carga de la prueba corresponde a Lo Piparo y a quienes afirman que existiría un cuaderno desaparecido. El razonamiento en sí no tiene desperdicio, a no ser porque Lo Piparo pone en fila – repitamos– tal número de pruebas de falsificaciones, por supuesto realizadas en los cuadernos conocidos de Gramsci, y tal serie de otros elementos de otra manera inexplicables, que de conjunto estamos frente a algo mucho más consistente que una simple hipótesis. Y ninguno de sus contestatarios (por lo menos en nuestro conocimiento) fue hasta ahora capaz de dar una explicación diferente de los indicios de Lo Piparo. Por esa razón, todo el mundo concluye repitiendo que “es gracias a Togliatti que conocemos las obras de Gramsci”.

Pero, ¿a través de qué trabajo Togliatti nos “puso a disposición” las obras de Gramsci? Merece la pena recordarlo.

## La intriga de Togliatti alrededor de las obras de Gramsci

Gramsci murió, recordémoslo, en el año 1937. La primera edición de sus cartas (aparentemente, los textos más inocuos y durante años así presentados, es decir, como simple muestra de una experiencia humana) fue publicada por Togliatti (que las guardaba celosamente) sólo en 1947. O sea, ¡diez años después del fallecimiento de Gramsci!

Es más, como resultó evidente después de otros veinte años, la primera publicación de las *Lettere* (Cartas) era falsificada y manca. Sólo en 1964 Togliatti puso a disposición de Elisa Fubini y de Caprioglio nuevos materiales para una publicación “acrecentada” de las cartas de Gramsci por el editor Einaudi (edición de 1965). En la nueva antología salieron a la luz nada menos que 119 cartas que no figuraban en la primera edición y se restablecieron al fin referencias que en aquella de 1947 se habían borrado. Se trata, en particular, de las referencias que Gramsci hizo a Bordiga, a Rosa Luxemburgo y a León Trotsky (de estos últimos dos él pedía, cuando estaba preso, varias obras) o al caso de la carta a Grieco (sobre la que nos detendremos enseguida).

Entonces, Togliatti, que según sus partidarios de ayer y de hoy “nos hizo conocer a Gramsci”, primero esperó diez años del fallecimiento de este para publicar sus cartas (¡claro!, nos repiten: “había la guerra y otras cosas en que pensar”); luego esperó otros veinte años para divulgar cartas escondidas y permitir la publicación integral, no mutilada, de las primeras aparecidas (claro que aquí ya no estaba la justificación de la guerra). Y no termina aún: habría que esperar el derrumbe del estalinismo y otros años más para llegar a la publicación –¡en 1997!– de las respuestas de quienes se carteaban con Gramsci, y en particular de las cartas de Tania. La edición completa de esta correspondencia, que echó nueva luz sobre el verdadero significado de muchas cartas de Gramsci, esclareciendo alusiones y frases que parecían políticamente insignificantes, se publicó –remarquémoslo– en 1997 por Daniele y Natoli<sup>9</sup>, es decir, sesenta años después de la muerte de Gramsci.

■■■■  
<sup>9</sup>A. Gramsci, T. Schucht, *Lettere 1926-1935* (Cartas 1926-1935), al cuidado de A. Natoli y C. Daniele.

Y bien considerado, el amoroso cuidado reservado por el PCI a las *Lettere* es poca cosa respecto de aquel destinado a otros escritos aún más políticos. Los escritos de Gramsci publicados en el *Ordine Nuovo*, que debido a su claridad no dejaban lugar a “interpretaciones”; ¡se volvieron a publicar sólo en 1966!

En cuanto a los *Quaderni dal carcere* (Cuadernos de la cárcel), aun cuando se admitiera que están todos (y que, por lo tanto, no existe otro cuaderno ocultado), es oportuno recordar que la primera edición “temática”, coordinada por Felice Platone y personalmente por Togliatti, fue publicada entre 1948 y 1951 (y aquí vuelve la justificación de la guerra que dificultaría ocuparse de ello). Sin embargo, se trató de una edición tan manipulada que hacía incomprensible gran parte de los textos. Tuvimos que esperar treinta años más para que al final se preparara una edición de los *Quaderni* así como fueron escritos, coordinada por Valentino Gerratana (editorial Einaudi). Con respecto a la primera edición, entre otras cosas, también acá (así como ocurrió con las *Lettere*) se restablecieron fragmentos enteros antes censurados. Fue el propio Gerratana (por otra parte historiador de estrecha ortodoxia togliattiana) quien lo admitió en diferentes ocasiones (cuando a esa altura estas cosas se podían decir más fácilmente). Por ejemplo, en una entrevista de 1987<sup>10</sup>, cotejando la edición coordinada por él mismo con la de Platone-Togliatti, Gerratana admitió que en la primera edición de los *Quaderni* “(...) unas afirmaciones fueron suprimidas, otras delimitadas, otras atenuadas. Los juicios sobre Trotsky, cuando no fueran anatemas, se sacaron (...)”.

En resumen: sabemos con certeza que las *Lettere* durante años se quedaron, en parte, en los archivos del PCI y por fin fueron publicadas con cortes y censuras; que el mismo destino le tocó a los *Quaderni*. Sin embargo, todo eso –que representa algo notorio desde hace mucho tiempo, antes de que Lo Piparo empezara su investigación sobre este hipotético cuaderno desaparecido– es descartado por sus críticos estalinistas o ex estalinistas, reformistas o liberales. Todos propensos a ignorar por principio que Togliatti pueda haber ocultado un cuaderno de Gramsci, y todos comprometidos a “repetirnos la bola” según la cual es gracias a Togliatti que conocemos a Gramsci ...

<sup>10</sup> Entrevista de Eugenio Manca a Valentino Gerratana en *Gramsci, le sue idee nel nostro tempo*, (Gramsci, sus ideas en nuestro tiempo, editora l'Unità, 1987).

Pero, ¿no fue acaso Togliatti, como refiere Lo Piparo, quien escribió el 30 de abril de 1941 a Dimitrov<sup>11</sup> “(...) los cuadernos de Gramsci, que ya he casi completamente estudiado cuidadosamente, contienen a veces un material que sólo puede ser empleado después de una meticulosa redacción. Sin una semejante redacción el material no se puede emplear, e incluso algunas partes, si fueran empleadas en la actual forma, podrían perjudicar al partido. Por esa razón creo que es necesario que el material se quede en nuestros archivos y que aquí sea trabajado, [de manera que (...)] todo sea empleado como es oportuno y necesario”?

Tal vez sea necesario añadir que el candor con que los diferentes Liguori, Cavallaro y Cía. miran la Historia del PCI y el estalinismo quita algunas cosas ciertas y probadas desde hace más de ochenta años y que no requieren estudios filológicos al estilo de los que Lo Piparo ha destinado a los *Quaderni* de Gramsci.

Desde hace tiempo está comprobado que el estalinismo (del cual Togliatti fue uno de los máximos y convencidos dirigentes) falsificó regularmente actas, documentos e historia del movimiento obrero. La primera falsificación fue probablemente la que hizo directamente Stalin sobre el Testamento de Lenin –hablamos de ese tema de manera extensa en el n.º 2 de la revista *Trotskismo oggi*<sup>12</sup>. Fueron falsificados los libros de historia, atribuyendo a Stalin un papel que nunca tuvo en la revolución. Fueron falsificadas hasta las fotografías. Sobre un montón de mentiras y falsificaciones se construyeron los Procesos de Moscú donde, en la mitad de la década de los '30, se acusó a los principales dirigentes de la Revolución de Octubre de ser agentes “fascio-trotskistas”. ¿Acaso debemos recordar a Liguori y a los otros que Togliatti tenía el encargo de hacer propaganda al exterior de la exactitud de esos procesos (en contra de aquellos que él describía en sus artículos “agentes del fascismo en el seno del movimiento obrero”), y que continuó haciéndolo con tanto fervor que incluso en 1956, después de tres años de la muerte de Stalin y en la plenitud de la así llamada “desestalinización”, seguía defendiendo la sustancial corrección de aquellas monstruosas falsificaciones que llevaron a la masacre a centenares de revolucionarios, llamándolos “terroristas”?

■■■■  
<sup>11</sup> Ver la carta citada por Lo Piparo en pág. 115 de su libro *L'enigma del quaderno*, y también reproducida en la versión original (en alemán) en el apéndice del mismo libro.

<sup>12</sup> Véase nuestro artículo sobre el *Testamento*, en apéndice al ensayo “L'attualità di un partito di tipo bolscevico” (La actualidad de un partido de tipo bolchevique), *Trotskismo oggi* (Trotskismo hoy), n.º 2, junio de 2012.

No sabemos si la tesis de Lo Piparo acerca del cuaderno desaparecido será de alguna manera comprobada: es decir, si se encontrará alguna vez el cuaderno. En todo caso, es bueno recordar que, si existiera, Gramsci lo habría escrito en el último período de su vida cuando, en la clínica Quisisana, se entretenía con Sraffa (fue el propio Sraffa quien lo testimonió a Leonetti) sobre los Procesos de Moscú, de los cuales hablaba con disgusto por las falsas “confesiones” arrancadas (con la pistola en la sien de los parientes) a grandes revolucionarios que “se declaraban culpables” de inexistentes conspiraciones urdidas junto a los fascistas y a Trotsky contra Rusia.

## La ruptura entre Gramsci y Togliatti

Decenas de documentos salidos de los archivos rusos después del derrumbe del estalinismo y centenares de estudios históricos posibilitaron el conocimiento, hace unos años, de algunos hechos ciertos que hasta los historiadores que quieren tratar de defender a Togliatti tuvieron que reconocer.

Aquí no podemos reconstruir, por razones de espacio, ese enorme trabajo de verdadera excavación arqueológica, necesaria para sacar a la luz, por lo menos en parte, la historia real del PCI, que en tantas partes es muy diferente de aquella que se encuentra en la historia oficial de Paolo Spriano y los otros historiadores estalinistas autorizados. Intentaremos resumir algunas cosas, a esta altura comprobadas e irrefutables.

## La carta de 1926

En el año 1926, poco antes de acabar preso, Gramsci adoptó una posición crítica hacia la cumbre del Partido Comunista ruso y por eso tuvo un duro enfrentamiento con Togliatti. El 14 de octubre de 1926 escribió, en nombre de la dirección italiana, al Comité Central del PC ruso. Aquella carta no señala para nada, a diferencia de lo que sostuvieron quienes trataron de acreditar la imagen de un Gramsci más o menos trotskista en aquella época<sup>13</sup>, que él tomó partido contra Stalin. Al contrario, en aquella carta (y en el siguiente intercambio con Togliatti) Gramsci sostuvo que en la línea general la mayoría rusa tenía razón contra Trotsky. Sin embargo, haciéndolo, Gramsci: a) criticó duramente los métodos empleados contra la Oposición

<sup>13</sup> Una interpretación de esa clase se encuentra sobre todo en los textos de Livio Maitán y Antonio Moscato. (Ver Notas bibliográficas).

(en aquel entonces dirigida por Trotsky, Kamenev y Zinoviev); b) escribió a la dirección de Stalin que con métodos semejantes que impedían el debate (y que luego llevarían –agregamos nosotros– a la expulsión de los opositores de los organismos dirigentes y después del partido), “hoy ustedes están destruyendo su obra, ustedes degradan y corren el riesgo de anular la función dirigente que el PC de la URSS ha conquistado gracias al impulso de Lenin”; c) indicó a Trotsky, Kamenev y Zinoviev como “nuestros maestros”, los que “contribuyeron potentemente a educarnos para la revolución”.

Sobre todo, en la plenitud del enfrentamiento sobre la pseudo teoría de la “revolución en un solo país” (que servía de cobertura a la burocracia para defender su propios privilegios burocráticos del desarrollo de una revolución internacional que los barrería), Gramsci llega a criticar a Stalin porque “(...) nos parece que ustedes [olvidan] que sus deberes de militantes rusos sólo pueden y deben ser cumplidos en el marco de los intereses del proletariado internacional”.

Repitamos: al escribir todo eso<sup>14</sup>, de todas maneras Gramsci se alineó claramente (y eso no se debe olvidar en el juicio global sobre su figura, como diremos dentro de un rato) con la mayoría (es, decir, con Stalin), pero lo hizo tan críticamente que ya no podía ser aceptado en una Internacional Comunista donde la práctica de la libre discusión interna, normal en los tiempos de Lenin y Trotsky, había sido borrada.

No fue por causalidad que Togliatti, que se hallaba en Moscú y recibió la carta, se negó a enviarla al Comité Central ruso. Ahí empezó un intercambio de cartas entre Togliatti y Gramsci en el que mientras el primero (carta del 18 de octubre de 1926) explicaba por qué no era oportuno permitirse criticar la dirección de Stalin a riesgo de parecer equidistantes en el enfrentamiento ruso entre la Oposición y la mayoría (a la que era preciso “adherir sin límites”), el segundo contestaba (carta del 26 de octubre de 1926) que esa actitud de Togliatti le produjo “una impresión penosísima” y que todo el razonamiento de Togliatti le aparecía “viciado de burocratismo”.

Fue la primera ruptura de hecho entre los dos. Algunos días después (8 de noviembre de 1926), Gramsci fue apresado y encarcelado por Mussolini.

///

■■■■  
<sup>14</sup> Esta carta fue por mucho tiempo desconocida. La publicó por primera vez Angelo Tasca, en Francia, en 1938, y luego en Italia, en 1954, lo hizo *Bandiera Rossa* (Bandera Roja), órgano de los trotskistas italianos.

## El disenso de Gramsci en la cárcel

En la cárcel, Gramsci no compartió para nada las elecciones de la Internacional y, en particular, discordó seguramente sobre la línea del “tercer período” (o “social-fascismo”).

A esta altura existen al respecto amplias pruebas que se suman a los testimonios directos: está el informe de Athos Lisa (en la cárcel junto con Gramsci) dirigido a la dirección del PCI<sup>15</sup>; el testimonio que Gennaro Gramsci (su hermano) dio en 1966 a Giuseppe Fiori, el biógrafo de Gramsci<sup>16</sup>, en el que Gennaro afirmaría (el condicional se debe al hecho de que él murió luego haberse entrevistado con Fiori y no hay pruebas de esta conversación) que al enviar su informe al PCI<sup>17</sup>, después de haber visitado a Gramsci en la cárcel en el mes de junio de 1930, él mismo habría mentado ocultando al partido el disenso de Gramsci, que habría expresado posiciones semejantes a las de “los tres” (Tresso, Leonetti y Ravazzoli) que lucharon en aquel entonces en oposición a Togliatti y concordando con las posiciones de Trotsky. Según Fiori, Gennaro habría mentado para que el partido no expulsara a Gramsci, así como ya pasó con “los tres” (y tantos otros). La historiografía oficial del PCI nunca ha creído la versión de Fiori.

No hubo un acto de expulsión de Gramsci del partido, pero es seguro que los otros presos comunistas pidieron su expulsión justamente por el disenso con la línea oficial que él expresaba charlando con ellos. Entonces, como mínimo, se debe admitir –y lo hace hasta Valentino Gerratana, historiador del PCI y coordinador de la edición de 1975 de los *Quaderni*– que Gramsci estaba “bastante marginado” en la cárcel<sup>18</sup>. Si Gramsci no fue expulsado, fue sólo –como justamente afirma Antonio Moscato<sup>19</sup>– porque estaba claro que no sobreviviría a la cárcel y se prefería ocultar su disenso.

■■■■

<sup>15</sup> El informe de Athos Lisa, destinado a Togliatti, “Informe sobre la situación personal de Gramsci”, 13 de febrero de 1933, es también citado por Spriano en el libro *Gramsci in carcere e il partito* (Gramsci en la cárcel y el partido), páginas 150-154.

<sup>16</sup> Ver G. Fiori, *Vita di Antonio Gramsci* (Vida de Antonio Gramsci).

<sup>17</sup> El informe de Gennaro Gramsci fue encontrado por Silvio Pons (del Instituto Gramsci) en el mes de julio de 2003, en los archivos de la Comintern. Puede leerse en el apéndice al libro de Vacca-Rossi señalado en las notas bibliográficas.

<sup>18</sup> Ver la entrevista citada en la nota 10.

<sup>19</sup> Véanse en la página web [antonioscato.altervista.org](http://antonioscato.altervista.org), varios textos de Antonio Moscato dedicados a la reconstrucción de la historia del comunismo falseada por el estalinismo. Aunque no coincidiendo a menudo con las conclusiones de Moscato sobre Gramsci (*cont.*)...

Gramsci expresó su disenso no sólo en las conversaciones con los otros presos comunistas, sino que trató también de hacer conocer su opinión a los otros dirigentes del PCI. Por ejemplo, lo hizo en una carta del 1 de diciembre de 1930<sup>20</sup> enviada a su cuñada Tania (que remitía todas las cartas a Togliatti). Aquí Gramsci criticó duramente el “carácter rudo” del marxismo que “se volvió imperante” en la Internacional dominada por Stalin.

Togliatti tenía conocimiento del disenso de Gramsci, ¿y qué hizo? En aquel entonces a los disidentes se los expulsaba del partido, en el mejor de los casos; normalmente se los enviaba a un gulag [sistema correccional ruso] o se los mataba. Sólo un historiador de parte (estalinista) como Spriano, pudo tener el descaro de escribir que Togliatti, aunque conociera el disenso de Gramsci, lo respetaba pues “Togliatti tiene como norma no dramatizar el disenso”<sup>21</sup>.

## La “extraña” carta de Grieco

En el mes de febrero de 1928, Grieco (brazo derecho de Togliatti) escribió tres extrañas cartas a Gramsci, Terracini y Scoccimarro, que estaban presos.

Se trata de cartas alrededor de las cuales los historiadores hasta ahora no se pusieron de acuerdo sino sobre el hecho de que son cuanto menos “extrañas”, casi parecen provocaciones, y, por supuesto no facilitan la posición de los presos.

Hay quien escribió que la carta de Grieco a Gramsci fue un acto de “imprevisión”: es la tesis de Aldo Natoli<sup>22</sup>; otros supusieron que podría haberse tratado de un falso de la policía fascista o hasta que el propio Grieco sería un infiltrado de los fascistas: es la tesis de Canfora<sup>23</sup>. La preocupación, tanto de Natoli como de Canfora, es librar de toda responsabilidad a Togliatti por esa carta perjudicial. Otros, en particular Giuseppe Vacca, fácilmente de-

■■■■  
cont. 19... (así como sobre otros temas), creemos que sus textos son en cualquier caso fuente de eficaces indicaciones por lo menos desde un punto de vista histórico (seguramente no desde un punto de vista político, al ser Moscato un dirigente de la semi-reformista organización Izquierda Crítica, ligada al mandelismo y ahora disuelta).

<sup>20</sup> Ver A. Natoli, *Antigone e il prigioniero* (Antígona y el prisionero), pág. 150.

<sup>21</sup> El increíble reconocimiento de Spriano a Togliatti se encuentra en el libro del primero, de 1977, citado en la bibliografía (pág. 53 de la edición de 1988).

<sup>22</sup> Ver A. Natoli, *op.cit.*

<sup>23</sup> Canfora vuelve a interesarse por la “extraña” carta de Grieco, tanto en su libro *La storia falsa* (La historia falsa), Rizzoli 2008, como en el más reciente *Gramsci in carcere e il partito* (Gramsci en la cárcel y el partido).

mostraron que la tesis largo rato defendida por algunos –es decir, que la carta habría comprometido la posición procesal de Gramsci confirmando que era el principal dirigente del PCI– es infundada, pues los fascistas ya conocían el organigrama del PCI (obviamente secreto en aquel entonces), y sobre todo porque la carta llegó cuando el sumario del proceso a esta altura estaba concluido.

Es así. Pero la cuestión es otra. Ya es cierto que las sospechas de Gramsci a propósito de esa carta se referían *no al proceso sino a las tentativas de su excarcelación*. En efecto, numerosas pruebas sufragan –como reconocieron también Vacca y Rossi<sup>24</sup>– que Stalin no hizo nada para conseguir la liberación de Gramsci (y, agregamos, también en eso había acuerdo completo con Togliatti y el PCI).

En todo caso, lo importante es que Gramsci se convenció de que la carta de Grieco había sido escrita con intención, para que estallara la tentativa de su excarcelación porque, al leerla sus carceleros (a Gramsci se la mostró su juez, que ironizó sobre los “amigos” que lo comprometían de aquella manera) se rompía el débil hilo que Gramsci estaba tejiendo. Eso era así porque en la carta se presentaba el posible canje de prisioneros no como una “concesión” de Mussolini a Moscú (en el marco de una relación entre Estados) sino como una victoria arrancada de manera picaresca por el PCI (algo que, claramente, no hacía más que irritar a Mussolini, induciéndolo a interrumpir toda negociación).

No sólo eso. Gramsci estaba convencido de que el verdadero mandante de aquella “extraña” carta era Togliatti. En una carta del 5 de diciembre de 1932 a Tania, Gramsci escribió que aquella carta había sido escrita por alguien “irresponsablemente tonto”, pero que él estaba convencido de que “alguien más, menos tonto, lo había inducido a escribirla” (hay aquí una referencia evidente a Togliatti, de quien Grieco dependía jerárquicamente en el partido).

Fue desde aquel momento que la ruptura con Togliatti, empezada en el año 1926, se volvió definitiva. Gramsci quedará convencido (lo demuestran todas las cartas expurgadas de la primera edición coordinada por Togliatti)

<sup>24</sup> Sobre los esfuerzos hechos (o no hechos) por Moscú para lograr la liberación de Gramsci, véase el libro de Rossi y Vacca (ver bibliografía). Los autores escriben: “Evidentemente, Stalin no sentía interés en pedir su liberación (...) la liberación de Gramsci, crítico hacia la política de la URSS desde el año 1926, representaría un problema menos para Mussolini y uno más para Stalin”.

de que Togliatti quería dejarlo en la cárcel por causa de sus posiciones en disenso con aquellas dominantes en la Internacional, es decir, las de Stalin y Togliatti. Fue por esa razón que, saliendo de la cárcel para ingresar en la clínica, él pidió a su cuñada Tania (así lo referió Tania a su hermana Giulia, esposa de Gramsci, en una carta del 5 de mayo de 1937) que sus cuadernos no se dejaran en manos de Togliatti, descrito como “ex amigo” y que (en una carta del 27 de febrero de 1933) Gramsci incluía en aquel “organismo mucho más amplio” de “condenadores” que se juntó al Tribunal especial fascista para hacer que él no respirara más el aire sin los barrotes.

### ¿Gramsci estalinista?, ¿liberal?, ¿trotskista?

Cuando Gramsci murió, el órgano del PCI, *Lo Stato operaio* (El Estado obrero), escribió que en las obras elaboradas en la cárcel se percibía la influencia ejercida sobre él por el estudio de los escritos de Stalin. Ya vimos la profunda falsedad de esta afirmación. Sin embargo, desde hace ochenta años el pensamiento de Gramsci es disputado no sólo por los últimos estalinistas sino también por socialdemócratas y liberales. Quienquiera trata de acreditarse su herencia.

Como respuesta a estos forzamientos y falsificaciones, diferentes autores que de alguna manera se habían referido al trotskismo inclinaron el bastón en el sentido opuesto. Ya hablamos de las tentativas de Livio Maitán, especialmente para acreditar la opinión de un Gramsci que, una vez que fuera conquistado a las posiciones de Lenin y a la batalla contra el izquierdismo de Bordiga, se quedaría siempre, de hecho, [como] un trotskista más o menos desavisado, pasando de manera lineal de la carta de 1926 al disenso del comienzo de la década del '30 y hasta su muerte.

Mucho más ponderado nos parece el análisis realizado en su tiempo por Roberto Massari al presentar y publicar los *Bollettini della Nuova Opposizione Italiana - NOI* (Boletines de la Nueva Oposición Italiana - NOI) de Tresso, Leonetti y Ravazzoli. Justamente Massari (ver bibliografía) pone en evidencia las diferentes posiciones de Gramsci y separa un Gramsci que en Viena, a comienzos de 1924, recién regresado de una larga estadía en Moscú (de 1922 hasta el mes de noviembre de 1923), donde fue grandemente influenciado por el encuentro con Trotsky, inicialmente salió en defensa de la naciente Oposición rusa al estalinismo, de un Gramsci que durante el resto

de 1924 y hasta 1926 fundamentalmente, se desinteresó del enfrentamiento en curso en Rusia, y en un marco nacional-comunista sólo se preocupó por su lucha en Italia contra Bordiga; del Gramsci que en el mes de octubre de 1926 escribe para dar un apoyo débil, crítico y no argumentado a la mayoría de Stalin, pese a la reivindicación de su “maestro” Trotsky, del Gramsci que en la cárcel desarrolló posiciones objetivamente hostiles a las diferentes piroetas de la política estalinista hasta ponerse en los hechos fuera del partido de Togliatti.

No estamos convencidos por las conclusiones de Massari, que tiende a re-dimensionar las graves faltas de Gramsci (aun reconociéndolas) y que termina por defender, aunque con argumentos muy diferentes de aquellos de Maitán, que fundamentalmente la propia NOI –es decir, la primera forma de trotskismo en Italia– nació bajo el signo de Trotsky y Gramsci. Conclusión renqueante porque Tresso y los otros hicieron justamente lo que Gramsci no hizo (tal vez, no lo descartemos aún, porque la cárcel limitó su capacidad de entender hasta el final la situación); o sea, se alinearon con Trotsky y entonces continuaron con él la “última batalla de Lenin”, aquella contra la degeneración burocrática de la Internacional Comunista.

Sin embargo, esta diferenciación entre los diferentes períodos de Gramsci, sobre el que por primera vez Massari llamó la atención, es de gran importancia. Entonces, son importantísimas (y a menudo subestimadas) las cartas de Gramsci a Togliatti, Terracini, etc., escritas en los primeros meses de 1924 desde Viena. En ellas<sup>25</sup>, Gramsci escribía que en 1917 “Lenin y la mayoría del partido habían pasado a las concepciones de Trotsky” (sobre la revolución permanente), mientras que en la oposición a esta línea (es decir, la que llevó a la revolución triunfante) se quedaban Kamenev y Zinoviev, que estuvieron cerca de la ruptura. Entonces –escribía Gramsci– Trotsky se preocupa con razón “de un regreso a la vieja mentalidad” (esto es, a las posiciones de Kamenev y Zinoviev en 1917), “que sería perjudicial para la revolución”. Recuerde el lector que en 1924 Kamenev y Zinoviev todavía eran aliados de Stalin.

Entonces, fue en el comienzo del año 1924 que Gramsci se manifestó de acuerdo con Trotsky; sin embargo, es cierto que a estas palabras no corresponderá en el siguiente período crucial una real participación suya en la

<sup>25</sup> Extensos pasajes de la carta se encuentran en la antología coordinada por Massari sobre la Nueva Oposición Italiana (ver bibliografía).

lucha llevada por el verdadero bolchevismo contra Stalin; más bien, en la carta de 1926 ya mencionada, él sólo se limitó a poner reparos o, mejor dicho, a apoyar a Stalin, aunque muy críticamente. ¿Por qué? ¿Fue una incomprensión de la verdadera puesta en juego? O bien, ¿una gigantesca falta de valoración? Es difícil de decir.

El hecho es que –es justo reconocerlo– tomar partido de manera abierta con la batalla internacional de Trotsky, durante un tiempo, en Italia, fue sólo Amadeo Bordiga. Y lo hizo a partir del VI Ejecutivo ampliado de la Internacional, en el mes de marzo de 1926, cuando solicitó una cita de la delegación italiana con Stalin y lo atacó duramente. Y Stalin le contestó: “¡que dios se apiade de Ud. por haberlo hecho!”. No sabemos si dios absolvió a Bordiga perdonándole el infierno al que somos destinados todos nosotros, comunistas; por supuesto Stalin no lo absolvió.

Entonces, fue Bordiga quien sostuvo a Gramsci, el propio Bordiga contra el que Trotsky había armado desde un punto de vista teórico a Gramsci en 1922-1923, para que, una vez regresado a Italia, desarrollara aquella necesaria lucha política para librar al PCI de los daños del izquierdismo, que habían paralizado su acción en los años iniciales (lucha terminada con la aplastante victoria de Gramsci en el Congreso de Lyon de 1926, llevada todavía con métodos no exactamente democráticos). Por otra parte, en los años siguientes Bordiga no dio curso a ese corto acercamiento a Trotsky y retomó, con sus seguidores, un recorrido que justamente Trotsky describió como el de una “secta muerta” que confía “que la vanguardia del proletariado se convence sola, a través del estudio (...) de la exactitud de sus posiciones”<sup>26</sup>.

¿Y Gramsci? Es verdad que en la cárcel, Gramsci, sobre algunas posiciones, desarrolló una actitud semejante a aquella de la Oposición trotskista, pero también maduró posiciones que, aun cuando no fueron de escarnio a Trotsky, por supuesto no coincidían con el programa de la revolución permanente. En efecto, muchas son las ambigüedades de las últimas posiciones de Gramsci, muchos son los conceptos que es difícil considerar como un desarrollo del marxismo sobre sus bases. No podemos aquí dedicar el espacio necesario para analizar, además de las elecciones políticas (como acá hemos hecho), también los textos de Gramsci: nos proponemos hacerlo en un próximo artículo.

■■■■  
<sup>26</sup> Trotsky, León. *Scritti sull'Italia* (Escritos sobre Italia), pág. 177 de la edición citada en la bibliografía).

A una cierta canonización de Gramsci y a una supervaloración de los *Quaderni* concurrió no sólo el estalinismo (que tenía la intención de falsearlos), sino también muchos anti-estalinistas que trataban de alguna manera de rescatar a Gramsci de las incrustaciones de la falsificación estalinista.

El estudio sobre la figura de Gramsci y cuanto de su obra puede aún hoy servir a los revolucionarios debe ser continuado, sin silenciar sus gravísimos errores centristas y, entre ellos, en particular, el de no haber tomado partido, en el momento decisivo, con Trotsky y la Oposición bolchevique. Sin embargo, y esta es la conclusión de esta larga reflexión nuestra, no cabe duda de que, prescindiendo de la existencia o no del cuaderno, planteada por Lo Piparo, la figura de Gramsci de ninguna manera puede ser reivindicada por los estalinistas y ni siquiera por los reformistas o los liberales. Gramsci siempre pensó con su cabeza y, a diferencia de Togliatti, nunca se doblegó a respaldar, por oportunismo burocrático, posiciones que no compartía. Por eso, más allá de sus errores centristas, fue un revolucionario no asimilable, pese a los esfuerzos de sus “intérpretes” deshonestos, a cualquier defensa del orden de las cosas existentes y a la colaboración de clases.

\*\*\*

## Notas bibliográficas

La bibliografía de estudios sobre Gramsci incluye miles y miles de textos. Nos limitamos aquí a indicar algunos entre los más importantes, que hemos aprovechado para escribir este artículo y, en particular, varios textos publicados en los últimos años, que echaron nueva luz sobre hechos polémicos.

Por lo que se refiere a interpretaciones no estalinistas de Gramsci, señalamos cuatro textos: Livio Maitán, *Il marxismo rivoluzionario di Antonio Gramsci* (Nei, 1987), (El marxismo revolucionario de Antonio Gramsci); Antonio Moscato, “Togliatti e Gramsci. Tra Bucharin e Stalin” (Togliatti y Gramsci. Entre Bujarin y Stalin), en *Il filo spezzato. Appunti per una storia del movimento operaio* (Adriatica, 1996), (El hilo quebrado. Apuntes para una historia del movimiento obrero); y, siempre de Moscato, “Mito e verità nell’azione di Togliatti” (Mito y verdad en la acción de Togliatti) en *Sinistra e potere* (Sapere 2000, 1983) (Izquierda y poder); pero, sobre todo (por las

razones explicadas en el artículo), la excelente introducción de Roberto Massari al libro de Autores Varios, *All'opposizione nel Pci con Trotsky e Gramsci* (ed. Controcorrente, 1977, poi ristampato da Massari editore, 2004) (A la oposición en el PCI con Trotsky y Gramsci).

Para ahondar en el tema de las Cartas y de sus varias ediciones y manipulaciones son útiles: Antonio Gramsci, Tania Schucht, *Cartas 1926-1935*, a cuidado de Aldo Natoli y Chiara Daniele (Einaudi, 1997); y Aldo Natoli, *Antigone e il prigioniero* (Antígona y el prisionero) (Editori Riuniti 1990).

Para hacerse una idea de la lectura justificacionista de Togliatti, véase el último trabajo de Paolo Spriano, *Gramsci in carcere e il partito* (Gramsci en la cárcel y el partido), Editori Riuniti, 1977, reimpresso con nuevos apéndices en 1988 por *l'Unità*. Una interpretación relativamente más crítica puede apreciarse en Giuseppe Fiori, *Gramsci, Togliatti, Stalin* (Laterza, 1991), además de la clásica biografía de Fiori, *Vita di Antonio Gramsci* (Vida de Antonio Gramsci), Laterza, 1966, recientemente reimpressa por la misma editorial.

En el artículo también nos referimos a *Gramsci a Roma, Togliatti a Mosca. Il carteggio del 1926* (Gramsci en Roma, Togliatti en Moscú. La correspondencia de 1926), coordinado por C. Daniele y con un ensayo de G. Vacca (Einaudi, 1999); y además a Angelo Rossi, Giuseppe Vacca, *Gramsci tra Mussolini e Stalin* (Gramsci entre Mussolini y Stalin), editorial Fazi, 2007.

Los libros más recientes e interesantes sobre esos asuntos son: Giuseppe Vacca, *Vita e pensieri di Antonio Gramsci, 1926-1937* (Vida y pensamiento de Antonio Gramsci, 1926-1937), Einaudi, 2012; la reedición de 2012 (revisada) de un libro de 1996 de Guido Liguori, *Gramsci conteso. Interpretazioni, dibattiti e polemiche 1922-2012* (Gramsci contendido. Interpretaciones, debates y polémicas 1922-2012), Editori Riuniti, 2012; los dos libros de Luciano Canfora publicados en 2012 por editorial Salerno: *Gramsci in carcere e il fascismo* (Gramsci en la cárcel y el fascismo); *Spie, Urss, antifascismo. Gramsci 1926-1937* (Espías, URSS y antifascismo. Gramsci 1926-1937).

Finalmente, la inspiración de este artículo nació de dos libros de Franco Lo Piparo publicados recientemente: *I due carceri di Gramsci. La prigione fascista e il labirinto comunista* (Las dos prisiones de Gramsci. La cárcel fascista y el laberinto comunista), editorial Donzelli, 2012; y *L'enigma del quaderno. La caccia ai manoscritti dopo la morte di Gramsci* (El enigma del cuaderno. La caza al manuscrito después de la muerte de Gramsci) (editorial Donzelli, 2013).

Por último (pero no en importancia), aconsejamos la lectura de los *Scritti sull'Italia* (Escritos sobre Italia) de León Trotsky (editorial Controcorrente, 1979, reimpresos recientemente por la editorial Massari; en el artículo citamos la edición de 2001), en la que se encuentran los primeros intercambios entre Trotsky y los bordiguistas y entre Trotsky y la naciente Oposición trotskista en Italia.

\*\*\*

# Textos de James Cannon

En las próximas páginas presentamos una serie de trabajos del dirigente trotskista de los Estados Unidos, James Cannon<sup>1</sup>.

En estos trabajos se puede ver a Cannon como fundador del Partido Comunista y de la Oposición de Izquierda en los Estados Unidos, así como su batalla por la construcción del partido revolucionario tanto en terreno nacional como en el internacional.

<sup>1</sup> James Patrick Cannon (1890-1974).

## CONTENIDOS

### TEXTOS DE JAMES CANNON

<b>James Cannon: un hilo de continuidad</b> (Martín Hernández) .....	101
La traición a la revolución .....	101
La resistencia y el genocidio de una generación de revolucionarios .....	102
Comenzar de nuevo .....	104
El hilo de continuidad .....	106
Cannon, el mayor de todos .....	109
<b>Los primeros días del comunismo norteamericano</b> .....	113
<b>El comienzo de la Oposición de Izquierda</b> .....	129
<b>La lucha por un partido proletario</b> .....	145
La cuestión del régimen del partido .....	145
“Conservadurismo” .....	154
“Burocratismo” .....	158
<b>Sindicalistas y revolucionarios</b> .....	169
<b>Cómo organizar y conducir una clase de estudio</b> .....	183
Los métodos de realización de las clases .....	184
<b>Obituario de Trotsky: “A la memoria del Viejo”</b> .....	187

## JAMES CANNON: UN HILO DE CONTINUIDAD

*Martín Hernández*

¿Quién fue Cannon y por qué es importante que las nuevas generaciones de revolucionarios conozcan su trayectoria y su obra?

Una breve reseña de las vicisitudes por las que pasó la construcción de la dirección revolucionaria a lo largo del siglo XX es el marco necesario para ubicar en la historia el papel de James Cannon.

### **La traición a la revolución**

En el movimiento obrero han existido muchas corrientes que se fueron degenerando a tal punto que se pasaron, con armas y bagajes, del lado del orden burgués, pero ninguna corriente fue tan conscientemente contrarrevolucionaria como el estalinismo. Ninguna otra trabajó, en forma tan planificada, para evitar que los marxistas revolucionarios, que llevaron a la clase obrera rusa a la toma del poder en 1917, sobreviviesen para ponerse al frente de los procesos revolucionarios que, desde ese año, se fueron desarrollando en todo el planeta.

Stalin, al frente de la actual ex URSS, en lugar de luchar, como hizo Lenin hasta su muerte, contra las crecientes tendencias burocráticas que se desarrollaban –como producto del cerco capitalista– tanto en el partido como en el Estado, las incentivó hasta límites inimaginables, a punto tal que para defender los intereses de la nueva casta gobernante transformó a la URSS, que era el polo de referencia para la revolución mundial, en la abanderada de la coexistencia pacífica con el imperialismo. De esta forma se sentaron

las bases para la restauración del capitalismo que se habría de dar algunas décadas después.

Pero Stalin no se conformó con esta traición. Él sabía perfectamente que cuando se dieran nuevos procesos revolucionarios, los marxistas formados en la escuela de Lenin, tanto en la URSS como en el resto del mundo, estarían a la cabeza de esos procesos, y entonces su poder y el de toda la burocracia gobernante estaría amenazado.

Tenía que evitar a todo costo este riesgo. Para eso se llevó adelante una operación, nacional e internacional, para eliminar cualquier vestigio que representase la continuidad de los bolcheviques y de la Revolución de Octubre.

No sólo el Partido Bolchevique fue “copado” por la burocracia y desviado del camino de la revolución. La III Internacional, construida por iniciativa de los bolcheviques, fue transformada primero en un apéndice de la burocracia soviética y, a posteriori, en 1943, fue disuelta por Stalin para satisfacer los deseos de Churchill, el jefe del imperio inglés.

## **La resistencia y el genocidio de una generación de revolucionarios**

La derrota de la Revolución Alemana favoreció a Stalin pero, contra lo que muchos piensan, la política de Stalin fue duramente resistida, especialmente en la URSS, y también en otros países como Alemania y Francia. Es decir, en las tres principales secciones de la III Internacional.

En la URSS, en 1923, mientras Lenin yacía en su lecho de enfermo, se desarrolló un duro debate en el interior del partido (previo a la XIII Conferencia) a propósito del futuro del partido y del Estado.

En la Asamblea General final del IPR (Instituto de Profesores Rojos), en donde se daban los grandes debates estratégicos –pues allí estaban los principales intelectuales bolcheviques–, la oposición ganó con 83 votos contra 47, y en ella se votó una resolución que condenaba, por 90 votos contra 40, los artículos de Stalin en el *Pravda*.<sup>2</sup>

En Moscú, la oposición ganó a la mayoría de los 22.000 militantes, entre ellos a la mayoría de las células del Ejército Rojo y a 30% de las células obreras.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Datos extraídos del libro “Comunistas contra Stalin”, de Pierre Broué. Editora Sepha, España.

<sup>3</sup> Ídem.

Sin embargo, en esa Conferencia, la fuerte oposición –que posiblemente era la mayoría del partido– sólo tuvo tres delegados sobre 218 y, así, fue completamente derrotada por una mayoría de delegados falaces.

De esta forma se inauguraba en el partido comunista soviético lo que habría de caracterizar al estalinismo en toda su existencia: las maniobras y el fraude para aplastar la democracia obrera. Pero esos métodos sólo fueron un primer paso. A partir de allí vinieron las persecuciones a los opositores, las deportaciones, las prisiones, los procesos fraudulentos, las torturas, los secuestros, los asesinatos, y las decenas de miles de fusilamientos en masa en los campos de concentración.<sup>4</sup>

Stalin se ensañó fundamentalmente con los dirigentes de la Revolución de Octubre. Por eso, después de la muerte de Lenin, en poco tiempo mandó a matar a todos los miembros del Buró Político del Comité Central que dirigió la revolución.<sup>5</sup>

Trotsky, uno de los máximos jefes de la Revolución, afirmó que el régimen represivo estalinista sólo podía ser comparado con el fascismo. Y tenía razón.

En la URSS, todos los revolucionarios que no capitularon a Stalin fueron fusilados, pero los que acabaron capitulando no tuvieron mejor suerte. Stalin, después de utilizarlos contra otros opositores, fusiló a la mayoría de ellos. Su pasado revolucionario los condenaba.

Fuera de la URSS, la poca experiencia de los partidos de la recién construida III Internacional hizo que la tarea de Stalin fuese más fácil. La mayoría de sus organizaciones y militantes fueron siendo domesticados por quien les hablaba como jefe del primer estado obrero que ellos veneraban.

Pero hubo muchos que resistieron y la mayoría de ellos tuvieron el mismo destino que los revolucionarios soviéticos. Fueron calumniados, perseguidos, secuestrados y asesinados.

Así ocurrió durante la Revolución Española, en donde los trotskistas y otras corrientes contrarias al estalinismo, como el POUM, tuvieron que enfrentar no sólo la represión de Franco sino también la de Stalin.

Lo mismo pasó en Vietnam, donde fueron asesinados, por el Vietminh<sup>6</sup>, varios miles de trotskistas, entre ellos el gran dirigente comunista Ta Thu

<sup>4</sup> Sólo en 1937, en el campo de Kolima, fueron fusilados 6.000 revolucionarios opositores a Stalin.

<sup>5</sup> En el mes de octubre de 1917 fue elegido un Buró Político del Comité Central. Se componía de siete miembros: Lenin, Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Sokolnikov, Bubnov y Stalin. De ellos, sólo dos murieron de muerte natural: Lenin y el propio Stalin. Los cinco restantes fueron asesinados.

<sup>6</sup> Movimiento fundado por Ho Chi Minh, líder estalinista de Vietnam.

Thau<sup>7</sup>, o en China, donde los trotskistas tuvieron que enfrentar la doble represión de Chiang Kai-Shek y de Mao Tsé-Tung [Mao Zedong].

Y el mismo fin tuvieron varios revolucionarios que, en los finales de la década de 1930, daban los primeros pasos para construir la IV Internacional para dar así continuidad a la III Internacional de los primeros años. Fueron asesinados, entre otros, León Sedov<sup>8</sup>, Erwin Wolf<sup>9</sup>, Ignacio Reis<sup>10</sup> y Rudolf Klement<sup>11</sup>.

La represión estalinista, dentro y fuera de la URSS, era tan grande que la conferencia de fundación de la IV Internacional, en 1938, tuvo que ser realizada en un solo día, en la más absoluta clandestinidad y, aún así, de ella no pudo participar, por razones de seguridad, su principal dirigente, León Trotsky, que vivía exiliado en México, en una casa amurallada para defenderse de los atentados de Stalin.

No obstante, todas las medidas de seguridad no consiguieron impedir que, dos años más tarde, el propio Trotsky fuese asesinado. De esta forma, aunque los asesinatos continuaron, la tarea que Stalin se había propuesto llegaba a su fin. El piolet que se hundió en el cráneo de Trotsky mató no sólo al gran dirigente de la Revolución Rusa sino que fue el “tiro de gracia” en la cabeza de toda una brillante generación de marxistas revolucionarios.

## Comenzar de nuevo

Cuando en 1945 terminó la Segunda Guerra Mundial, el panorama para los revolucionarios era desolador. Con la derrota del fascismo, las masas se alzaban de forma revolucionaria en gran parte del planeta, pero a su frente no estaban los revolucionarios formados por Lenin.

<sup>7</sup> Ta Thu Thau (1906-1945). Líder de los obreros de Saigón, fundador y principal dirigente trotskista de Vietnam asesinado por los estalinistas.

<sup>8</sup> León Sedov (1906-1938). Expulsado con su padre, León Trotsky, fue uno de los principales dirigentes de la Liga Comunista para la fundación de la IV Internacional. Fue asesinado en una clínica de París, entregado por un agente estalinista infiltrado en el movimiento trotskista, llamado Etienne.

<sup>9</sup> Erwin Wolf, checoslovaco, secretario de Trotsky durante su estancia en Noruega. Asesinado en España durante la guerra civil.

<sup>10</sup> Ignacio Reis, comunista polaco, varias veces condecorado en la guerra civil. En 1936 rompe con el estalinismo, devuelve las medallas y declara: “Me uno a Trotsky y a la IV Internacional”. Fue asesinado pocas semanas después por la GPU.

<sup>11</sup> Rudolf Klement, alemán, secretario de Trotsky. Asesinado por la GPU en 1938, en Francia, pocas semanas antes de la realización de la conferencia de fundación de la IV Internacional, tarea de la cual era responsable.

La III Internacional había sido primero prostituida y después disuelta, y la IV Internacional, que expresaba la continuidad del marxismo revolucionario, agrupaba sólo un puñado de organizaciones con muy pocos militantes, en general muy jóvenes e inexpertos. Era todo lo que restaba del genocidio estalinista.

Se trataba de construir una nueva dirección revolucionaria y eso exigía, después de cien años de tradición marxista, comenzar prácticamente de cero. No a nivel del programa pero sí a nivel de la organización y de su dirección.

Era una tarea muy difícil, pero lo era mucho más porque el estalinismo no sólo había sobrevivido a la guerra sino que había salido fortalecido al capitalizar (usurpando) la heroica lucha del pueblo ruso contra las tropas de Hitler, con el cual Stalin había comenzado haciendo un pacto contrarrevolucionario.

Fue en esos años de posguerra que surgió el embrión de nuestra corriente, que actualmente se denomina Liga Internacional de los Trabajadores - IV Internacional.

En la Argentina, a finales de 1943, un pequeño grupo de jóvenes, no más de media docena, encabezados por Nahuel Moreno, querían seguir el camino señalado por Marx y Engels, por Lenin y Trotsky, por los bolcheviques rusos, pero no tenían un partido en el cual ingresar para hacerlo.

El Partido Comunista argentino, siguiendo la huella de Stalin, se había degenerado completamente, a punto tal que había respaldado con entusiasmo el acuerdo Hitler-Stalin. Había aplaudido la masacre de los revolucionarios en la URSS. Había traicionado la gran huelga de los obreros de los frigoríficos para no perjudicar los intereses del “imperialismo democrático” inglés, y había introducido en el movimiento obrero argentino el método de las calumnias, la persecución a los opositores, y los famosos “matones” que apaleaban a los activistas descontentos.

Así, ese grupo de jóvenes, del cual Nahuel Moreno era, con sólo 20 años, el más veterano para seguir el camino de nuestros maestros, se vio obligado a comenzar prácticamente de cero, construyendo una nueva organización, llamada GOM<sup>12</sup>.

En la mayoría de los países del mundo se planteaba, de esta misma forma, la tarea de reconstruir la dirección revolucionaria.

■■■■  
<sup>12</sup> GOM (Grupo Obrero Marxista).

## El hilo de continuidad

Analizando la batalla por construir nuestra corriente, en muchas oportunidades Nahuel Moreno se refirió a esta situación creada por el estalinismo.

Mirando nuestros innumerables errores, nuestras crisis, nuestras dificultades para avanzar, siempre decía que mucho de nuestros problemas se debían a que nos habíamos visto obligados a construirnos solos, sin una verdadera Internacional, que éramos un “trotskismo bárbaro”, y no exageraba. Pues no éramos más que el producto de la tragedia que hemos descrito.

Pero también decía que habíamos tenido nuestros maestros, y aquí aparece, en toda su magnitud, el papel de los trotskistas americanos del SWP [*Socialist Workers Party*], y particularmente de James Cannon.

En 1948, Nahuel Moreno, en representación del GOM, participó del II Congreso de la IV Internacional (el primero después del fin de la Segunda Guerra Mundial).

La IV Internacional era el retrato de la tragedia que hemos descrito: nada quedaba de la Oposición rusa y muy pocos dirigentes de los otros países estaban vivos, ya que una buena parte de los que habían sobrevivido al estalinismo perecieron a manos del fascismo.

Las secciones de Grecia y Dinamarca habían sido prácticamente eliminadas físicamente por los fascistas. Y el mismo fin habían tenido Abraham León, uno de los principales intelectuales trotskistas<sup>13</sup>, el francés Marcel Hic<sup>14</sup>, el dirigente de sección austríaca, Franz Kascha<sup>15</sup>; el belga León Lesoil<sup>16</sup>; el francés Enrique Moliner<sup>17</sup>; el alemán Pablo Wentley<sup>18</sup> (Widelin), y muchos otros.

<sup>13</sup> Abraham León (1918-1944) había nacido en Varsovia. Rompe con el sionismo y escribe “La concepción materialista de la cuestión judía”. Al comenzar la guerra se integra a la sección belga de la IV Internacional. Participa del Secretariado Europeo de la Internacional. Detenido en junio de 1944, muere en el campo de concentración de Auschwitz, en setiembre de ese mismo año.

<sup>14</sup> Marcelo Hic (1915-1943). En 1940 reconstruye la sección francesa y fue su secretario durante la ocupación alemana. Participó del Secretariado Europeo de la IV Internacional. Fue detenido por los alemanes en 1943 y murió en el campo de concentración de Dora.

<sup>15</sup> Franz Kascha (1909-1943). Dirigente del grupo austríaco “Gegen dem Strom” bajo la ocupación nazi. Preso por los alemanes, fue condenado a muerte en 1943.

<sup>16</sup> León Lesoil (1892-1942). De origen belga, fue un soldado que adhirió a la Revolución Rusa y fundó el partido comunista belga. Delegado a la conferencia de fundación de la IV, integró su Comité Ejecutivo. Murió en el campo de concentración de Neuengamme.

<sup>17</sup> Enrique Moliner (1898-1944). De origen francés, fue el responsable militar del PCI durante la guerra. Fue herido mortalmente por un obús en los combates por la liberación de París.

<sup>18</sup> Pablo Wentley (1913-1944). De origen alemán, editor del periódico en la Francia ocupada. Fue detenido y ejecutado por los alemanes.

La IV Internacional de 1948 había recibido una fuerte herencia programática, pero a su frente sólo tenía algunos pocos sobrevivientes y a un grupo de jóvenes con mucha voluntad y con casi ninguna experiencia en la lucha de clases, que se pusieron a la cabeza de la reorganización de la Internacional.

Entre estos jóvenes, el más veterano era un exiliado griego en París, llamado Michel Pablo, a la sazón con 37 años, que estaba al frente de la reorganización de la Internacional. Otro joven que también cumplió un papel destacado fue Ernest Mandel, que representaba a la sección belga y tenía sólo 25 años.

Pero en ese Congreso había una delegación diferente, la del SWP de los Estados Unidos. Eran diferentes porque representaban una importante organización con más de dos mil militantes (la mayor de la IV) con mucho peso en el movimiento obrero. Pero, lo más importante era que esos dirigentes eran un hilo de continuidad –que el estalinismo no había conseguido cortar– con la generación que protagonizó la Revolución de Octubre y que construyó la Tercera Internacional.

La figura más destacada de ese partido era James Cannon, un dirigente obrero y uno de los fundadores del Partido Comunista de los Estados Unidos, que desde 1937 había trabajado estrechamente con Trotsky en las tareas de construcción de la sección norteamericana y de la IV Internacional.

Fue a partir de ese Congreso que Moreno y el GOM comenzaron a considerar a los trotskistas americanos como sus maestros, lo que hizo que entre ambas direcciones se desarrollara una profunda relación, sin la cual el desarrollo de nuestra corriente hubiese sido mucho más difícil o, tal vez, imposible.

La sección argentina, que dio origen a nuestra corriente, aprendió y luchó, durante casi tres décadas, conjuntamente con el partido de Cannon.

Desde 1948 y hasta el año 1976, en varios de los más importantes acontecimientos de la IV Internacional, los trotskistas argentinos estuvieron junto con los norteamericanos.

Así fue en el año 1953, cuando la joven dirección de Pablo y Mandel intentó obligar, burocráticamente, a todas las secciones de la Internacional a llevar adelante una línea de capitulación al estalinismo, cosa que hizo explotar la IV Internacional. La dirección del SWP hizo un llamado a todo el movimiento trotskista para formar un agrupamiento principista que se denominó Comité Internacional [CI].<sup>19</sup> La dirección argentina respondió favorablemente a ese llamado y permaneció en el CI durante toda su existencia.

■■■■  
<sup>19</sup> Carta del 16/11/53.

Lo mismo ocurrió entre los años 1969 y 1976, cuando ambas direcciones encabezaron una lucha contra las desviaciones guerrilleras de la mayoría de la IV Internacional y, especialmente, cuando en 1973 encabezaron una tendencia (la TLT) y, después, una fracción (la FLT)<sup>20</sup> para luchar por la dirección de la Internacional.

Pero no fueron sólo luchas en común. La convivencia con nuestros maestros, durante todos esos años, nos permitió conocer a Trotsky no sólo a través de sus libros sino a través de los que habían convivido con él, fundamentalmente Hansen y Novack, que visitaron la Argentina en varias oportunidades.

Más aún, es indudable la influencia que en el terreno de la actuación en la lucha de clases y de la construcción partidaria ejerció el SWP americano sobre el trotskismo argentino, especialmente sobre el PST.

Por ejemplo, para quien vio de cerca la actuación del PST argentino en la famosa huelga de los metalúrgicos de Villa Constitución, del año 1975, y después leyó los relatos de Cannon sobre la actuación del SWP en la huelga de los camioneros de Minneapolis, en el año 1934, es imposible no ver la fuente inspiradora que fueron los americanos para los argentinos.

De la misma forma, podemos hablar del papel que jugó la actuación del SWP respecto de las movilizaciones contra la guerra de Vietnam, o su participación en las elecciones burguesas. Ambos acontecimientos tuvieron una importante influencia en la Argentina.

Esto también se vio en el caso del trabajo entre las mujeres. Hasta 1972, el partido argentino nunca había desarrollado un trabajo en este sector, y comenzó a hacerlo, con bastante fuerza, a partir de la experiencia del SWP desarrollada en los Estados Unidos, a punto tal que uno de los primeros actos públicos del PST fue centrado en la cuestión de la mujer y la principal oradora fue Linda Jenness, la candidata a la presidencia por el SWP americano.

En todos estos años no fueron pocas las diferencias entre los maestros americanos y sus alumnos argentinos, pero estas sólo se tornaron de mayor volumen a partir de los años 1975-1976, que fue cuando los caminos de las dos organizaciones se separaron. No obstante, la dirección del SWP que Moreno conoció en 1948 siguió siendo reconocida como “nuestros maestros”

<sup>20</sup> La TLT (Tendencia Leninista Trotskista) fue fundada en Chile en el mes de marzo de 1973 y estaba integrada por el SWP de los Estados Unidos, el PST de Argentina, la Liga Socialista de Venezuela, el PST del Perú, la Liga Socialista de México y el PST del Uruguay. En el mes de agosto del año 1973, la TLT se transformó en FLT (Fracción Leninista Trotskista).

por los trotskistas argentinos, pues esa separación se dio cuando la vieja dirección del SWP fue reemplazada por una nueva, encabezada por Jack Barnes, que, oriunda del movimiento estudiantil, acabó transformando al SWP en un apéndice del castrismo.

El respeto que la dirección del partido argentino tenía por la vieja dirección del SWP quedó demostrado cuando, por una serie de diferencias políticas, la FLT se dividió, en 1976. Con una carta, los dirigentes del partido argentino junto con camaradas de Venezuela, Perú, México y Uruguay anuncian que se retiran de la FLT pero, junto con eso, señalan: *“A pesar de constituir una amplia mayoría dentro de la FLT, hemos resuelto no cuestionar el nombre de la misma ni su organización. Esto se debe a que esta fracción ha sido primordialmente fruto del esfuerzo, abnegación y sacrificio de la dirección del SWP (para guardar las formas, mejor diremos de un grupo de dirigentes del SWP). Como homenaje a tantos esfuerzos, y en reconocimiento del rol dirigente de estos compañeros, que redundó en tantos beneficios para nuestra Internacional, nos abstenemos de plantear el derecho formalmente “democrático” que nos podría corresponder”*.<sup>21</sup>

## **Cannon, el mayor de todos**

En la posguerra, sin duda, la figura más destacada de toda la dirección americana (y de la propia IV) fue James Cannon. Por su capacidad, historia y trabajo en común con la dirección de la III Internacional, con la IV Internacional y, particularmente, con Trotsky, era el nexo natural entre la antigua dirección revolucionaria, liquidada físicamente por el estalinismo, y las nuevas generaciones que se comenzaban a aglutinar en la IV Internacional.

La historia de Cannon se confunde con la historia del movimiento obrero y del marxismo de los Estados Unidos. A tal punto que en ese país existen decenas de libros que hablan de su trayectoria. Varias son biografías, pero hay también historias del movimiento obrero, del Partido Comunista y del trotskismo y, en todos, necesariamente, hay una parte importante dedicada a James Cannon.

Nacido en 1890 en la ciudad de Rosedale, Kansas, desde muy pequeño ayudaba en el trabajo a su padre, un inmigrante irlandés, obrero de la cons-

■■■■  
<sup>21</sup> Carta de renuncia a la FLT, febrero de 1976.

trucción. Esta experiencia, como obrero infantil, le habría de dejar una marca para el resto de su vida. En un accidente de trabajo, un dedo de su mano fue aplastado y tuvo que serle amputado.

James abandonó la escuela a los 13 años para trabajar, primero en una empaquetadora de carnes, después en el ferrocarril y, por último, en una gráfica.

En 1908 se incorpora al Partido Socialista, en cual permanece tres años hasta que se integra a una organización sindical, la IWW (*Industrial Workers of the World*), y se convierte en uno de sus principales dirigentes, destacándose por su participación en un sinnúmero de huelgas obreras y por sus dotes de orador.

En 1917, Cannon, al igual que gran parte de la vanguardia obrera en el mundo, quedó profundamente impactado por el triunfo de la Revolución Rusa. Por eso retornó al Partido Socialista, en cuyo interior se comenzaba a desarrollar un ala pro-bolchevique, a la cual se incorpora.

En 1919, después de una larga lucha interna, la dirección del PS expulsó a su ala izquierda, y los integrantes de esta corriente fundan el Partido Comunista. Cannon es uno de los principales dirigentes del nuevo partido.

En 1922, participa como delegado al IV Congreso de la III Internacional, realizado en Moscú. Allí conoce a Trotsky, con quien discute largamente la construcción del Partido Comunista en los Estados Unidos.

Ese mismo año se integra al Comité Ejecutivo de la Internacional, por lo que permanece siete meses en Moscú.

El primer texto de Cannon, que presentamos después de este artículo, es el de una conferencia en la cual habló, justamente, sobre: “*Los primeros días del comunismo norteamericano*”.

En 1928 viaja nuevamente a Rusia para participar del VI Congreso de la III Internacional. En ese congreso se integra a la comisión responsable de elaborar el programa de la Internacional, redactado por Bujarin y Stalin.

Por un error del aparato estalinista recibe la crítica de Trotsky (que había sido expulsado del partido y deportado) a ese programa, titulado “*La Internacional Comunista después de Lenin*”. Cannon lee atentamente ese trabajo, concuerda con él, y comienza a defenderlo.

A su regreso a los Estados Unidos adopta el texto de Trotsky como un programa para la acción y comienza, en el interior del Partido Comunista, la batalla por organizar la Oposición de Izquierda, que será el primer paso

de una larga batalla por construir el partido revolucionario en los Estados Unidos.

En 1938 funda el SWP de los Estados Unidos y, ese mismo año, participa de la conferencia de fundación de la IV Internacional, en la que fue elegido para integrar su Comité Ejecutivo Internacional.

El segundo texto de Cannon, que presentamos en esta revista, es también de una conferencia. El tema está relacionado con lo que decíamos anteriormente, “*El comienzo de la Oposición de Izquierda*”.

El tercer texto, titulado “*Sindicalistas y revolucionarios*”, del año 1953, muestra a Cannon como un dirigente obrero formado en la escuela de Lenin y Trotsky. Es eso lo que le permite hacer, en el marco de una lucha fraccional, un análisis muy profundo sobre el comportamiento de los dirigentes sindicales, que conserva una enorme actualidad.

El cuarto texto se titula “*La cuestión del régimen partidario*”, que forma parte de su libro, “*La lucha por un partido proletario*”, en el cual se puede observar otra faceta de Cannon: la de conductor partidario. Son las reflexiones que sobre el régimen partidario sacó durante la lucha interna que dio, a finales de la década de 1930, junto con Trotsky, contra los “antidefensistas”<sup>22</sup>.

El quinto texto, titulado “*Cómo organizar y conducir una clase de estudio*”, muestra la preocupación de Cannon con la formación de los militantes, así como con los más mínimos detalles en lo que se refiere a la construcción partidaria.

Por fin, el sexto texto muestra uno de los momentos más dramáticos de la vida de Cannon. Es su discurso de despedida a Trotsky, cuando este fue asesinado por un agente de Stalin.

En ese discurso se refiere al drama de toda una época, de la que hemos hablado.

*“... El camarada Trotsky estaba perdido y sentenciado a muerte años atrás. Los traidores de la revolución sabían que la revolución vivía en él, la tradición, la esperanza...”*

*Ellos no asesinaron a Trotsky de un golpe; no cuando este asesino, el agente de Stalin, le asestó el piolet desde atrás en su cráneo. Este fue solo*

■■■■  
<sup>22</sup> Los antidefensistas eran una corriente interna del SWP norteamericano que consideraban que en la década de 1930 la URSS no era más un estado obrero y, por eso, no había que defenderla frente a un ataque del capitalismo.

*el golpe final. Lo mataron de a poco. Lo mataron muchas veces. Lo mataron siete veces cuando mataron a sus siete secretarios. Lo mataron cuatro veces cuando asesinaron a sus cuatro hijos. Lo mataron cuando sus colegas de la Revolución Rusa fueron muertos...*

Y, al final, Cannon asume el desafío que la vida le impuso:

*“... El destino nos ha hecho a nosotros, hombres de arcilla común, los más directos discípulos del camarada Trotsky. Ahora somos sus herederos, y estamos encargados de la misión de llevar a cabo su testamento. “... Llegamos ahora a la última palabra de adiós a nuestro gran camarada y maestro, que ahora se convirtió en nuestro mártir más glorioso. No negamos el dolor que encoge todos nuestros corazones. Pero el nuestro no es el dolor de la postración, el dolor que mina la voluntad. Está temperado por la indignación, la ira y la determinación. Lo transformaremos en energía de lucha para continuar la lucha del Viejo. Sus discípulos digámosle adiós de una manera apropiada, como buenos soldados del ejército de Trotsky. No en cuclillas por debilidad y desesperación, sino firmes, de pie, con los ojos secos y los puños apretados. Con la canción de lucha y victoria en nuestros labios. Con la canción de la confianza en la Cuarta Internacional de Trotsky, ¡el Partido Internacional que será el género humano!”*

Vaya con la publicación de estos trabajos de Cannon nuestro homenaje a quien fuera el gran dirigente del movimiento obrero norteamericano, el gran constructor partidario y, en gran medida, durante todo un período, el brazo derecho de León Trotsky. Y también a quien fuera uno de nuestros maestros, con la convicción de que, a partir de sus textos, pueda seguir siéndolo.

\*\*\*

# LOS PRIMEROS DÍAS DEL COMUNISMO NORTEAMERICANO

James Cannon

Me parece bastante apropiado, camaradas, dar una serie de conferencias sobre la historia del trotskismo norteamericano en este *Labor temple* (Templo del Trabajo). Fue aquí mismo, en este auditorio, en el comienzo de nuestra lucha histórica en 1928 que hice el primer discurso público en defensa de Trotsky y de la Oposición Rusa. El discurso fue dado no sin algunas dificultades, ya que los estalinistas trataron de romper nuestro acto por la fuerza física. Pero nos las arreglamos para hacerlo. Nuestra actividad oral pública como trotskistas reconocidos comenzó realmente aquí, en este *Labor temple*, trece, casi catorce años atrás. Sin duda, al leer la literatura del movimiento trotskista en este país, ustedes frecuentemente habrán notado repetidas afirmaciones de que no tenemos ninguna nueva revelación: el trotskismo no es un movimiento nuevo, una nueva doctrina, sino la restauración, el renacimiento del verdadero marxismo como fue expuesto y practicado en la Revolución Rusa y en los primeros días de la Internacional Comunista.

El bolchevismo mismo fue también un renacimiento, una restauración del verdadero marxismo después de que esta doctrina había sido corrompida por los oportunistas de la Segunda Internacional, quienes culminaron su traición al proletariado apoyando a los gobiernos imperialistas en la Primera Guerra Mundial de 1914-1918. Cuando uno estudia el período particular del que voy a hablar en este curso –los últimos trece años– o cualquier otro período desde los tiempos de Marx y Engels, se puede observar una cosa: la continuidad ininterrumpida del movimiento marxista revolucionario. El marxismo nunca ha dejado de tener auténticos representantes. A pesar de todas las perversiones y traiciones que han desorientado al movimiento de tanto en tanto, siempre ha surgido una nueva fuerza, un nuevo elemento ha salido adelante para ponerlo otra vez en la senda correcta, es

decir, en la senda del marxismo ortodoxo. También así fue en nuestro caso. Estamos enraizados en el pasado. Nuestro movimiento, al que llamamos trotskismo, ahora cristalizado en el Socialist Workers Party, no surgió totalmente maduro de la nada. Surgió directamente del Partido Comunista de los EEUU. El Partido Comunista mismo surgió del movimiento precedente, el Partido Socialista [PS] y, en parte, de los IWW (*Industrial Workers of the World*). Surgió del movimiento de los obreros revolucionarios de Norteamérica en el período de la preguerra y la guerra. El Partido Comunista, que tomó forma organizada en 1919, era originalmente el ala izquierda del Partido Socialista. Fue del Partido Socialista de donde vinieron los contingentes comunistas más grandes. En realidad, el lanzamiento formal del Partido en setiembre de 1919 fue simplemente la culminación organizativa de una pelea prolongada dentro del Partido Socialista. Allí se había trabajado el Programa, y allí se formaron los primeros cuadros. Esta pelea, interna en su momento, llevó a la división y a la formación de una organización separada, el Partido Comunista. En los primeros años de la consolidación del Movimiento Comunista –es decir, como ustedes dirían, desde la Revolución Bolchevique en 1917 hasta la organización del Partido Comunista en este país, dos años más tarde, y aún por un año más después de ello– la principal tarea fue la lucha fraccional contra el socialismo oportunista, entonces representado por el Partido Socialista. Este es casi siempre el caso cuando una organización política obrera se deteriora y al mismo tiempo da nacimiento a un ala revolucionaria. La pelea por la mayoría, por la consolidación de fuerza dentro del partido, casi invariablemente limita la actividad inicial del nuevo movimiento a una pelea casi estrecha, intrapartidaria, que no finaliza con la separación formal.

El nuevo partido continúa buscando adherentes en el viejo. Le lleva tiempo al nuevo partido aprender cómo pararse firme sobre sus propios pies. Así, aún después de que la separación formal había ocurrido en 1919, por la fuerza de la inercia y el hábito, y también porque la pelea no había terminado realmente, la lucha fraccional continuó. Quedó gente en el Partido Socialista que no estaba decidida y que eran candidatos más que probables para la nueva organización partidaria. El Partido Comunista concentró su actividad en el primer año a la lucha por clarificar la doctrina y ganar fuerzas adicionales del Partido Socialista. Por supuesto, como es casi invariablemente el caso en tales desarrollos históricos, esta fase fraccional dio en su

momento lugar a la actividad directa en la lucha de clases, para reclutar nuevas fuerzas y para el desarrollo de la nueva organización sobre bases enteramente independientes.

El Ala Izquierda del Partido Socialista, que más tarde se convirtió en el Partido Comunista, fue inspirada directamente por la Revolución Bolchevique de 1917. Antes de ese momento, los militantes norteamericanos habían tenido muy poca oportunidad de adquirir una genuina educación marxista. Los dirigentes del Partido Socialista no eran marxistas. La literatura del marxismo publicada en ese país era más bien magra y confinada casi exclusivamente al aspecto económico de la doctrina. El Partido Socialista era un cuerpo heterogéneo; su actividad política, su agitación y enseñanzas programáticas eran una terrible mezcla de todo tipo de ideas radicales, revolucionarias y reformistas. En esos días antes de la última guerra, y aún durante ella, a los jóvenes militantes que llegaban al partido buscando una clara guía programática les costó encontrarla. No la podían tener de la dirección oficial del partido, que carecía de un conocimiento serio de tales cosas. Las cabezas prominentes del Partido Socialista eran la contraparte norteamericana de los dirigentes oportunistas de los partidos socialistas de Europa, sólo que más ignorantes y más despreciativos de la teoría. Consecuentemente, a pesar del impulso y el espíritu revolucionario, la gran masa de jóvenes militantes del movimiento norteamericano [pudo] aprender muy poco de marxismo; y sin el marxismo es imposible tener un movimiento revolucionario consistente.

La Revolución Bolchevique en Rusia cambió todo casi de cuajo. Allí fue demostrada en la acción concreta la conquista del poder por el proletariado. Como en casi todos los otros países, el tremendo impacto de esta victoria revolucionaria del proletariado sacudió hasta sus cimientos nuestro movimiento en Norteamérica. La sola inspiración de la hazaña fortaleció enormemente el ala revolucionaria del partido, dio a los trabajadores nuevas esperanzas e hizo emerger un nuevo interés en esos problemas teóricos de la revolución que no habían recibido un reconocimiento apropiado hasta entonces.

Pronto descubrimos que los organizadores y dirigentes de la Revolución Rusa no eran sólo revolucionarios de acción. Eran genuinos marxistas en el campo de la doctrina. Aparte de Rusia, recibimos de Lenin, de Trotsky y de los otros dirigentes, por primera vez, serias exposiciones de la política re-

volucionaria del marxismo. Aprendimos que habían estado enfrascados en largos años de lucha por la restauración del marxismo no falsificado en el movimiento obrero internacional. Ahora, gracias a la gran autoridad y al prestigio de su victoria en Rusia, eran finalmente capaces de ser escuchados en todos los países. Todos los militantes genuinos se agruparon a su alrededor y comenzaron a estudiar sus escritos con un interés y un apasionamiento desconocidos antes. La doctrina que ellos exponían tenía una autoridad diez veces mayor porque había sido verificada por la práctica. Aún más, mes a mes, año a año, a pesar de todo el poder que el capitalismo mundial movilizaba contra ellos, mostraban la capacidad de desarrollar la gran revolución, crear el Ejército Rojo, mantenerse y avanzar. Naturalmente, el Bolchevismo se convirtió en la doctrina autorizada entre los círculos revolucionarios de todos los movimientos políticos obreros del mundo, incluso en nuestro país.

Sobre esa base fue formada el Ala Izquierda del Partido Socialista. Tenía publicaciones propias; tenía organizadores, oradores y escritores propios. En la primavera de 1919 –es decir, cuatro o cinco meses antes de que el Partido Comunista se organizara formalmente– tuvimos en Nueva York la primera Conferencia Nacional del Ala Izquierda. Yo fui delegado a esa conferencia, viniendo en ese momento de la ciudad de Kansas. Fue en esa conferencia que la fracción tomó cuerpo virtualmente como partido dentro de un partido, en preparación para la posterior ruptura. El órgano oficial del Ala Izquierda fue llamado “Revolutionary Age” (“La Era Revolucionaria”). Este periódico llevó a los trabajadores de Norteamérica la primera explicación auténtica de las doctrinas de Lenin y Trotsky. Su editor fue el primero en el país en exponer y popularizar las doctrinas de los dirigentes bolcheviques. Por lo tanto, debe ser reconocido históricamente como el fundador del comunismo norteamericano. Este editor era un hombre llamado Louis C. Fraina. Su corazón no era tan fuerte como su cabeza. Sucumbió en la pelea y se transformó en un converso trasnochado de la democracia burguesa en el medio de su agonía. Pero esa es sólo su mala fortuna personal. Lo que hizo en esos tempranos días mantiene toda su validez y aún ni él ni ningún otro pueden deshacerlo.

Otra figura prominente del movimiento en esos días fue John Reed. Él no era un dirigente ni un político, pero su influencia moral era muy grande. John Reed fue el periodista socialista norteamericano que fue a Rusia, tomó parte en la revolución, la relató verídicamente y escribió un gran libro sobre ella: “Diez días que conmovieron al Mundo”.

En los comienzos, el grueso de los miembros del Ala Izquierda del Partido Socialista eran extranjeros. En esos momentos, más de veinte años atrás, una gran parte del proletariado en Norteamérica era extranjero. Antes de la guerra, las puertas de la inmigración habían sido abiertas ampliamente, ya que acumular un gran ejército de reserva servía a las necesidades del capital norteamericano. Muchos de esos inmigrantes llegaron a Norteamérica con las ideas socialistas desde sus países nativos. Bajo el impacto de la Revolución Rusa, el movimiento socialista de lengua extranjera creció a pasos agigantados. Los extranjeros se organizaron en federaciones según su idioma, prácticamente cuerpos autónomos afiliados al Partido Socialista. Había tanto como ocho o nueve mil miembros en la Federación Rusa; cinco o seis mil entre los polacos; tres o cuatro mil ucranianos; casi doce mil finlandeses, etc.; una enorme masa de miembros extranjeros en el partido. La gran mayoría se concentró bajo la consigna de la Revolución Rusa y, después de la división del Partido Socialista, constituyeron el grueso de los miembros del Partido Comunista.

Los dirigentes de estas federaciones aspiraban a controlar el nuevo partido y de hecho lo controlaron. En virtud de estos bloques, los obreros extranjeros a quienes representaban ejercían una influencia inesperada en los primeros días del movimiento comunista. Esto era bueno en algunos aspectos, porque en su mayor parte eran comunistas apasionados y ayudaron a inculcar la doctrina del bolchevismo.

Pero su dominación era muy mala en otros aspectos. Sus mentes no estaban realmente en los Estados Unidos sino en Rusia. Le dieron al movimiento un tipo de formación no natural y lo contagiaron desde el comienzo con un sectarismo exótico. Los dirigentes dominantes del partido –dominantes en el sentido de que ellos tenían el poder real gracias a los bloques que tenían detrás suyo– eran gente absolutamente no familiarizada con la escena política y económica norteamericana. No entendían la psicología de los obreros norteamericanos y no les prestaban mucha atención. Como resultado, el movimiento en sus comienzos sufrió de exceso de irrealismo y tuvo un tinte de romanticismo que puso al partido en muchas de sus actividades y pensamientos fuera de la real lucha de clases de los Estados Unidos. Lo más extraño es que muchos de estos dirigentes de las Federaciones Extranjeras estaban convencidos de su misión mesiánica. Estaban determinados a controlar el movimiento para mantenerlo en la fe pura.

Desde su comienzo en el Ala Izquierda del Partido Socialista y más tarde en el Partido Comunista, el movimiento comunista norteamericano fue zozobrado por tremendas peleas fraccionales, “peleas por el control” se llamaban. La dominación de los dirigentes extranjeros creó una situación paradójica. Ustedes saben que normalmente, en la vida de un gran país imperialista como este, los obreros inmigrantes extranjeros ocupan una posición de una minoría nacional y tienen que librar una lucha permanente por la igualdad, por sus derechos, sin conseguirlos por completo nunca. Pero en el Ala Izquierda del Partido Socialista y en los comienzos del Partido Comunista, esta relación estaba dada vuelta. Cada uno de los idiomas eslavos estaba fuertemente representado. Rusos, polacos, lituanos, letones, finlandeses, etc., tenían la mayoría. Eran la mayoría abrumadora y nosotros, los norteamericanos nativos, que pensábamos que teníamos algunas ideas de cómo tenía que ser dirigido el movimiento obrero, estábamos en minoría. Desde el comienzo estuvimos en la posición de una minoría perseguida. En los primeros tiempos tuvimos muy poco éxito.

Yo pertenecía a la fracción, primero en el Ala Izquierda del Partido Socialista y más tarde en el movimiento comunista independiente, que quería una dirección norteamericana para el movimiento. Estábamos convencidos de que era imposible construir un movimiento en este país sin una dirección más íntimamente ligada y conocedora del movimiento nativo de los obreros norteamericanos. Muchos de ellos, por su parte, estaban igualmente convencidos de que era imposible para un norteamericano ser un bolchevique realmente puro. Ellos nos querían y nos apreciaban –como su “expresión inglesa”– pero pensaban que tenían que mantenerse en el control para evitar que el movimiento se convirtiera en oportunista y centrista. Durante años se perdió una gran cantidad de tiempo dando esa pelea, que para los dirigentes extranjeros sólo podría ser una pelea perdida. A la larga, el movimiento tenía que encontrar una dirección nativa, de otra manera no podría sobrevivir.

La pelea por el control asumió la forma de lucha sobre cuestiones organizativas. ¿Deberían los grupos extranjeros organizarse en federaciones, o deberían organizarse en ramas locales sin una estructura nacional o derechos autónomos? ¿Deberíamos tener un partido centralizado, o un partido federado? Naturalmente, la concepción de un partido centralizado era una concepción bolchevique. Sin embargo, en un partido centralizado, los gru-

pos extranjeros no podrían ser movilizados tan fácilmente en bloques sólidos, mientras que en un partido federado era posible para los dirigentes de la Federación enfrentar al partido con bloques sólidos de votantes que los apoyaran en las convenciones, etc.

Esta lucha desbarató la Conferencia del Ala Izquierda en Nueva York en 1919. Cuando llegamos a Chicago, en septiembre de 1919, es decir, en la Convención Nacional del Partido Socialista donde tuvo lugar la división, las fuerzas del Ala Izquierda estaban divididas entre sí. Los comunistas, en el momento de su ruptura con el Partido Socialista, eran incapaces de organizar un partido unido propio. Anunciaron al mundo, unos días después, que habían organizado no un Partido Comunista sino dos. El que tenía la mayoría era el Partido Comunista de los Estados Unidos, dominado por las Federaciones Extranjeras; el otro era el Partido Obrero Comunista, representando a la fracción minoritaria que ya he mencionado, con su mayor proporción de nativos y extranjeros norteamericanizados. Naturalmente, había variaciones y fluctuaciones individuales, pero esta era la línea principal de demarcación.

Tal fue el poco auspicioso comienzo del Movimiento Comunista Independiente: dos partidos en el terreno, con programas idénticos, batallando fieramente el uno contra el otro.

Para hacer las cosas peor, nuestras divididas filas se enfrentaron a una persecución terrorífica. Ese año, 1919, era el año de la gran reacción en este país, la reacción de la posguerra. Después que los patrones terminaron la guerra para “hacer el mundo seguro para la democracia” decidieron escribir un capítulo suplementario para hacer a los Estados Unidos seguro para el mercado abierto.

Comenzaron un giro patriótico furioso contra todas las organizaciones obreras. Miles de obreros fueron arrestados a escala nacional. Los nuevos Partidos Comunistas sufrieron los embates de este ataque. Casi todas las organizaciones locales, de costa a costa, fueron allanadas; prácticamente cada dirigente del movimiento nacional o local fue puesto bajo arresto, procesado por una u otra cosa. Deportaciones masivas de militantes extranjeros tuvieron lugar. El movimiento fue perseguido a tal punto que fue llevado a la clandestinidad. Los líderes de ambos partidos pensaron que era imposible continuar el funcionamiento abierto, legal. Así, en el mismísimo primer año del Comunismo norteamericano no sólo tuvimos la desgracia, el escándalo

y la catástrofe organizativa de dos partidos Comunistas separados y rivales, sino que también tuvimos a ambos partidos, después de unos pocos meses, funcionando en grupos y células ilegales.

El movimiento permaneció ilegal desde 1919 hasta comienzos de 1922. Después de que el primer shock de las persecuciones pasó y los grupos y células se acostumbraron a su existencia ilegal, los elementos que en la dirección tendían al irrealismo ganaron fuerza, en tanto y en cuanto el movimiento estaba entonces completamente aislado de la vida pública y de las organizaciones obreras del país.

La disputa fraccional entre los dos partidos continuaba consumiendo una cantidad enorme de tiempo; los refinamientos de la doctrina, los quisquilleos, se convirtieron casi en un pasatiempo. Entonces yo, por mi parte, me di cuenta por primera vez de la completa malicia de la enfermedad del ultrazquierdismo. Parece ser una ley peculiar que cuanto mayor es el aislamiento de un partido de la vida del movimiento obrero, cuanto menor es el contacto que tiene con el movimiento de masas, y cuanto menor es la corrección que este puede ejercer sobre el partido, tanto más radical se vuelve en sus formulaciones, su programa, etc. Quien desee estudiar la historia del movimiento cuidadosamente debería examinar algo de la literatura del partido impresa durante esos días. Ustedes ven, no costaba nada ser ultraradical, porque de todas maneras, nadie les prestaba atención. No teníamos reuniones públicas, no teníamos que hablar a los obreros o ver cuáles eran sus reacciones a nuestras consignas. Así, los que gritaban más fuerte en nuestras reuniones cerradas se convirtieron en más y más dominantes en la dirección del movimiento. La fraseología del “radicalismo” tuvo su día de fiesta. Los años iniciales del movimiento comunista en este país estuvieron más que consagrados al ultrazquierdismo.

Durante las elecciones presidenciales de 1920 el movimiento era ilegal y no pudo implementar alguna forma de tener su propio candidato. Eugene V. Debs era el candidato del Partido Socialista, pero estábamos envueltos en una terrible lucha fraccional con este partido y pensábamos erróneamente que no podíamos apoyarlo. Por lo tanto, el movimiento se decidió por un programa muy radical: ¡Emitió una proclama altisonante llamando a los obreros a boicotear las elecciones! Ustedes podrán pensar que podríamos haber dicho simplemente “no tenemos candidato, no podemos hacer nada al respecto”. Ese fue el caso, por ejemplo, con el Socialist Workers Party.

Los trotskistas en 1940, debido a dificultades técnicas, financieras y organizativas, no pudimos participar en las elecciones. No encontramos posible apoyar a ningún candidato, entonces sólo dejamos pasar el asunto. Sin embargo, el Partido Comunista en [aquellos] días, nunca dejó pasar algo sin emitir una proclama. Si yo a menudo muestro indiferencia a las proclamas, es porque vi muchas de ellas en los días iniciales del Partido Comunista. Abandoné enteramente la idea de que cada ocasión debe tener una proclama. Es mejor pasarla con pocas; emitirlas en las ocasiones más importantes. Entonces, tiene mayor peso. Bueno, en 1920 se sacó un volante llamando a boicotear las elecciones pero no logramos nada de eso.

Una fuerte tendencia antiparlamentaria creció en el movimiento. Una falta de interés en las elecciones, que llevó años y años superar. Mientras tanto, leíamos el folleto de Lenin, “El ultraizquierdismo, enfermedad infantil del comunismo”. Todos reconocían –teóricamente– la necesidad de participar en las elecciones, pero no había disposición para hacer algo al respecto y varios años tuvieron que pasar antes de que el partido desarrollara alguna actividad electoral seria.

Otra idea radical ganó predominancia en el inicial movimiento comunista ilegal: la concepción de que mantenerse clandestino es un principio revolucionario. Durante las dos décadas pasadas hemos disfrutado las ventajas de la legalidad. Prácticamente todos los camaradas del SWP no han conocido otra forma de existencia que la del partido legal. Es muy posible que una predisposición legalista haya crecido entre ellos. Esos camaradas pueden sufrir fuertes golpes en tiempos de persecución, ya que el partido tiene que ser capaz de realizar sus actividades sin importar la actitud de la clase dirigente.

Es necesario para un partido revolucionario saber cómo operar aún en formaciones ilegales. Pero esto sólo debe realizarse por necesidad, nunca por elección. Después que una persona experimenta tanto la organización política ilegal como la abierta, se puede convencer a sí mismo fácilmente que la más económica, la más ventajosa, es la abierta. Es la forma más fácil de entrar en contacto con los obreros, la forma más fácil de captar. Consecuentemente, un bolchevique genuino, aún en tiempo de mayor persecución, trata siempre de atrapar y utilizar cada posibilidad de funcionar abiertamente; si no puede decir todo lo que quiere libremente, dirá lo que pueda y completará la propaganda legal por otros métodos.

En los inicios del movimiento comunista, antes de que hubiéramos asimilado apropiadamente los escritos y enseñanzas de los líderes de la Revolución Rusa, creció una tendencia a considerar el partido ilegal como un principio. En tanto, el tiempo pasó y la ola de reacción retrocedió; las posibilidades de actividades legales se abrieron. Pero fueron necesarias tremendas peleas fraccionales antes de que el partido tomara el más leve paso en la dirección de legalizarse. La absolutamente increíble idea de que un partido no puede ser revolucionario a menos que sea ilegal fue en realidad aceptada por la mayoría en el movimiento comunista en 1921 y comienzos de 1922.

En la cuestión sindical, el “radicalismo” también se mantuvo dominante. El ultraizquierdismo es un virus terrible. Prospera mejor en un movimiento aislado, lo van a encontrar ustedes más desarrollado en un movimiento que está aislado de las masas, que no tiene ningún correctivo de estas. Ustedes lo ven en estas divisiones en el movimiento trotskista –nuestros propios “aspectos lunáticos”-. Cuanto menos gente los escucha, cuanto menos efectos tienen sus palabras sobre el curso de los eventos humanos, más extremos, irracionales e histéricos son en sus formulaciones.

La cuestión sindical estaba en la agenda de la primera convención ilegal del movimiento comunista. Esta convención proclamó una separación y una unificación al mismo tiempo. Una fracción encabezada por Ruthenberg se había separado del Partido Comunista dominado por los grupos extranjeros. La fracción Ruthenberg se reunió en una convención conjunta con el Partido Obrero Comunista para formar una nueva organización llamada el Partido Comunista Unificado, en mayo de 1920, en Bridgman, Michigan (esta no debe confundirse con otra convención en Bridgman, en agosto de 1922, que fue allanada por la policía). El Partido Comunista Unificado ganó la superioridad y se fusionó con la restante mitad del Partido Comunista original un año más tarde.

La Convención de 1920, recuerdo con precisión, adoptó una resolución sobre la cuestión sindical. Bajo la luz de lo que se ha aprendido en el movimiento trotskista, les haría poner los pelos de punta. Esta resolución llamó al boicot de la *American Federation of Labor* (AFL). Estableció que si un miembro del partido está “obligado por necesidad de trabajo” a pertenecer a la AFL, debería trabajar ahí de la misma manera que un comunista trabaja en un congreso burgués, no para construirlo sino para hacerlo explotar desde adentro. Esa estupidez fue más tarde corregida junto con otras cosas.

Mucha gente que cometió estas estupideces, más tarde aprendió y se desenvolvió mejor en el movimiento político.

Siguiendo a la Revolución Rusa, la joven generación, revelándose contra las traiciones oportunistas de los socialdemócratas, tomó demasiada dosis de radicalismo. Lenin y Trotsky dirigieron el “Ala Derecha” –así es como ellos demostrativamente llamaron a su tendencia– en el III Congreso Mundial de la Internacional Comunista, en 1921. Lenin escribió su folleto, “El ultraizquierdismo, enfermedad infantil del comunismo”, dirigido contra los izquierdistas alemanes, tomando las cuestiones del parlamentarismo, sindicalismo, etc. Este folleto, junto con las decisiones del Congreso, hicieron mucho en el curso del tiempo para liquidar la tendencia izquierdista en los inicios de la Comintern.

No quiero para nada pintar la fundación del Comunismo Norteamericano como un circo, como hacen los filisteos que se mantienen al margen. No lo fue de ninguna manera. Hubo lados positivos en el movimiento, y estos predominaron. Estaba compuesto de miles de revolucionarios valientes y devotos. A pesar de todos sus errores, construyeron un partido como nunca antes se había visto en este país, es decir, un partido fundamentado en un programa marxista, con una dirección profesional y militantes disciplinados. Aquellos que pasaron el período del partido ilegal, adquirieron hábitos de disciplina y aprendieron métodos de trabajo que irían a jugar un gran rol en la historia siguiente del movimiento. Nosotros estamos construyendo sobre esos cimientos.

Aprendieron a tomar el programa seriamente. Aprendieron a sacarse para siempre la idea de que un movimiento revolucionario que tenga como objetivo el poder puede ser dirigido por gente que practica el socialismo como un pasatiempo. El típico dirigente del Partido Socialista era un abogado que practicaba leyes, o un predicador, o un escritor, o un profesional de un tipo u otro que asentían en venir y hacer un discurso cada tanto. Los funcionarios de tiempo completo eran meramente caballos de tiro que hacían el trabajo sucio y no tenían influencia real en el partido. La brecha entre los obreros de base, con sus aspiraciones e impulsos revolucionarios, y los chapuceros pequeñoburgueses en las alturas era tremenda. El joven Partido Comunista rompió con todo eso y fue capaz de hacerlo fácilmente porque ninguno de los antiguos dirigentes se puso de todo corazón a apoyar la Revolución Rusa. El partido tuvo que sacar nuevos dirigentes de las filas y desde el mismo co-

mienzo se sentó el principio de que esos dirigentes deberían ser obreros profesionales para el partido, deberían poner todo su tiempo y toda su vida a disposición del partido. Si uno piensa en un partido que tiene como objetivo dirigir a los obreros en una lucha real por el poder, entonces no tiene sentido considerar cualquier otro tipo de dirección.

En la ilegalidad, el trabajo de educación, de asimilación de los escritos de los dirigentes rusos, continuó. Lenin, Trotsky, Zinoviev, Radek, Bujarin, esos eran nuestros maestros. Comenzamos a ser educados en un espíritu totalmente distinto al sentimentaloides del Partido Socialista, en el espíritu de revolucionarios que se toman las ideas y el programa muy en serio. El movimiento tuvo una vida interna muy intensa, tanto más cuanto estaba aislado y vuelto hacia sí mismo. Las peleas fraccionales eran feroces y largamente extenuantes.

El movimiento comenzó a estancarse en el callejón sin salida de la ilegalidad. Unos pocos de nosotros en la dirección comenzamos a buscar una salida, una forma de aproximarnos a los obreros norteamericanos por medios legales. Estos esfuerzos fueron resistidos con firmeza. Formamos una nueva fracción. Lovestone estaba fuertemente asociado conmigo en la dirección de esta fracción. Más tarde se nos unió Ruthenberg, al salir de prisión en la primavera de 1922.

Por un año y medio, dos años, esta lucha continuó sin descanso. La pelea por la legalización del movimiento tuvo un resultado positivo de nuestro lado; aunque por el otro hubo una resistencia igualmente determinada, por gente convencida hasta la médula de que esto significaba algún tipo de traición. Finalmente, en diciembre de 1921, teniendo una leve mayoría en el Comité Central, nos comenzamos a mover, dando un paso cuidadoso por vez, hacia la legalidad.

No pudimos legalizar el partido como tal; la resistencia en la base era todavía muy fuerte, pero organizamos algunos grupos legales para charlas. Después llamamos a una convención para federar estos grupos en un órgano central llamado *American Labor Alliance*, que convertíamos en una organización de propaganda. Entonces, en diciembre de 1921 recurrimos al plan de organizar el Partido Obrero como una organización legal, abierta, junto con el Partido Comunista ilegal. No podíamos prescindir de este. No era posible conseguir una mayoría para acordar con esto, pero se efectuó un compromiso por el cual mientras mantuviéramos el partido ilegal, levanta-

ríamos el Partido Obrero como una extensión legal. Dos o tres mil cabezas duras clandestinos se rebelaron contra este movimiento de cambio hacia la legalidad, rompieron, y formaron sus propias organizaciones.

Continuamos con dos partidos, uno legal y otro clandestino. El Partido Obrero tenía un programa muy limitado, pero se convirtió en el medio a través del cual toda nuestra actividad pública legal se llevaba a cabo. El control yacía en el Partido Comunista clandestino. El Partido Obrero no encontró persecución. La ola reaccionaria había pasado y prevalecía un tono político liberal en Washington y en el resto del país. Podíamos celebrar encuentros públicos y conferencias, publicar periódicos, participar en campañas electorales, etc. Entonces surgió la cuestión: ¿necesitábamos este estorbo de dos partidos? Queríamos liquidar la organización clandestina y concentrar toda nuestra actividad en el partido legal y correr el riesgo de una ulterior persecución. Encontramos una renovada oposición. La lucha continuó ininterrumpidamente hasta que finalmente llevamos el asunto a la Internacional Comunista en el IV Congreso, en 1922. En ese congreso yo era el representante de la fracción “liquidacionista”, como nos llamaban. Este nombre viene de la historia del bolchevismo. En un determinado momento, después de la derrota de la Revolución de 1905, una sección de los mencheviques se adelantó con la posición de liquidar el partido clandestino en Rusia y confiar toda la actividad a la “legalidad” zarista. Lenin peleó salvajemente contra esta propuesta y sus sostenedores, porque significaba renunciar al trabajo y la organización revolucionarios. Los denunció como “liquidacionistas”. Entonces, naturalmente, cuando nosotros nos vinimos con la propuesta de liquidar el partido clandestino en este país, los izquierdistas, con su mente puesta en Rusia, mecánicamente transfirieron la expresión de Lenin y nos denunciaron como “liquidacionistas”. Entonces nos fuimos a Moscú, ante la Internacional Comunista. Esa fue la primera oportunidad en que me encontré con el camarada Trotsky. En el curso de nuestra lucha tratamos de obtener el apoyo de miembros individuales de la dirección rusa. En el verano y a fines de 1922 pasé muchos meses en Rusia. Por bastante tiempo era como un paria, debido a que esta campaña acerca de los “liquidacionistas” había llegado más arriba de nosotros y los rusos no querían tener más que ver con los liquidadores. Sin conocimiento de la situación en Norteamérica tendían a tener prejuicios contra nosotros. Asumían que el partido había sido realmente ilegalizado y cuando la cuestión fue puesta ante ellos estaban incli-

nados a decir de antemano: “Si ustedes no pueden hacer su trabajo legalmente, háganlo ilegalmente, pero ustedes deben hacer su trabajo”. Pero no era así como quedarían las cosas. La situación política en los Estados Unidos hacía posible un Partido Comunista legal. Esa era nuestra discusión y toda la experiencia posterior lo ha probado. Finalmente, algunos otros camaradas y yo nos encontramos con el camarada Trotsky y le expusimos nuestras ideas por casi una hora. Después de hacer algunas preguntas, cuando habíamos terminado, nos dijo: “Es suficiente, voy a apoyar a los ‘liquidacionistas’ y hablaré con Lenin. Estoy seguro que los apoyarán, entonces la autoridad predominante y la influencia, naturalmente se transferiría a ese partido. Es sólo una cuestión de entender la situación política. Es absurdo encorsetar en el chaleco de fuerza de la ilegalidad cuando no es necesario. No hay cuestión alguna en ello”.

Le preguntamos si arreglaría para que nosotros viéramos a Lenin. Nos dijo que Lenin estaba enfermo, pero si era necesario, si Lenin no estaba de acuerdo con él, arreglaría para que lo viéramos. En unos pocos días el nudo comenzó a desatarse. Una comisión del congreso fue encargada para la cuestión norteamericana y nos presentamos ante una comisión para debatir. Ya había corrido la voz de que Trotsky y Lenin estaban a favor de los “liquidacionistas” y la corriente estaba cambiando a nuestro favor. En la discusión en la audiencia de la comisión, Zinoviev hizo un brillante alegato sobre el trabajo legal e ilegal, trayendo la vasta experiencia de los bolcheviques rusos. Nunca he olvidado ese discurso. La memoria del mismo pone a nuestro partido en un buen lugar hasta nuestros días y lo hará en el futuro, estoy seguro. Radek y Bujarin hablaron en el mismo sentido. Ellos tres eran en esos días los representantes del Partido Comunista Ruso en el Comintern. Los delegados de los otros partidos, después de un completo y profundo debate, dieron apoyo por completo a la idea de legalizar el Partido Comunista Norteamericano. Con la autoridad del Congreso Mundial de la Comintern detrás de las decisiones, la Oposición en los Estados Unidos pronto decreció. El Partido Obrero, que había sido creado en 1921 como una extensión legal del Partido Comunista, tuvo otra convención, adoptó un programa más claro y reemplazó por completo a la organización clandestina. Toda la experiencia desde 1923 ha demostrado la sabiduría de esa decisión. La situación política aquí justificaba la organización legal. Hubiera sido una terrible calamidad, pérdida y mutilación de la actividad revolucionaria el mante-

nerse clandestinamente cuando no era necesario. Es muy importante que los revolucionarios tengan el coraje de correr esos riesgos cuando no se pueden evitar. Pero también es igualmente importante tener la prudencia suficiente para evitar sacrificios innecesarios. Lo principal es lograr que se haga la tarea de la forma más económica y expeditiva posible.

Una observación final sobre esta cuestión: un pequeño grupo se mantuvo irreconciliable con la legalización del partido. Iban a mantenerse clandestinos a pesar de nosotros. No iban a traicionar al comunismo. Tenían sus cuarteles en Boston y una rama en Cleveland. Cada tanto, a través de los años, escucharíamos de este grupo clandestino una proclama de algún tipo. Siete años más tarde, después de que habíamos sido expulsados del Partido Comunista y estábamos organizando el movimiento trotskista, escuchamos que este grupo en Boston era de alguna manera simpatizante de las ideas trotskistas. Esto nos interesó, ya que estábamos muy necesitados de toda la ayuda que pudiéramos obtener. En una de mis visitas a Boston los camaradas locales arreglaron una conferencia con ellos. Eran muy conspirativos y nos llevaron [con] la vieja manera clandestina al lugar del encuentro. Un comité formal nos recibió. Después de intercambiar saludos, el dirigente dijo: “ahora, camarada Cook, díganos cuál es vuestra proposición”. Camarada “Cook” era el seudónimo con el que me conocían en el partido clandestino. El no iba a revelar mi nombre legal en un encuentro clandestino. Le expliqué por qué habíamos sido expulsados, nuestro programa, etc. Él dijo que estaban deseosos de discutir el programa trotskista como base de la unidad en un nuevo partido. Pero querían acordar primero en un punto: el partido que íbamos a organizar tendría que ser una organización clandestina. Entonces intercambié algunos chistes con ellos y volví a Nueva York. Supongo que todavía son clandestinos.

Ahora, camaradas, todo esto es algo así como el fondo, una introducción a la historia de nuestro movimiento trotskista. La semana que viene trataré lo del desarrollo posterior del Partido Comunista en los años iniciales antes de nuestra expulsión y la reconstrucción del movimiento bajo la bandera del trotskismo.

\*\*\*



## EL COMIENZO DE LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDA

*James Cannon*

La última conferencia nos trajo a discusión el año 1927 en el Partido Comunista de Estados Unidos. La lucha fundamental entre marxismo y estalinismo se había puesto en marcha dentro del Partido Comunista Ruso hacía ya cuatro años. Esta había continuado también en las otras secciones de la Comintern, incluida la nuestra, pero nosotros no lo sabíamos. Los sucesos de la gran lucha en el Partido Ruso eran confinadas desde el principio a cuestiones rusas extremadamente complejas. Muchas de ellas eran nuevas y poco familiares para nosotros, norteamericanos, que sabíamos muy poco acerca de los problemas internos de Rusia. Era muy difícil entenderlos para nosotros a causa de su naturaleza teórica profunda; después de todo, hasta esa época no habíamos tenido una seria educación teórica y la dificultad fue incrementada por el hecho de que no se nos presentaba la información completa. No se nos suministraban los documentos de la Oposición de Izquierda rusa, se nos ocultaban sus argumentos. No se nos decía la verdad, por el contrario, sistemáticamente, se nos mantenía con tergiversaciones, distorsiones y documentación unilateral. Yo hice esta explicación en beneficio de aquellos que se inclinaban a preguntar: “¿Por qué no levantó desde el principio la bandera del trotskismo?” Si las cosas son muy claras ahora para cualquier estudioso serio del movimiento, “¿por qué no se lo pudo entender en los primeros días?” La explicación que di nunca fue considerada por la gente que ve estas grandes disputas separadas y aparte del mecanismo de la vida del partido. Aquel que no carga con responsabilidades, que es un mero estudioso o comentarista u observador desde afuera, no necesita ninguna precaución o restricción. Si tiene dudas e incertidumbre, se siente perfectamente libre para expresarlas. Este no es el caso de un revolucionario de un partido. El que toma sobre sí la responsabilidad de llamar a los trabajadores, sobre las bases de un programa, a reunirse en un partido al que le dedicarán su tiempo, su energía, sus recursos y hasta sus vidas, debe tomar una actitud seria hacia

el partido. No puede, en buena conciencia, llamar a tirar abajo un programa hasta que no haya elaborado uno nuevo. Descontento y dudas no son un programa. No se puede organizar a la gente sobre esas bases. Una de las más fuertes condenas que Trotsky dirigió a Shachtman, en los primeros días de nuestra disputa sobre la cuestión rusa en 1939 fue esta, que Shachtman, quien comenzó a fomentar dudas sobre la corrección de nuestro viejo programa sin tener en su mente ninguna idea clara de uno nuevo, atravesó al partido irresponsablemente expresando sus dudas. Trotsky dijo, el partido no puede detenerse. No puede hacer un programa fuera de dudas. Un revolucionario serio y responsable no puede molestar a su partido meramente porque se ha vuelto descontento con esta, aquella, u otra cosa. Debe esperar hasta estar preparado para proponer concretamente un programa distinto, u otro partido.

Esa fue mi actitud en el Partido Comunista en aquellos primeros años. De mi parte, sentía gran insatisfacción. No estuve nunca entusiasmado por la pelea en el partido ruso. No podía entenderla. Y como la pelea se hacía más intensa y se incrementaban las persecuciones contra la Oposición de Izquierda Rusa, representada por grandes líderes de la revolución como Trotsky, Zinoviev, Radek y Rakovsky, la duda y el descontento se acumulaban en mi mente. Esto militaba contra mi posición y contra la posición de nuestra fracción en los eternos conflictos dentro del PC. Intentábamos todavía resolver las cosas a escala norteamericana: un error común. Pienso que una de las lecciones más importantes que nos dio la IV Internacional es que en la época moderna no se puede construir un partido político revolucionario solamente sobre bases nacionales. Se debe comenzar con un programa internacional, y sobre esas bases construir secciones nacionales de un movimiento internacional. Esta, por la vía de la disgregación, fue una de las grandes disputas entre los trotskistas y los brandleristas, la gente del Bureau de Londres, Pivert, etc., quienes afirmaban la idea de que no se puede hablar de una nueva internacional sin antes construir fuertes partidos nacionales. Según ellos, sólo después de haber creado formidables partidos de masas en varios países, se les puede federar en una organización internacional. Trotsky procedió justo en forma opuesta. Cuando fue deportado de Rusia en 1929 y fue capaz de tomar su trabajo internacional con las manos libres, propuso la idea de que se debe comenzar con un programa internacional. Se debe organizar a la gente, no importa lo poco que puedan ser en cada país, sobre

las bases de un programa internacional, y gradualmente construir sus secciones nacionales. La historia dio su veredicto sobre esta disputa. Todos aquellos partidos que comenzaron con una aproximación nacional y quisieron expulsar este problema de la organización internacional, sufrieron el naufragio. Los partidos nacionales no pueden echar raíces porque en esta época internacional no hay más espacio para estrechos programas nacionales. Sólo la IV Internacional, arrancando en cada país desde el programa internacional, ha sobrevivido.

Este principio no era comprendido por nosotros en la primera época del Partido Comunista. Engordábamos en la lucha nacional en Norteamérica. Veíamos a la Internacional Comunista como una ayuda para nuestros problemas nacionales. No queríamos molestarnos con los problemas de otras secciones o de la Comintern de conjunto. Este error fatal, esta estrecha visión nacional, nos empujó al callejón sin salida de las luchas fraccionales. Las cosas se hacían más críticas para nosotros. Ninguna de las fracciones quería romper o dejar el partido. Todos eran leales, fanáticos leales a la Comintern y no pensaban en romper con ella. Pero la desalentadora situación interna se hacía peor y aparecía sin perspectivas. Se hacía obvio que debíamos encontrar o bien un modo de unir las fracciones, o [bien] permitir que una se haga predominante. Algunos de los más sabios o, mejor, algunos de los más ladinos, y aquellos que tenían las mejores fuentes de información de Moscú, comenzaron a hacer lo necesario para ganar el favor de la Comintern y así ubicar el gran peso de su autoridad del lado de su fracción, que era la enérgica y agresiva lucha contra el trotskismo. Desde Moscú fueron ordenadas campañas contra el trotskismo en todos los partidos del mundo. Las expulsiones de Trotsky y Zinoviev en los fallos de 1927 fueron seguidas por demandas de que todos los partidos tomen inmediatamente una posición, con la amenaza implícita de represalias desde Moscú contra cualquier individuo o grupo que no tomara la posición “correcta”, es decir, en favor de las expulsiones. Se llevaron a cabo campañas de “esclarecimiento”. Los lovestonistas eran la vanguardia en la lucha contra el trotskismo. Así lograron el apoyo de la Comintern y gozaron de este en todo aquel período. Organizaron campañas de “esclarecimiento”. Reuniones de miembros, de ramas, de secciones, se llevaban a cabo en todos los partidos, en las que los representantes del Comité Central eran enviados para ilustrar a los miembros en la necesidad de las expulsiones del organizador del Ejército Rojo y del presidente de la Comintern.

Los fosteristas, que no eran tan rápidos y astutos como los lovestonistas, pero con los que tenían un buen trato, los siguieron pronto. Realmente corrían carreras con los lovestonistas para mostrar quién era el más grande anti-trotskyista. Se gastaban en hacer largos discursos sobre el tema. Ahora, mirando hacia atrás, es una circunstancia interesante, que casi prefiguraba lo que iba a seguir, que yo nunca tomé parte en ninguna de esas campañas. Voté resoluciones estereotipadas, debo decirlo, lamentablemente, pero nunca hice un simple discurso o escribí un simple artículo contra el trotskismo. Esto no fue así porque yo era trotskista. No quería quedar fuera de la línea de la mayoría del partido ruso y de la Comintern. Me negué a tomar parte en las campañas sólo porque no entendía los hechos. Bertram D. Wolfe, principal lugarteniente de Lovestone, era uno de los más grandes anti-trotskyistas. A la más leve provocación hacía un discurso de dos horas, explicando cómo Trotsky estaba equivocado sobre la cuestión agraria en Rusia. Yo no podía hacer eso porque no entendía la cuestión. Él tampoco la entendía, pero en su caso, este no era un gran obstáculo. El objetivo real de los lovestonistas y los fosteristas en hacer esos discursos y llevar a cabo esas campañas era congraciarse con el poder de Moscú. Alguien podría preguntar: “¿por qué no hizo discursos en favor de Trotsky?” Yo no podía tampoco hacer eso porque no entendía el programa, mi estado mental era en ese entonces la duda y la insatisfacción. Por supuesto, si uno no tuviera ninguna responsabilidad en el partido, si fuera un mero comentarista u observador, podría meramente hablar de sus dudas. No se puede hacer eso en un partido político serio. Si uno no sabe qué decir, no debe decir nada. Lo mejor es permanecer en silencio.

El Comité Central del Partido Comunista citó a un pleno en febrero, el famoso pleno de febrero de 1928, que fue unos pocos meses después de la expulsión de Trotsky, Zinoviev y todos los líderes de la Oposición Rusa. Ya comenzaba una gran campaña para movilizar a los partidos del mundo en apoyo a la burocracia de Stalin. En ese pleno peleamos y discutimos sobre las fracciones y el partido, la estimación de la situación política, la cuestión sindical, la cuestión de la organización; peleamos furiosamente sobre todas esas cuestiones. Ese era nuestro real interés. Después llegamos al último punto de la agenda, la cuestión rusa. B.D. Wolfe, como vocero de la mayoría lovestonista, la “explicó” por un largo espacio de alrededor de dos horas. Después quedó abierta la discusión. Uno por uno, cada miembro de las fracciones lovestonistas y fosteristas tomaron la palabra para expresar su acuerdo

con el informe y agregar algunos toques para mostrar que entendían la necesidad de las expulsiones y que estaban a favor de ellas. No hablé. Naturalmente, a causa de mi silencio, los otros miembros de la fracción Cannon se sintieron algo constreñidos para hablar. No les gustaba la situación y organizaron una suerte de campaña de presión. Recuerdo ese día, cómo me senté al fondo del hall, descontento, amargado y confundido, seguro de que había algo sobre la cuestión pero no sabía que era eso. Bill Dunne, la oveja negra de la familia Dunne, quien era en ese momento un miembro del Comité Político y mi más estrecho asociado, vino con un par de otros compañeros. “Jim, tú debes hablar sobre esta cuestión. Es la cuestión rusa. Ellos cortarán nuestra fracción en pedacitos si no dices nada sobre ese informe. Levántate y di unas pocas palabras para el registro”. Me negué a hacerlo. Ellos insistieron pero yo estaba muy duro. “No voy a hacer eso. No voy a hablar sobre esa cuestión”. Esto no era “sabiduría política” de mi parte, aunque retrospectivamente puede aparecer así. Esto no fue para nada una anticipación del futuro. Fue simplemente un temple, un caprichoso sentimiento personal que tenía sobre la cuestión. No teníamos ninguna información real. No sabíamos cuál era la verdad. En esa fecha, 1927, las disputas en el partido ruso habían comenzado a implicar cuestiones internacionales: la cuestión de la Revolución China y del Comité anglo-ruso. Casi cualquier miembro de nuestro partido puede contar ahora cuáles fueron los problemas de la Revolución China, porque desde esa época fueron publicados extensos materiales. Habíamos educado a nuestros jóvenes camaradas sobre las lecciones de la Revolución China. Pero, en 1927, nosotros, provincianos norteamericanos, no sabíamos nada sobre esto. China estaba muy lejos. Nunca vimos ninguna de las tesis de la Oposición Rusa. Tampoco entendíamos bien la cuestión colonial. Ni los profundos principios teóricos involucrados en la cuestión china y la disputa que le siguió, por lo que honestamente no pudimos tomar posición. La cuestión del comité anglo-ruso parecía un poco más clara para mí. Era un punto de la gran lucha entre la Oposición Rusa y los estalinistas sobre la formación del Comité anglo-ruso, un comité de sindicalistas rusos e ingleses que se volvieron un sustituto del trabajo independiente comunista en Inglaterra. Esta política ahogó la actividad independiente del Partido Comunista inglés en el momento crucial de la huelga general de 1926 en ese país. Casi por accidente, en la primavera del mismo año, me crucé con uno de los documentos de la Oposición Rusa sobre esa disputa que tuvo gran

influencia sobre mí. Sentía que, como mínimo, sobre la cuestión del Comité anglo-ruso, la Oposición tenía la línea correcta. Por distintas razones, fui convenciéndome de que no eran contrarrevolucionarios, como habían sido pintados. En 1928, después del pleno de febrero, hice uno de mis más o menos regulares viajes nacionales. Tenía el hábito de hacer al menos un *tour* por el país, de costa a costa, todos los años o cada dos años, para tener así un respiro de la Norteamérica real, para sentir que estaba paseando en Norteamérica. Mirando atrás, ahora se puede marcar que muchas de las ideas irrealistas, errores, y muchas de las inclinaciones estrechas de algunos líderes del partido en Nueva York se deben al hecho de que han vivido todas sus vidas en la isla de Manhattan y no tenían el sentimiento real de este grande y diversificado país. Hice mi *tour* en 1928 bajo el auspicio de la ILD (*International Labor Defense*) que se prolongó por cuatro meses. Quería bañarme en el movimiento de masas, lejos de la atmósfera sofocante de las eternas luchas fraccionales. Quería una oportunidad para pensar unas pocas cosas sobre la cuestión rusa, que me preocupaba mucho más que cualquier otra cosa. Vicent Dunne me ha recordado más de una vez que, a mi regreso desde la costa del Pacífico, cuando me detuve en Minneapolis, él y el camarada Skoglund me preguntaron entre otras cosas qué pensaba de la expulsión de Trotsky y Zinoviev, y yo les respondí: “Quién soy yo para condenar a los líderes de la revolución rusa”, indicándoles así que no era muy simpatizante de la expulsión de Trotsky y Zinoviev. Recordaron esto cuando la pelea estalló a campo abierto, unos pocos meses más tarde.

A fines de la primavera y comienzo del verano de 1928, fue llamado en Moscú el VI Congreso Mundial de la Comintern. Partimos hacia Moscú como lo hicimos en otras ocasiones, en una gran delegación representando a todas las fracciones. Yendo allí, lamento decirlo, no preocupados con los problemas del movimiento internacional, a los cuales nosotros como representantes de una sección podríamos ayudar a resolver, sino que todos nosotros estábamos preocupados más o menos primeramente con nuestras propias pequeñas peleas en el partido norteamericano, yendo al Congreso Mundial para ver qué ayuda podíamos obtener para freír nuestro propio pescado, aquí en casa. Desafortunadamente, esa era la actitud prácticamente de todos. Saliendo para el Congreso yo no tenía ninguna expectativa de obtener una real clarificación sobre la cuestión rusa, la disputa con la Oposición. En el momento, parecía que la Oposición había sido completamente

destruida. Los líderes fueron expulsados de sus partidos. Trotsky estaba en el exilio en Alma-Ata. Alrededor del mundo, los simpatizantes que podían tener habían sido expulsados de sus partidos. Parecía no haber perspectivas de revivir la cuestión. Sin embargo, esto continuaba molestándome. Y me molestaba tanto que no pude tomar parte efectiva en nuestra lucha fraccional en Moscú. Naturalmente, continuamos la pelea fraccional cuando llegamos aquí. Inmediatamente alineamos nuestras delegaciones en las juntas electivas del partido y comenzamos a ver qué podíamos hacer para derribar a cada una de las otras fracciones, lanzando acusaciones mutuas y debatiendo eternamente las cosas antes de la comisión. Yo fui más o menos un participante hosco en el asunto. En ese momento comenzaron a dividir las comisiones, es decir, los miembros líderes de cada delegación fueron nombrados para varias comisiones del Congreso, algunos en la comisión sindical, algunos en la comisión política, y algunos en la de organización. Además, estaba la Comisión de Programa. El VI Congreso se comprometió a adoptar por primera vez un programa, un programa final de la Comintern. La Comintern fue organizada en 1919, y hasta 1928, nueve años más tarde, aún no tenía un programa definitivo. Esto no significa que en los primeros años hubiera una falta de atención e interés en la cuestión del programa. Es simplemente una indicación de cuán seriamente los más grandes marxistas tomaban la cuestión del programa y cuidadosamente lo elaboraban. Comenzaron con una serie de resoluciones básicas en 1919. Adoptaron otras en 1920, 21, 22. Al IV Congreso tenían el comienzo de una discusión sobre el programa. El V Congreso no prosiguió la cuestión. Así llegamos al VI Congreso en 1928, teniendo ante nosotros el borrador de un programa que sostenía la autoridad de Bujarin y Stalin. Yo fui puesto en la comisión de programa, parcialmente porque los otros líderes no estaban muy interesados en el programa. “Dejen eso para Bujarin. No queremos molestarnos con eso. Queremos estar en la comisión política que va a decidir sobre nuestra lucha fraccional, en la comisión sindical, o en alguna otra comisión práctica que va a decidir algo sobre alguna pequeña cuestión sindical que nos preocupa”. Este era el sentimiento general de la delegación norteamericana. Yo fui empujado dentro de la comisión de programa como una suerte de honor sin sustancia. Y a decir verdad, no estaba tampoco interesado en ello.

Pero esto se tornó un gran error, ponerme en la comisión de programa. Le costó a Stalin más de un dolor de cabeza, para no decir nada de Foster,

Lovestone y los otros. Porque Trotsky, exiliado en Alma-Ata, expulsado del partido ruso y de la Internacional Comunista, apeló al Congreso. Ustedes ven, Trotsky no se alejó simplemente del partido. Correctamente repesó, después de su expulsión, a la primera oportunidad, la convocatoria al VI Congreso de la Comintern, no sólo con un documento apelando su caso sino con una contribución teórica tremenda, bajo la forma de una crítica al borrador del programa de Bujarin y Stalin. El documento de Trotsky se titulaba: “El proyecto de programa de la Internacional Comunista: una crítica de fundamentos”. A través de algunos deslices en el aparato de Moscú, que suponía ser burocráticamente hermético, este documento de Trotsky llegó dentro de la sala de traducción de la Comintern. Cayó en el colador, donde tenían una docena o más de traductores y estenógrafos sin nada más para hacer. Ellos recibieron el documento y [lo] distribuyeron a las cabezas de las delegaciones y a los miembros de la comisión de programa. ¡Entonces, he aquí que fue puesto en mi falda y traducido al inglés! Maurice Spector, un delegado del partido canadiense, y en algunas cosas del mismo modo de pensar que yo, estaba también en la comisión de programa y consiguió una copia. Dejamos los encuentros de juntas y las sesiones del Congreso se fueron al demonio mientras leíamos y estudiábamos ese documento. Después supe qué tenía que hacer, y él también. Nuestras dudas fueron resueltas. Estaba tan claro como la luz del día que la verdad marxista estaba del lado de Trotsky. Hicimos un bloque allí y después –Spector y yo–, que volveríamos a casa y comenzaríamos una lucha bajo la bandera del trotskismo.

No comenzamos la pelea en Moscú, en el Congreso, aunque ya estábamos convencidos. Desde el día en que leí aquel documento me consideré, sin una simple vacilante duda, enseguida, un discípulo de Trotsky. A causa de que no levantamos la lucha en Moscú, algunos puristas que se mantuvieron al margen podrían nuevamente demandar: “¿por qué no tomaron la palabra en el VI Congreso y hablaron por Trotsky?” La respuesta es que no podíamos haber servido mejor a nuestros fines políticos haciendo eso. La Comintern ya estaba muy bien estalinizada. El Congreso fue maniobrado. Para nosotros, haber desplegado nuestra posición completa en el Congreso probablemente hubiera resultado en nuestra detención en Moscú hasta haber sido cortados en pedacitos y aislados en casa. Lovestone, cuando llegó su turno, fue atrapado más tarde en su trampa de Moscú. Mi obligación y mi tarea política, como yo lo veía, era organizar una base de apoyo en mi propio par-

tido para la Oposición Rusa. Para hacer esto debía primero llegar a casa. Por lo tanto, me mantuve quieto en el Congreso estalinizado. La franqueza entre amigos es una virtud, en tanto con enemigos inescrupulosos es el atributo de un necio.

A pesar de esto no fuimos muy cautelosos en guardar nuestros sentimientos escondidos. Yo, especialmente, fui considerado más y más como “casado” con el trotskismo. Gitlow ha relatado en su patético libro escrito –fantasma de arrepentimiento– que la GPU había chequeado mis actividades en Moscú y había informado a la Comintern que “Cannon, en conversaciones con rusos, ha demostrado tener fuertes enseñanzas trotskistas”. Me tenían bajo sospecha pero dudaban en proceder contra mí demasiado bruscamente. Pensaban que probablemente podrían enderezarme y esto sería mucho mejor que tener un escándalo abierto. Tenían buenas razones para asumir que yo podía hacer un escándalo si se llegaba a una pelea abierta.

Entonces, eventualmente regresamos, creo que en setiembre –sin nada resuelto–, en tanto que la pelea fraccional en el partido norteamericano estaba comprometida. Los lovestonistas habían avanzado unas pocas pulgadas en la pelea en Moscú pero, al mismo tiempo, Stalin había incluido algunos requisitos en las resoluciones, que sentaban las bases para zafarse más tarde de los lovestonistas. Yo saqué de contrabando de Rusia la crítica de Trotsky al proyecto de programa y me lo traje conmigo. Regresamos, e inmediatamente procedí con mi tarea determinada de reclutar una fracción para Trotsky. Ustedes podrían pensar que era una cosa fácil para hacer. Pero he aquí el estado de cosas. Trotsky había sido condenado en todos los partidos de la Internacional Comunista y, una vez más, condenado por el VI Congreso, como contrarrevolucionario. Ni un solo miembro en el partido era conocido como franco seguidor del trotskismo. El partido entero estaba regimentado contra eso. Por aquella época, el partido ya no era una de esas organizaciones democráticas donde uno puede levantar una cuestión y tener una discusión limpia. Declarar a favor de Trotsky y de la Oposición rusa significaba estar sujeto a la acusación de traidor contrarrevolucionario y ser expulsado en el acto sin ninguna discusión. Bajo estas circunstancias, la tarea era reclutar una fracción nueva, en secreto, antes de que llegara la explosión inevitable, con la perspectiva cierta de que esta fracción, no importa cuan grande o pequeña [pudiera] ser, sufriría la expulsión y tendría que pelear contra los estalinistas, contra el mundo entero, para crear un nuevo mo-

vimiento. Ya desde el comienzo, yo no tenía la más mínima duda sobre la magnitud de la tarea. De permitirnos alguna ilusión, hubiéramos sido tan defraudados por los resultados que podríamos habernos quebrado. Comencé tranquilamente a buscar individuos y a hablar con ellos conspirativamente. Rose Karsner fue mi primera adherente firme. Ella nunca titubeó desde ese día hasta hoy. Shachtman y Abern, quienes trabajaban conmigo en la International Labor Defense y eran ambos miembros del Comité Nacional, aunque no del Comité Político, se unieron a mí en el nuevo gran empeño. Luego lo hicieron otros pocos. Lo estábamos haciendo bastante bien, progresando un poquito aquí y allá, trabajando cautelosamente todo el tiempo. Corría el rumor de que Cannon era trotskista pero yo nunca lo dije tan abiertamente y nadie sabía qué hacer con ese rumor. Además, había una pequeña complicación en la situación del partido que también trabajaba a nuestro favor. Como ya había contado, el partido estaba dividido en tres fracciones, pero la fracción de Foster y la fracción de Cannon estaban trabajando en un Bloque y tuvieron en ese momento un encuentro de juntas. Esto puso a los fosteristas entre el diablo y el precipicio. Si ellos no exponían al trotskismo escondido, y lo combatían enérgicamente, perderían la simpatía y el apoyo de Stalin. Pero, por otro lado, si se ponían rudos con nosotros y perdían nuestro apoyo, no podrían esperar ganar la mayoría en la próxima convención. Estaban rasgados por la indecisión y nosotros explotamos sus contradicciones cruelmente.

Nuestra tarea era difícil. Teníamos una copia del documento de Trotsky, pero no teníamos modo de duplicarla. No teníamos ni estenógrafo ni máquina de escribir ni mimeógrafo ni dinero. La única manera en que podíamos operar era [apropiándonos] cuidadosamente de individuos seleccionados, despertar suficiente interés [en ellos] y después persuadirlos de que vinieran a la casa y leyeran el documento. Un largo y penoso proceso. Ganamos unas pocas personas juntas y ellos nos ayudaron a divulgar “el evangelio” en círculos más amplios. Finalmente, después de un mes o algo más, fuimos expuestos por una pequeña indiscreción de parte de uno de los camaradas, y tuvimos que enfrentar prematuramente el hecho en el bloque Foster-Cannon. Los fosteristas lo levantaron en forma de interrogatorio. Habían escuchado esto y aquello, y querían una explicación. Era claro que estaban muy preocupados y aún indecisos. Nosotros tomamos la ofensiva. Yo dije: “Considero como un insulto para cualquier persona el querer examinarme. Mi

posición en el partido ha sido muy claramente establecida desde hace diez años y me niego a que cualquier persona la cuestione”. Así conseguimos, a fuerza de descaro, otra semana más, y en esa semana hicimos unos pocos nuevos conversos aquí y allá. Después llamaron a otro encuentro del bloque para considerar nuevamente la cuestión. Para ese momento, Hathaway había regresado de Moscú. Había estado en la tan nombrada Escuela de Lenin de Moscú, en realidad una escuela de estalinismo. Había sido avivado en la escuela de Stalin y sabía mejor que los zapateros locales cómo proceder contra el trotskismo. Dijo que la forma de proceder es hacer una moción: “Esta junta condena al trotskismo como contrarrevolucionario”, y ver si todos adhieren a la moción. Objetamos a esto en su fundamento –disimuladamente formal pero una táctica necesaria en tratos con una mente policíaca, graduada en la escuela de Stalin–: que la cuestión del “trotskismo” había sido decidida hacía mucho y que no había absolutamente ninguna razón [para] levantar ese asunto de nuevo. Dijimos que nos rehusábamos a ser parte de cualquier pampirolada.

Debatimos esto por cuatro o cinco horas y, a esa altura, ellos no sabían qué hacer con nosotros. Enfrentaban este dilema: si se manchaban con trotskismo perderían la simpatía de Moscú, si, por el contrario, rompían con nosotros, su causa, obtener la mayoría, carecía de expectativas, en tanto estaba implicada. Ellos querían la maldita mayoría y abrigaban la esperanza –¡y cómo la esperaban!– de que un astuto compañero como Cannon eventualmente entrara en razón y no se saldría y comenzaría una fútil pelea por Trotsky en los últimos días sin decirlo directamente. Les dimos un pequeño campo para pensar que podía ser así; la decisión fue pospuesta nuevamente.

Ganamos alrededor de dos semanas con este asunto. Finalmente, los fosteristas decidieron entre ellos que el asunto se estaba poniendo muy caliente. Escuchaban más y más rumores de que Cannon, Shachtman y Abern hacían proselitismo para el trotskismo entre miembros del partido. Los fosteristas tenían un susto mortal de que los lovestonistas les ganaran de mano y los acusaran de ser cómplices. En el pánico, nos expulsaron del encuentro conjunto del bloque y nos acusaron ante el Comité Político. Fuimos juzgados ante una reunión conjunta del Comité Político y la Comisión Central de Control. Reportamos el juicio en las primeras ediciones de *The Militant*. Naturalmente, fue una corte amañada, pero tuvimos un campo completo para hacer un montón de discursos y para contradecir los argumentos de

los fosteristas. Esto no fue por la democracia partidaria sino que se nos dieron nuestros “derechos” porque los lovestonistas, quienes estaban en mayoría en el Comité Político, estaban ansiosos por comprometer a los fosteristas. Para conseguir sus propósitos nos dieron una pequeña vía libre, y nosotros la explotamos lo más posible. El juicio se prolongaba fastidiosamente día tras día –más y más líderes partidarios y funcionarios eran invitados a asistir– hasta que finalmente tuvimos una audiencia de alrededor de 100. Hasta ese entonces no habíamos admitido nada. Habíamos sido confinados a contradecir sus argumentos, comprometer a los fosteristas, y una cosa, y otra. Finalmente, cuando nos cansamos de esto, y dado que el informe sobre qué estaba pasando fue difundido por todo el partido, decidimos romper. Leí a una audiencia algo atemorizada de funcionarios del partido una declaración donde nos declarábamos 100% en apoyo a Trotsky y a la Oposición Rusa en todas sus cuestiones principales y anunciamos nuestra determinación de pelear por esta línea hasta el fin.

Fuimos expulsados por la reunión conjunta de la Comisión de Control y el Comité Político. Al día siguiente hicimos circular una declaración mimeografiada en todo el partido. Habíamos anticipado nuestra expulsión. Estábamos listos para esto y lo gritamos. Una semana después, para su consternación, los golpeamos con la primera edición de *The Militant*. La copia había sido preparada y habíamos hecho un trato con el editor mientras continuaba el juicio. Fuimos expulsados el 27 de octubre de 1928. *The Militant* salió la semana siguiente como una edición de noviembre, celebrando el aniversario de la revolución rusa, dando nuestro programa, etc. Así comenzó la pelea abierta por el trotskismo norteamericano. Ciertamente no teníamos una perspectiva brillante para comenzar. Pero ganamos constantemente en las primeras semanas y construimos firmemente desde el principio porque comenzamos correctamente. Rompimos la gran traba de los fraccionalismos sin principios en el partido con una carga de dinamita. De un solo soplo nos desembarazamos de todos los viejos errores de las fracciones del partido norteamericano cuando nos pusimos en el terreno de un programa principista de internacionalismo. Estábamos seguros de por qué peleábamos. Todas las pequeñas maquinaciones organizacionales que se habían tejido en la vieja riña fueron desechadas como un saco viejo. Comenzábamos el movimiento real del bolchevismo en este país, la regeneración del comunismo norteamericano. La lucha no era muy prometedora desde el punto de vista del número.

Los tres de nosotros que habíamos firmado la declaración –Abern, Shachtman y yo– nos sentíamos muy solos caminando hacia mi casa, sentando los planes para construir un nuevo partido que tomara el poder en los Estados Unidos. Los tres trabajábamos en la ILD. Fuimos echados inmediatamente, con salarios anteriores no pagados. No teníamos dinero y no sabíamos cómo conseguirlo. Planeamos la primera edición de *The Militant* antes de saber como íbamos a pagarlo. Pero hicimos un trato con el editor para que nos dé un crédito por una edición. Le escribimos a algunos amigos en Chicago, quienes nos enviaron algo de dinero y levantamos el pagaré. Anunciamos orgullosamente que iba a ser publicado dos veces al mes y así fue. Muy poco después de haber sido echados del partido, descubrimos un grupo de camaradas húngaros quienes habían sido expulsados del partido por varias razones en las luchas fraccionales, un año o dos antes. Independientemente de nosotros, desconocido para nosotros, entraron en contacto con algunos trabajos de la Oposición Rusa en Amtorg –la agencia comercial soviética en Nueva York– y se hicieron trotskistas convencidos. Ellos parecían para nosotros un ejército de un millón de personas. Encontramos un pequeño grupo de opositoristas italianos en Nueva York, seguidores de Bordiga, no realmente trotskistas, aunque trabajaron con nosotros por un tiempo. Condujimos una batalla bastante enérgica. Respondimos a las acusaciones en forma militante. Comenzamos a hacer circular materiales nuevos de la Oposición Rusa a través de *The Militant* –la crítica de Trotsky al proyecto de programa, etc. Pronto se podía ver el comienzo de cristalización de una fracción que tenía un futuro ante sí, porque tenía un claro programa principista. Mientras fue una pequeña fracción por un largo tiempo, fue una fracción muy convencida, fanática y definida. Comenzamos a ganar adherentes a través del país. Nuestra más importante adquisición vino de Minneapolis. Minneapolis ha jugado un rol no sólo en las luchas de las huelgas camioneras sino también en la construcción del trotskismo norteamericano. Ganamos seguidores en Chicago. Estábamos terriblemente obstaculizados en muchos aspectos. No habíamos tenido tiempo antes de nuestra expulsión para comunicarnos un poco más con los compañeros del partido afuera de Nueva York. Lo primero que muchos camaradas en el Partido Comunista supieron de nuestra posición fue la noticia de que habíamos sido expulsados. Las crudas tácticas de la dirección del partido nos ayudaron mucho. Sus métodos fueron ir, de arriba a abajo del país, proponiendo una moción en todo comité y rama, para

aprobar la expulsión de Cannon, Schachtman y Abern. Y cualquier persona que quería preguntar u obtener más información era acusado de ser trotskista y expulsado inmediatamente. Esto nos ayudó muchísimo; ponían a estos camaradas en una posición donde podíamos al menos hablar con ellos.

En Minnesota, donde teníamos buenos amigos de vieja data, el representante de la pandilla lovestonista los citó a un mitin y les demandó un voto inmediato sobre la moción para aprobar nuestra expulsión. Ellos se negaron. “Queremos saber qué es esto, queremos escuchar lo que estos camaradas tienen para decir”. Fueron expulsados inmediatamente. Ellos nos lo comunicaron. Los aprovisionamos con material documental: *The Militant*, etc. Eventualmente, prácticamente todos los que habían sido echados por vacilaciones en votar para confirmar nuestra expulsión se volvieron simpatizantes nuestros, y la mayoría se unió a nosotros.

Nosotros enfatizamos bien desde el comienzo que esto no era simplemente una cuestión de democracia. La cuestión es el programa del marxismo. Si nos hubiéramos contentado con organizar gente sobre la base del descontento con la burocracia podríamos haber ganado más miembros. Estas no son bases suficientes. Pero usamos los principios de la democracia para lograr una audiencia simpatizante y después comenzar inmediatamente a golpear sobre lo correcto del trotskismo sobre todas las cuestiones políticas. Ustedes pueden fácilmente imaginar qué tremendo shock fue para todos los miembros del partido nuestra posición y expulsión. Por años habían sido educados en que Trotsky fue un menchevique. Él fue expulsado como un “contrarrevolucionario”. Todo se había dado vuelta. Las mentes de los miembros más desvalidos habían sido llenadas con prejuicios contra Trotsky y la Oposición Rusa. Después, a cielo abierto, tres dirigentes partidarios se declararon trotskistas. Ellos son expulsados inmediatamente, van a todas partes donde puedan encontrar miembros del partido y dicen: “Trotsky tiene razón en todas las cuestiones principales, y podemos probarlo”. Esta era la situación con la que se enfrentaban muchos buenos camaradas. Muchos de ellos, expulsados por dudar de votar en contra nuestro, no quisieron dejar el partido. Ellos no sabían nada sobre el trotskismo en ese momento y estaban más o menos convencidos de que era contrarrevolucionario. Pero la estupidez de la burocracia en echarlos nos dio una oportunidad de hablar con ellos, tratar con ellos, proveerlos de literatura, etc. Esto creó las bases para la primera consolidación de la fracción.

En aquellos días, cada individuo se presentaba como enormemente importante. Si ustedes tienen cuatro personas para comenzar una fracción, cuando pueden encontrar a una quinta, esto es un 25% de incremento. De acuerdo con la leyenda, el *Socialist Labor Party* (Partido Obrero Socialista), al modo de aquellos viejos tiempos, hizo un jubiloso anuncio de que en la elección ellos habían doblado sus votos en el estado de Texas. Resultó que en vez de su único voto usual, habían obtenido dos.

Nunca olvidaré el día en que ganamos nuestro primer adepto en Filadelfia. Poco después de que fuimos expulsados, mientras los ayes y gritos estaban sonando en el partido contra nosotros, hubo un golpe a mi puerta, y ahí estaba Morgenstern, de Filadelfia, un hombre joven pero un viejo “cannónista” en las luchas fraccionales. Él dijo: “Oímos sobre su expulsión por trotskista, pero no lo creímos. ¿Cuál es el informe confidencial real?” En aquellos días no tomábamos nada por moneda buena de cualquier persona, a no ser que viniera de nuestra propia fracción. Puedo recordar el día, yendo a la habitación del fondo, sacando el precioso documento de Trotsky de su lugar escondido y dándoselo a Morgie. Él se sentó en la cama y leyó la larga “crítica” –este era un libro entero– de principio a fin, sin parar ni una vez. Cuando lo terminó, se había decidido y comenzó a trabajar en los planes para construir un núcleo en Filadelfia.

Alistamos otros individuos en la misma forma. Las ideas de Trotsky eran nuestras armas. Publicamos seriadamente la “crítica” en *The Militant*. Teníamos sólo una copia, y pasó un tiempo largo antes de que pudiéramos publicarla en la forma de folleto. Por su tamaño no podíamos mimeografiarlo. No teníamos mimeógrafo propio ni tipadora ni plata. El dinero era un problema muy serio. Todos habíamos sido desprovistos de nuestras posiciones en el partido y no teníamos ingresos de ningún tipo. Estábamos muy ocupados con nuestra pelea política para buscar otros trabajos para sobrevivir. En la cumbre de eso teníamos el problema de financiar un movimiento político. No podíamos soportar el costo de una oficina. Sólo cuando cumplimos un año, finalmente pudimos rentar una oficina desvencijada en la Tercera Avenida, con el viejo “tren aéreo” bramando en la ventana. Cuando teníamos dos años obtuvimos nuestro primer mimeógrafo, y después comenzamos a salir adelante.

\*\*\*



# LA CUESTIÓN DEL RÉGIMEN DEL PARTIDO<sup>1</sup>

*James Cannon*

En esta sección pretendo discutir la cuestión del “régimen” del partido y ocuparme de los argumentos y las acusaciones que se hallan en ese documento fantástico winchellizado<sup>2</sup>, titulado “La guerra y el conservadurismo burocrático”. Para empezar, debo hacerle justicia a Winchell, quien tenía una bien ganada reputación de chismoso, con una actitud más o menos cuidadosa respecto de la exactitud de los bocadillos que vendía al menudeo. La columna de chismes de la oposición carece de este rasgo distintivo. La tomé para someterla a una lectura crítica, lápiz en mano, con la intención de marcar los aspectos más destacados. Pronto dejé el lápiz porque me encontré marcando casi todos los renglones de cada página.

No hay ni un párrafo honesto en todo este documento de aproximadamente 25.000 palabras. Se informa a medias sobre aquellos incidentes a los que se hace referencia con precisión. Cuando se los relata en forma completa y correcta han sido malinterpretados. Se nos sirven sospechas y prejuicios como declaraciones de hechos, saborizados con algunas falsedades. Se relata todo lo que sucedía en ese tiempo tendenciosamente distorsionado y malinterpretado. Y se omiten los hechos e incidentes más importantes. Todo este brebaje es deshonesto de principio a fin; un típico producto de esta politiquería pequeñoburguesa que a argumentos principistas le oponen falsificaciones, mezquinas quejas, acusaciones personales y bocaditos de chismes.

■■■■

<sup>1</sup> El texto corresponde a la Parte III del libro de Cannon, *La lucha por un partido proletario*, traducido del original en inglés.

<sup>2</sup> Walter Winchell (n. 7 de abril de 1897 - f. 20 de febrero de 1972) fue un periodista estadounidense, considerado como el inventor de la columna de sociedad, sus chismes y comentarios) [N. de T.].

El bolchevismo no fue el único movimiento político [honesto] de los tiempos modernos sólo debido a una cualidad moral superior de los bolcheviques –su superioridad moral es incuestionable– sino porque como los únicos marxistas auténticos de nuestros tiempos, sólo ellos interpretan correctamente y defienden los intereses inmediatos e históricos de los trabajadores en la lucha por su emancipación. No hay ninguna contradicción entre las teorías y las políticas de los bolcheviques y los intereses de los trabajadores y del partido [con] su vanguardia. Pueden decir la verdad, toda la verdad. No precisan de mentiras y falsificaciones, de verdades a medias, distorsiones y subterfugios que constituyen el “fondo de comercio” de los políticos pequeñoburgueses de todo tipo. Invirtiendo el método político de los marxistas, que siempre ponen los temas políticos en el primer lugar y subordinan los temas organizativos a los políticos, nuestra oposición pequeñoburguesa, como todos los demás grupos pequeñoburgueses, ha dedicado el mayor peso de sus argumentos a la crítica del régimen partidario, es decir, a la dirección y su “método” de dirigir el partido. Fue esta cuestión y no la cuestión rusa lo que unió a la dirección el bloque, y resulta indudable que la mayoría de quienes los apoyan –que son predominantemente elementos pequeñoburgueses sin mucha experiencia política– fueron captados para la fracción con argumentos que giran en torno a las cuestiones del régimen.

Estas cuestiones, en el mejor de los casos, son de una importancia secundaria con respecto a los temas teóricos y políticos en cuestión, y deberían subordinarse a ellos en la discusión; tomarnos el tiempo necesario para contestar estas trivialidades en los inicios de la discusión habría sido absurdo.

No obstante, ahora que las cuestiones fundamentales ya fueron suficientemente aclaradas, es hora de que nos ocupemos de las cuestiones secundarias y que otorguemos a los opositores la respuesta que tanto exigían. También en este tema hay cosas para aprender; primero, acerca de los hechos, contra la ficción; segundo, acerca de los puntos importantes del difereando, en contra de los incidentes triviales que se amontonan; y tercero, acerca de la relación íntima entre los desacuerdos sobre esos puntos y nuestro conflicto con el bloque opositor en las cuestiones fundamentales.

Si tamizamos la gran masa de material en los documentos de la oposición que se dedican al régimen, intentamos clasificar las diversas quejas y reclamos y críticas, y ponemos cada uno –reclamos y críticas– en sus correspon-

dientes pilas, habremos finalmente descompuesto la acusación del régimen del partido en los siguientes rubros principales.

1. El régimen (la dirección) es conservador en sus políticas.
2. Es burocrático en sus métodos.
3. El grupo que actualmente dirige (la mayoría del Comité Nacional) en realidad está dominado por una “camarilla” que se eleva por encima del comité y gobierna el partido de un modo inconstitucional.
4. Sin embargo, la “camarilla” sufre de “culto de líder” y está en sí dominado por una sola persona, mientras que todos los demás no son más que “levanta-manos”.
5. Esta única persona, que se yergue por encima de la “camarilla” y del Comité y quien ejerce el “liderazgo de una sola persona”, es Cannon.

Me ubican en el aire, en la cima de una pirámide inexistente. La primera necesidad es bajar a tierra. No resulta difícil, desde ese punto de vista más sólido, contestar todos los puntos más importantes de la acusación y explicar la situación en la dirección del partido en términos de la realidad. Si al hacerlo debo hacerme cargo de la no muy placentera tarea de hablar mucho de mí mismo y del rol que jugué o dejé de jugar en la historia del partido, los camaradas del partido deben comprender que lo hago sólo porque la cuestión fue planteada de esta manera tan personal. No esquivaré ni siquiera las acusaciones personales ni las dejaré sin respuesta. No tenemos ningún motivo para evadir nada porque la verdad y todos los derechos están de nuestro lado. La crítica de la oposición apenas si rozó nuestros errores y nuestras falencias, que son cuantiosos. Sus ataques se refieren a nuestros méritos y no a nuestros errores.

Las críticas esenciales cubren todo el período desde la convención de Chicago, que tuvo lugar hace más de dos años. Sobre la base de la teoría o de la suposición de que todo anduvo mal, le asignan la responsabilidad por todo lo que se hace o no se hace a la actual mayoría del Comité Nacional, o –como ellos lo denominan– “el régimen Cannon”. Pero nadie ha podido descubrir ninguna gran diferencia entre los métodos del régimen del partido del último par de años y todos los años que lo precedieron desde el inicio de nuestro movimiento. Los opositores no intentan hacer ninguna diferenciación de esta clase. Es el currículum entero el que está sufriendo el ataque. La cuestión del régimen, dice Abern en su carta a Trotsky, “*jamás se resolvió satisfactoriamente en todos estos años.*” Y Johnson, el histórico historiador de

nuestro movimiento, que no ha visto nada pero sabe de todo, escribe: “Durante 10 años, la dirección ha pertenecido a Cannon”. (Si Johnson –como podemos suponer– se refiere a toda la historia del movimiento de la Cuarta Internacional en los Estados Unidos, debemos señalar que no comenzó hace diez años sino once años y medio).

Como yo estoy muy lejos de repudiar la historia de estos once años y medio; como considero que de conjunto esta ha sido buena y no mala; como –para ser franco– creo que nuestro partido fue construido siguiendo el modelo del partido bolchevique ruso, está parado con mayor firmeza que ningún otro partido y se ubica más cerca que ningún otro partido de ese gran prototipo –“es el segundo partido en la historia que se ha construido siguiendo el modelo bolchevique,” dice el inefable Johnson– y ya que considero estas opiniones sobre nuestro trabajo de los once años y medio de trabajo y de logros, no tengo absolutamente ningún motivo para desligarme de cualquier parte de la responsabilidad que legítimamente se me pueda asignar. Pero es históricamente inexacto y perjudicial para una comprensión real de la lucha actual en la dirección del partido que tiene sus raíces en el pasado atribuirme a mí todo el crédito –o si así lo prefieren– toda la culpa. Muchos han contribuido a la construcción del partido. Ningún otro partido en la historia ha sido más democrático que el nuestro, más libre de la compulsión por el aparato o por restricciones de ninguna especie. En ese ambiente de libertad y democracia, nuestro movimiento se desarrolló como un organismo social donde las muchas diferentes fuerzas, tendencias e individuos tuvieron toda la oportunidad de revelar sus verdaderas cualidades y hacer su contribución al desarrollo del partido y a la formación de sus cuadros dirigentes.

Pero nuestro partido, igual que todos los demás, no pudo escapar a la influencia y la presión del entorno de la clase que le era hostil. Desde el comienzo de nuestro movimiento, esta presión se expresaba en distintos grados en la lucha de las tendencias adentro del partido. Nuestro partido no ha sido un partido bolchevique homogéneo como implica el superficial Johnson, sino una organización que luchaba para alcanzar los estándares del bolchevismo y siempre acosado por las contradicciones internas. La actual lucha interna no es más que el paroxismo culminante de esta larga lucha interna de tendencias en pugna.

Desde sus comienzos, la dirección del partido (el régimen) jamás ha sido

monopolizada por una persona y ni siquiera por una sola tendencia. En tiempos de lucha fraccional abierta, la mayoría siempre ha dependido de la minoría hasta tal o cual punto y tenía que compartir responsabilidades con ella. En tiempos de paz interior, la dirección central no se apoyaba en una sola persona sino en una agrupación de individuos de tipos diferentes, con puntos de acuerdo y desacuerdo entre ellos. El equilibrio en este grupo dirigente jamás ha sido demasiado estable. Siempre se sostenía gracias a compromisos y concesiones mutuos.

Desde la convención de Chicago –más precisamente desde 1935–, el “régimen” partidario nunca ha sido representado por un grupo homogéneo y armonioso sino por una coalición inestable. Esta coalición se mantenía, a pesar de las fricciones internas, por la ausencia de diferencias políticas totalmente maduras. Se rompió recién cuando sus distintos componentes se vieron obligados a revelarse bajo la presión de la crisis por la guerra en ciernes. La fricción, la inestabilidad y los desacuerdos cada tanto estallaban en lucha abierta y con frecuencia se veían ajustados por los compromisos y concesiones mutuos. Esta es la situación que los dirigentes de la oposición tratan de explicar como el resultado de las maquinaciones de una “camarilla” secreta. La realidad es que todo eso no hace más que atestiguar, por un lado, que faltaba homogeneidad en el comité directivo; por otro lado, que las diferencias fundamentales en cuanto a la orientación general todavía no quedaron definitivamente establecidas. Hizo falta la presión de la crisis engendrada por la guerra en ciernes para que se revelara con toda claridad la fisonomía política de los grupos y de los individuos de la dirección de la coalición. Esto se nota en el prolongado desarrollo del conflicto antes que explotar abiertamente en la actual lucha fraccional.

Es precisamente en tiempos de crisis que el verdadero carácter de un dirigente se revela con mayor claridad. Pero estas cualidades internas de los individuos a menudo se dejan vislumbrar de antemano y con frecuencia las notan aquellos que están en posición de ver las cosas de cerca, a medida que se desarrollan día tras día durante un tiempo prolongado. Tal fue el caso con los representantes de los dos campos involucrados en la lucha de hoy día, y no nos han tomado por sorpresa. Los dirigentes de los dos campos no arribaron a sus actuales posiciones por accidente. Tampoco las dos tendencias antagónicas en las filas del partido –la proletaria y la pequeñoburguesa– se agruparon en torno a las fracciones contendientes en la dirección del par-

tido sin un profundo sentimiento instintivo de que para ellos ese era el alineamiento necesario. Casi inmediatamente, la polarización en la dirección produjo en las bases del partido una polarización similar. Cada fracción, en la que ahora era la dirección dividida, captó para sí a aquellos elementos cuyas tendencias representaban más acertadamente.

Se puede decir que la dirección, que ahora quedó dividida en fracciones, se consolidó en la lucha contra la combinación Muste-Abern y los sectarios Oehleritas<sup>3</sup>. Se hicieron con la dirección del partido en la convención de la primavera de 1936. Como es sabido, durante todo el tiempo de nuestro trabajo en el Partido Socialista [PS], o sea, por todo un año, yo estuve ausente del centro, en California. La administración y la dirección política de nuestra fracción en el PS estaba en manos de la que hoy es la minoría, sobre todo de Burnham y Shachtman. Es cierto que intenté participar en esta dirección por correspondencia, pero no tuve mucho éxito. Fue en aquel tiempo que los dirigentes de la oposición de hoy me mostraron por primera vez su concepción abominable e intolerablemente burocrática de la dirección como una función que pertenece exclusivamente a los que están en la oficina del centro. Mi crítica y mis propuestas “desde el campo” recibieron poca consideración.

Guardaré siempre en la memoria mi permanencia en California, mi relación personal con los camaradas allí, y mi colaboración con ellos en un fructífero trabajo político y de propaganda y en la actividad sindical, como un recuerdo feliz. Al mismo tiempo, mis inútiles intentos de participar por correspondencia con el centro de Nueva York, mi incapacidad de obtener de ellos el más ligero signo de comprensión o consideración, o la más mínima ayuda fraternal con las pesadas tareas de las que nos hacíamos cargo en California; su indiferencia burocrática, insensible y estúpida sobre nuestras oportunidades locales, los problemas y dificultades; su hostilidad, su mentalidad sospechosa –propia de *líderes oficinescos* de mente estrecha– con el lanzamiento de *Labor Action*; su sabotaje mezquino de esta empresa y su intento de llegar a interpretarla como una “maniobra” en su contra; todo esto se proyecta como tal vez la experiencia más indignante de toda mi actividad en el movimiento revolucionario. Hasta la fecha no logro pensar en eso sin un amargo resentimiento.

<sup>3</sup> La Liga Obrera Revolucionaria – Revolutionary Workers League – RWL (Oehlerite) fue el grupo dirigido por Oehler, que junto con Muste y Abern se oponían a Cannon y Shachtman [N. de E.].

“¡Anda a luchar contra el gobierno!” dice el vendedor ambulante, cuando lo que quiere decir es: “Es inútil; no se puede esperar justicia de los funcionarios enamorados de sus oficinas.”

Los que manejaban las cosas en el centro de Nueva York en aquellos días me dieron una lección que jamás he de olvidar sobre cómo no dirigir las actividades de trabajadores sobre el terreno desde las oficinas. Comprendo cómo se sentían nuestros camaradas de nuestra auto-fracción cuando recibían la misma actitud desde “la oficina”. Conozco su cólera al rojo vivo, porque yo mismo la he vivido. ¡Abajo el liderazgo oficinesco! ¡Al diablo con la dirección de oficina! ¡Jamás se puede construir un movimiento proletario desde una oficina!

La gran mayoría, aunque no todas, las críticas concretas de la oposición se dirigen contra el “régimen” que quedó formalmente constituido en la convención de Chicago [diciembre 1937- enero 1938] y que continuó en el cargo hasta la segunda convención, en julio pasado. Muy bien, ¿de quién era este régimen?

Esta pregunta, que no es baladí, debe haberseles cruzado por las cabezas a los dirigentes de la oposición cuando terminaron de escribir su acusación. Después de haber llenado páginas sin fin, repletas de denigración, un cuadro horripilante de las debilidades del partido, su enfermedad y su fracaso, y tras haberle asignado toda la responsabilidad al “régimen de partido” y, por esta vía, a “Cannon”, ellos de repente e inesperadamente cayeron en la cuenta de que el cuadro podía ser un tanto unilateral. Se jugaron a un comentario entre paréntesis: “Para terminar: no culpamos a Cannon por todos los males del partido”. Desde ya que aprecio este gesto generoso, “para terminar”. Pero el verdadero cuadro quedaría aun más claro, sería una representación más precisa de la realidad si le agregásemos algunos detalles concretos.

El comité político que era responsable por la dirección del partido durante todo ese período consistía de seis miembros de la actual oposición, más Cannon. Los otros miembros eran: Burnham, Shachtman, Abern, Widick, McKinney, Gould. ¿Es que la historia del movimiento obrero internacional ofrece en alguna parte del mundo un espectáculo más extraño que el de seis de siete miembros –cada uno de ellos “dirigentes” por derecho propio– quejándose de los métodos operativos del séptimo miembro y echándole la culpa a este séptimo? ¿Qué estaban haciendo los nobles seis mientras el séptimo estaba llevando al partido por el mal camino? ¿Es que Cannon tenía

más de un voto? ¿O se podía decidir algo –o se decidió algo– sin el voto de los demás? ¿Se tomaron decisiones, se emitieron declaraciones, se han dado directivas políticas, se ha expulsado a alguien sin el voto de los demás? ¿Es que alguna vez alguien fue nombrado o removido del terrible “aparato” sin el voto de los demás? Por más que se retuerzan, no pueden salvarse de este hecho. Déjelos retorcerse todo lo que quieran: no pueden zafarse del hecho de que el PC, el “régimen” del cual se quejan, era *su* PC, más Cannon.

Además, durante al menos un tercio del tiempo, yo estaba ausente de Nueva York, en los viajes por el interior o en el extranjero. Tal vez en estos intervalos, los seis *Trilbies*, libres de la influencia de cualquier Svengali<sup>4</sup>, pudieron introducir mejoras radicales en el funcionamiento del comité y sustituyeron políticas “progresistas” por “conservadurismo” y eliminaron prácticas burocráticas? No. Fue justamente en aquel tiempo que las cosas se fueron al diablo.

Fue en una de estas ocasiones que el PC emancipado interpretó nuestra política de trabajo en Nueva York significando que podíamos bancárnoslas con candidatos del Partido Laborista Norteamericano [ALP], independientemente de su aprobación por parte de los partidos capitalistas. En sus actas del 23 de setiembre de 1938 leemos: “específicamente damos nuestro apoyo crítico a todos los candidatos del ALP, con independencia de que dichos candidatos también hayan recibido reconocimiento por parte de cualquier otro partido o grupo. Aprobado”.

Esta política, engendrada por Burnham, nos habría obligado a soportar a LaGuardia, miembro afiliado del *American Labor Party* [ALP], a justificar a los socialistas de Thomas y Altman en nuestra gran lucha y ruptura con ellos, precisamente por este tema, y habría alejado al partido de la línea *clasi*sta de utilizar al Partido Laborista sólo como expresión de política de clase independiente. Endosaron esta posición totalmente insostenible a mi iniciativa, con el apoyo de Shachtman, después de nuestro regreso del Congreso Mundial.

<sup>4</sup> Svengali: Una persona que ejerce un poder de control o hipnótico en otra, especialmente para un propósito siniestro; Trilbies: víctimas del Svengali. Los términos se derivan de Svengali, película de 1931 basada en la novela *Trilby*, de George du Maurier, de 1894, en la que Svengali es un maestro de música que tiene la habilidad de hipnotizar y logra así dominar la voluntad de Trilby, una modelo que se convierte así en una cantante exitosa [N. de E.].

En otra ocasión, al haberme ausentado a Europa, produjeron la monstruosidad de la auto-crisis, un incidente único en toda la historia de nuestro movimiento, ya que combinaba ineptitud política con procedimiento burocrático, cada uno en el grado más alto imaginable. La debacle de la crisis selló el destino de la comisión. Burnham y Shachtman intentaron compensarse por las heridas producidas a su vanidad por la autofracción creando una intriga en mi contra; por primera vez comenzaron a murmurar cosas acerca de una “camarilla Cannon” cuyos miembros no tenían “respeto” para con el PC. El comité como tal quedó sumergido en un estado de parálisis permanente, perdió su autoridad y ya no tenía más justificación o derecho de existir. El *golpe de gracia* que recibieron en el plenario posterior a la convención no era otra cosa que un “golpe de misericordia”.

El registro muestra que la actual mayoría del Comité Nacional [CN] no era el único y ni siquiera el principal responsable por el régimen partidario desde la convención de Chicago hasta la convención de julio en Nueva York. Esto mismo se puede decir del Comité Político [CP] interino que existió entre la convención de julio y el plenario de octubre. La mayoría de los miembros de este comité también pertenecían a la actual minoría. Fue recién en el plenario de octubre, cuando la disputa fundamental sobre la cuestión rusa fue llevada a la palestra, que el Comité Político fue reorganizado y la actual mayoría del Comité Nacional asumió plena responsabilidad por su composición.

Queda establecido que durante todo el período que va desde la convención de Chicago hasta el plenario de octubre pasado la actual minoría constituía una mayoría en el cuerpo directivo del partido, en la dirección del partido. Claro que debemos tomar en cuenta este pequeño detalle al evaluar las críticas dirigidas en contra del régimen del partido, y yo, personalmente, asumo parte de la responsabilidad. Hasta el punto donde la actual minoría o una parte de ella apoyaba nuestras propuestas, o nosotros apoyábamos las de ellos, tenemos plena responsabilidad, y de ninguna manera la desconocemos. Nadie nos llevó por el mal camino. Los miembros individuales de la actual minoría pueden rehusar responsabilidad por sus acciones y repudiar todo lo que quieran. En lo que a nosotros se refiere, no desconocemos nada de lo que se ha hecho con nuestra participación y aprobación.

///

## 10. “Conservadurismo”

El intento de Burnham, el exponente de “política experimental”, de definir el régimen partidario como conservador y elevar la cuestión de conservadurismo al rango de principio político sólo contribuye a la confusión en la discusión en el partido. Esta palabra puede tener diferentes significados y, en ciertas circunstancias, no todos son peyorativos. La sustitución de términos tan generales, por afuera del contenido de clase y desprovisto de significado clasista político, por la precisa terminología del marxismo al describir grupos y tendencias y sus bases de clase y características, no puede ayudar a esclarecer las disputas y educar al partido. Ser conservador, es decir, quedarse parado habiendo buenas oportunidades de avanzar es indudablemente una falla. Por otra parte, plantarse firmemente en las posiciones logradas cuando los demás están retrocediendo es una virtud que no debe ser subestimada. Se ha caracterizado muy acertadamente esta clase de “conservadurismo” que demostramos cuando nos plantamos firmemente sobre los principios básicos del marxismo y de la IV Internacional –mientras los demás se alejaban corriendo–, como necesario para preservar el partido.

Si definimos el conservadurismo como una tendencia a la rutina, a la pereza, a la lentitud en la percepción de oportunidades para avanzar y vacilaciones para asir las oportunidades, en este sentido, no se puede negar que nuestro movimiento como tal, y el “régimen” que va junto con eso, no puede considerarse libre de pecado. Estas tendencias son inmanentes a todo grupo que tiene un origen sectario y al que las circunstancias lo obligaron a vivir por mucho tiempo en el aislamiento. Muchas secciones de la IV Internacional fueron víctimas de esta enfermedad que terminó por causar su desintegración.

En todos los grupos aislados hay una fuerte tendencia a consolarse repitiendo monótonamente su adhesión a los grandes principios sin buscar modos y medios y nuevas oportunidades para aplicarlos. Eso se expresó plenamente en todo nuestro movimiento internacional, y también en la sección norteamericana en la resistencia de los grupos sectarios al famoso “giro francés”<sup>5</sup> y la orientación general de círculos de propaganda para el trabajo entre las masas.

<sup>5</sup> “Giro francés” (The French Turn), nombre que se le daba a la entrada entre 1934 y 1936 de los trotskistas franceses en la sección francesa de la *International Ouvriere* (SFIO). La experiencia se repitió en otros países durante la década de 1930.

Un tipo de conservadurismo se expresó en la tendencia a la cual todos sucumbimos en mayor o menor grado durante los duros años de asilamiento, rutina, procedimientos displicentes, excesiva cautela y la tendencia a sentirse satisfechos con logros extremadamente modestos. No cabe duda de que la mayoría de hoy también se debe hacer cargo de una crítica justa sobre este tema.

Personalmente, no creo que podríamos haber introducido ningún cambio fundamental en las posiciones de nuestro partido y en la relación de fuerzas entre este y sus rivales por más que lo hubiésemos intentado, en estos once años y medio. Lo que sí creo es que si hubiésemos mostrado más energía, más iniciativa, más audacia, tal vez hoy seríamos el doble de lo que somos numéricamente y en una mejor posición para seguir avanzando. Debemos reconocer estos defectos con franqueza y luchar por superarlos. Sin embargo, dudo que nuestra minoría nos pueda ayudar. Lo que necesitamos no es tanto la sabiduría de los preceptos sino más bien la inspiración del ejemplo. Y este ha sido siempre su punto débil. Son mucho mejores charlando que haciendo. A diferencia de los bolcheviques de Lenin, sus hechos no están a la altura de sus palabras.

He dicho que todos nosotros, incluyendo la mayoría, hemos mostrado insuficiente energía, iniciativa, etc. De este modo, reconozco que no somos bolcheviques en nuestras costumbres y nuestra práctica; tan sólo estamos procurando llegar a ser eso; dejadez y desidia son características mencheviques. Pero nuestra teoría, el marxismo, es la única teoría revolucionaria en el mundo y no hay nada de conservadurismo en ella. ¿Se puede con toda justicia acusarnos de conservadurismo en nuestra política, o sea, en la *aplicación* de nuestros principios teóricos? No creo que nuestro currículo justifique tal acusación. La esencia de la política es comprender las realidades de una situación dada, distinguir lo posible de lo excluido y, sobre todo, saber cuál es la próxima tarea, y hacerla.

Durante el primer período del movimiento trotskista en los Estados Unidos, cuando no éramos más que un puñado aislado contra el mundo, deliberadamente nos limitamos al trabajo de propaganda y evitamos cualquier tipo de maniobras pretenciosas o actividades que excedieran nuestras capacidades. Nuestra primera tarea, a nuestra manera de ver, correctamente, era construir cuadros; recién entonces podíamos ir a las masas. Los veteranos recordarán cómo nos perseguían charlatanes bulliciosos como Weis-

bord<sup>6</sup>, quienes nos prometían un atajo en el camino hacia el movimiento de masas si abandonábamos nuestra “conservadora” rutina de propaganda y la sustituíamos por un programa grandioso de actividades a cambio de las tareas modestas que nos habíamos propuesto y, en líneas generales, comenzábamos “trabajo entre las masas”, como si esto fuese una cuestión simple que dependía de nuestra decisión. Algo de la agitación histérica de nuestra actual minoría nos trae a la memoria las tonterías de aquel parloteo revolucionario. Al mantenernos firmes con nuestras modestas tareas de propaganda, reclutamos cuadros sobre la base de principios fundamentales. En el siguiente período, cuando nuevas oportunidades se abrieron, estábamos preparados para el giro hacia una actividad más expansiva en el movimiento de masas. Y por lo que se refiere a Weisbord, quien en el ínterin se había desgastado con su propia agitación, cayó en el borde del camino.

¿Acaso se nos pasaron por alto algunas oportunidades de aplicar la nueva orientación hacia el trabajo entre las masas? No hay dudas que sí. Exceptuando algunas localidades, dejamos que el gran movimiento del CIO<sup>7</sup> se nos pasara por arriba. Pero sí logramos asir algunas de las oportunidades esenciales. Ni bien el movimiento comenzó a tomar forma como una organización política, les propusimos fusión y la llevamos a cabo con todo éxito. En un operativo despejamos un obstáculo centrista del camino y ampliamos nuestras fuerzas. Cuando el fermento en el partido socialista ofrecía oportunidades favorables para nuestra intervención, orientamos un curso directamente hacia ellos, aplastamos la resistencia de los sectarios en nuestras propias filas, entramos en el Partido Socialista y llevamos a cabo una fusión con el ala izquierda. Tomamos la oportunidad de penetrar en los sindicatos en varias localidades e industrias y hoy tenemos las bases proletarias más firmes del partido ubicadas justamente allí.

El núcleo principal de la mayoría actual estuvo a la vanguardia de todas estas empresas progresistas. No se puede describir esta trayectoria como conservadora; todo lo contrario. Debemos reconocer que nos quedamos muy cortos en cuanto a la tarea más básica de todas: la penetración en el movimiento sindical. Pero lo poco que se ha hecho en este aspecto fue un

<sup>6</sup> Albert Weisbord (1900-1977) fue un sindicalista y activista político que en 1926 dirigió la huelga textil de Passaic, en Nueva Jersey, y que en 1931, tras romper con el trotskismo, inició con su esposa un grupo independiente llamado Liga Comunista de Lucha, que existió hasta 1937 [N. de E.].

<sup>7</sup> Sigla en inglés de la Confederación de Trabajadores Industriales.

trabajo casi totalmente nuestro. Esto da fe de que no sólo nuestra línea política es dinámicamente progresiva sino, lo que es todavía más importante, nuestra *orientación proletaria*. Han sido precisamente los elementos más pequeñoburgueses en el partido, sobre todo la camarilla de Abern que ahora grita a todo lo que da contra nuestro “conservadurismo”, los que desde el principio han mostrado las tendencias más conservadoras y la mayor aversión hacia cualquier participación real en el turbulento movimiento masivo de los trabajadores.

La oposición, siguiendo a Burnham, empezó a declararnos conservadores recién cuando nos negamos a aceptar la revisión del programa de la Cuarta Internacional sobre la cuestión rusa cuando se firmó el pacto “soviet-nazi” y, en vez de hacerlo, reafirmamos nuestra posición conservadora. Todo su caso se limita a esto. Desde allí empezaron a interpretar toda una tendencia en todo nuestro pasado. También arremeten contra nuestra actitud testaruda en lo referente a los conceptos fundamentales del Marxismo –la teoría clasi-sista acerca del Estado, el criterio de clase al evaluar todas las cuestiones políticas, el concepto de la política, incluyendo la guerra como la expresión de intereses de clase, etc., etc.–. De todo esto sacan la conclusión de que somos “conservadores” por naturaleza y extienden este epíteto para incluir todo lo que se ha hecho en el pasado.

Para nosotros, ese “conservadurismo” que ellos consideran como falta es una virtud. Nos proponemos “aferrarnos” a estos principios que han pasado la prueba de los más grandes acontecimientos históricos y que, a nuestro modo de ver, constituyen el único programa de la liberación proletaria. Hemos analizado cuidadosamente todos los sustitutos ofrecido por Burnham. No son productos de su propia manufactura. Él no es ni inventor ni originador de nada. Lo que Burnham nos ofrece son cachivaches de pésima calidad y si uno los inspecciona con mayor atención verá que cada uno de los ítems lleva en el orillo la marca de otra clase. Burnham no es más que corredor de mercancías *shopworn*<sup>8</sup> que ideólogos burgueses intentaron “venderles” a los trabajadores una y otra vez, y siempre en detrimento de sus luchas. ¡A otro perro con ese hueso! ¡Nosotros nos aferramos a nuestro programa! No aceptamos sustitutos. Si esto es conservadurismo, saquémosle toda la ventaja que podemos.

■■■■  
<sup>8</sup> La mercadería *shopworn* es aquella que está desgastada como consecuencia de su exhibición en una vidriera o tienda, y que en general se vende con precios rebajados [N. de E.].

## 11. "Burocratismo"

En todos los documentos y discursos de la oposición, la dirección partidaria se representa como burocrática en el sentido más denigrante de la palabra. Más precisamente, se hace ver el régimen partidario –a veces por insinuación, otras veces directa y abiertamente– como estalinista por su carácter. Burnham, quien reniega de la inevitabilidad del socialismo, está convencido de que el estalinismo "inevitadamente" surge del bolchevismo. Desde esta postura nos acusa, en el nombre una moralidad supra-clase, de ser "un grupo cínico de burócratas de poca monta" que constituye "la podrida camarilla de Cannon" ("Ciencia y Estilo"). Y Johnson, quien aprendió todo acerca del bolchevismo y del estalinismo de Souvarine, asegura al partido que: "Él [Cannon] muestra de la manera más descarnada las concepciones de luchas partidarias que acarrió desde la Tercera Internacional a la Cuarta". El largo documento sobre "La guerra y el conservadurismo burocrático" fue escrito para sustentar esta tesis fundamental de la oposición: el régimen del partido es estalinista en su carácter.

No es un argumento novedoso. Toda oposición en nuestro movimiento, desde su inicio hace más de una década, ha venido cantando la misma canción y siempre ha logrado atraer seguidores sobre esta base que la actual oposición pregona. ¿Por qué? La explicación es simple: el estalinismo ha desorientado no sólo a sus propios seguidores sino, hasta cierto punto, también a sus oponentes. Muchos de ellos ven en el estalinismo tan sólo los malos métodos. Pierden de vista los grupos sociales privilegiados y la política anti-proletaria a cuyo servicio fueron creados estos malos métodos. A las víctimas de esta visión superficial del estalinismo jamás les faltan –o al menos hasta ahora nunca les han faltado– demagogos inescrupulosos para explotar sus prejuicios y gritar "estalinismo" cada vez que se quedan sin argumentos políticos o teóricos. Shachtman, conjuntamente con Abern tuvieron este rol de demagogos en los primeros años de la Oposición de Izquierda en este país, incluso antes de que nuestro pequeño movimiento hubiera logrado "aparato" alguno, y ni qué hablar de un estrato privilegiado que controlase ese aparato. Y, sin embargo, para 1935, Shachtman apareció al lado de "Stalin-Cannon" en la lucha por la entrada al Partido Socialista; y la etiqueta "anti-estalinista" estaba dirigida contra *él*, como el principal representante del "régimen" partidario. Fue así como, en un gesto de autodefensa,

Shachtman, tan sensible a todo lo que lo tocara personalmente, lo pensó mejor y sometió la acusación de “estalinismo” a un análisis. Vale la pena citar aquí ese análisis. Ni el régimen ni los viejos argumentos lanzados contra él cambiaron en una medida fundamental desde el día en que él alegaba en el otro lado de la cuestión.

En un artículo titulado “La cuestión de ‘métodos de la organización’”, firmado por Shachtman el día 30 de julio de 1935 y publicado en el Boletín Interno del Partido Obrero N.º 1, él contesta el argumento acerca de “estalinismo” de la siguiente manera:

Pero, por otro lado (arguyen algunos), ¿acaso Lenin no lanza la lucha contra Stalin simplemente debido a los métodos organizativos de este último, su grosería y su deslealtad, y proponía con este argumento relevarlo de su puesto? Agregada a esta referencia está la amplia insinuación de que acá nosotros constituimos una burocracia similar, con métodos semejantes, que debe ser combatida tan despiadadamente como Lenin y Trotsky combatían a Stalin.

Esta analogía ni renquea, porque no tiene ni una pierna en la que pueda apoyarse. Es de naturaleza sumamente superficial y revela la falta de comprensión sobre el problema de la burocracia estalinista y la actitud de Lenin hacia su figura central. 1. No es cierto que Lenin se oponía solamente por motivos organizativos. El famoso testamento lleva como prefacio la significativa observación de que el gobierno del proletariado se basa en la colaboración de dos clases. Esto crea todo un ambiente para el crecimiento de una burocracia soviética. Esta burocracia, en el momento de su degeneración, en el medio de un capitalismo en constante auto-reproducción, representa la presión de clases antagónicas. Debido a este hecho, *la burocracia tiende cada vez más a presionar hacia abajo sobre el núcleo proletario del país; demuestra un creciente desprecio hacia él y una creciente inclinación a apoyarse en las clases enemigas.* Stalin era la personificación de esta tendencia burocrática. Si leemos el testamento, conjuntamente con los artículos mencionados y las cartas que Lenin escribía poco tiempo antes de su muerte, las conexiones políticas y de clase se vuelven obvias. Si no aprendemos nada excepto que “¡Stalin es grosero, échenlo!”, entonces, realmente, no hemos aprendido nada. 2. *La burocracia en la Unión Soviética es un fenómeno social.* Tiene raíces profundas en el devenir histórico pasado y en el presente de Rusia. Tiene profundas conexiones de clase. Tiene un tremendo poder ma-

terial e intelectual a su disposición –poder de corromper, degenerar, socavar la base proletaria de la Unión–. Sólo se puede justificar que se hable de nuestra lastimosa mini “burocracia” en el Partido Obrero –o cualquiera de sus secciones– como si fueran iguales a la burocracia estalinista, si asumimos la existencia del infantilismo político.

Esa cita merece atención por parte de los compañeros del partido que de-sean sondear a fondo este parloteo tan poco serio acerca del “estalinismo” en conexión con el régimen de nuestro partido. Todo el párrafo merece que se lo estudie renglón tras renglón y palabra tras palabra. He subrayado un par de frases especialmente importantes. “La burocracia tiende cada vez más a presionar hacia abajo sobre el núcleo proletario del país”. Esta es la característica de toda burocracia privilegiada. Es precisamente para servir a sus intereses privilegiados, contrarios a los intereses de las masas proletarias, que toda burocracia se liga de una manera u otra con las “clases enemigas”. Como lo dice tan acertadamente, “se apoya” en las clases enemigas y “presiona hacia abajo” al proletariado. Es con el fin de llevar a cabo esta política, contra los intereses y la voluntad de las masas proletarias, que las formaciones burocráticas de los grupos privilegiados y los métodos burocráticos se tornan necesarios. Esto es cierto no sólo en el caso de la burocracia estalinista; también lo es para la burocracia sindical, la burocracia de los partidos de la Segunda Internacional y para todas las organizaciones reformistas de los trabajadores.

Ahora quiero plantearles dos preguntas a los dirigentes de la oposición:

1. ¿Dónde y cuándo fue que el régimen de nuestro partido “presionó hacia abajo” sobre el núcleo proletario? Mencionen una regional o una fracción sindical que se haya quejado de maltrato burocrático en la discusión por parte de la dirección del partido. Toda la discusión, con su documentación voluminosa y sus numerosos discursos, no ha podido traer a la luz un solo caso de esta índole *en lo que se refiere a la actual mayoría del Comité Nacional*. El aire vibraba por los chillidos de los líderes individuales de la facción pequeñoburguesa –Dios, ¡cómo sufrían!–. Pero ni una sola queja del “núcleo proletario” del partido. Durante la discusión he recibido cartas de todas partes del país escritas por compañeros de base pidiendo “información” acerca del burocratismo en el partido, pero ni uno solo ha ofrecido ninguna información. ¡Que bicho tan raro ese burocratismo! Como la vaca púrpura: todo el mundo ha oído hablar de ella pero nadie sabe nada de ella. Nadie, por

cierto, excepto una camarilla de intelectuales pequeñoburgueses de piel fina, semi-intelectuales y aspirantes a intelectuales, quienes elevan un par de pinchazos sufridos por algunos individuos a la categoría de una carga de bayonetas asesinas contra las bases del partido.

Yo insisto que el burocratismo en el verdadero sentido de la palabra es desconocido en nuestro partido. Algunos de nuestros mejores amigos, al oír cómo se repetía y volvía a repetir esta acusación estúpida y venenosa, pueden haber razonado que “donde hay tanto humo debe haber algo de fuego”, y pueden concluir: “Tal vez un poco de autocrítica vendría bien acá”. *¡No en este caso!* La mayoría proletaria del Comité Nacional tiene muchos errores políticos y muchos pecados para explicar; debe reconocer mucha ineficiencia, oportunidades desperdiciadas, laxitud en la disciplina, etc. Pero mal manejo burocrático de las unidades del partido o de las fracciones sindicales, *¡eso sí que no!*

Casi todos los sectores proletarios del partido apoyan a la mayoría. Cada fracción sindical del partido de costa a costa, con la única excepción de un par de fracciones de cuello blanco en la ciudad de Nueva York, apoya a la mayoría unánimemente o casi unánimemente.

Esto no es una casualidad. El burocratismo da su primer y último golpe contra las secciones proletarias de toda la organización; el burocratismo “presiona hacia abajo al núcleo proletario”. Si las secciones proletarias del partido quedaron instintivamente atraídas por la mayoría y si sintieron rechazo por la oposición desde el primer día de la discusión es, entre otros motivos, porque son los más sensibles a toda manifestación concreta de burocratismo. Es porque juzgan la “cuestión organizativa” no por lo que leen en documentos ponderosos y menos todavía por algo que alguien le susurra al oído, sino por lo que ven y saben por su propia experiencia con la dirección del partido y sus diferentes secciones.

2. ¿Llaman al aparato del partido una burocracia, señores Abern, Burnham y Shachtman? ¿Y van más lejos: lo describen como “estalinista” en su carácter? Muy bien, caballeros. Díganos, por favor, ¿cuáles son las bases sociales de esta burocracia “estalinista” en la sección norteamericana de la Cuarta Internacional? ¿Cuáles son sus privilegios? ¿Dónde se manifiesta su inclinación por “apoyarse en las clases enemigas”? ¿Cuáles clases? ¿Qué intereses especiales tiene que servir que obliga a “presionar hacia abajo sobre el núcleo proletario”? En 1935, en el documento arriba citado, Oehler-Abern-Muste

informan que “la burocracia en la Unión Soviética es un fenómeno social.” ¿Qué clase de fenómeno social es nuestra “pequeña burocracia lastimosa”?

Después de todo, ¿cuál es el “aparato” de nuestro partido? ¿Qué es esta selección de personas a quienes el abnegado Burnham despectivamente llama “un grupo cínico de burócratas de poca monta” y “camarilla podrida”? Ocupémonos de esta cuestión de una buena vez, y saquémosla para afuera. El “aparato”, es decir, el Comité Nacional y el cuerpo de trabajadores a tiempo completo del partido no son un grupo económicamente privilegiado y no tienen otros intereses especiales propios que sean distintos de los intereses del conjunto de los miembros del partido. La realidad es bien diferente. Los funcionarios del partido son aquellos camaradas que se distinguen por su especial habilidad, que los lleva a realizar trabajo partidario profesional con el consentimiento universal de los miembros del partido, o por la capacidad de auto-sacrificio, o ambos; aquellos camaradas que están dispuestos a hacerse cargo de funciones como trabajadores del partido por una compensación inferior a la que, por regla general, podría recibir hasta el trabajador del sector privado peor remunerado.

La base del partido lo sabe muy bien y ya no quiere oír más denigración de los trabajadores profesionales del partido y menos de parte de aquellos que huyen de los sacrificios y los deberes del trabajo partidario profesional. Nuestro partido no es como el de la socialdemocracia. No permitiremos que a nuestro partido lo conduzcan héroes en ratos libres, mientras los funcionarios profesionales hacen el trabajo rutinario, y, para colmo, tienen que soportar la altanería de los “señores” que suelen darse una vueltita para visitar el partido una vez a la semana.

El partido honra y respeta a sus trabajadores profesionales. Consideramos que la ocupación de un revolucionario profesional es la más honorable de todas las ocupaciones. La máxima aspiración y ambición de todo miembro joven del partido debe ser calificarse para ejercer tal profesión en la vida.

Nuestro “aparato” partidario no es una burocracia ni una fracción ni una camarilla. Es una selección de personas que cumplen diferentes funciones acordes con sus méritos, capacidades y experiencia, y su predisposición de servir al partido aún a costa de severas penalidades económicas. No ha habido ningún elemento de “patrocinio” en su selección; la sola sugerencia de algo así es un insulto intolerable, especialmente si viene –como sucede con frecuencia– de diletantes en buena posición, quienes jamás se perdieron una

cena por causa de la revolución. Tampoco se puede argüir que haya habido discriminación o favoritismo fraccional en la selección de funcionarios partidarios. La oposición ha sido representada, y bien representada, especialmente en los puestos de la editorial y en la oficina en nuestro centro.

Hasta los mismos opositores dan fe de ello: “Es cierto que los miembros de la minoría ocupan muchos puestos... Cannon no tiene la menor objeción contra nadie que haga el mismo trabajo que puede hacer él, inclusive en los puestos prominentes”. Entonces ¿de qué se quejan? ¿Qué clase de burocracia es la que “no tiene ninguna objeción” a que otro cumpla una función que él puede “manejar” incluso en “puestos prominentes”? Intenten descubrir una situación de esta índole en una burocracia real –en la estalinista o en la de Lewis-Green, por ejemplo–. Sus “puestos” se asignan casi exclusivamente a los que apoyan el “régimen” y de ningún modo a “cualquiera”. Si los trabajadores sobre el terreno son, casi invariablemente, los que apoyan a la mayoría, no es en pago de “favores”. Más bien es porque los dirigentes secundarios, de mentalidad pequeñoburguesa, los que naturalmente gravitan hacia la oposición, tienden a rehuir al trabajo sobre el terreno, con sus arduas tareas e incertidumbres económicas. Se preparan para la guerra civil trabajando como empleados públicos. Por el contrario, no se toma muy en serio a un candidato para el trabajo en el terreno hasta que haya hecho un buen trabajo en él y demostrado qué es lo que puede hacer y qué es lo que puede aprender en contacto directo con los trabajadores, en la lucha de clases.

Y en cuanto a los sindicalistas destacados, ellos han logrado su puesto de prominencia en su campo, no por nombramientos desde Nueva York sino por su propia actividad y su propio mérito, que los trabajadores supieron reconocer. Si los trabajadores en el terreno y los sindicalistas del partido tendían desde el principio a ubicarse contra los dirigentes de oficinas no fue porque eran adictos de algún absurdo y fascista culto del líder sino más bien por consideraciones de una índole contraria. La naturaleza de su trabajo a diario recibe la influencia de las acciones y decisiones de la dirección central del partido, lo cual les ha dado una comprensión más íntima de sus verdaderas cualidades. Esto determina que su actitud es más crítica que en el caso de aquellos miembros del partido alejados, que sólo juzgan a sus dirigentes por sus artículos y sus discursos. Los sindicalistas partidarios conocen a los dirigentes partidarios demasiado bien como para convertirse en “serviles idólatras” de alguien, o como para esperar la perfección de nadie. Si la ac-

tuación de los dirigentes de la mayoría en el centro no les resulta satisfactoria –y no hay duda de que esto es lo que ocurre– no se apresuran a cambiarlos por otros que han sido peores. Son gente práctica; si deben elegir entre dos males, elegirán el mal menor.

Desde ya que el hecho de que nuestro partido no tiene una burocracia privilegiada, que en su vida interna predomina la democracia más que el burocratismo, no quita la posibilidad de prácticas burocráticas y tendencias burocráticas por parte de individuos, e incluso de grupos. Pero resulta que son los mismísimos críticos de la oposición los que han manifestado esas tendencias de manera más burda y más de una vez. La verdad es que la tendencia de los pequeñoburgueses es hacia las prácticas burocráticas. Por la naturaleza de la fracción no podía ser de otro modo. Hay casos flagrantes que demuestran que manifestaron esta tendencia cuando tuvieron toda la libertad y pudieron actuar sin que la influencia de la mayoría los pudiera contrarrestar. Su conducta en la crisis es un ejemplo clásico de procedimientos burocráticos intolerables de comienzo a fin. Y el final no se ve porque todavía no han reconocido o corregido sus procedimientos indefendibles; aún se refieren a la crisis sólo en un intento de justificar sus propias acciones, para justificarse a sí mismos a costillas de sus críticos o para cambiar el tema y dirigir el ataque contra sus críticos.

En “La guerra y el conservadurismo burocrático”, un documento de aproximadamente 25.000 palabras, sólo tienen espacio para un párrafo sobre la auto-crisis. Y este solo párrafo lo dedican a la discusión de la crisis y su conducta en ella pero de un modo totalmente estrafalario, como para hacer ver que “Cannon”, quien en ese momento estaba a 3.000 millas de distancia, era el responsable por su debacle en aquella situación, como en todos los demás casos. En un notable artículo que ahora pertenece a la historia del partido, “La Verdad sobre la Auto-Crisis”, el camarada Clarke escribió el relato completo de esa crisis, un relato que se verifica y documenta en cada uno de sus puntos. Este artículo hablará por sí mismo y en el futuro será material de referencia para cada una de las discusiones sobre el significado concreto de prácticas burocráticas por parte de una dirección oficinesca.

Aquí quisiera hacer sólo un par de observaciones generales acerca de este asunto tan desagradable. La actual minoría estaba totalmente a cargo del Comité Político [CP]; el número 7, quien había sido responsable por todos sus problemas, estaba del otro lado del gran océano y no estaba en condiciones

de perjudicar o restringir sus operaciones de modo alguno. La auto-crisis fue una verdadera prueba el régimen, de *su* régimen. Una verdadera prueba de su capacidad de dirigir el partido y de dirigir obreros en una situación difícil y complicada. ¿Qué hicieron? Comenzaron por deformar la política. Esta política, cocinada en el estudio de Burnham, prescribió un curso de acción contrario al movimiento de los trabajadores en la industria y que, en caso de haber sido puesta en práctica, habría barrido a nuestros camaradas fuera del sindicato en cuestión de unas pocas semanas. Cuando toda la auto-fracción, que agrupaba a los más capaces sindicalistas en el partido y *a cuatro miembros del CN*, se alzaron en contra de ellos, ¡ellos reafirmaron su posición anterior *con tres votos contra dos, con una abstención*, y llamaron a esto la decisión del partido y apelaron a la disciplina y a la autoridad formal!

Cuando finalmente cedieron a la presión de la auto-fracción, complementada por la presión de todos los miembros del CN que tuvieron la oportunidad de expresarse, lo hicieron de una manera despreciable. Se lavaron las manos de todo este asunto y cargaron a la auto-fracción con toda la responsabilidad por el cumplimiento de esta nueva política. Luego lanzaron un furioso ataque contra la auto-fracción mediante una declaración enviada a las regionales, donde también se “alertaba” que los camaradas de la auto-fracción iban a tener muy mala suerte con su política, y que la “línea del partido” –es decir, la línea de Burnham, Widick y Abern– quedaría probablemente correcta. Luego, en un típico estilo Lovestoneísta<sup>7</sup>, el típico estilo de todo grupo de arrogantes intelectuales pequeñoburgueses, lanzaron el ataque contra los trabajadores en el terreno –quienes habían corregido esta falsa política e hicieron gala de su independencia al protestar en contra de ella–, anunciando el descubrimiento de no eran más que simples “levantamanos” que pertenecían a “una camarilla podrida” de “burócratas de poca monta”. Daría trabajo encontrar en la historia de nuestro movimiento un ejemplo comparable a este de burocratismo arrogante, grosero y rencoroso en una situación concreta. Es cierto que el burocratismo “presiona hacia abajo sobre el núcleo proletario” del partido. Pero este núcleo proletario resultó ser duro y resistente, y capaz de afirmarse en sus posiciones. Y este es el verdadero crimen a los ojos ofendidos de dirigentes pequeñoburgueses que dirigen-desde-sus-oficinas.

■■■■

<sup>5</sup> De Lovestone, un personaje de complicado historial político [N. de T.].

Otro ejemplo de burocratismo puro, del mismo tipo, apareció en la primavera pasada en las propuestas de Burnham y Shachtman en relación con la política electoral de la regional de Minneapolis. Daños incalculables podrían haber ocurrido para el partido y las relaciones entre la dirección central y la regional de Minneapolis si estas propuestas no hubieran sido frustradas. Al principio, la regional había nombrado a su propio candidato independiente para las elecciones para intendente. Cuando una conferencia sindical presentó un candidato sindical, la regional decidió retirar a su candidato y apoyar al candidato sindical. Recibí instrucciones del CP de investigar el asunto durante mi visita a la regional de Minneapolis. Durante mi visita, pregunté acerca de la conferencia que nombró al candidato sindical. Me dijeron que fue una conferencia muy concurrida, de sindicatos importantes, y que el candidato contaba con su apoyo. Expresé mi opinión de que en este caso la acción de los camaradas de retirar su propio candidato y apoyar al candidato sindical estaba en plena concordancia con la política del partido, y fue eso lo que informé el 2 de mayo a la reunión del CP. Burnham se apresuró en presentar una serie de mociones contra esta acción. Cito las minutas de Comité Político del 2 de mayo de 1939:

Mociones de Burnham: 1. Que el CP considera que la acción del local de Minneapolis, de retirar a su propio candidato de las primarias municipales y pasar a apoyar a Eide, (a) es una concesión oportunista a los burócratas sindicales conservadores y (b) en lo que respecta al apoyo a Eide, un práctica en conflicto con la posición del partido a favor de una acción genuinamente independiente de la clase trabajadora.

2. Se instruye al secretario que se comunique con el local de Minneapolis y presente un análisis minucioso de la acción a la luz de la acción arriba mencionada.

3. Publicar en el *Appeal* un artículo cuidadosamente redactado sobre esta situación y el punto de vista del CP sobre la misma.

¡Una propuesta realmente asombrosa! Sin más consultas con Minneapolis, Burnham quiere repudiar públicamente su política en las columnas de nuestro órgano oficial, en el medio de una campaña electoral. Shachtman se declaró dispuesto a votar la moción de Burnham allí mismo. (Resultaba obvio que estas dos personas, ostensiblemente opuestas a cualquier consulta

informal entre las reuniones del comité, ya habían discutido esta cuestión entre ellos y habían “condenado” a Minneapolis por adelantado.) En este incidente mostraron las mismas características que en la crisis de unos meses antes, y demostraron que no habían aprendido nada de aquella experiencia. La línea política de la moción de Burnham estaba totalmente equivocada; los camaradas de Minneapolis tenían razón, y el procedimiento propuesto –un repudio liso y llano en la prensa pública– era abominablemente burocrático.

Por suerte, en esta ocasión hubo influencias moderadoras en el Comité Político. Goldman, presente como miembro del CN mocionó: “Que instruímos al secretario a escribir al local de Minneapolis solicitando una explicación detallada de su acción de retirar la candidatura del camarada Hudson para la intendencia y de brindar apoyo a Eide”. Su moción fue aceptada y la acción fue postergada hasta cuando los camaradas de Minneapolis pudieran enviar una información más detallada. Las actas del 16 de mayo, dos semanas más tarde, guardan registro de los nuevos acontecimientos:

Carta recibida de Minneapolis dando detalles de la situación electoral en Minneapolis.

Cuestión planteada por Burnham acerca de la necesidad de información sobre algunos puntos.

Moción de Burnham: Solicitar al partido de Minneapolis más información y que el documento se postergue hasta que se reciba dicha información. Aprobada.

La cuestión de Minneapolis estuvo otra vez en el orden del día brevemente y quedó su registro en las actas del CP del 31 de mayo.

Se lee la carta de Minneapolis respondiendo las últimas preguntas que fueron dirigidas a ellos.

Moción: que se postergue el asunto hasta la próxima reunión del comité cuando el camarada Burnham esté presente, ya que fue él quien planteó la moción original sobre este punto. Aprobada.

El asunto fue finalmente desechado en la reunión del CP del 6 de junio. Las actas de aquella fecha presentan el tema como sigue:

Resumen por Cannon de la nueva información recibida de Minneapolis sobre el tema de la situación electoral;

Discusión general;

Burnham retira su moción presentada en la reunión del 2 de mayo de 1939 con la siguiente declaración: “La nueva información que hemos recibido indica que la opinión que yo tuve y expresé con anterioridad, en el sentido de que el apoyo a Eide en las elecciones de Minneapolis era incompatible con la política partidaria, es incorrecta y, por ende, deseo retirar mi moción.”

Moción de Cannon: Que el CP considera que la acción de la regional Minneapolis de retirar a su candidato y apoyar la candidatura de Eide era políticamente correcta dadas las circunstancias. Aprobada por unanimidad.

Una crónica realmente esclarecedora de irresponsabilidad política y burocratismo. Que toda organización local del partido que sea sensible al más ligero peligro de prácticas burocráticas reflexione sobre este incidente. Si Burnham-Shachtman hubiesen prevalecido, la acción de los camaradas de Minneapolis habría sido repudiada en el *Socialist Appeal*, y ellos quedarían públicamente desacreditados. No tendrían otra alternativa más que retirar su apoyo a Eide, el candidato sindical y volver a presentar a su propio candidato independiente. Luego, cinco semanas más tarde y aproximadamente una semana antes de las elecciones, se les habría informado con toda tranquilidad que después de más investigación exhaustiva se “retiraban” las mociones del CP y la regional de Minneapolis quedaba libre para hacer otra pirueta en el aire y, después de todo, apoyaría la candidatura de Eide. Tal vez el CP hasta podría ser lo suficientemente generoso como para repudiar su repudio de la política de los camaradas de Minneapolis. Pero esta es una suposición especulativa. Incluso después de haber sido obligado a retirar su moción de censura, le faltó la decencia –como lo demuestra el registro– de hacer la moción de aprobación. Los líderes de fracciones pequeñoburguesas se quejan mucho acerca del modo en que su “prestigio” ha sido dañado en la sección proletaria del partido. Pero el más malevolente enemigo no podría haberles dado golpes más duros para su influencia y autoridad que los que se dieron ellos mismos por medio de las prácticas y los métodos que emplearon en la auto-crisis y en el caso de las elecciones locales en Minneapolis

\*\*\*

# SINDICALISTAS Y REVOLUCIONARIOS

*James Cannon*

11 de mayo de 1953

Por varios meses hemos estado discutiendo las propuestas en contraste de los dos bandos en el conflicto interno de nuestro partido. Es tiempo ya, considero yo, de que vayamos un paso más allá; de llevar la discusión hacia un examen de las causas fundamentales de la lucha. Recordarán ustedes que esto es lo que hizo Trotsky durante la pelea con Burnham y Shachtman en 1939-40. En cierto estadio de esa lucha, después de que las posiciones de ambos lados quedaron claras –no únicamente lo que tenían que decir sino lo que no decían, la manera como se comportaban, la atmósfera de la pelea y todo lo demás–, cuando se vio bien qué es lo que realmente estaba en juego, Trotsky escribió su artículo “Una oposición pequeñoburguesa dentro del Socialist Workers Party”.

Ese artículo resumía su evaluación de la fracción de Burnham y Shachtman tal como se reveló en el fragor de la lucha; cuando había quedado claro que no se trataba, como ocurre algunas veces, de una simple diferencia de opinión entre correligionarios sobre una o dos cuestiones que pudieran resolverse mediante la discusión y el debate fraternales. Burnham y sus seguidores –y aquellos a quienes ha[n] embaucado– estaban impulsados por una profunda compulsión interna a romper con la doctrina y la tradición del partido. Llevaron su revuelta contra el partido al punto del frenesí, como hacen siempre los fraccionalistas pequeñoburgueses. Ya no atendían a ningún argumento, y Trotsky se encargó de explicar la base social de su fracción y su frenesí fraccionalista. Nosotros debemos hacer lo mismo ahora, otra vez.

Los agrupamientos sociales en la oposición actual no son exactamente los mismos que en 1940. En esa lucha se trataba de unos cuantos intelectuales desmoralizados cuya base era una composición social pequeñoburguesa genuina de un sector del partido, especialmente en Nueva York, pero

también en Chicago y algunos otros lugares del país; una concentración pequeñoburguesa que se rebelaba contra la línea proletaria del partido.

La composición social del partido en la actualidad es mucho mejor y ofrece una base de apoyo mucho más estrecha para una fracción oportunista. Como resultado de la escisión con los burnhamistas y nuestra concentración deliberada sobre el trabajo en los sindicatos, el partido hoy día es mucho más proletario en su composición, especialmente fuera de Nueva York. A pesar de todo eso, la verdadera composición social del partido no es de ninguna manera uniforme; refleja algunos de los cambios que se han operado dentro de la clase obrera estadounidense. Esto ha sido demostrado claramente por el alineamiento de los camaradas que se dedican a la labor dentro de los sindicatos en nuestra lucha fraccional. Los revolucionarios entre ellos –una gran mayoría– por un lado, y los elementos impulsados al conservadurismo –una pequeña minoría– por el otro, han escogido bandos diferentes de forma instintiva y casi automática.

Desde la consolidación de los sindicatos del CIO y el período de 13 años de auge durante la guerra y la posguerra, se ha dado una nueva estratificación dentro de la clase obrera estadounidense y en particular y conspicuamente dentro de los sindicatos del CIO. Nuestro partido, que está arraigado en los sindicatos, refleja también esa estratificación. El obrero que ha absorbido la atmósfera general de la prosperidad prolongada y ha empezado a vivir y pensar como un pequeñoburgués es una figura familiar en todo el país. Ha aparecido inclusive dentro del Socialist Workers Party como recluta hecho a la medida para una fracción oportunista.

En la resolución de nuestra convención de 1952 explicábamos la situación dentro de la clase obrera estadounidense en su conjunto, en dos secciones: “Las causas del conservadurismo sindical y las premisas para una nueva radicalización” y “Perspectivas de una nueva radicalización”. En mi informe ante la convención nacional me referí a esas dos secciones como “la médula de la resolución” y enfoqué mi informe en torno a ellas.

Ahora me parece, a la luz del conflicto en el partido y sus verdaderas causas, que ahora son evidentes, que aquellas secciones de la resolución de la convención que tratan sobre la clase en su conjunto necesitan ampliarse y explicarse más detalladamente. Se requiere un examen más preciso de las estratificaciones dentro de la clase obrera, que ahí apenas si se tocan, y de la proyección de esas estratificaciones en la composición de los sindicatos, en

las varias tendencias dentro de los sindicatos, e inclusive dentro de nuestro propio partido. Esto, me parece, es la clave para entender el enigma de otra manera inexplicable de por qué una sección proletaria del partido, aunque es una pequeña minoría, apoya a una fracción oportunista capituladora en contra de la línea proletario-revolucionaria y la dirección del partido.

Esta contradicción aparente –esta división de las fuerzas proletarias– en la lucha fraccional del partido no es nueva. En las luchas fraccionales clásicas de nuestro movimiento internacional desde la época de Marx y Engels siempre hubo una división dentro del partido mismo entre los varios estratos de obreros. El ala izquierda proletaria nunca incluyó a todos los obreros y el ala oportunista pequeñoburguesa nunca careció de apoyo obrero, es decir, obrero en el sentido técnico de obrero asalariado. Los intelectuales revisionistas y los oportunistas sindicales siempre anidaron juntos en el ala derecha del partido. En el SWP, en la actualidad, tenemos una repetición del alineamiento clásico que caracterizó la lucha entre la izquierda y la derecha dentro de la Segunda Internacional antes de la Primera Guerra Mundial.

Trotsky nos dijo durante una de las visitas que le hicimos –creo que también lo escribió en alguna parte– que existía una verdadera división social entre las dos fracciones del Partido Socialdemócrata de Rusia original, que más tarde se convirtieron en dos partidos separados. Los mencheviques, afirmaba, tenían a casi todos los intelectuales. Con unas cuantas excepciones, los únicos intelectuales que tenía Lenin eran aquellos que el partido había entrenado, en gran medida similares a nuestros obreros-intelectuales en su mayoría. El intelectual –me refiero al intelectual profesional del tipo de Burnham, el tipo de la cátedra profesoral, de las universidades– era una rareza en el bando de Lenin, mientras que los mencheviques tenían montones de ellos.

Además, los mencheviques tenían a la mayoría de los obreros calificados, que son siempre los obreros privilegiados. El sindicato de los trabajadores de la imprenta fue menchevique incluso durante la revolución. La burocracia de los obreros del ferrocarril trató de paralizar la revolución; los bolcheviques sólo pudieron impedir que la burocracia menchevique de los trabajadores del ferrocarril utilizara su posición estratégica en contra de la revolución mediante la fuerza militar y el apoyo de una minoría.

Según Trotsky, los mencheviques tenían de su lado también a la mayoría de los obreros más viejos. La edad, como ustedes saben, está asociada con

el conservadurismo. (Esto es en términos generales, pero no siempre; existen excepciones a la regla. Hay dos maneras diferentes de medir la edad. En la vida diaria se mide con el calendario, pero en política revolucionaria se mide por la mente, la voluntad y el espíritu; y no siempre se obtiene el mismo resultado).

Por otra parte, mientras que los obreros más viejos, los calificados y los privilegiados estaban con los mencheviques, los obreros no calificados y los jóvenes –es decir, aquellos que estaban politizados– estaban con los bolcheviques. Esa era la línea divisoria entre las fracciones. No era meramente una cuestión de los argumentos y el programa; eran los impulsos sociales, pequeño-burgueses por un lado, proletarios por el otro, los que determinaban su lealtad.

El mismo alineamiento se dio en Alemania. La socialdemocracia alemana de la preguerra durante su apogeo contaba con un poderoso bloque de parlamentarios oportunistas, marxólogos que utilizaban su entrenamiento académico y su habilidad para citar extensamente a Marx para justificar una política oportunista. Recibían el apoyo no únicamente de los pequeños comerciantes, de los que había muchos, y de los burócratas sindicales. Contaban también con una sólida base de apoyo en el estrato privilegiado de la aristocracia obrera de Alemania. Los oportunistas sindicales dentro del Partido Socialdemócrata alemán apoyaron el revisionismo de Bernstein sin molestarse en leer sus artículos. No tenían necesidad de leerlos; sencillamente era eso lo que sentían. Los hechos más interesantes sobre esta cuestión los cita Peter Gay en su libro sobre Bernstein y su movimiento revisionista, titulado *The Dilemma of Democratic Socialism: Eduard Bernstein Challenge to Karl Marx* [El dilema del socialismo democrático: El desafío de Eduard Bernstein a Karl Marx].

Durante toda la disputa de la preguerra sobre el revisionismo, después durante la guerra y la posguerra, durante 1923 y 1933, los sindicalistas calificados privilegiados constituyeron la sólida base de apoyo de los líderes socialdemócratas oportunistas; en tanto que los revolucionarios comunistas, desde los tiempos de Liebknecht y Luxemburgo hasta la catástrofe fascista en 1933, fueron los jóvenes, los desempleados, los obreros no calificados y menos privilegiados.

Si vuelven a leer a Lenin, de nuevo, en caso de que lo hayan olvidado, verán cómo él explicaba que la degeneración de la Segunda Internacional y

su traición final durante la Primera Guerra Mundial se debió precisamente al oportunismo basado en la adaptación del partido a las demandas e impulsos conservadores de la burocracia y la aristocracia obreras.

Lo mismo sucedió en los Estados Unidos, aunque aquí nunca tuvimos una socialdemocracia en el sentido europeo, y la clase obrera aquí nunca estuvo organizada políticamente como allá. El movimiento obrero organizado, hasta los años '30 estaba en gran medida restringido a una aristocracia obrera privilegiada –como solían llamarla Debs y De Leon–, de obreros de oficio calificados que percibían mejores salarios y ocupaban puestos de preferencia, “monopolizaban” los puestos de trabajo, etc. El principal representante de este estrato conservador privilegiado en los sindicatos de obreros calificados fue Gompers.

Por otro lado, existía una gran masa de obreros rasos, los no calificados y semicalificados, los obreros de las líneas de producción masiva, los nacidos en el extranjero y los jóvenes sin empleo. Ellos no estaban sindicalizados, carecían de privilegios, eran los parias de la sociedad. No era por nada que eran más radicales que los otros. Nadie les prestaba atención excepto los revolucionarios y los radicales. Únicamente el IWW de Haywood y St. John, Debs y los socialistas de izquierda se hacían eco de sus amargas quejas, realizaban labor organizativa, y dirigían las huelgas de los obreros de las líneas de producción masiva en ese entonces. Si la burocracia oficial de los sindicatos intervenía en las huelgas espontáneas de los no sindicalizados era usualmente para romperlas y traicionarlas.

Los burócratas de los sindicatos de obreros calificados no veían con buenos ojos el gran ascenso de los obreros no sindicalizados en los años '30. Pero no podían impedirlo. Cuando las huelgas espontáneas y las campañas de sindicalización no podían ya ser ignoradas, la AFL empezó a asignar “organizadores” en las diferentes industrias: siderúrgica, del caucho, automotriz, etc. Se les enviaba, sin embargo, no para liderar a los obreros en la lucha sino para controlarlos, para impedir la consolidación de sindicatos industriales independientes. De hecho, no les permitieron a los obreros del automóvil en convención elegir a sus propios funcionarios, insistiendo en que fueran asignados “provisionalmente” por la AFL. Lo mismo ocurrió con los trabajadores del caucho y otros sindicatos industriales.

Estos nuevos sindicatos tuvieron que escindirse de los conservadores falsos líderes sindicales de la AFL antes de poder consolidarse en forma inde-

pendiente. La fuerza motriz que impulsó el auge de 1934-37 fueron las quejas amargas e irreconciliables de los obreros; su protesta contra los maltratos, la aceleración del ritmo de trabajo, la inseguridad; la revuelta de los parias contra el status de parias.

Esta revuelta, que ninguna burocracia podía contener, fue encabezada por gente nueva: los jóvenes obreros de las líneas de producción masiva, los nuevos militantes jóvenes sobre los que nadie había oído nunca. Ellos fueron los verdaderos creadores del CIO. Esta revuelta de los "parias" alcanzó su punto más alto durante las huelgas con tomas de fábricas de 1937. El triunfo de los obreros en estas batallas estableció al CIO en forma definitiva y garantizó la estabilidad de los nuevos sindicatos a través de la cláusula de antigüedad.

Han pasado ya 16 años desde que las huelgas con tomas de fábricas aseguraron la existencia de los sindicatos del CIO mediante la cláusula de antigüedad. Estos 16 años de seguridad sindical, y los 13 años de prosperidad ininterrumpida de la guerra y la posguerra, han causado una gran transformación entre los obreros sin privilegios que crearon el CIO.

La cláusula de antigüedad, como todo lo demás en la vida, ha revelado una cualidad contradictoria. Al regular el derecho al trabajo mediante el tiempo de servicio en el empleo, protege al activista sindical contra la discriminación arbitraria y los despidos. Es una necesidad absoluta para la seguridad del sindicato. Este es el aspecto positivo de la cláusula de antigüedad. Pero, al mismo tiempo, crea también gradualmente una especie de interés creado en la forma de empleo más constante para aquellos sindicalistas que han permanecido por más tiempo en la fábrica. Ese es el aspecto negativo.

Con el tiempo, con la ampliación de sus derechos de antigüedad y su ascenso a mejores puestos, se ha operado un proceso de transformación en el status de los activistas sindicales originales. En el curso de 16 años, se han asegurado el empleo más o menos constante, incluso en épocas cuando escasea el trabajo. Son, de acuerdo al reglamento, los últimos en ser despedidos y los primeros en ser llamados para que vuelvan a trabajar. Y en la mayoría de los casos, tienen mejores puestos que los recién llegados a la fábrica. Todo esto, aunado a la prosperidad de la guerra y la posguerra, ha cambiado su posición material y, en cierta medida, su status social.

Los pioneros combativos de los sindicatos del CIO son 16 años más viejos que en 1937. Viven mejor que los harapientos y hambrientos huelguistas de

las tomas de fábricas de 1937; y muchos de ellos son 16 veces más blandos y conservadores. Este sector privilegiado de los sindicatos, que en otro tiempo constituyó la columna vertebral del ala izquierda, es ahora la principal base social de la burocracia conservadora de Reuther. Lo que los convence no es tanto la hábil demagogia de Reuther sino el hecho de que él verdaderamente expresa su estado de ánimo y patrón de pensamiento conservador.

Pero estos antiguos activistas “conservadurizados” son solo una parte de la militancia del CIO, y me parece que nuestra resolución de la convención no trata este hecho en forma suficiente y específica. En estas industrias de producción masiva, que son verdaderos infiernos esclavizadores, existen muchos otros. Hay una masa de obreros jóvenes que no gozan de ninguna de estas prestaciones y privilegios y no tienen interés personal alguno en el cúmulo de derechos de antigüedad. Ellos son el material humano para la nueva radicalización. El partido revolucionario, mirando hacia el futuro, debe dirigir su atención principalmente hacia ellos.

Si nosotros, contando con una nueva ola de descontento en el movimiento obrero, echamos una mirada a quienes fueron sus líderes hace 16 años, podríamos realmente sacar conclusiones desalentadoras. No solamente carecen hoy de ánimo radical sino que no están en ninguna disposición de encabezar una nueva radicalización. Eso requiere gente joven y hambrienta y harapienta, y muy descontenta con todas las condiciones de su existencia.

Debemos recurrir a la gente nueva si, como creo yo, lo que tenemos en mente es la próxima revolución estadounidense y no limitamos nuestra visión a la perspectiva de una nueva sacudida dentro de la burocracia y a alianzas con astutos falsos líderes “progresistas” para el logro de metas pequeñas.

Esta nueva estratificación en los nuevos sindicatos es un aspecto que el partido ya no puede ignorar. Más aún ahora que lo vemos reflejado directamente dentro de nuestro partido. Algunos miembros del partido en el sindicato automotriz pertenecen a este estrato privilegiado. Es lo primero que debe reconocerse. Algunos de los mejores activistas, los más firmes del partido en los viejos tiempos, han sido afectados por el cambio en las condiciones en que viven y el nuevo medio en el que se desenvuelven.

Ven a los viejos activistas en los sindicatos, quienes antes cooperaban con ellos, volverse más lentos, más satisfechos, más conservadores. Todavía se

encuentran en reuniones sociales con estos antiguos activistas y son infectados por ellos. Adquieren una perspectiva pesimista de las reacciones que ven por todos lados de estos veteranos, y, sin darse cuenta, contraen un elemento de ese mismo conservadurismo.

En mi opinión, esa es la razón por la que apoyan a una tendencia vulgarmente conservadora, pesimista y capituladora en nuestra lucha fraccional interna. Me temo que esto no es una falta de comprensión de su parte. Ojalá lo fuera, porque en ese caso nuestra tarea sería fácil. Los miserables argumentos de los cochranistas no resisten la crítica marxista, siempre que se acepten los criterios del marxismo revolucionario.

Pero esa es la dificultad. Nuestros sindicalistas “conservadurizados” ya no aceptan estos criterios. Como muchos otros, que “solían ellos mismos ser radicales”, están empezando a referirse a nuestras “Tesis sobre la revolución estadounidense” como una “locura”. Ellos no se “sienten” de esa manera, y nadie va a convencerlos de que cambien su forma de sentir.

Esa –y tal vez una conciencia culpable– es la verdadera explicación de su subjetividad, su rudeza y arrebatos fraccional, cuando uno trata de discutir con ellos desde el punto de vista principista del “viejo trotskismo”. No siguen a Cochran porque lo admiren excepcionalmente a nivel personal, porque conocen a Cochran. Sencillamente reconocen en Cochran, con su derrotismo capitulador y su programa de retirada de la arena de lucha en favor del círculo de propaganda, al vocero genuino de su propio estado de ánimo de retiro y abandono.

De la misma manera que los sindicalistas más viejos, más calificados y privilegiados de Alemania apoyaron a la derecha contra la izquierda, y así como sus homólogos rusos apoyaron a los mencheviques contra los bolcheviques, los “sindicalistas profesionales” en nuestro partido apoyan al cochranismo en nuestra disputa. Y por las mismas razones fundamentales.

Yo, por mi parte, debo admitir francamente que no reconocí la amplitud del problema al principio de la lucha. Yo preví que alguna gente cansada y pesimista, que buscaba una especie de racionalización para reducir su participación o salirse de la lucha, apoyaría cualquier oposición fraccional que apareciera. Eso sucede en toda lucha fraccional. Pero no contaba con el surgimiento de un estrato obrero “conservadurizado” que serviría como grupo organizado y base social de una fracción oportunista en el partido.

Mucho menos esperaba ver a dicho grupo pavonearse por el partido exi-

giendo consideraciones especiales porque son “sindicalistas”. ¿Qué tiene eso de excepcional? Existen quince millones de sindicalistas en este país, pero no tantos revolucionarios. Pero los revolucionarios son los que cuentan para nosotros.

El movimiento revolucionario, bajo las mejores condiciones, es una lucha dura, y desgasta mucho material humano. No por nada se ha dicho miles de veces en el pasado: “La revolución es una devoradora de hombres”. El movimiento en este, el país más rico y más conservador del mundo, es quizás el más voraz de todos.

No es fácil persistir en la lucha, perseverar, mantenerse firme y pelear año tras año sin triunfar; e incluso, en épocas como la actual, sin ningún progreso tangible. Eso requiere convicción teórica y perspectiva histórica además de carácter. Y aparte de eso se requiere asociarse con otros en un partido común.

El modo más seguro de perder la fe en la lucha es sucumbir al medio ambiente inmediato de uno; ver las cosas solo como son y no como están cambiando y deben cambiar; ver únicamente lo que se tiene frente a los ojos e imaginar que eso es permanente. Esa es la suerte maldita del sindicalista que se separa del partido revolucionario. En tiempos normales, el sindicato, por su naturaleza misma, es un caldo de cultivo del oportunismo. Ningún sindicalista, abrumado por las preocupaciones mezquinas y objetivos limitados del día, puede retener su visión de las cuestiones más amplias y la voluntad de luchar por ellas sin el partido.

El partido revolucionario puede cometer errores, y los ha cometido, pero nunca se equivoca en la lucha contra los que viven quejándose de todo, que tratan de culpar al partido por sus propias debilidades, por su cansancio, su falta de visión, su impulso por dimitir y capitular. El partido no se equivoca ahora cuando llama a esta tendencia por su verdadero nombre.

La gente con frecuencia actúa en forma diferente como individuos, y da distintas explicaciones por sus actos, que cuando actúan y hablan como grupos. Cuando un individuo se cansa y desea dimitir, usualmente dice que está cansado y dimite; o se retira sin decir absolutamente nada, y ahí acaba la cosa. Eso ha estado sucediendo en nuestro movimiento internacional durante 100 años.

Pero cuando el mismo tipo de gente decide como grupo salirse de la línea de fuego abandonando el partido, necesita la cubierta de una fracción y una

posición “política” autojustificadora. Cualquier explicación “política” sirve, y de cualquier modo es bastante seguro que será una explicación falsa. Eso también ha venido ocurriendo desde hace cerca de 100 años.

El caso actual de los sindicalistas cochranistas no es ninguna excepción a la regla. De pronto escuchamos que ciertos “sindicalistas profesionales” repentinamente se vuelven en contra nuestra porque somos “estalinofobos”, y ellos están fuertemente a favor de una orientación hacia el estalinismo. ¡Esa es la mayor tontería que he escuchado jamás! Nunca tuvieron esa idea en la cabeza sino hasta que se inició esta pelea. ¿Y cómo podía ser de otro modo? Los estalinistas se han aislado dentro del movimiento obrero, y es veneno tocarlos. Andar buscando a los estalinistas es apartarse del movimiento obrero, y estos “sindicalistas” del partido no desean hacerlo.

La gente de Michigan, que está exigiendo a gritos que nos orientemos hacia los estalinistas, no tiene tal orientación en su propia área. Y están perfectamente en lo correcto a ese respecto. No niego que gente como Clarke, Bartell y Frankel han oído voces y visto visiones de una mina de oro oculta en los cerros estalinistas –ya discutiré esta alucinación en otra ocasión–, pero los sindicalistas cochranistas no tienen la más mínima intención de ir a extraer minerales ahí. Ni siquiera dirigen la mirada en esa dirección. Lo sorprendente es la insinceridad de su apoyo a la orientación hacia los estalinistas. Eso es completamente artificial, para propósitos fraccionales. No. Se tiene que decir que la orientación hacia el estalinismo, por lo que concierne a los sindicalistas de Michigan, es una farsa.

¿Qué es lo que oímos después de esto? Que tienen montones de “quejas” contra el “régimen” del partido. Yo siempre sospecho cuando escucho hablar sobre quejas, especialmente cuando provienen de personas que no se habían quejado antes. Cuando veo gente rebelarse contra el partido a causa de que han sido tratados mal por el terrible régimen de nuestro partido –que es en realidad el régimen más justo, más democrático y tolerante en la historia de la humanidad– siempre me acuerdo de las palabras de J. Pierpont Morgan. Decía él: “Todo el mundo tiene por lo menos dos razones para hacer lo que hace: una buena razón y la verdadera razón”. Ellos han dado una buena razón para su oposición. Ahora quisiera saber yo cuál demonios es la verdadera razón.

No puede ser la hostilidad del partido hacia el estalinismo –como afirman ellos– porque los sindicalistas cochranistas por nada del mundo se les acer-

carían a los estalinistas, ni aunque alguien estuviera detrás de ellos con bayonetas y les prendiera cohetes en la cola del abrigo.

No puede ser debido al “Tercer Congreso Mundial” sobre el cual de repente se encuentran tan indignados. Estos camaradas de Michigan poseen muchas cualidades admirables, como se ha visto en el pasado, pero de ningún modo son la sección más internacionalista del partido; ni de lejos. No son la sección del partido que más se interesa en las cuestiones teóricas. El comité local de Detroit, es triste decirlo, ha sido el más remiso en la enseñanza y el estudio de la teoría marxista, y ahora está pagando por ello un precio terrible. Este comité local no está teniendo ni una sola clase; ninguna clase sobre marxismo, ninguna clase sobre la historia del partido, ninguna clase sobre el Congreso Mundial o sobre ninguna otra cosa.

De tal suerte que cuando de pronto irrumpen con la exigencia de que el partido enarbole la bandera del Tercer Congreso Mundial, a mí me parece que esa es otra “buena” razón, pero igualmente falsa.

La verdadera razón es que se rebelan contra el partido sin saber plenamente por qué. Para el militante joven, el partido es una necesidad valorada por encima de cualquier otra cosa. El partido era la vida misma de estos activistas cuando eran jóvenes y verdaderamente combativos. No les importaba el empleo; no les asustaban los peligros. Como todos los demás revolucionarios de primera, estaban dispuestos a abandonar el trabajo en seguida si el partido quería enviarlos a otra ciudad, o que hicieran esto o aquello. El partido era siempre primero.

El partido es la mayor recompensa para el joven sindicalista que se hace revolucionario, la niña de sus ojos. Pero para el revolucionario que se transforma en sindicalista –todos hemos visto ocurrir esto más de una vez– el partido no es ninguna recompensa, en absoluto. El simple sindicalista, que piensa en términos de “política sindical” y “bloques de poder” y pequeñas alianzas con pequeños falsos líderes obreros para ganar algún pequeño puesto, promoviendo sus intereses personales aquí y allá, ¿por qué va a pertenecer a un partido revolucionario? Para tal individuo el partido es una cruz auestas, que interfiere con su éxito como político sindical “práctico”. Y en la actual situación política del país es un peligro: en el sindicato, en la fábrica y en la vida en general.

La gran mayoría de los sindicalistas del partido comprende todo esto tan bien como nosotros. El llamamiento “sindicalista” vulgar de los cochranistas

sólo los repele, porque ellos se consideran en primer lugar revolucionarios y en segundo lugar sindicalistas. En otras palabras, son gente de partido, como lo son todos los revolucionarios.

Considero que constituye un gran tributo a nuestra tradición, a nuestros cuadros, a la dirección de nuestro partido, el que hayamos logrado aislar al cochranismo a un estrecho sector de la militancia del partido. Es una gran satisfacción, en estos tiempos conflictivos y difíciles, ver a la gran mayoría del partido mantenerse firme contra todas las presiones. En el curso futuro de la discusión, asestaremos golpes aún más duros y nos desprenderemos de algunos cuantos más aquí y allá. No deseamos que nadie abandone el partido si está en nuestras manos impedirlo.

Pero salvar almas no es nuestra ocupación principal. Estamos decididos a proteger nuestro partido de la desmoralización, y lo vamos a hacer. Nos preocupan los individuos únicamente dentro de este marco. El rescate de desmoralizados políticos se lo dejamos al Ejército de Salvación. Para nosotros el partido es primero, y a nadie le permitiremos que lo desorganice.

Esta lucha es de importancia muy decisiva porque la perspectiva ante nuestro partido es la perspectiva de la guerra y todo lo que ello implica. Vemos los peligros y las dificultades –y también las grandes oportunidades– que nos esperan más adelante, y precisamente por eso queremos preparar al partido antes de que los peores golpes nos caigan encima.

La línea y las perspectivas del partido, y la dirigencia partidista, serán decididas en esta lucha para un largo período futuro. Cuando lleguen tiempos más difíciles, y cuando nuevas oportunidades se presenten, no queremos que quede ninguna duda en las mentes de los camaradas respecto de cuál es la línea del partido y quiénes sus dirigentes. Estas cuestiones serán resueltas en esta lucha.

El Socialist Workers Party tiene el derecho, por su programa y su historial, a aspirar a un gran futuro. Esa es mi opinión. Esa era la opinión de Trotsky. Hay una línea en el documento de los cochranistas que se mofa de la convención del SWP de 1946 y de las “Tesis sobre la revolución estadounidense” adoptadas en ella. Dice así: “Habíamos nacido con un gran destino, al menos en nuestras propias mentes”. En esa burla de la aspiración del partido está contenida toda la ideología capituladora y pesimista del cochranismo.

En 1929, cuando Trotsky fue deportado a Constantinopla, el triunfo del estalinismo era total, y él se encontraba aislado y casi solo. Fuera de la Unión

Soviética habían apenas 200 personas en todo el mundo que lo apoyaban, y la mitad de ellas eran las fuerzas que nosotros habíamos organizado en los Estados Unidos. Trotsky nos escribió una carta en ese entonces en la cual elogiaba nuestro movimiento en Estados Unidos. Decía que nuestra labor era de importancia histórico-mundial porque, a fin de cuentas, todos los problemas de la época serían resueltos en tierra estadounidense. Decía que no sabía si una revolución llegaría aquí antes que a otros lugares, pero de cualquier manera era necesario prepararse organizando el núcleo del partido de la revolución futura.

Esa es la línea por la que se ha encaminado nuestra labor. Nuestros cuadros han sido formados con esa doctrina. Cuando leí en el documento de Cochran esa desestimación cínica de nuestras aspiraciones revolucionarias, recordé un discurso que pronuncié ante nuestros camaradas jóvenes en Chicago hace trece años. La ocasión era nuestra Conferencia de Activistas Obreros, celebrada precisamente un mes o algo así después de la muerte del Viejo [León Trotsky], cuando todo el mundo se sentía despojado; cuando la pregunta en las mentes de todos, aquí y en todo el mundo, era si el movimiento podría sobrevivir sin Trotsky.

Al final de la conferencia pronuncié un discurso, y dije a los jóvenes activistas ahí presentes: “Ustedes son los verdaderos hombres con un gran destino, porque sólo ustedes representan el futuro”. Incluimos el mismo concepto en las Tesis de la Convención de 1946.

Esa ha sido la posición de todos nuestros militantes que permanecen unidos a través de esta larga y dura batalla. Un joven camarada en California, uno de los principales activistas del partido, me señaló la burla de los cochranistas y dijo: “¿Qué te parece? Si yo no pensara que nuestro partido tiene un gran futuro, ¿por qué iba a estar dispuesto a dedicar mi vida y todo lo que tengo al partido?” Cualquiera que minimiza al partido y duda de su futuro [debería] preguntarse a sí mismo qué es lo que hace en el partido. ¿Está ahí de visita? El partido exige mucho, y no se puede dar mucho y arriesgar todo a menos que se piense que el partido vale la pena.

El partido vale la pena, porque es el partido del futuro. Y a este partido del futuro le está tocando de nuevo su parte de buena suerte histórica. Una vez más, como en 1939-40, tiene la oportunidad de resolver un conflicto fundamental en discusión abierta antes de una guerra, en la víspera de una guerra.

Antes de la Segunda Guerra Mundial el partido fue confrontado por una fracción que amenazaba su programa y por lo tanto su derecho a existir. No tuvimos que saltar en la guerra inmediatamente antes de que la cuestión se resolviera. Realizábamos nuestra labor abiertamente mientras que el resto de nuestros camaradas en Europa estaban en la clandestinidad o en campos de concentración. Nosotros aquí, en Estados Unidos, tuvimos el privilegio de conducir un debate para toda la Internacional durante un período de siete meses.

Lo mismo está ocurriendo ahora, de nuevo. Debemos reconocer esta suerte histórica y sacarle ventaja. La mejor manera de hacer esto es extendiendo y ampliando la discusión. Repetiré lo que dijo el camarada Dobbs, que nuestro objetivo no es escindir el partido sino desbaratar la escisión y salvar el partido. Trataremos de evitar una escisión mediante una lucha política que golpee a la oposición en forma tan dura que no pueda tener ninguna perspectiva en una escisión. Si no podemos impedir una escisión, la reduciremos al tamaño más pequeño posible.

Entre tanto, desarrollaremos la labor del partido en todos los frentes. Ninguna labor del partido va a ser sabotada. Si se hace el intento, movilizaremos nuestras fuerzas en todas partes y tomaremos el control. No permitiremos que se desorganice al partido mediante el sabotaje o que sea descarrilado por una escisión, como no lo permitimos en 1940. Hemos comenzado bien y no pararemos hasta lograr una victoria total en la lucha por un partido revolucionario.

\*\*\*

# CÓMO ORGANIZAR Y CONDUCIR UNA CLASE DE ESTUDIO

*James Cannon*

El problema del trabajo educativo es polifacética. El entusiasmo por este trabajo entre los miembros del partido debe ser despertado y mantenido. Un reconocimiento general de su importancia fundamental debe ser establecido. Debe ser ligado orgánicamente con la vida y las luchas del partido, y no debe convertirse en académico y estéril. Y tiene que llevarse a cabo de una manera sistemática, convirtiéndose en una parte establecida de la vida del partido todo el año. Esto último no será sólo “pasar”. Tomará mucho trabajo, y la introducción de los principios de organización y técnicas correctas. Todas nuestras teorías quedarán en nada si nuestro aparato educativo no funciona correctamente.

Muchas clases terminaron en las rocas debido a que no se realizaron correctamente. Una de las preguntas más frecuentes que recibimos de camaradas que están llevando a cabo la labor educativa del partido es: “¿Cuál es la mejor manera de conducir una clase de estudio?” Es el propósito de este artículo para dar una respuesta a esta pregunta con base en la experiencia colectiva en el campo de la labor educativa, de la que se pueden extraer algunos principios generales.

Comencemos por el principio y avancemos paso a paso. Cuando la comisión responsable del partido en las localidades dadas ha decidido dar una clase, digamos, por ejemplo, el “ABC del comunismo”, el siguiente paso debe ser el de nombrar a un líder de la clase. Este líder debe entender que la clase no se mueve por sí misma sino que debe ser organizada y dirigida de principio a fin, de lo contrario se caerá en pedazos. El compañero a cargo de la clase debe entonces proceder a inscribir a los estudiantes, registrándolos para la clase y asegurándose de que tiene un número suficiente que está de acuerdo con antelación en asistir a las clases antes de que establezca el tiempo para llamarla. Tan pronto como un número suficiente de estudiantes se ha matriculado, se fija una fecha para la primera clase y todos los estudiantes son notificados.

En este punto debemos decir una palabra sobre el peligro de improvisación en la asistencia a las clases por parte de alguno de los alumnos. El comité del partido debe decidir que la asistencia a clase una vez a la semana, o con mayor frecuencia, como sea el caso, es una parte del deber del partido del participante y se le dispensará de las obligaciones partidarias en esos días. La asistencia sistemática y regular a clase de todos los estudiantes debe estar constantemente considerada, y el comité del partido y el líder de la clase deben luchar constantemente contra la tendencia, que siempre crece, a considerar la clase de estudio como una serie de conferencias a la que uno puede “caerse” cuando le da la gana. Los buenos resultados sólo pueden obtenerse cuando la clase es un cuerpo organizado y compuesto regularmente por los mismos estudiantes.

## Los métodos de realización de las clases

Los métodos para realizar las clases que han demostrado ser más exitosos en experiencias anteriores se pueden dividir en dos métodos generales. Estos métodos se pueden modificar y variar de muchas maneras, de acuerdo con las circunstancias locales, la experiencia y las calificaciones del profesor, etc.

Estos dos métodos son:

1. El método de exposición-pregunta.
2. El método de lectura y discusión del texto en la clase.

El método de exposición-pregunta. Este es el método más frecuentemente empleado por los profesores con experiencia, y el que produce los resultados más satisfactorios si se encuentran camaradas calificados para desarrollar totalmente la clase con esta línea. El uso de este método presupone que el profesor, quien está completamente familiarizado con la materia objeto del texto, posee cierta habilidad y experiencia como docente. No es necesario, sin embargo, para que él sea un profesional. El comunista medio que tiene una firme comprensión del tema encontrará que con un poco de práctica se puede tener éxito en conseguir la atención de una clase.

Con este método, el profesor ofrece una conferencia [exposición] por el período de aproximadamente una hora sobre alguna fase del tema general tratado en el texto. Además, se requiere que los estudiantes lean, fuera de la clase, respecto de su conferencia, ciertas partes del texto y, a veces, partes

de otros libros que tratan sobre el mismo tema. Cuando la clase se reúne por segunda vez, se abre una sesión de preguntas, de unos treinta minutos, durante la cual el profesor hace preguntas a los alumnos sobre el tema de la exposición de la semana anterior y la lectura en relación con ella. Lo mejor es tener un breve receso al final de la sesión de preguntas, con el fin de obtener un nuevo comienzo para la exposición [siguiente]. Una conferencia de alrededor de una hora y luego se completa el trabajo de la tarde. Una vez más, los estudiantes son orientados a las secciones del texto para su lectura, en el marco de la exposición [dada]. El mismo procedimiento es seguido en cada reunión sucesiva, de cada clase, hasta el final del curso.

Cuando se emplea este método no es aconsejable realizar una discusión indiscriminada en la clase, ya que esto casi siempre desvía la atención de la clase de la materia inmediata en cuestión y destruye la posibilidad de instrucción consecutiva. Un profesor, para conducir una clase de acuerdo con este método, debe tener firmeza, establecer su autoridad desde el principio y mantenerla a lo largo del curso. No hay nada más fatal para el éxito de una clase tal, que crezca entre algunos de los alumnos la opinión de que el profesor sabe menos que ellos sobre el tema. Porque entonces no será capaz de mantener la debida disciplina en la clase ni asegurarla para su curso. Cada vez que una clase de estudio, organizada con el propósito de estudio consecutivo de un determinado aspecto de la teoría o de la táctica comunistas, comienza a resolverse en un grupo de debate general o de una sociedad de debate, se puede esperar con confianza su temprana desaparición.

Leer y discutir el texto. Este método también funciona muy bien, sobre todo en las clases elementales. En este método, como en todos los demás, sin embargo, el primer requisito es un dirigente que tome una actitud responsable con el trabajo y que tome para sí organizar y dirigir la clase y mantenerla hasta el final en sus manos. Este líder de la clase debe por todos los medios estudiar a fondo el texto antes de comenzar la clase, y hacerse dueño de la misma.

La clase conducida de acuerdo con este método pasa por quien la dirige pidiendo a los estudiantes, uno tras otro, para leer un par de frases o un párrafo del texto. Después de que cada estudiante termina de leer la parte asignada a él, el líder le pide al estudiante que ha leído el pasaje que se lo explique con sus propias palabras. Si no logra poner de manifiesto el significado con claridad, o interpreta el pasaje de forma incorrecta, la pregunta se dirige a

otros estudiantes, y finalmente, el líder mismo interviene para aclarar el asunto si es necesario.

Continuando con esta línea, la clase cubrirá más o menos un capítulo de texto cada vez. Antes de la lectura del comienzo de cada clase, el líder debe realizar un breve cuestionario sobre la parte del texto tratado en la clase anterior, con el fin de poner de manifiesto, claramente, los puntos, por segunda vez, refrescar la memoria de los estudiantes, y conectar la clase anterior con la presente.

En el curso de unos pocos meses, procediendo a lo largo de esta línea, la clase pasará el “ABC del comunismo” y habrá adquirido una comprensión de las teorías fundamentales del movimiento. Por otra parte, si la clase se ha realizado con éxito, si ha tenido la suerte de contar con un líder que pudo inspirar confianza y entusiasmo y pudieron trabajar juntos como un cuerpo organizado, a pesar de todas las dificultades, los alumnos de la clase, o al menos una gran parte de ellos, surgirán de su primer curso de capacitación con una fuerte voluntad y con el espíritu de adquirir más conocimientos y, con ello, estarán en mejores condiciones para convertirse en combatientes dignos en la causa del comunismo.

El éxito del trabajo de la clase de estudio depende en gran medida de la organización, el liderazgo y la disciplina de clase. Se debe comenzar a tiempo y detener a tiempo cada día. No debe acomodarse a los estudiantes ocasionales o crónicos que llegan tarde. No debe degenerar en un mero grupo de debate sobre los problemas generales del movimiento sino que debe limitarse, de manera disciplinada, a los temas específicos tratados en el curso. Se debe llevar a cabo de manera formal de principio a fin, con los estudiantes matriculados y sin improvisaciones. Por encima de todo se debe tener un líder que, a pesar de la falta de experiencia previa, lleve su tarea tan en serio como para dominar a fondo el propio sujeto. Entonces, será capaz de establecer la suficiente autoridad en la clase para llevarla paso a paso hasta el final del curso.

\*\*\*

## OBITUARIO DE TROTSKY

### “A LA MEMORIA DEL VIEJO”<sup>1</sup>

*James Cannon*

La vida consciente entera del camarada Trotsky, desde el momento en el que entró en el movimiento de trabajadores en la ciudad rusa provincial de Nikolayev a la edad de dieciocho años hasta el momento de su muerte en Ciudad de México cuarenta y dos años más tarde, estuvo completamente dedicada a trabajar y luchar por una idea central. Defendió la emancipación de los trabajadores y todos los pueblos oprimidos del mundo, y la transformación de la sociedad del capitalismo al socialismo por medio de una revolución social. En su concepción, esta revolución social liberadora requiere para su triunfo la dirección de un partido político revolucionario de la vanguardia obrera.

En su entera vida consciente el camarada Trotsky ni una sola vez se apartó de esta idea. Nunca dudó de ella, y nunca dejó de luchar por su realización. En su lecho de muerte, en su último mensaje para nosotros, sus discípulos –su último testamento– proclamó su confianza en su idea de vida: “Diga a nuestros amigos que estoy seguro de la victoria de la Cuarta Internacional. ¡Adelante!”

Todo el mundo conoce su trabajo y su testamento. Los cables de la prensa del mundo han difundido su último testamento y lo han dado a conocer a millones en el mundo. Y en las mentes y corazones de todos los que se afligen con nosotros esta noche en el mundo, se destaca una pregunta: ¿El movimiento que él creó e inspiró sobrevivirá a su muerte? ¿Serán sus discípulos capaces de mantener sus filas unidas, serán capaces de realizar su testamento y realizar la emancipación de los oprimidos a través de la victoria de la Cuarta Internacional?

■■■■  
<sup>1</sup> El obituario fue publicado por primera vez en *Socialist Appeal*, setiembre 7, 1940.

Sin la menor vacilación damos una respuesta afirmativa a esta pregunta. Aquellos enemigos que previeron un colapso del movimiento de Trotsky sin Trotsky, y aquellos amigos pusilánimes que le temen, sólo demuestran que no entienden a Trotsky, lo que fue, lo que significó, y lo que dejó detrás. Jamás una familia que perdió un ser querido ha recibido una herencia tan rica como esta del camarada Trotsky, que como padre de familia previsor, ha dejado a la familia de la Cuarta Internacional como albaceas de toda la humanidad progresiva. Nos ha dejado una gran herencia de ideas; ideas que fijarán la carta de navegación hacia la gran libertad futura de toda la humanidad. Las poderosas ideas de Trotsky son nuestro programa y nuestra bandera. Son una clara guía de acción en todas las complejidades de nuestra época, y una constante confirmación de que tenemos la razón y que nuestra victoria es inevitable.

Trotsky mismo creía que las ideas eran el mayor poder en el mundo. Sus autores podían ser muertos, pero las ideas, una vez promulgadas, viven su propia vida. Si son ideas correctas, hacen su camino traspasando todos los obstáculos. Este fue el concepto central dominante de la filosofía del camarada Trotsky. Nos lo explicó a nosotros, muchas, muchas veces. Una vez escribió: “No es el partido el que hace el programa (la idea); es el programa el que hace el partido”. En una carta personal para mí, él escribió una vez: “Trabajamos con las ideas más correctas y poderosas en el mundo, con fuerzas y medios materiales inadecuados numéricamente. Pero las ideas correctas, en el largo plazo, siempre conquistan y hacen posibles para sí los medios y fuerzas materiales necesarios”.

Trotsky, un discípulo de Marx, creía con Marx que “una idea, cuando penetra en las masas, se transforma en una fuerza material”. Creyendo esto, el camarada Trotsky nunca dudó que su trabajo viviría después de él. Creyendo esto, pudo proclamar en su lecho de muerte su confianza en la futura victoria de la Cuarta Internacional que encarna sus ideas. Los que dudan de esto no conocen a Trotsky.

Trotsky creía que su mayor influencia, su mayor valor, consistía no en la vida física, no es sus hechos épicos, que eclipsan los de todas las figuras heroicas en la historia por su extensión y grandeza, sino en lo que dejaría detrás de él después que los asesinos hubieran hecho su trabajo. Él sabía que su destino fatal estaba sellado, y trabajó contra el tiempo con objeto de dejarnos todo lo que fuera posible a nosotros, y a través de nosotros a la humanidad.

Durante los once años de su último exilio se encadenó a sí mismo a su escritorio como un esclavo de galera y trabajo, como ninguno entre nosotros sabe trabajar, con tal energía, persistencia y autodisciplina, como sólo los hombres de genio pueden laborar. Trabajó contra el tiempo para verter de su pluma todo el rico contenido de su mente poderosa y preservarlo como escrito permanente para nosotros, y para aquellos que vendrán después de nosotros.

Todo Trotsky, así como todo Marx, está preservado en sus libros, sus artículos y sus cartas. Su voluminosa correspondencia, que contiene algunos de sus pensamientos más brillantes, ahora tiene que ser recopilada y publicada. Cuando esto sea hecho, cuando sus cartas estén publicadas junto con sus libros, sus panfletos y sus artículos, nosotros, y todos aquellos que se unen a nosotros en la lucha de liberación de la humanidad, todavía tendremos a nuestro Viejo para ayudarnos.

Sabía que el súper Borgia en el Kremlin, Caín-Stalin, quien ha destruido toda la generación de la revolución de octubre, lo había marcado para ser asesinado y tendría éxito tarde o temprano. Es por esto que trabajaba con tanta urgencia. Es por esto que se apresuraba en escribir todo lo que tenía en su mente y ponerlo en papel en forma permanente, donde nadie lo pudiera destruir.

Apenas la otra noche conversé en la cena con uno de los leales secretarios del Viejo –un joven camarada que le sirvió por un largo tiempo y conocía su vida personal, cómo la vivió en sus últimos años de exilio, muy íntimamente. Lo urgí a escribir sus recuerdos sin demora. Le dije: “Todos tenemos que escribir todo lo que conocemos sobre Trotsky. Todos tienen que registrar sus recuerdos e impresiones. No tenemos que olvidar que nos movimos en la órbita de la más grande figura de nuestro tiempo. Millones de personas, generaciones que todavía están por venir, estarán hambrientas por cada pedacito de información, cada palabra, cada impresión que arroje luz sobre él, sus ideas, y su vida personal”.

Me respondió: “Yo puedo escribir sobre sus cualidades personales como las observé; sus métodos de trabajo, su humanidad, su generosidad. Pero no puedo escribir nada nuevo sobre sus ideas. Ellas ya están escritas. Todo lo que tenía que decir, todo lo que tenía en su cerebro, está sobre papel. Parecía estar determinado a escudriñar hasta el fondo de su mente, sacar todo completamente y darlo al mundo en sus escritos. Recuerdo que muy a menudo,

una conversación casual sobre algún tema aparecía sobre la mesa de la cena, una discusión informal tenía lugar, y el Viejo expresaría algunas opiniones nuevas y frescas. Casi invariablemente las contribuciones de la mesa del comedor encontrarían la forma, un poco más tarde, de un libro, un artículo o una carta.”

Ellos no asesinaron a Trotsky de un golpe; no cuando este asesino, el agente de Stalin, le asestó el piolet desde atrás en su cráneo. Este fue sólo el golpe final. Lo mataron de a poco. Lo mataron muchas veces. Lo mataron siete veces cuando mataron a sus siete secretarios. Lo mataron cuatro veces cuando asesinaron a sus cuatro hijos. Lo mataron cuando sus colegas de la Revolución Rusa fueron muertos.

A pesar de todo se mantuvo con sus tareas. Envejeciendo y enfermando, soportó todos estos golpes morales, emocionales y físicos para completar su testamento a la humanidad mientras tuviera tiempo. Reunió cada pensamiento, cada idea, cada lección de su experiencia pasada para legarnos un tesoro de literatura a nosotros, un tesoro que los meses y el óxido no pueden comer.

Había una profunda diferencia entre Trotsky y otros grandes hombres de acción y líderes políticos transitorios que influenciaron grandes masas durante su vida. El poder de esta gente, de casi todos ellos, fue algo personal, algo incomunicable a otros. Su influencia no sobrevivió sus muertes. Simplemente recuerden por un momento los grandes hombres de nuestra generación o de la generación que acaba de pasar: Clemenceau, Hindenburg, Wilson, Theodore Roosevelt, Bryan. Ellos tenían grandes masas siguiéndoles e inclinándose sobre ellos. Pero ahora están muertos; y toda su influencia pereció con ellos. Nada queda salvo monumentos y elogios fúnebres. Nada era distintivo de ellos salvo sus personalidades. Ellos eran oportunistas, líderes de un día. No dejaron ideas para guiar e inspirar a los hombres cuando sus cuerpos se convirtieran en polvo, y su personalidad fuera un recuerdo.

No así con Trotsky, no así con él. Él era diferente. Él también, con seguridad, fue un gran hombre de acción. Sus hechos están incorporados en la más grande revolución de la historia de la humanidad. Pero, a diferencia de los oportunistas y líderes de un día, sus hechos eran inspirados por grandes ideas, y esas ideas siguen vivas. No hizo solamente una revolución; escribió su historia y explicó las leyes básicas que gobiernan todas las revoluciones. En su *Historia de la Revolución Rusa*, que él consideraba su pieza maestra,

nos dio la guía para hacer nuevas revoluciones, o más bien, para extender por el mundo la revolución que comenzó en Octubre de 1917.

Trotsky, el gran hombre de ideas, fue él mismo el discípulo de un hombre más grande todavía, Marx. Trotsky no creó ni reclamó el origen de las ideas más fundamentales que expuso. Él construyó sobre los fundamentos dejados por los grandes maestros del siglo XIX, Marx y Engels. Adicionalmente, él pasó por la gran escuela de Lenin y aprendió de él. El genio de Trotsky consistió en su completa asimilación de las ideas legadas por Marx, Engels y Lenin. Él dominó su método. Desarrolló sus ideas en condiciones modernas, y las aplicó con maestría en las luchas contemporáneas del proletariado. Para entender a Trotsky, tienen que entender que él fue un discípulo de Marx, ¡un marxista ortodoxo! ¡Luchó bajo las banderas del marxismo durante cuarenta y dos años! Durante los últimos años de su vida, dejó cualquier otra cosa completamente de lado para luchar una gran batalla política y teórica en defensa del marxismo en las filas de la Cuarta Internacional. Su último artículo, que quedó sobre la mesa de su escritorio sin pulir, el último artículo del que se ocupó, fue en defensa del marxismo contra revisionistas y escépticos contemporáneos. El poder de Trotsky, primero que nada y sobre todo, era el poder del marxismo.

¿Quieren una ilustración concreta del poder de las ideas marxistas? Sólo consideren esto: cuando Marx murió en 1883, Trotsky apenas tenía cuatro años de edad. Lenin solamente catorce. Ninguno pudo haber conocido a Marx, o nada sobre él. Sin embargo, ambos llegaron a ser grandes figuras históricas debido a Marx, porque Marx había hecho circular ideas en el mundo antes de que ellos nacieran. Esas ideas estaban viviendo su propia vida. Dieron forma a las vidas de Lenin y Trotsky. Las ideas de Marx estaban con ellos y guiaron cada uno de los pasos cuando hicieron la más grande revolución en la historia.

Lo mismo pasará con las ideas de Trotsky, que son un desarrollo de las ideas de Marx, nos influenciarán a nosotros, sus discípulos que le sobreviven hoy día. Moldearán las vidas de discípulos muchos más grandes que todavía están por venir, que todavía no conocen el nombre de Trotsky. Algunos, que están destinados a ser los más grandes Trotskistas, están jugando en los patios escolares hoy día. Serán alimentados con las ideas de Trotsky, como él y Lenin fueron alimentados con las ideas de Marx y Engels.

De hecho, nuestro movimiento en los Estados Unidos tomó forma y creció sobre sus ideas sin su presencia física, incluso sin comunicación en el primer período. Trotsky estaba exiliado y aislado en Alma-Ata cuando comenzamos nuestra lucha por el Trotskismo en este país, en 1928. No teníamos contacto con él, y por largo tiempo no sabíamos si estaba vivo o muerto. Ni siquiera teníamos una colección de sus escritos. Todo lo que teníamos era un único documento de actualidad, su “Crítica al Borrador de Programa del Comintern”. Eso fue suficiente. Con la luz de ese único documento vimos nuestro camino, comenzamos nuestra lucha con confianza suprema, pasamos la escisión sin vacilación, construimos la estructura de una organización nacional y establecimos nuestra prensa trotskista semanal. Nuestro movimiento fue construido firmemente desde el comienzo mismo y ha permanecido firme porque fue construido sobre las ideas de Trotsky. Fue cerca de un año antes que pudiéramos establecer comunicación directa con el Viejo.

Lo mismo con las secciones de la Cuarta Internacional en el mundo. Sólo unos pocos camaradas individuales se reunieron con Trotsky alguna vez cara a cara. Aún así, en todas partes lo conocían. En China y, cruzando el océano, en Chile, Argentina, Brasil. En Australia, en prácticamente todos los países de Europa. En los Estados Unidos, Canadá, Indochina, Sudáfrica. Nunca lo vieron, pero las ideas de Trotsky los soldaron juntos en un movimiento mundial uniforme y firme. Así continuará después de su muerte física. No hay lugar para la duda.

El lugar de Trotsky en la historia ya está establecido. Él permanecerá para siempre como una eminencia histórica junto con los otros tres grandes gigantes del proletariado: Marx, Engels y Lenin. Es posible, de hecho es bastante probable, que en la memoria histórica de la humanidad su nombre evoque el más cálido afecto, la más sincera gratitud de todos. ¡Porque luchó por tanto tiempo, contra un mundo de enemigos, tan honestamente, tan heroicamente, y con una devoción tan desinteresada!

Las futuras generaciones de la humanidad libre mirarán con interés insaciable esta época demente de reacción y violencia sangrienta y cambio social, esta época de agonía mortal de un sistema social y de las punzadas del nacimiento de otro. Cuando a través de los lentes del historiador vean cómo las masas oprimidas del pueblo en todas partes estaban buscando a tontas, ciegas y confundidas, mencionarán con desmedido cariño el nombre del genio que nos dio la luz, el gran corazón que nos dio coraje.

De todos los grandes hombres de nuestro tiempo, de todas las figuras públicas hacia las cuales se vuelven las masas en busca de guía en estos complicados, terribles tiempos, solamente Trotsky nos explicó cosas a nosotros, sólo él nos dio luz en la oscuridad. Su cerebro solo desveló los misterios y complejidades de nuestra época. El gran cerebro de Trotsky era lo que temían sus enemigos. No podían arreglárselas con él. En el increíble método con el que lo destruyeron había encerrado un profundo símbolo. ¡Golpearon su cerebro! Pero los productos más ricos de ese cerebro siguen vivos. Ya han escapado y nunca podrán ser recapturados y destruidos.

No minimizamos el golpe que nos han dado, a nosotros, a nuestro movimiento, y al mundo. Es la peor calamidad. Hemos perdido algo de valor inconmensurable que nunca puede ser recuperado. Hemos perdido la inspiración de su presencia física, su consejo sabio. Todo eso se ha perdido para siempre. El pueblo ruso ha sufrido el peor de todos los golpes. Pero el mismo hecho de que la camarilla de Stalin haya tenido que asesinar a Trotsky después de once años, que lo hayan tenido que alcanzar fuera de Moscú, ejercido todas sus energías y planes para destruir la vida de Trotsky, es el mayor testimonio de que Trotsky sigue vivo en los corazones del pueblo ruso. Ellos no creyeron las mentiras. Esperaron y anhelaron su retorno. Sus palabras todavía están ahí. Su recuerdo todavía está vivo en sus corazones.

Unos pocos días antes de la muerte del camarada Trotsky los editores del Boletín Ruso recibieron una carta de Riga. Había sido enviada antes de la incorporación de Latvia a la Unión Soviética. Decía con palabras simples que la “Carta Abierta a los Trabajadores de la URSS” les había llegado, había llenado sus corazones de coraje y les había enseñado el camino. La carta sostenía que el mensaje de Trotsky había sido memorizado palabra por palabra, y que sería difundido boca a boca sin importar lo que pudiera pasar. En verdad pensamos que las palabras de Trotsky vivirán más en la Unión Soviética que el sangriento régimen de Stalin. En los venideros grandes días de liberación el mensaje de Trotsky será la bandera del pueblo ruso.

Todo el mundo sabe quién asesinó al camarada Trotsky. El mundo sabe que en su lecho de muerte acusó a Stalin y su GPU del asesinato. La declaración del asesino, preparada antes del crimen, es la prueba final, si se necesitaban más pruebas, de que el asesinato fue un trabajo de la GPU. Es una mera reiteración de las mentiras de los juicios de Moscú, un intento estúpido de mente policial, en su último día, para rehabilitar el montaje que ha sido

desacreditado ante los ojos de todo el mundo. Los motivos del asesinato surgen de la reacción mundial, el miedo a la revolución, y los sentimientos de odio y venganza de los traidores. El historiador inglés Macaulay subrayó que los apóstatas en todas las eras han manifestado una malignidad excepcional hacia aquellos a quienes han traicionado. Stalin y su banda de traidores estaban consumidos por el odio demencial por el hombre que les recordaba a ellos su ayer. Trotsky, el símbolo de la gran revolución, les recordaba constantemente la causa que ellos habían desertado y traicionado, y lo odiaban por eso. Lo odiaban por todas las grandes y buenas cualidades humanas que él personificaba y a las cuales ellos eran completamente ajenos. Estaban decididos a terminar con él a cualquier costo.

Ahora voy a una parte que es muy dolorosa, un pensamiento que, estoy seguro, está en las mentes de todos nosotros. En el momento que leímos del éxito del ataque estoy seguro que todos nosotros nos preguntamos: ¿No pudimos salvarlo un poco más tiempo? Si hubiéramos tratado más duro, si hubiéramos hecho más por él, ¿no lo podríamos haber salvado? Queridos camaradas, no nos lo reprochemos. El camarada Trotsky estaba perdido y sentenciado a muerte años atrás. Los traidores de la revolución sabían que la revolución vivía en él, la tradición, la esperanza. Todos los recursos de un estado poderoso, puesto en movimiento por el odio y la venganza de Stalin, se destinaron al asesinato de un solo hombre sin recursos y con sólo un puñado de cercanos colaboradores. Todos sus compañeros de trabajo fueron asesinados; siete de sus leales secretarios, sus cuatro hijos. Aún a pesar de que lo marcaron para la muerte después de su exilio de Rusia, ¡se salvó por once años! Esos fueron los años más fructíferos de toda su vida. Esos fueron los años en los que se encontró en plena madurez para dedicarse a la tarea de resumir y fundir en forma literaria permanente los resultados de su experiencia y sus pensamientos.

Sus tontas mentes policiales no podían saber que Trotsky dejó detrás suyo lo mejor de sí mismo. Incluso en la muerte los frustró. Porque la cosa que más querían de todo era matar la memoria y la esperanza de la revolución que Trotsky dejó detrás suyo.

Si se reprochan a sí mismos o a nosotros porque esta maquinaria asesina finalmente alcanzó a Trotsky y lo mató, tienen que recordar que es muy difícil proteger a alguien de asesinos. El asesino que acecha a su víctima noche y día a menudo rompe las más grandes protecciones. Incluso los zares rusos

y otros gobernantes, rodeados por todos los poderes de la policía de grandes estados, no siempre pudieron escapar al asesinato de pequeñas bandas de terroristas decididos, equipados con los recursos más exigüos. Este fue el caso, más de una vez, en Rusia en los días prerrevolucionarios. Y aquí, en el caso de Trotsky, ustedes tienen todo esto al revés. Todos los recursos estaban del lado de los asesinos. Un gran aparato de estado, convertido en una maquinaria asesina, contra un hombre y unos pocos discípulos leales. Así que si finalmente lo lograron, sólo tenemos que preguntarnos, ¿hicimos todo lo que pudimos para prevenirlo o posponerlo? Sí, hicimos lo más que pudimos. Con plena conciencia, tenemos que decir que hicimos el máximo.

En las últimas semanas después del asalto del 24 de mayo, volvimos a poner en la agenda de nuestro comité directivo la cuestión de la protección del Camarada Trotsky. Todos los camaradas estuvieron de acuerdo que era nuestra tarea más importante, más importante para las masas de todo el mundo y para las generaciones futuras, que sobre todo teníamos que hacer todo lo posible para proteger la vida de nuestro genio, nuestro camarada, que nos ayudó y nos guió tan bien. Una delegación de dirigentes del partido hizo una visita a México. Resultó nuestra última visita. Allí, en esa ocasión, consultándolo con él, acordamos una nueva campaña para reforzar la guardia. Recolectamos dinero en este país para fortalecer la casa a un costo de miles de dólares; todos nuestros miembros y simpatizantes respondieron con gran sacrificio y generosidad.

Y a pesar de ello la maquinaria asesina consiguió abrirse paso. Pero aquellos que ayudaron incluso en el menor grado, tanto financieramente como con sus esfuerzos físicos, como nuestros valientes camaradas de la guardia, nunca se arrepentirán de lo que hicieron para proteger al Viejo.

En la hora en que el camarada Trotsky finalmente fue muerto, yo estaba regresando por tren de un viaje especial a Minneapolis. Había ido con el propósito de arreglar que camaradas nuevos y calificados bajaran y reforzaran la guardia en Coyoacán. De camino a casa iba sentado en el tren con un sentimiento de satisfacción de que la tarea del viaje se había cumplido, los refuerzos para la guardia estaban provistos.

Entonces, cuando el tren pasó por Pennsylvania, cerca de las cuatro en punto en la mañana, llegaron los periódicos temprano con las noticias de que el asesino había traspasado las defensas y enterrado un piolet en el cerebro del camarada Trotsky. Ese fue el comienzo de un día terrible, el más

triste de nuestras vidas, cuando esperamos, hora tras hora, mientras el Viejo luchaba por su vida y combatía vanamente con la muerte. Pero incluso entonces, en esa hora de terrible dolor, cuando recibimos el mensaje fatal por el teléfono de larga distancia: “El Viejo está muerto”, no nos permitimos parar para llorar, saltamos inmediatamente al trabajo para defender su memoria y cumplir su testamento. Y trabajamos con más ahínco que nunca antes, porque por primera vez nos dimos cuenta con plena conciencia de que nosotros teníamos que hacerlo todo ahora. Ya no podíamos apoyarnos más en el Viejo. Lo hecho ahora, nosotros tenemos que hacerlo. Ese es el espíritu en el que tenemos que trabajar desde ahora en adelante.

Los amos capitalistas del mundo instintivamente entendieron el significado del nombre de Trotsky. El amigo del oprimido, el hacedor de revoluciones, ¡era la encarnación de todo lo que ellos odiaban y temían! Incluso en la muerte lo injuriaron. Sus periódicos salpicaron su filtro sobre su nombre. Él era el exiliado del mundo en tiempo de reacción. Ninguna puerta se abrió para él en ningún lugar excepto la de la República de México. El hecho de que Trotsky fue excluido de todos los países capitalistas es en sí mismo una clara refutación de todas las calumnias de los estalinistas, de todas sus groseras acusaciones sobre que él traicionó la revolución, que se volvió contra los trabajadores. Nunca convencieron a los capitalistas del mundo de esto. Ni por un momento.

¡Los capitalistas –de todo tipo– temen y odian incluso su cuerpo muerto! Las puertas de nuestra gran democracia están abiertas para muchos refugiados políticos, por supuesto. Toda clase de reaccionarios: canallas democráticos que traicionaron y desertaron su pueblo; monárquicos, e incluso fascistas, todos ellos han sido bienvenidos en el puerto de Nueva York. ¡Pero ni siquiera el cuerpo muerto del amigo de los oprimidos puede encontrar asilo aquí! ¡No olvidaremos eso! Alimentaremos nuestro agravio cerca de nuestro corazón y en el momento adecuado tomaremos nuestra venganza.

La grande y poderosa democracia de Roosevelt y Hull no nos permitiría traer su cuerpo aquí para su funeral. Pero él está aquí de todas maneras. Todos nosotros sentimos que él está aquí en este salón esta noche, no sólo en sus grandes ideas, sino también, especialmente esta noche, en nuestra memoria de él como hombre. Tenemos derecho a estar orgullosos de que el hombre más grande de nuestro tiempo nos perteneciera, el cerebro más grande y el corazón más fuerte y leal. La sociedad de clases en que vivimos

engrandece a los pillos, los estafadores, los buscadores de sí mismos, los embusteros, y los opresores de la gente. Difícilmente se puede nombrar un intelectual representante de la sociedad de clase en descomposición, de alto o bajo nivel, que no sea un hipócrita miserable y un cobarde despreciable, preocupado antes que nada de sus propios asuntos personales intrascendentes y de salvar su propia piel sin valor. Que tribu despreciable son. No hay honestidad, ni inspiración, nada en todos ellos. No tienen un solo hombre que pueda prender una chispa en el corazón de la juventud. Nuestro Viejo fue hecho de un material completamente diferente. Se alzaba sobre esos pigmeos en su grandeza moral.

El camarada Trotsky no sólo luchó por un orden social basado en la solidaridad humana como una meta futura; él vivió cada día de su vida de acuerdo a esos estándares más altos y nobles. No lo dejaban ser ciudadano de ningún país. Pero, en verdad, él era mucho más que eso. Él ya era en su mente, en su conducta, un ciudadano de la humanidad comunista del futuro. Este recuerdo de él, como un hombre, como un camarada, es más precioso que el oro y los rubíes. Con dificultad entendemos a un hombre de este tipo viviendo entre nosotros. Nosotros, estamos todos atrapados en la red de acero de la sociedad de clases con sus desigualdades, sus contradicciones, sus convencionalismos, sus falsos valores, sus mentiras. La sociedad de clases envenena y corrompe todo. Todos somos empuñados, distorsionados y enceguecidos por ella. Difícilmente podemos visualizar cómo serán las relaciones humanas, difícilmente comprendemos cómo será la personalidad del hombre en una sociedad libre.

El camarada Trotsky nos dio un retrato anticipatorio. En él, en su personalidad como un hombre, como un ser humano, tuvimos un vistazo de cómo será el hombre comunista. Este recuerdo de él como un hombre, como un camarada, es nuestra mayor seguridad de que el espíritu del hombre, luchando por la solidaridad humana, es inconquistable. En nuestra terrible época perecerán muchas cosas. El capitalismo y todos sus héroes perecerán. Stalin y Hitler y Roosevelt y Churchill, y todas las mentiras e injusticias que ellos significan, desaparecerán con sangre y fuego. Pero el espíritu del hombre comunista que el camarada Trotsky representó no desaparecerá.

El destino nos ha hecho a nosotros, hombres de arcilla común, los más directos discípulos del camarada Trotsky. Ahora somos sus herederos, y estamos encargados de la misión de llevar a cabo su testamento. Tenemos con-

fianza en nosotros. Él nos aseguró con sus últimas palabras que tenemos razón y que prevaleceremos. Sólo necesitamos tener confianza en nosotros y en nuestras ideas, la tradición, y los recuerdos que nos deja como legado.

Todo se lo debemos a él. Le debemos nuestra existencia política, nuestra comprensión, nuestra fe en el futuro. No estamos solos. Hay otros como nosotros en otras partes del mundo. Siempre recuerden eso. No estamos solos. Trotsky educó cuadros de discípulos en más de treinta países. Ellos están convencidos hasta la médula de sus huesos de su derecho a la victoria. No vacilarán. Tampoco nosotros vacilaremos. “¡Estoy seguro de la victoria de la Cuarta Internacional!” Eso dijo el camarada Trotsky en el último momento de su vida. De eso estamos seguros.

Trotsky nunca dudó y nosotros nunca dudaremos de que, armados con sus armas, con las ideas, dirigiremos a las masas oprimidas del mundo fuera de la confusión sangrienta de la guerra, a una nueva sociedad socialista. Ese es nuestro testimonio aquí, hoy día, en la tumba del camarada Trotsky.

Y aquí ante su tumba testimoniamos que no olvidaremos nunca su mandato de despedida –que protegeremos y querremos a su esposa-luchadora, la leal compañera de todas sus luchas y de sus viajes errantes. “Cuidénla”, dijo, “ella ha estado conmigo muchos años”. Sí, la cuidaremos. Antes que otra cosa, cuidaremos de Natalia.

Llegamos ahora a la última palabra de adiós a nuestro gran camarada y maestro, que ahora se convirtió en nuestro mártir más glorioso. No negamos el dolor que encoge todos nuestros corazones. Pero el nuestro no es el dolor de la postración, el dolor que mina la voluntad. Está temperado por la indignación, la ira y la determinación. Lo transformaremos en energía de lucha para continuar la lucha del Viejo. Sus discípulos digámosle adiós de una manera apropiada, como buenos soldados del ejército de Trotsky. No en cuclillas por debilidad y desesperación, sino firmes, de pie, con los ojos secos y los puños apretados. Con la canción de lucha y victoria en nuestros labios. Con la canción de la confianza en la Cuarta Internacional de Trotsky, ¡el Partido Internacional que será el género humano!

\*\*\*



*Impreso en  
Projeto IP Grafis  
Rua Dom Bosco, 70  
CEP: 03105-020,  
Mooca, São Paulo, SP, Brasil*

*ISSN: 2185-2281*

*1.000 ejemplares*

*Setiembre de 2014*